

Carlos Ominami

Un análisis profundo y cabal sobre los veinte años de gobierno de la Concertación y las razones de su actual crisis, escrito por uno de sus protagonistas, cuya visión crítica devela las grandezas y miserias de la transición política chilena. Una historia plagada de momentos estelares y episodios oscuros, héroes y mártires, amigos y traidores, libertades y represiones, esperanzas y desengaños.

En *Secretos de la Concertación* Carlos Ominami realiza un mea culpa e intenta establecer líneas programáticas para un proyecto verdaderamente progresista para, según sus propias palabras, "luchar contra la principal amenaza que pesa sobre Chile: la mediocridad".

# Secretos

de la **Concertación**

Recuerdos para el futuro

**LATERCERA**

EDICIONES



9 789562 475891 >

**LATERCERA**

EDICIONES

**Carlos Ominami Pascual** nació en Santiago en 1950. Realizó sus estudios secundarios en el Instituto Nacional y luego en la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Chile. Inició su trayectoria política en 1968 cuando ingresó al MIR, movimiento del cual fue miembro hasta 1976. Tras el golpe militar se exilió en París, donde terminó sus estudios de Economía, titulándose de doctor por la Universidad de París X-Nanterre. En Francia trabajó como investigador del Centre d'Études Prospectives d'Économie Mathématiques Appliquées à la Planification (CEPREMAP), en el Centre National de la Recherche Scientifique, (CNRS) y en el Institut Français pour la Recherche et le Développement en Coopération. Fue también asesor de los ministerios de Industria y Cooperación del gobierno francés, entre los años 1981 y 1983. Regresó a Chile en el año 1984 y pasó a desempeñarse como asesor regional del Programa de Relaciones Internacionales de América Latina (RIAL), dependiente de CEPAL. ➤

**Secretos de la  
Concertación**  
(Recuerdos para el futuro)

**CARLOS OMINAMI**

**Secretos de la  
Concertación**  
(Recuerdos para el futuro)

## RECONOCIMIENTO ESPECIAL

Un mozo muy antiguo de La Moneda respondió, con la mayor naturalidad, a la consulta acerca de cómo era atender a presidentes tan distintos como Augusto Pinochet, Patricio Aylwin, Eduardo Frei, Ricardo Lagos o Michelle Bachelet. De una manera que resume casi todo, dijo: «Los presidentes, es cierto, son todos muy distintos, tienen sus costumbres y también sus mañas, y uno tiene que aprender a conocerlas; cuesta, pero hay algo que ayuda mucho a nuestro trabajo: los invitados son siempre los mismos».

Debo reconocer que de aquel comentario del mozo de La Moneda, cuyo nombre ignoro, aprendí mucho. De ahí mis sinceros agradecimientos.

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2011, Carlos Ominami

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para todos los países de lengua castellana:

© 2011, La Tercera Ediciones

Vicuña Mackenna 1962. Santiago de Chile

© 2011, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. 11 de Septiembre 2353, 16° piso. Santiago de Chile

Diseño de portada: M. Ángeles Vargas

Fotografía de portada: Alfredo Méndez

Diagramación y corrección de estilo: Antonio Leiva

1ª edición: octubre 2011

Inscripción N° 209.403

ISBN: 978-956-247-589-1

Impreso en CyC Impresores Ltda.

## AGRADECIMIENTOS

Ninguno tiene la culpa de este libro, no son responsables, pero todos contribuyeron, a su manera, para que lo sacara adelante. Seguro se me olvida más de alguno. Igual asumo el riesgo de identificarlos.

María de los Ángeles Fernández, directora ejecutiva de la Fundación Chile 21, quien me estimuló desde el principio a poner negro sobre blanco mis vivencias y reflexiones.

Jaime Ensignia, de la Fundación Friedrich Ebert, quien literalmente me obligó a escribir luego de la derrota de enero y aún bajo las réplicas de ambos terremotos, el político y el del 27-F.

Faride Zerán y Rodrigo de Castro, quienes leyeron versiones iniciales y me estimularon a seguir. Lo mismo debo decir de Gonzalo Martner, que me ayudó además a cotejar las impresiones de cada cual sobre algunos episodios clave.

Mis agradecimientos a Manuela y Marco, cómplices de toda una vida.

A mi madre, que leyó algunos capítulos iniciales y encontró que el esfuerzo valía la pena.

A Josefina Alemparte, de Editorial Planeta, que me ha estimulado y me ha hecho buenas sugerencias; a Eugenio Rivera y Luis Eduardo Escobar, quienes hicieron observaciones útiles al tercer capítulo sobre la incumplida promesa del desarrollo.

A Fernando Rubilar, que me ayudó a reunir material y a respaldar mis afirmaciones con las referencias pertinentes. A Trinidad Donoso, mi secretaria desde hace años, que organizó

con gran paciencia en un texto único los borradores que salían de distintos computadores.

Mis agradecimientos a muchos y muchas con quienes comparto, converso y discuto a diario tratando de entender qué fue lo que nos pasó, condición indispensable para volver a construir sobre bases sólidas una propuesta para el nuevo ciclo que se ha abierto.

## ÍNDICE

<b>Palabras preliminares</b> .....	13
<b>1. El sobreviviente</b> .....	15
• Los años de plomo .....	17
• Vuelta al presente.....	27
<b>2. El contradictorio Chile del Bicentenario</b> .....	39
• La monarquía constitucional .....	42
• Una sociedad de mercado.....	45
• La tragedia de la educación pública .....	51
• El desamparo comunicacional .....	61
• Consumidores versus ciudadanos .....	64
<b>3. La promesa incumplida del desarrollo</b> .....	69
• Las grandes reformas de los setenta.....	71
• La economía política de la transición .....	75
• Irrumpe el jaguar latinoamericano .....	87
• Un dinamismo declinante .....	93
<b>4. La Concertación y la crisis de la política</b> .....	103
• Una verdad incómoda: una transición mal pactada..	111
• El deterioro partidario .....	116
<b>5. La frustración de la renovación política</b> .....	127
<b>6. El salón de los presidentes</b> .....	143
• Aylwin: el justo y bueno .....	143
• Frei o la sucesión asegurada.....	150

• Lagos o la voluntad de ser.....	157
• El afortunado accidente Bachelet .....	171
• Un balance comparativo.....	186
<b>7. Dolores del alma .....</b>	<b>193</b>
• La primera derrota de Lagos .....	209
• La segunda derrota de Lagos.....	216
• Un candidato improvisado.....	222
• El legislador.....	227
• Pinochet, un personaje central en nuestras vidas.....	231
• Algunos triunfos .....	243
• La traición de la segunda vuelta .....	249
• Un senador díscolo.....	260
• Se acerca el final .....	263
<b>8. El huracán del 2009 .....</b>	<b>271</b>
• Mi derrota senatorial .....	288
• Fin de campaña y segunda vuelta .....	291
<b>9. Para volver a creer .....</b>	<b>301</b>
• Un mundo raro .....	301
• Una izquierda en deuda.....	306
• Algo de teoría.....	310
• América del Sur en su mejor momento .....	317
• Hacia un nuevo progresismo .....	324
• Lineamientos programáticos.....	331
• Un mejor Chile .....	349
<b>Índice onomástico.....</b>	<b>351</b>

## Palabras preliminares

Nadie los anticipó. Los acontecimientos simplemente se precipitaron. Las movilizaciones que han tenido y tienen lugar en Chile en este crucial año 2011 son ya noticia mundial. Sin pedirle permiso a nadie ni, por cierto, a ningún partido político, los jóvenes chilenos se han hecho un espacio junto a los que se manifiestan en El Cairo, Atenas o Madrid. En poco tiempo, al poner el lucro en el banquillo de los acusados, han desafiado frontalmente los pilares fundamentales del orden establecido: la Constitución que nos rige, el modelo de desarrollo basado en el fundamentalismo del mercado y el doble estándar que domina en el plano de la moral y las costumbres. Nadie sabe cómo y dónde llegará este proceso. Lo que sí está claro es que el pacto implícito de las elites que se instituyó a finales de los ochenta ya no logra asegurar gobernabilidad. La ciudadanía no acepta ser conducida de la manera pasiva y acrítica en que lo fue durante los últimos veintiún años. Son los hijos de la democracia los que han asumido el protagonismo del cambio. Es una generación más libre, con más sueños y esperanzas que miedos o traumas. Sinceramente creo que con ellos el futuro está en mejores manos. Son parte de un grupo cuyas familias deben luchar para salir adelante con bajos ingresos y fuertes deudas, pero no son, afortunadamente, las víctimas traumatizadas de un proceso que a sangre y fuego castigó brutalmente las ilusiones, como ocurrió con las generaciones anteriores.

Por los cuatro costados y desde todos los ámbitos, el malestar social se expresa con fuerza. El presidente de la república es el principal blanco. Pero no es el único. El sistema político



en su conjunto muestra sus profundas grietas. La gobernabilidad conservadora hace agua. La democracia restringida es vista con indiferencia y desprecio por los ciudadanos. Tendrá que emerger una nueva gobernabilidad, abierta a transformaciones mayores en todos los campos. Nadie sabe tampoco cuánto durará el parto que conduzca a la emergencia del nuevo orden. Mientras más corto, mejor. Los tiempos dependerán de las correlaciones de fuerza que se vayan configurando en la sociedad. Las fuerzas conservadoras están asustadas, pero disponen todavía de mucho poder. Las fuerzas que apoyan el cambio son mayoría, pero están atomizadas y escindidas. La movilización social no tiene dirección política y las fuerzas políticas tienen prácticamente rotas sus conexiones con el mundo social.

El tiempo de las necesarias articulaciones será determinante en la definición de los tiempos del conjunto del proceso. El interregno, el tiempo en el cual el viejo orden no termina de morir y el nuevo no nace aún, puede ser largo. Todo dependerá de la rapidez con que surja una nueva mayoría social y política.

La construcción de esa nueva fuerza es un proceso que se despliega en múltiples dimensiones: políticas, orgánicas, programáticas e ideológicas. Humildemente, este libro pretende ser una contribución a ese objetivo.

*Santiago, agosto del 2011*

## 1 El sobreviviente

Soy rigurosamente eso: un sobreviviente. Muchos de mis compañeros de generación no vivieron para contarlo. Están muertos. Cada vez que veo el ya clásico afiche con los rostros de los ciento diecinueve desaparecidos no dejo de pensar que pude haber sido el ciento veinte. No pretendo con esto conmover a nadie. Solo advierto que es bueno saber bien desde qué lugar se habla, actúa y opina. Este es el mío.

En lo más íntimo, el haber sobrevivido me generó durante años sentimientos de culpa que inconscientemente empujan a algo así como una vida de penitencia, aunque no sea creyente. En la política, esta condición me llevó a interrogarme muy a fondo sobre el drama que vivíamos y la naturaleza de los acontecimientos que condujeron al desplome de la democracia. Necesitaba darme una explicación que pudiera orientarme en la larga marcha por el desierto que iniciaba junto a muchos miles de perseguidos. Para esto no había atajos ni caminos fáciles y era preciso interrogarse con la mayor franqueza acerca de las actuaciones propias y ajenas.

Por mi pertenencia al MIR tenía una distancia crítica de la Unidad Popular, coalición en la cual el Partido Comunista tenía una fuerte influencia. Me distanciaba muy especialmente una cierta pleitesía respecto de la URSS y el campo socialista. En eso, al menos, no me equivoqué nunca. Tenía la certeza absoluta de que lo que allí se estaba construyendo no era un nuevo estadio de la civilización. No conocía Moscú ni ninguna capital del otro lado del Muro, pero no tenía dudas de que allí se practicaba una dura represión y no existían las libertades fundamentales.

Entre mis primeras lecturas políticas figuraban los clásicos de Isaac Deutscher sobre Trotsky, Stalin y *La revolución inconclusa*. Estaban allí todos los antecedentes para fundamentar una crítica inapelable al socialismo realmente existente.

Otras lecturas, como los *Manuscritos* de 1844 del joven Marx, Marcuse, Fanon y algunos más, me habían conducido a adherir a la izquierda revolucionaria que encabezaba el MIR. Era un militante razonablemente ilustrado, formado en una crítica muy severa a la ortodoxia comunista. Esto, sin embargo, no aliviaba mi incomodidad respecto de varias actuaciones ultraizquierdistas del MIR durante la Unidad Popular.

Recuerdo como si fueran recientes episodios ya lejanos: a Salvador Allende el 4 de septiembre de 1970 —la noche de su triunfo— hablando desde los balcones de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) y a un grupo de jóvenes demócratacristianos que habían apoyado la candidatura demócratacristiana de Radomiro Tomic, pero que igual sentían que habían ganado con Allende y querían celebrarlo. Sin embargo, la reacción de rechazo de muchos de los presentes me dejó con un sabor amargo. Era un anticipo de lo que vendría. Entre las grandes reformas puestas en práctica por Frei Montalva, que Tomic proponía profundizar, y las propuestas de Allende, había amplios puntos de convergencia. La promoción popular, la chilenización del cobre o la reforma agraria respondían a convicciones que no eran tan distintas de las de Allende y la izquierda. Que las fuerzas respectivas no hayan podido encontrarse y, más aun, que terminaran fuertemente confrontadas, generó el drama que Chile viviría durante diecisiete largos años de dictadura.

Mis dudas sobre la radicalización del proceso que impulsaba el MIR y una parte mayoritaria del PS, me acompañaron a lo largo de los mil días de Gobierno del presidente Allende y me llevaron a la disidencia con su dirección. Participé

de un tardío esfuerzo de rectificación junto a otros dirigentes que terminaron en las primeras listas de desaparecidos, como Martín Elgueta y Alfonso Chanfreau. Esfuerzo inútil porque, al parecer, la suerte ya estaba echada y el MIR, en fases sucesivas, terminaría precipitándose a su casi total exterminio.

## Los años de plomo

Pude haber sido víctima de ese final. A pesar de todo, de manera un tanto irreflexiva acepté a finales de agosto de 1975 la propuesta de la dirección del MIR de acompañar a Edgardo Enríquez, hermano de Miguel, en su instalación en Buenos Aires para coordinar desde allí los trabajos de la resistencia exterior al régimen militar. La tardanza de los responsables en arreglar la documentación correspondiente me salvó la vida. Al poco tiempo, Edgardo Enríquez fue detenido y posteriormente asesinado. Con toda seguridad, de haber estado allí habría corrido la misma suerte.

En esos años vi con horror cómo en el marco de las operaciones retorno, completamente desfasadas de la realidad, muchachas y muchachos como yo se inmolvaban en forma heroica pero estéril. Desperdigados por el mundo han quedado varios de sus hijos dejados al cuidado de “padres sociales”, porque los padres efectivos partieron a un combate perdido de antemano y del cual muchos nunca volverían.

Hice todo lo que pude para oponerme a esa masacre. Rompí con el MIR por esa discrepancia mayor en 1976. De ese período guardo vivo el recuerdo de una conversación dramática con una antigua amiga y compañera: Lucía Vergara. Fue en junio de 1980. La encontré casi por casualidad en París. Ella estaba haciendo gestiones por su ex compañero y padre de sus hijos, José Benado, que había sido detenido en Chile, dos

días después del asesinato de Roger Vergara, teniente coronel, director de la Escuela de Inteligencia del Ejército. José había ingresado clandestinamente a Chile en diciembre de 1978, justamente en virtud de una operación retorno. Tuve ocasión de estar con él en París, cuando se aprontaba a regresar secretamente a Chile. Cenamos en un famoso restorán judío que ya no existe, el Goldenberg. Discutimos amistosa pero apasionadamente. Mis recuerdos son borrosos, pero no se me olvida que en un momento lo increpé, reprochándole que no era justo que tuviera que ir a hacerse matar para pagar no sé qué extraña culpa. Estuvo cerca. Por suerte, su instinto de supervivencia y la solidaridad internacional le salvaron la vida.

La conversación con Lucía, la Pity, como yo la conocía, duró toda una noche. Rápidamente intuí que se preparaba para volver también a Chile. Puse en juego todos los argumentos posibles para disuadirla. La necesidad de evitar lo que ya estaba siendo una masacre, la importancia estratégica de preservar a un grupo de dirigentes. Y el futuro de sus hijos. Nada parecía conmoverla. Su decisión, aunque no me la dijo explícitamente, estaba tomada: iba a volver a Chile. Y volvió hacia fines de 1982. Por la prensa me enteré de su aniquilamiento en un falso enfrentamiento. Su cuerpo, junto al de su compañero Arturo Villavela y otros caídos fue exhibido desnudo y enteramente quemado en una acera de la calle Fuente Ovejuna el 7 de septiembre de 1983. La policía del régimen quiso con esto mostrar, una vez más, el poder omnímodo del que disponía.

La década de los setenta fue particularmente oscura y dramática. Luego de la muerte en combate de Miguel Enríquez, padre biológico de Marco, mi hijo, el 5 de octubre de 1974, el proceso de exterminio siguió un rumbo que resultó inexorable, hasta llegar a la aniquilación total y a la virtual desaparición política del MIR. En vez de haber sido una nueva señal de alerta respecto de lo que venía, la muerte de Miguel terminó

con la única posibilidad de romper el engranaje infernal. Él era el único que tenía la legitimidad para producir un giro que permitiera la preservación de varios centenares de militantes de gran entrega que, a pesar de su juventud, disponían de experiencia en el trabajo de base, un importante bagaje intelectual y una sólida formación política. En otros países, como Brasil y Uruguay, la disposición a sobrevivir de grupos semejantes les permitió, sobre la base de una profunda renovación, reinsertarse en la vida democrática, llegando a desempeñar importantes roles. Ahí está el caso del Movimiento de Liberación Nacional 'Tupamaros, en el cual militó José Mujica, en la actualidad Jefe de Estado, que conduce un interesante proceso de cambio en la República Oriental del Uruguay. Ahí está también el caso de muchos revolucionarios brasileños que se resistieron al exterminio. Dilma Rousseff, presidenta del Brasil, era parte de ellos.

En esos años de exilio, dos encuentros me marcaron muy especialmente. El primero fue con un antiguo compañero del MIR, Cristián Mayol, con quien había tenido importantes coincidencias en los meses previos al golpe de septiembre de 1973. Junto a varios otros dirigentes medios del MIR, considerábamos que la situación se degradaba peligrosamente, que el fin se acercaba y que no estábamos contribuyendo a la búsqueda de una salida política que evitara la catástrofe.

Cristián había sido detenido por la DINA en 1974 producto de la delación de Nicolás González, quien había sido su jefe directo durante varios años. Hay muchos testimonios que hablan del comportamiento ejemplar de Cristián frente a la tortura. Sin embargo, había sido condenado a muerte por la dirección del MIR y esta le solicitaba a todos los grupos revolucionarios del mundo que ejecutaran la sentencia a como diera lugar.

Cristián había sido parte de un tortuoso episodio planificado y organizado por la DINA y los equipos comunicacionales

de la dictadura. Públicamente, junto a otros tres dirigentes del MIR, había llamado a deponer las armas. Frente a las sospechas que despertó una primera comparecencia frente a las cámaras, en la que era patente que se trataba de detenidos que no actuaban libremente, vino una segunda, en la cual ya no estaban engrillados y sus opiniones resultaban más convincentes. Esto desató las furias de la dirección del MIR y, en el clímax del delirio, la condena a muerte.

Los protagonistas de este episodio tuvieron destinos muy diferentes. Los otros tres negociaron su libertad. Nicolás González, el ideólogo de la operación, salió a Europa, y entre Suiza y España, yo al menos, le perdí la pista. Humberto Menanteaux y José Hernán Carrasco tuvieron un final terrible. En libertad en Chile, volvieron a tomar contacto con el MIR y ofrecieron su colaboración utilizando la relación de confianza que habían logrado establecer con agentes importantes de la DINA. Estos, al enterarse, tomaron la decisión de asesinarlos, mutilando horriblemente sus cuerpos, los que se hicieron aparecer a modo de escarnio frente a cualquier nueva traición. Cristián rechazó la libertad y siguió el itinerario de un preso habitual. En 1976 fue liberado del campo de detenidos de Tres Álamos, en donde había debido sufrir el hielo y el desprecio de sus compañeros de prisión. Luego de llegar a París se contactó conmigo. Tomé la decisión de recibirlo en mi departamento. No era fácil. Desde el principio consideré absurda y desmesurada la condena a muerte. De todos modos, no se podía olvidar que existían todavía en Europa grupos armados que habían sido partícipes de actos de gran violencia y que el MIR mantenía prestigio e influencia en las izquierdas del mundo entero.

A pesar de los temores, pudo más mi necesidad de saber, de escuchar a quien pedía en forma angustiada que alguien pudiera oír su relato y conocer su verdad. Fueron horas y horas. Una tarde completa, la noche y la mañana del día siguiente.

El relato no podía ser más conmovedor. Héroe y traidor, Cristián tenía mucho de muerto en vida. El juicio de sus pares y el desprecio de sus compañeros habían sido su segunda tortura. Aunque sentía temor por terminar involucrado en un episodio sórdido, el relato de Cristián hacía sentido. Había, tras una historia plagada de excesos y locura, una cierta lógica, un trasfondo de lucidez. Su explicación, al fin y al cabo, era sencilla. Se trataba de hacerle comprender al MIR y a todos los que se dispusieran a seguir el camino de la confrontación armada con la dictadura, que esa era una vía que conducía al precipicio. Que el desbalance de fuerzas era abismante, que la determinación de los aparatos represivos de aplastar como fuera todo amago de resistencia era inquebrantable y que, por tanto, era una lucha sin ninguna posibilidad de éxito. Ese mensaje necesitaba ser transmitido y había estado dispuesto a cualquier sacrificio, a utilizar cualquier medio para difundirlo y hacerlo llegar donde correspondiera.

El testimonio de Cristián me estremeció. En el fondo tenía razón, pero era duro reconocerlo. No volví a verlo. No me atreví a profundizar esa relación. Era demasiado peligrosa. Lo lamento. En todo caso, aprendí de ese episodio muchas cosas: lo tenue que puede ser a veces la frontera entre lo sublime y lo grotesco, entre la locura y la lucidez, entre la lucha, el sacrificio y la rendición.

Tuve otra conversación que, a diferencia de la anterior, se mantuvo en el tiempo, pero que también me marcó sobremedida. Fue con Lautaro Videla, importante dirigente que había asumido la sucesión de Bautista van Schouwen a la cabeza de la reorganización del MIR. Él era el dirigente de mayor jerarquía detenido en la Villa Grimaldi, el principal recinto de detención operado por la DINA. Su testimonio ha sido esencial en el esclarecimiento de los horrores que ocurrieron en ese lugar.

Hablé con él a su llegada a París. Se encontraba en una situación difícil de imaginar. Debía comparecer frente a las autoridades del MIR en el exterior por las graves acusaciones que pesaban respecto de su comportamiento en el período de detención. Entre otras cosas, Lautaro es el hermano de Lumi Videla, una importante dirigente del MIR asesinada por la dictadura y cuyo cuerpo fue arrojado a los jardines de la embajada de Italia.

Por Lautaro supe de muchos detalles del infierno que se vivió en los lugares de detención clandestinos de la DINA. Para alguien como él, con su trayectoria y su historia familiar, esta especie de juicio al que estaba siendo sometido por sus pares era muy difícil de sobrellevar. Una de las acusaciones más graves que se le formulaban era la de incitar a la delación. Esta se basaba en varios testimonios de militantes que en la sala de torturas habían terminado hablando. La justificación que ellos daban era que Lautaro, de nombre político Santiago, los había incentivado a hacerlo. La versión de Lautaro da muchas luces sobre los claroscuros de las conductas de las personas. Efectivamente, cada vez que llegaba un nuevo detenido, Lautaro era llevado a la sala de torturas y bajo la presión de los agentes le decía al compañero de cautiverio que “dijera lo que tenía que decir”. Esto era interpretado como una autorización para hablar que emanaba de un superior jerárquico de la organización.

Lautaro no pretendió ser un héroe capaz de desafiar a sus torturadores. Se limitaba a recordarles a sus compañeros de cautiverio los deberes que, a conciencia, cada cual debía cumplir. La suya era una estrategia de subsistencia. Lo mínimo para sobrellevar el horror. Lo indispensable para no sucumbir. Por el contrario, lo perverso en todo esto es la interpretación de los dichos de alguien que solo buscaba sobrevivir dignamente como una autorización para delatar.

Es evidente que en circunstancias como esas, las jerarquías ya no valen y cada cual debe asumir sus responsabilidades. Nadie es quién para juzgar a quien habló luego de terribles torturas. Lo que no se puede hacer es endosar a otro las responsabilidades propias.

Este tipo de experiencias deja huellas profundas. Las fronteras entre lo verdadero y lo falso, entre el fondo y la forma, entre la vida y la muerte, se hacen un tanto difusas. A estas alturas no sé, por ejemplo, si muchas de las personas con las que me tocó convivir durante los años de la Unidad Popular están vivas o muertas. En todos estos años me ha tocado protagonizar experiencias extrañas: encontrarme con alguien a quien creía muerto y también el caso inverso, enterarme de la muerte de alguien a quien presumía vivo.

Estas vivencias endurecen. No se puede andar llorando toda la vida. El hecho mismo de la muerte sufre una cierta banalización en tanto destino de muchos. Entre las distancias, el olvido y la muerte, las fronteras se confunden. No siempre es nítida la diferencia entre quien está demasiado lejos o simplemente ya no es de este mundo.

Todo esto proyectado al ámbito de la política provoca espanto. ¿Se justifica tanta vida tronchada por cuestiones finalmente polémicas? ¿Tanta tragedia por definiciones que terminan cuestionadas? A estas alturas, la respuesta es evidente. Lo que es menos es el modo en que esta carga subjetiva influencia las formas de actuación y la toma de decisiones, especialmente en momentos delicados. La asociación del conflicto con destinos trágicos es inevitable. Por mucho que uno sepa que el pasado no se repite —salvo como farsa si uno le cree a Marx—, el miedo al conflicto, al desenlace fatal queda allí, subyace en nuestro interior y se expresa con fuerza en los momentos cruciales.

Llevo dentro de mí todos esos miedos: antes de septiembre de 1973, especulando sobre lo que podía significar un golpe

de Estado que comenzaba a ser inminente; el mismo 11 de septiembre, día del golpe, frente al riesgo evidente que representaba la obligación de intentar una resistencia tan inconducente como peligrosa. Mi amigo y compañero de toda una vida, Gonzalo Martner, ha relatado en detalle esos días dramáticos que enfrentamos juntos<sup>1</sup>. Miedo igualmente ante la tragedia que sufría mi familia, en la cual solo quedaban libres las mujeres, porque los dos hombres, uno, mi padre, estaba preso siendo torturado por sus propios compañeros, y el otro, yo, trataba de eludir la persecución buscando refugio en casas cuyos dueños me miraban con cara de angustia por haber aceptado acogirme. Miedo cuando esas noches sentía el ruido de un vehículo que podría venir a buscarme. Miedo cuando, una vez refugiado en un recinto diplomático, pensaba que, al estar enteramente solo durante las noches y los fines de semana, pudieran impunemente detenerme y resolver a sus anchas sobre mi destino.

Aunque no debiera haber sido así, mi salida de Chile fue también ocasión para sentir miedo al ver que venían a buscarme varias decenas de militares armados hasta los dientes para una guerra que para mí nunca existió. Recuerdo también la extraña sensación que tuve la primera vez que pisé la embajada de Chile en París, a fines de 1983, para recibir el pasaporte que, aunque con una letra L –que indicaba que era ciudadano de tercera–, me autorizaba a volver a Chile luego de diez años de exilio. Y volví, pero no pude entrar. Sin, por cierto, haber sido informado, mi autorización de ingreso había sido revocada. La recepción al hijo pródigo que volvía al terruño luego de diez años de ausencia se transformaba en la constatación de una nueva arbitrariedad. En el mismo vuelo me fui a Buenos Aires. Se vivían allí los últimos estertores de la dictadura.

<sup>1</sup> Joignant, Alfredo; Martner, Gonzalo. *El socialismo y los tiempos de la historia. Diálogos exigentes*. Santiago: Cesoc-Prensa Latinoamericana, 2003.

Regresé definitivamente a Chile a finales de 1984. El régimen comenzaba a mostrar sus debilidades, pero los servicios continuaban actuando. Me produjo un sudor frío la noticia del degollamiento de tres profesionales comunistas en el verano de 1985. ¿Y qué me ocurriría si quienes me habían buscado por tanto tiempo en los días posteriores al golpe decidían ahora intentar encontrarme? Osvaldo Romo, un ícono de la traición y la tortura, ya fallecido, se lamentó muchas veces de no haber podido apresarme. Orlando Gutiérrez, general de la FACH y torturador de mi padre, sentía algo parecido.

Me tocó vivir también la reacción que se desencadenó luego del fallido atentado a Pinochet en 1986. En las horas posteriores, al escucharlo hablar con un tono más amenazante que nunca, parecía que volvíamos a esos días posteriores al 11 de septiembre, en los cuales todo era naufragio.

Estos temores, a fuerza de repetirse, fragilizan. Uno nunca termina de acostumbrarse al miedo. Este se incrusta en nuestro interior. No fortalece. Al contrario, debilita. Como dijo Norbert Lechner, uno de los grandes intelectuales que han vivido y muerto en Chile: “Los miedos son una motivación poderosa de la actividad humana y, en particular, de la acción política. De manera aguda o subcutánea, ellos condicionan nuestras preferencias y conductas tanto o más que nuestros anhelos”<sup>2</sup>.

Se puede sobrevivir una vez, difícilmente dos. De los sobrevivientes de esa época, soy de los pocos que han tenido la posibilidad de ocupar cargos de mayor responsabilidad. Mirando hacia atrás, debo reconocer que producto de mi historia, con sus miedos y traumas, tendía a sentirme más cómodo en el acuerdo que en el conflicto. Hubo circunstancias en las que no tuve más opción que la disputa; pero siempre esperando que

<sup>2</sup> Lechner, Norbert. *Obras escogidas*. Santiago: Lom Ediciones, 2006.

ocurriera algo que permitiera restablecer el entendimiento y superar el conflicto.

No se trata de andar buscando pleitos ni menos de crearlos allí donde no los hay. Pero, reconozcámoslo, el miedo al conflicto restringe de manera severa el espacio de la libertad. Al final de cuentas, ese miedo se nota y los adversarios lo saben y lo utilizan. ¿Cuántas veces se me enrostró, frente a la defensa de un punto de vista, que por mi intransigencia iba a pasar esto o aquello? ¿Que cómo yo, con mi historia, no me daba cuenta de los riesgos que corría, de los males que podía acarrear? Frente a esas presiones, las convicciones tambalean. La estabilidad, la gobernabilidad como bienes superiores son argumentos poderosos. No es fácil resistirse a ellos. Así se hicieron esos veinte años de transición.

El pasado no tiene vuelta. Podemos, sí, sacar lecciones. No quiero que los próximos veinte años sigan siendo dominados por los viejos miedos. Hacia delante habrá que tomar muchas y nuevas decisiones. Aspiro a que estas se adopten libre y razonadamente y no bajo el peso de los antiguos traumas.

Esta es quizás la principal obligación que tenemos por delante: recuperar la libertad para pensar y decidir. Esta es principalmente la tarea de las nuevas generaciones. No simplemente porque son más jóvenes, sino porque pueden ser más libres. Y la están llevando a cabo de una manera sorprendente. Cientos de miles de jóvenes, a veces acompañados por sus padres, se han tomado las calles de las principales ciudades del país manifestándose en una forma que no se veía desde finales de la dictadura. Su principal fuerza radica en que están movidos por causas justas: la defensa de la educación pública, del medio ambiente y el respeto a la diversidad.

Esa libertad que es preciso conquistar será decisiva a la hora de tomar decisiones. Las nuevas generaciones tienen muchas cosas que las anteriores no tuvimos. Sin embargo, adolecen de

una que fue esencial en muchos de nosotros: la confianza en que el futuro era nuestro porque navegábamos, y sin que nada pudiera detenernos, a favor de los vientos de la historia.

## **Vuelta al presente**

Así como pueden reproducirse hasta el infinito, las inercias pueden alterarse bruscamente. De alguna manera fue lo que me ocurrió a mí. Todo pasó como si se tratara de un huracán. De una cómoda posición de senador socialista durante dieciséis años, con alta probabilidad de continuar por otros ocho años más en el cargo, pasé súbitamente a renunciar al Partido Socialista y a quedar fuera del Senado. Un pedazo muy importante de mi vida quedaba definitivamente atrás. Dejé de ser una autoridad, condición a la cual, con toda seguridad, me había mal acostumbrado. He tenido que volver a aprender las cosas más elementales que forman parte de la vida cotidiana de cualquier ciudadano: andar en metro, ir de compras al supermercado... Todo un reaprendizaje. Hace bien, ayuda a entender muchas cosas. Aunque singular en algunos aspectos, mi situación tiene muchos puntos en común con la de miles de chilenas y chilenos que se comprometieron a fondo con la reconstrucción de la democracia y se hacen hoy decenas de preguntas acerca de cómo enfrentar el nuevo ciclo y la travesía por el desierto que hemos iniciado. ¿Qué nos pasó?, ¿podimos haberlo hecho de otro modo?, ¿de quién es la culpa?, ¿cuánto durará? Y así por delante, en una secuencia de preguntas que puede ser interminable.

Van a ser dos años desde que tuvo lugar la primera vuelta de la elección presidencial. La cuestión central, irrefutable, es que sufrimos una derrota. Cierta, distinta de otras. Con algo de sabor a victoria y amplias promesas de futuro. Pero derrota

al fin y al cabo. Han sido tiempos muy especiales. Una ruptura con veinte años de servicio público prácticamente ininterrumpido. Tiempo de reflexión y recomposición, de crítica y auto-crítica, de restañar heridas y recomponer fuerzas apretando los dientes. Tiempo de diálogo con muchos otros y con uno mismo. Tiempo de juicios severos a los cobardes y los pusilánimes, pero también de indulgencia con quienes simplemente se asustaron frente al vertiginoso devenir de los acontecimientos.

Escribo con sensaciones múltiples: tristeza, algo de rabia, preocupación, sentido de responsabilidad, urgencia y, por sobre todo, necesidad de resistir y contribuir a sacar adelante algo nuevo. En la política, la escritura puede ser el espacio privilegiado tanto para el análisis descarnado como para la redacción contenida y fríamente calculada hasta en sus más mínimos detalles. Es cierto: el papel da para todo; desde la repetición publicitaria de un conjunto de frases cliché, hasta la introspección más profunda y dolorosa. Humildemente, estoy intentando aquí dejar de lado todo cálculo pequeño. Aspiro a conjugar reflexión y sentimiento, a expresar mis verdades superando mi propia censura. No es tan simple. Hay que romper con modos de pensar y comunicar largamente arraigados.

Lo hago por múltiples razones, comenzando por una más que evidente: la responsabilidad. Fui, y no pocos me lo reprochan permanentemente, parte de la dirección política del proceso que hizo posible la elección consecutiva de cuatro gobiernos de la Concertación. He sido dirigente partidario, ministro de Estado y senador de la República. Tuve oportunidad de intervenir en múltiples discusiones. Soy parte de esa elite que luego del plebiscito de 1988 y la elección presidencial de 1989 no se fue despechada para su casa a ver desde lejos cómo trascurría la transición. He sido actor de esta obra, con sus dimensiones glamorosas, sus áreas opacas y sus lados francamente oscuros. Y asumo mi responsabilidad.

Ojalá que este esfuerzo pueda motivar a muchos otros a contar su verdad, a entregar sus razones y generar de ese modo un debate y una explicación que se le adeuda al país. No se trata en lo absoluto de negar el pasado, como, con una violencia verbal poco habitual en él, nos reprocha un connotado asesor presidencial a todos quienes postulamos la necesidad de un enjuiciamiento crítico<sup>3</sup>.

Esa indulgencia respecto de lo obrado es justamente la que condujo a la derrota y está en la actualidad en el centro del reclamo ciudadano que se ha tomado con fuerza y creatividad las calles de Santiago y las principales ciudades del país. La protesta no es solo en contra del Gobierno de Sebastián Piñera. Es una manifestación en contra de un sistema que condujo a la ruina a la educación pública, endeudó en forma usurera y abusiva a las familias, se despreocupó del medio ambiente y dio el pase a aberraciones ecológicas como el proyecto de Hidroaysén. En esto, las responsabilidades de los últimos gobiernos de la Concertación son demasiado evidentes como para intentar negarlas. El progresismo no tiene la más mínima posibilidad de recomposición refugiado en una defensa patética de lo obrado. La verdadera idiotez consiste en aferrarse a un legado que en esas dimensiones fundamentales no tiene por dónde sostenerse.

Las reflexiones que siguen no son el resultado de la improvisación o de una revelación de última hora. Pasé muchos años, más de quince, intentando enmendar rumbos, tratando de convencer que las limitaciones del proceso de transición a la chilena no eran una fatalidad y que existían políticas

---

<sup>3</sup> Ottone, Ernesto. "Resulta grave, entonces, que quienes tienen una historia más que digna la olviden con el gesto idiota de quien carece de memoria o la descalifiquen como un prolongado error en el cual participaron casi por inadvertencia". "Tribulaciones de la centro-izquierda", *El Mercurio*, 23 de julio de 2011.



alternativas. En *El debate silenciado*<sup>4</sup> se recopila un conjunto de textos, individuales y colectivos, que dan cuenta de este esfuerzo. Para lo que valga, puedo afirmar que, junto con otros, advertí desde temprano sobre los riesgos de la complacencia, del deterioro de los partidos, de la crisis de la política y del fundamentalismo de mercado, propio del neoliberalismo, que luego de los primeros años comenzó a instalarse al interior de la Concertación.

Advertí también cómo el proyecto de hacer del Partido Socialista la “casa común” de la izquierda comenzaba a desfigurarse. Fui majadero en alertar acerca de los peligros del menoscabo de la política y la urgencia de su reforma. Tengo todavía muy presente el recuerdo de mi intervención en el Encuentro Nacional de la Empresa (Enade) 2002, colmado de público, abogando por una reforma de la política<sup>5</sup>. En ese, el principal encuentro empresarial, hice presente que la resolución de todos los problemas de la economía estaba finalmente subordinada al mejoramiento de la capacidad de la política de superar los intereses particulares y hacer posible una mirada larga sobre el tipo de país que estábamos construyendo. Tengo el recuerdo de un Felipe González, ex presidente del Gobierno español, que estaba en la sala, como quien más asentía frente a las distintas afirmaciones que hacía frente a un público indiferente, poco habituado a ese tipo de alegato. Durante todos esos años insistí en que la Concertación comenzaba a vivir su hora de la verdad<sup>6</sup> y en la urgente necesidad de recomposición de sus partidos a partir de nuevas ideas y nuevas prácticas.

<sup>4</sup> Ominami, Carlos. *El debate silenciado. Un testimonio, 1995-2009*. Santiago: Lom Ediciones, 2009.

<sup>5</sup> *El debate silenciado*, op. cit.

<sup>6</sup> Es justamente el título de un texto, escrito y publicado a finales del año 2000, en colaboración con Alfredo Joignant, en el cual se sostiene que la Concertación está viviendo el fin de un largo ciclo. En *El debate silenciado*, op. cit.

Frente a las críticas justas de mis amigos acerca de la soledad de mis combates, busqué construir todas las alianzas que pude. Participé de diversas acciones colectivas y propuse iniciativas conjuntas a dirigentes con los cuales tradicionalmente mantuve y mantengo una gran distancia<sup>7</sup>. Todos estos esfuerzos contribuyeron a poner de manifiesto la existencia de una fuerte resistencia a lo que se venía haciendo en la Concertación. Expresaban un malestar, una disconformidad. Logramos salir de las catacumbas. No fuimos, sin embargo, capaces de producir la necesaria rectificación. Nuestros argumentos fueron descalificados; nuestras propuestas, caricaturizadas. Fuimos motejados de autoflagelantes y, después, de díscolos. La incapacidad que tuvimos todos los que sustentábamos un punto de vista crítico, y que no éramos pocos, para generar un cambio en la coalición fue determinante para precipitar su posterior fracaso.

Con posterioridad a la derrota de enero del 2010 me he dado a la tarea de analizar lo ocurrido, de proponer una explicación. A invitación de la Fundación Friedrich Ebert hice un esfuerzo, aún en caliente, en el transcurso del primer semestre del 2010, para elaborar un primer balance de los últimos veinte años de reconstrucción democrática. *Chile: una transición paradójica. Notas para un examen crítico*<sup>8</sup> resultó de allí. Se trata de un texto que busca poner sobre la mesa los principales elementos a ser tomados en cuenta a la hora de hacer un balance del proceso chileno. Lo escribí a toda máquina entre mayo y junio del 2010 con poca distancia de lo que veníamos de vivir. Y, más incluso, todavía bajo el impacto del segundo terremoto: el del 27 de febrero. De todas maneras, traté de objetivar cuanto pude el análisis. No hay ahí referencias propiamente personales.

<sup>7</sup> Por ejemplo, la suscripción en el 2004, junto con el senador Camilo Escalona, del manifiesto “La batalla por el futuro”. En *El debate silenciado*, op. cit.

<sup>8</sup> Quiroga, Yezko; Ensignia, Jaime (eds.). *Chile en la Concertación, 1990-2010. Una mirada crítica, balance y perspectivas*. Santiago: Fundación Friedrich Ebert, 2010.

He tomado aquí una opción distinta, más comprometida, porque se arriesga más al poner en cuestión no solo las actuaciones colectivas, sino que las decisiones más personales, frente a las cuales las responsabilidades propias resultan ineludibles.

En la política, las derrotas son moneda corriente. Más aún, son lo propio de la democracia. La alternancia que surge de la soberanía popular es esencial para la renovación del sistema y evitar así su anquilosamiento. Esta es la teoría general. Sería, sin embargo, demasiado fácil y sobre todo demasiado frívolo reducir nuestra derrota en la última elección presidencial a un avatar propio de la democracia.

En el caso de Chile, la derrota tiene una dimensión más dolorosa. En primer lugar, porque era evitable. Desde hacía mucho tiempo que se venían acumulando los indicadores que apuntaban en esta dirección. Elección tras elección, y esto desde 1997, cuando la Concertación perdió en las legislativas cerca de ochocientos mil votos<sup>9</sup>. A partir de este momento, la coalición continuó perdiendo votación y obteniendo triunfos cada vez más ajustados. Un ejemplo claro fue la elección presidencial de 1999, donde por primera vez la Concertación se vio forzada a competir en una segunda vuelta, lo que volvería a ocurrir en las elecciones presidenciales del 2005 y terminaría repitiéndose con un resultado devastador el 17 de enero del 2010. A pesar de que la Concertación siguió manteniendo un mayor número de alcaldes que la Alianza, los resultados de las elecciones municipales del 2008 confirmaron el creciente poder electoral de la derecha. No obstante, esta situación no impuso un sentido de urgencia ni mucho menos una voluntad férrea de contrarrestarla. Unos tras otros se iban generando nuevos conflictos que derivaban en nuevas rupturas con los principales sectores del mundo social organizado. Con los trabajadores del

<sup>9</sup> [www.elecciones.gov.cl](http://www.elecciones.gov.cl)

sector público, con los estudiantes, el personal de la salud, los profesores y suma y sigue<sup>10</sup>. De esta forma, la mayoría social, sustento de la mayoría política que expresaba la Concertación, había iniciado un agudo proceso de descomposición. Sus resultados no tardarían en hacerse sentir.

En la propia dirigencia cundía un cierto desánimo. La derrota no fue sorpresiva, aunque fuera evitable. Sumadas, las tres candidaturas ubicadas en la centro-izquierda alcanzaron más del 55% de los votos. Esa es, sin embargo, una suma puramente aritmética que tenía pocas posibilidades de confirmarse en la segunda vuelta.

Fue así como por primera vez, después de cincuenta y dos años, resultó electo un presidente de derecha, al paso que la Alianza conseguía por primera vez desde 1990 tener más diputados que la Concertación. Todo esto a pesar de la enorme adhesión que concitaba Michelle Bachelet, la presidenta más popular en la historia de la nueva democracia<sup>11</sup>.

No es en la ingeniería electoral en donde se encontrarán las razones que explican la derrota. Estas hay que buscarlas en dimensiones más profundas que tienen que ver con las ideas y los sentidos comunes que se fueron constituyendo durante los veinte años de gobiernos de la Concertación. En definitiva, la derecha ganó porque sus ideas, el culto al esfuerzo individual, la mano dura en contra de la delincuencia o el desprecio a la política, eran también las que primaban en la sociedad.

<sup>10</sup> Si bien la Concertación respondía a una pluralidad de organizaciones puramente políticas, las organizaciones sociales fueron fundamentales para el éxito electoral y político de la coalición (ver Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, 2005: "Algunas notas acerca del origen de la Concertación de Partidos por la Democracia". Departamento de Estudios, Extensión y Publicaciones).

<sup>11</sup> En la encuesta CEP de octubre de 2009, Bachelet alcanza un 78% de aprobación, el porcentaje más alto considerando a los cuatro presidentes de la Concertación desde 1990.

La derrota de las fuerzas progresistas es más dolorosa porque Chile no es Suiza. Parte importante de los problemas que aparecen resueltos en los países desarrollados, en Chile son objeto de controversia y constituyen más bien desafíos pendientes. La distribución de los ingresos, la diversidad cultural, la laicidad y la centralidad de la educación pública constituyen campos, por citar algunos, sobre los cuales existen ásperas controversias.

En rigor, estos desafíos no son de izquierda o derecha, son simplemente republicanos. ¿Podrá un Gobierno de derecha golpear la cátedra y avanzar en su resolución? A los inicios de la administración Piñera, el proyecto de una nueva derecha y una nueva forma de gobernar parecían encaminados a producir una alteración radical del cuadro político. Transcurrido el primer tercio de su mandato, la duda está más que instalada. En todo caso, hay buenas razones para precaverse de los pronósticos anticipados. En la política, en Chile y el mundo, y más de una vez, se han visto muertos cargando adobes.

La parte más dolorosa que muestra la coalición, actualmente en el poder, es el protagonismo de muchos que jugaron roles de importancia en la dictadura y no han recorrido, a pesar de la evidencia de los horrores cometidos, el camino de la crítica y el arrepentimiento. No es el caso de Sebastián Piñera. Él pudo triunfar porque no fue parte de ese proceso y nunca justificó las violaciones a los derechos humanos. Al César lo que es del César. No se trata tampoco de que fuera un gran resistente. Mientras algunos luchábamos por sobrevivir, él se dedicó a construir una gran fortuna. Pero es un hecho que no fue funcionario de la dictadura y más de una vez dio testimonio de su disidencia. Muchos otros que hoy día lo acompañan no pueden decir lo mismo. Es impresionante constatar la obstinación que exhiben varios de ellos en la justificación de lo ocurrido. La mayoría son católicos reconocidos, pero el arrepentimiento

no es su fuerte. Dejan pocas dudas de que volverían a actuar de la misma manera si fueran puestos ante circunstancias semejantes. Estas no volverán a repetirse, pero igual infunden temor y duele que puedan ser parte de una mayoría quienes así piensan y así sienten. Duele que pontifiquen sobre la democracia quienes sostuvieron diecisiete años de dictadura. Duele verlos desplegar una prepotencia y sensación de superioridad que nunca abandonaron, porque en sus adentros, frente al espejo, se han sentido siempre los dueños del país.

Por eso, lo que se vive en Chile no es la alternancia normal en cualquier país de democracia madura. A lo mejor, en los próximos años, esto pueda llegar a ser así. Para muchos, este horizonte está todavía lejano. Vivimos Chile como una herida aún abierta, tan profunda que no termina de cicatrizar, a pesar del paso del tiempo.

Aunque se vaya haciendo más difuso, existe todavía un dilema ético en la política chilena. Esto le confiere aún una cierta dosis de dramatismo. Es por eso que el triunfo de la derecha no es algo banal y requiere de una explicación acabada y coherente. Esta es la condición primera que debe cumplir la recomposición de una oposición en serio. De otra forma, no hay como recuperar la indispensable credibilidad.

A ese propósito quiero contribuir. Aspiro a incentivar un debate imprescindible. Hemos tenido que navegar en contra de la corriente. A finales del 2010, con el exitoso rescate de los mineros de Atacama, Chile experimentó la sensación de haber alcanzado el cielo por asalto. En pocos días todo pareció haberse transformado. Lo que en el inicio era, y es, un accidente producto de la mantención de faenas en inaceptables condiciones laborales más propias del siglo XIX, se había transformado en una odisea que conseguía emocionar al mundo.

La imagen internacional de Chile alcanzaba niveles insospechados. Un país cuya productividad está estancada hace

años y que dejó de ser un ejemplo de dinamismo y crecimiento acelerado, se había encontrado, de pronto, en condiciones de dar lecciones con su *chilean way of doing*. Para el Gobierno del presidente Piñera, el éxito fue pasajero. Igual quedará para la historia que el Gobierno manifestó en esa ocasión una fuerte voluntad de lograr el objetivo de salvar a los mineros atrapados, aunque las posibilidades de alcanzarlo fueran remotas. Eso es lo que se agradece y valora.

La promesa de una nueva derecha y una nueva forma de gobernar de la administración Piñera no están concretándose. Más bien parecen estar naufragando bajo el efecto de la improvisación.

Una particularidad de la situación de Chile es que la política entró en una dinámica de suma menos cero. Pierde el Gobierno y pierde también la oposición. Para la Concertación, el resultado ha sido devastador. Su discurso, afinado en la defensa de un legado que la sociedad hoy día discute y de una caricatura de la derecha que no calza con la percepción ciudadana, ha agudizado su crisis de credibilidad.

La campaña presidencial de la Concertación, más basada en sembrar el miedo frente al adversario que en el mérito de las propuestas propias, condujo a mermar más aún su credibilidad. La coalición, que logró en el pasado identificarse tan estrechamente con el sentimiento democrático y expresar políticamente durante un largo período a la mayoría social, ha continuado en su proceso de decadencia. Un acontecimiento de envergadura como la sonada derrota de diciembre y enero del 2010 no ha sido objeto de un gran debate. Han primado siempre los que argumentan que este es inconveniente y que solo conduciría a nuevas y más profundas divisiones.

Paralelamente, se ahondan en la ciudadanía las sensaciones de confusión y abandono. La mayoría de los padres fundadores de la Concertación han dejado la escena pública y

no se les puede exigir nada. Hay quienes, habiendo ejercido responsabilidades recientes, han optado también por el camino del silencio. Esto acrecienta la confusión y el desánimo en aquella parte del país, que no es pequeña, que mantiene un recelo visceral con la derecha.

Iniciativas individuales corren el riesgo de ser gotas en el océano. Tengo plena conciencia de ello. Sin embargo, la escritura es finalmente lo único que tengo para contribuir a ordenar ideas, interpretar los acontecimientos e intentar abrir nuevos horizontes. Tengo respeto por la palabra escrita, aunque estoy consciente de que el papel puede dar para cualquier cosa. He escrito mucho en la vida, pero no soy, desgraciadamente, un escritor. Comparto, sí, con ellos la pasión por la narración y el placer que produce escapar de la claustrofobia del eslogan y del cliché<sup>12</sup>.

Estoy convencido de que las dificultades que enfrentan las fuerzas progresistas se concentran en un doble déficit: intelectual, por un lado, y de credibilidad, por el otro.

Las razones del primero son muy profundas. Tienen que ver con el curso que ha tomado el mundo, el destino insospechado de muchas de las teorías que nos animaron y el surgimiento de desafíos enteramente nuevos, propios de la época actual. El debate está planteado a escala mundial. El déficit de credibilidad apunta a una realidad más específicamente chilena. Su recuperación requiere de mucha explicación, una profunda autocritica y una fuerte voluntad de rectificación. Como no existen las verdades reveladas, se hace particularmente necesario el debate de ideas y la confrontación de posiciones en el marco de la mayor franqueza, sin medias verdades, eufemismos ni subterfugios. No es algo simple. Las relaciones entre la verdad y la política son históricamente complejas. Más aún,

<sup>12</sup> Grossman, David. *Escribir en la oscuridad*. Barcelona: Debate, 2010.

hay quienes han sostenido que la verdad es impotente y que la esencia misma del poder es ser falaz<sup>13</sup>. Sinceramente espero que no tengan razón.

<sup>13</sup> Arendt, Hannah. *Verdad y política*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.

## 2 El contradictorio Chile del Bicentenario

Quiero a Chile. A pesar de haber vivido por diez largos años fuera, nunca pasó por mi cabeza algo distinto a vivir donde me tocó nacer. No he tenido un plan B, aunque la posibilidad se me ofreció. Por ejemplo, haber hecho carrera en Francia como economista e intelectual respaldado por una carrera funcionaria que garantizaba estabilidad de por vida. Renuncié a ella apenas me levantaron, en septiembre de 1983, la prohibición de vivir en Chile. Volví en pleno estado de sitio.

De Chile me gusta su gente y me admira su geografía, pero tengo problemas con su sociedad. Si Chile se pudiera sintetizar en una obra de teatro, diría que la escenografía es atractiva, que el elenco, tratándose de una compañía pequeña, está bien, pero que el libreto no califica. La euforia y la depresión se suceden de manera abrupta, sin explicación lógica. Los momentos más tristes pueden transformarse en dramas banales, y los episodios más emotivos rayar con lo ridículo.

Es un lugar común decir que en estos últimos veinte años Chile ha cambiado al punto de ser irreconocible. La recuperación económica, luego de la gran crisis de comienzos de los ochenta, era, al finalizar esa década, todavía incipiente. La explosión del consumo vendría después, durante los noventa. Al inicio de la transición, las calles estaban llenas de hoyos, no existían las grandes autopistas, eran muy escasos los malls, no había sábanas en las camas de los hospitales públicos, casi no existían los tacos porque los autos no eran demasiados, mucha gente andaba todavía mal vestida y así por delante.

Todo esto ha cambiado y mucho. En la superficie, las principales ciudades de Chile, partiendo por Santiago, su capital,

han experimentado grandes transformaciones. Han surgido barrios nuevos en donde los sectores acomodados reproducen condiciones de vida que nada tienen que envidiar a las mejores del primer mundo. Allí se encuentran las sucursales de todas las mejores tiendas y marcas del mundo, protegidas por sistemas propios de seguridad. Son verdaderos guetos de ricos, con sus colegios, universidades e iglesias.

Los pobres, en su mayoría, habitan en casas sólidas, tienen en ellas equipamiento completo, partiendo por un buen aparato de TV de pantalla plana, se visten correctamente y disponen de teléfonos celulares. Los edificios públicos han sido reconstruidos, las calles están limpias y las principales empresas se han ido instalando en grandes rascacielos que transmiten una sensación de progreso y modernidad que impacta a quienes tienen todavía en la retina la imagen de un Chile provincial de baja altura.

Otro cambio importante tiene que ver con la demografía. Las familias son más pequeñas, aumentan las familias monoparentales y, a su vez, los chilenos se casan cada vez menos. En este sentido, Chile se parece mucho a los países desarrollados, en los cuales imperan las mismas tendencias.

Aunque de construcción sólida, las grandes periferias en donde se concentra a los pobres son áridas y derechamente feas. No es que los pobres tengan mal gusto. El problema es que allí no hay árboles, no hay verde, porque los jardines públicos se hacen allí donde los municipios tienen los recursos para ello y estos son aquellos donde viven los sectores más pudientes, cuyas casas tienen, a su vez, los mejores jardines<sup>1</sup>.

Lo que abunda no daña, podrán decir los más complacientes. El Chile del Bicentenario es un país extremadamente

<sup>1</sup> El estudio sobre áreas verdes reales del Gran Santiago muestra que dos de las comunas más ricas de Santiago y del país, Providencia y Vitacura, son las que tienen la mayor cantidad de áreas verdes.

segregado, al punto que no es una exageración hablar de un *apartheid* social y cultural<sup>2</sup>.

El cambio más incontrovertible es que no existe hoy día el miedo que nos acompañó a una gran cantidad de chilenos durante diecisiete años. No se trata de los nuevos miedos, esos más sofisticados y actuales: a la enfermedad, al desempleo, a la incertidumbre sobre el futuro, a los que hizo referencia un importante informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). No, nos referimos a un sentimiento muy preciso: al miedo a perder la vida, el miedo al acto arbitrario de la autoridad que puede cambiar el futuro para siempre, generando una herida irreparable o simplemente la muerte.

Soy de los que muy tempranamente se jugó por derrotar a la dictadura en su propia legalidad y su propio plebiscito. Estaba convencido de que íbamos a ganar y que teníamos las condiciones para hacer valer nuestro triunfo. Así y todo, salí ese día de mi casa a asumir mis tareas desde la mañana en el comando del No, con un bolso con un par de mudas por si terminaba preso. En el Chile del Bicentenario, no sin dificultad, esos miedos han ido quedando atrás. Las libertades básicas y los derechos individuales llegaron para quedarse. En ese plano el cambio es evidente. Las controversias se sitúan en otras dimensiones.

En los últimos tiempos se ha escuchado de manera recurrente la afirmación de que los gobiernos de Concertación transformaron profundamente al país, pero no fueron capaces de continuar interpretándolo. La Concertación habría sido víctima de su propio éxito<sup>3</sup>. No comparto esta visión. El

<sup>2</sup> Sabatini, Francisco; Brain, Isabel (2008). "La segregación, los guetos y la integración social urbana: mitos y claves". Revista *Eura*, vol. XXXIV (103): 5-26.

<sup>3</sup> Navia, Patricio; Madrid, Andrés. "¿Víctima de su propio éxito? Disminución de la pobreza en Chile y apoyo electoral a la Concertación". En Navia, Patricio; Morales, Mauricio; Briceño, Renato (eds.): *El genoma electoral chileno. Dibujando el mapa genético de las preferencias políticas en Chile*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2009.

restablecimiento de las libertades fundamentales y el imperio de los derechos humanos constituyen un cambio trascendental. Démoslo por descontado. En esto, Chile siguió, incluso tardíamente, una evolución casi generalizada en América Latina, pagando para ello un muy alto precio: la mantención de muchas de las instituciones creadas durante el régimen militar.

### **La monarquía constitucional**

Esto es, ni más ni menos, lo que ocurre con la Constitución, a pesar de las múltiples reformas a que ha sido sometida. Al mantener en su arquitectura básica la Carta Fundamental impuesta por la dictadura<sup>4</sup>, Chile constituye una completa anomalía desde el punto de vista de las transiciones democráticas, todas las cuales tuvieron una dimensión constituyente.

La Constitución chilena está construida sobre un principio inaceptable: la primacía del derecho a propiedad por sobre cualquier otro derecho. En este sentido, es hija directa de los conflictos que desató la reforma agraria de Frei Montalva y las expropiaciones masivas practicadas por el Gobierno de Salvador Allende. La Constitución chilena cumplió el sueño irrealizado del general Franco de “dejar todo atado y bien atado”. Si la esclavitud no hubiese sido abolida, habría sido protegida, en tanto derecho adquirido, por un ordenamiento que privilegia unilateralmente los derechos de propiedad. Es, por otra parte, una Constitución pétrea, perfectamente inmodificable en sus

<sup>4</sup> La ilegitimidad de origen de la Constitución es un tema que ha profundizado Álvaro Ramis, dejando en evidencia que la Constitución del 80 es prácticamente una “jaula de hierro”. “¿Cómo salir de la jaula de hierro constitucional?”. En *Le Monde diplomatique*: “Asamblea Constituyente: Nueva Constitución”. Santiago: Editorial Aún Creemos en los Sueños, 2009.

aspectos fundamentales. Para ello cuenta con un sistema de mayorías inalcanzables en condiciones normales, como los dos tercios para las cuestiones fundacionales. Y por si no bastara, se consagró con apoyo de la propia Concertación como Ley Orgánica Constitucional un sistema electoral que hace prácticamente imposible la obtención de ese tipo de mayoría.

La primacía constitucional de los derechos de propiedad no es una cuestión puramente doctrinaria. Tiene, por el contrario, efectos prácticos mayores, como la consagración de la privatización de las aguas, uno de los principales recursos para asegurar el desarrollo en este siglo XXI, o la férrea protección del secreto bancario, que obstaculiza algo tan determinante como la lucha contra el narcotráfico y el lavado de dinero.

Esta Constitución no garantiza un equilibrio de poderes y consagra una suerte de monarquía constitucional. No se trata de poner en entredicho las facultades del presidente de la república, sino el control omnímodo que este ejerce sobre ella. El fuerte presidencialismo característico de la Constitución de 1925 se transformó en un presidencialismo extremo con la Constitución de 1980. El Congreso Nacional perdió algunas de sus prerrogativas tradicionales, como la autorización del ascenso de los altos mandos y la aprobación de las designaciones de embajadores por parte del presidente. En el actual cuadro constitucional, el Congreso es una institución tan disminuida que, al no disponer de la capacidad de determinar sus propias urgencias en la tramitación de los proyectos de ley, perdió la capacidad de fijar su propia agenda. Así, la Constitución ha generado un contexto deplorable en cuanto a profundidad democrática. Esto se expresa en el excesivo centralismo, la irrelevancia del Congreso, un sistema electoral que no genera competencia y estimula el acomodamiento de los partidos políticos y, en definitiva, ha deslegitimado un proceso esencial para la existencia de la democracia: el voto.

Esta forma de organización institucional reproduce permanentemente la escisión entre los que “hacen” y los que “hablan”. En el primer grupo está el presidente y sus ministros; en el segundo, los parlamentarios y los políticos. Esta es una fuente importante de desprestigio de la acción política y del trabajo parlamentario. De esta forma, se reafirma también la primacía del líder, que corresponde, en otros ámbitos, a la del jefe, del dueño o del patrón. El autoritarismo se impone en el conjunto de la sociedad. Aunque sea tan distante de las formas más modernas y eficientes de gestión, la regla de la verticalidad es la predominante en el ordenamiento constitucional chileno. El diálogo, la participación y la consulta son siempre instrumentos de segundo orden que pueden acompañar, pero en ningún caso condicionar una decisión relevante.

La Constitución declara que la soberanía del pueblo puede ejercerse a través de elecciones y plebiscitos; sin embargo, en su articulado solo abre la posibilidad para la organización de un plebiscito vinculante en el caso enteramente excepcional de que, por una gran mayoría, el Congreso pretendiera insistir en una reforma constitucional en contra de la voluntad del presidente. En paralelo, se da el absurdo de que cualquier alcalde puede organizar en su comuna una consulta para determinar qué obras deberán ser priorizadas por la inversión municipal, pero a los ciudadanos les está vedado intervenir en la definición de los temas de mayor significación.

En coherencia con esa lógica autoritaria y vertical, los gobiernos regionales son simples representaciones de la autoridad presidencial en el respectivo territorio, encabezadas por intendentes designados directamente por el presidente de la república. Y aunque los alcaldes y los consejos municipales son elegidos, sus facultades son limitadas y constituyen más bien órganos de administración local de recursos. La posibilidad de contar con gobiernos comunales dotados de autonomía y

competencias efectivas es incompatible con este tipo de ordenamiento constitucional. Lo mismo le ocurre a las quince regiones del país.

## **Una sociedad de mercado**

La Constitución otorga una sólida protección a las principales instituciones que organizan la sociedad de mercado. Entre las más importantes se cuentan las Instituciones de Salud Previsional (Isapres). En democracia, estas se han consolidado como sistemas de seguros privados que se ocupan de las necesidades de salud del 20% más acomodado de la población. Estas instituciones son la expresión de desigualdades flagrantes y una buena demostración de cómo la salud puede ser transformada en un excelente negocio.

Las Isapres se financian con el 7% de cotización obligatoria de sus afiliados, más la prestación de servicios que en forma creciente brindan al sector público. La privatización de la salud y la primacía del lucro llegó en Chile a extremos grotescos. Decenas de chilenos que necesitaban ser atendidos de urgencia perdieron sus vidas porque sus familiares no pudieron entregar el cheque en garantía solicitado por las clínicas privadas como condición previa a cualquier internación.

Las Isapres se reservan el derecho de afiliación porque, en la lógica del beneficio privado, no se hacen cargo de las personas que más necesitan una atención de salud. Las así llamadas preexistencias, esto es, la existencia de una enfermedad anterior a la suscripción del contrato, son el argumento técnico para rechazar una solicitud de afiliación y consagrar una grave discriminación. Es lo mismo que ocurre con los adultos mayores. Mientras la persona trabaje y no contraiga enfermedades graves mantendrá una relación fluida con su Isapre. Por



el contrario, si su salud se deteriora y alcanza los sesenta años, el costo de su plan aumentará significativamente. Si no dispone de los recursos para costearlo deberá aceptar que su único destino posible es el seguro público de salud. A esto se suman graves problemas de financiamiento de muchas acciones de salud que están, sin embargo, disponibles en Chile<sup>5</sup>.

Los contrastes que ofrece la salud en Chile se cuentan entre las manifestaciones más chocantes de la desigualdad. Mientras solo cotiza en el sistema privado de salud el 20% de la población, este ocupa alrededor del 70% del contingente médico. Testigos privilegiados de la transformación de la salud en un negocio, la mayoría de los médicos han sido llevados a poner, por sobre su vocación de servicio, sus intereses patrimoniales.

Los estudios disponibles sobre la distribución del gasto en salud confirman este estado de las cosas. Una persona perteneciente a los estratos acomodados gasta tres veces más en consultas de especialistas que otra correspondiente a los sectores bajos. El acceso a exámenes de laboratorios es también objeto de una fuerte segmentación. Un ámbito que permite identificar con gran precisión la condición social de una persona es el de la salud bucal. Basta una rápida mirada a la boca de un pobre para certificar su condición de tal.

La reforma de la salud promovida bajo el Gobierno del presidente Lagos se propuso dar un fuerte impulso a los derechos de salud de los sectores medios y pobres. De allí surgió el sistema AUGE (Acceso Universal con Garantías Explícitas). La idea es que, conforme el país se desarrolle, vayan aumentando las patologías cubiertas por el AUGE. Con los años, la reforma comienza a mostrar sus debilidades. Como las obligaciones del sector público aumentaron en una mayor

<sup>5</sup> Concretamente el 24% del total, según indica un estudio realizado por el Colegio Médico junto a cincuenta y dos sociedades científicas.

proporción que los recursos puestos a su disposición, este experimenta crecientes dificultades para garantizar los derechos consagrados por la reforma. Como resultado, debe apelar en forma creciente a la prestación privada de servicios. Por la vía de la externalización se produce un importante desvío de recursos hacia el sector privado, contrapartida de la hemorragia que afecta al sector público. No es casual que dentro de sus más recientes anuncios, el Gobierno de Sebastián Piñera esté insistiendo en la necesidad de terminar con las listas de espera respecto de las patologías cubiertas por el AUGE. Más de ciento sesenta mil personas están en esa condición, de acuerdo a la información oficial. La medida dispuesta por el Gobierno apunta a la entrega de un bono que los beneficiarios podrán hacer efectivo para garantizar su atención tanto en el sector público como en el privado. No es difícil adelantar que, por las limitaciones del sector público, una parte importante tendrá lugar en el sector privado, ampliando aún más el mercado del cual ya dispone.

El negocio de la salud privada está en plena expansión. Los ricos no deben preocuparse de la salud de los más pobres. Esa es tarea del Estado, al cual, sin embargo, no se le provee por la vía tributaria de los recursos necesarios. La idea lógica de un fondo solidario al que aporten todas las personas, aunque fuera una fracción minoritaria de su cotización obligatoria, no alcanzó siquiera a ser discutida en el Parlamento. Fue objetada en la discusión previa al interior de la Concertación. La derecha no necesitó emplearse para obstruir una forma de solidaridad elemental. Y, por el contrario, quedaron como parte de la reforma las disposiciones que permiten la integración vertical entre aseguradores y prestadores. Esta forma de organización industrial desincentiva las políticas de prevención, porque el corazón del negocio se encuentra en la prestación de servicios hospitalarios. En este plano, una de las caras más

visibles de la desigualdad la ofrece el contraste entre la precariedad de la mayoría de los hospitales públicos y la proliferación de medios y recursos que exhiben las clínicas privadas, cuyo número y tamaño no cesa de aumentar.

Un segundo pilar de la sociedad de mercado está constituido por las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP). Aquí, el principio del negocio opera de forma enteramente compulsiva. La cotización obligatoria cercana al 13% que deben pagar todos los asalariados, sin ningún tipo de aporte patronal, se entrega obligatoriamente a instituciones privadas con fines de lucro, puesto que no existe una alternativa pública. Una situación de este tipo debiera estar constitucionalmente impedida bajo el principio de la garantía de una mínima libertad para elegir.

El sistema de capitalización individual existente en Chile no califica desde el punto de vista de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) como un sistema de seguridad social. Chile ha sido sistemáticamente sancionado por incumplimientos serios de la normativa correspondiente. De acuerdo a la OIT, es esencial que exista alguna forma de solidaridad intergeneracional y que los empleadores ayuden a financiar la jubilación de los trabajadores contratados. Ninguno de estos criterios se cumple en el sistema chileno, presentado interesadamente en muchos países como un verdadero modelo a seguir.

El sistema de capitalización individual puede entregar una pensión razonable, por sobre el 70% del salario de los últimos cinco años del cotizante, si se cumplen varias condiciones. En primer lugar, el haber percibido una remuneración adecuada; en segundo lugar, haber mantenido estabilidad en el empleo, y en tercer lugar, que en la mayor parte del período de cotización la rentabilidad de los fondos haya alcanzado, al menos, un 4% como promedio anual.

Ocurre que quienes cumplen con esas condiciones son claramente una parte minoritaria de la población activa. En la mayoría, la gran masa de cotizantes está constituida por trabajadores de sectores como el comercio, la agricultura, los municipios, los auxiliares de la educación y otros cuyas remuneraciones medias se sitúan en los alrededores del salario mínimo. Se trata, a su vez, de categorías de trabajadores que tienen una alta rotación laboral, con lo cual acumulan lagunas previsionales que tienen una fuerte incidencia a la hora de determinar el monto de la pensión. A esto se agrega el hecho de que muchas empresas, particularmente medianas y pequeñas, mantienen considerables deudas previsionales que impactan negativamente en el valor de la pensión final.

De esta manera, la pensión promedio pagada por el sistema no supera los trescientos dólares, lo que significa una tasa de reemplazo apenas superior al 50%. La existencia de pensiones promedio bajas se relaciona además con los altos costos de administración del sistema. Alrededor del 30% de los recursos del cotizante financian solo costos de operación. Estos costos son altos por las abultadas utilidades que obtienen los conglomerados dueños de las AFP, lo elevado de las remuneraciones que se asignan sus directores y altos ejecutivos, la mantención de una importante fuerza de venta y los gastos en publicidad en que incurren.

Contrariamente a lo que se estableció en sus inicios, el sistema se ha venido concentrando. En la actualidad, tres grandes AFP reúnen más de dos tercios de los cotizantes. Para estos, las diferencias entre la afiliación a una u otra son casi nulas, pues las respectivas carteras de inversión están muy directamente influidas por el “efecto manada”, que hace que todas las AFP terminen haciendo más o menos lo mismo.

Otras características dominantes del sistema son la exclusión y el machismo. El sistema de AFP no cubre más allá de la

mitad de la población. La forma de funcionamiento del sistema desincentiva la cotización de los sectores pobres que saben que muy difícilmente alcanzarán los mínimos necesarios para acceder a una pensión. Esto hace que más de un tercio de quienes aparecen registrados como cotizantes del sistema no tengan ninguna posibilidad de transformarse en beneficiarios. Están también al margen del sistema las FFAA., las que por decisión propia durante el régimen militar resolvieron mantener su antiguo sistema, cuyo déficit pesa de manera importante en el presupuesto público.

La tendencia a la exclusión ha sido particularmente grave en el caso de las mujeres<sup>6</sup>. Para ellas aumentan las lagunas previsionales y se diluyen así las posibilidades de alcanzar los umbrales mínimos para obtener una pensión<sup>7</sup>. La maternidad, por otro lado, es fuertemente castigada en un sistema de capitalización individual.

El Gobierno de la presidenta Bachelet hizo de la reforma previsional una de sus grandes prioridades. La principal modificación, de gran relevancia para los sectores más pobres, es el establecimiento de la Pensión Básica Solidaria (PBS). Esta, cuyo monto es del orden de los ciento cincuenta dólares, se otorga a todos aquellos que siendo parte del 70% más pobre de la población, no hayan podido obtener una pensión en el sistema de AFP. En la actualidad se pagan sobre medio millón de PBS, columna vertebral del llamado Pilar Solidario. Para los pensionados del sistema que acceden a pensiones muy bajas se

<sup>6</sup> Para más detalles ver Cox Edwards, Alejandra. "El futuro de las pensiones en Chile: diferencias según sexo". *Estudios Públicos*, N° 79, Santiago de Chile, 2000; López, D.: "Las deudas del sistema previsional y la discriminación de género en los fondos de pensiones". En *Sistemas de protección y seguridad en un mundo cambiante*. Santiago: Fundación Friedrich Ebert, 2004.

<sup>7</sup> Esta discriminación se ha tratado de corregir en el período reciente con la introducción del bono de un año de cotización por hijo nacido vivo. Se trata de una medida muy reciente como para evaluar su impacto.

estableció el llamado Aporte Previsional Solidario (APS), que complementa, de acuerdo a una tabla establecida en la propia ley<sup>8</sup>, a las pensiones más bajas.

Aprobado por unanimidad en el Parlamento, el Pilar Solidario no constituye una verdadera reforma previsional. En realidad, el sistema de capitalización individual impuesto por la fuerza y la engañosa publicidad oficial, en pleno régimen militar, salió fortalecido. La lógica de que cada cual se hace cargo de su futuro se mantuvo incólume, alcanzando una legitimidad democrática de la cual carecía. La idea elemental de introducir más competencia al sistema por la vía de una AFP pública no fue siquiera impulsada por el Gobierno. Con toda razón, los grandes defensores del sistema de AFP saludaron la reforma como un gran paso adelante. Ha quedado meridianamente claro que el sistema previsional solo debe ocuparse de aquellos trabajadores que alcancen un nivel de cotización que sea negocio para las administradoras. El resto queda a la voluntad de la benevolencia del Estado y la solidez de las finanzas públicas. Así se hace en una verdadera sociedad de mercado.

### La tragedia de la educación pública<sup>9</sup>

En muchos ámbitos, las dificultades por las que atravesaría una coalición amplia como la Concertación eran previsibles. La grave crisis a la que se precipitó a la educación pública fue, en cambio, una sorpresa. La república, previa al golpe militar, se identificaba estrechamente con un cierto elitismo mesocrático que reposaba, a su vez, en una educación pública

<sup>8</sup> El APS se otorga a las pensiones de hasta 225.000 pesos.

<sup>9</sup> Esta es una versión ampliada del mismo tema publicada en Ominami, Carlos. *Chile: una transición paradójica. Notas para un examen crítico*, op cit.

que tenía sus puntos fuertes en el sistema de liceos fiscales y la Universidad de Chile. Las elites gobernantes, y muy especialmente los presidentes de Chile, seguían mayoritariamente una trayectoria preestablecida: educación secundaria en el Instituto Nacional y estudios superiores en la Universidad de Chile. Tan establecida estaba esa trayectoria, que eran conocidos los esfuerzos desplegados por las familias para que sus hijos, de alguna manera, por méritos o influencia, pudieran ser parte de ella.

La educación, y sobre todo la educación pública, estuvo en el centro de las preocupaciones políticas desde que Chile se constituyó como República. Esto se expresó en la fundación del Instituto Nacional, la Biblioteca Nacional, la Universidad de Chile, la Escuela Normal de Preceptores, entre otras tantas instituciones creadas durante el siglo XIX, todas fundamentadas en el énfasis educativo de la Constitución de 1833<sup>10</sup>.

En los años treinta y cuarenta del siglo XX, la educación se empieza a considerar como un derecho que se debe garantizar a todos los chilenos. De este modo, la educación pública fue definida como un eje fundamental de los esfuerzos del Estado. El lema “gobernar es educar”, acuñado por Pedro Aguirre Cerda, se convertiría en un consenso nacional que perduraría a través de diferentes gobiernos. Sin embargo, al mismo tiempo, el analfabetismo alcanzaba porcentajes altísimos en el país. Por ejemplo, en 1930 llegaba a un 56% de la población. A su vez, la cobertura en educación era escasa. Todavía, en los años sesenta, esta no superaba el 42% de la población de entre seis y dieciocho años<sup>11</sup>. Por esta razón, el Gobierno de Frei Montalva se propuso una reforma tendiente a expandir significativamente el acceso de los sectores marginados y a

<sup>10</sup> Waissbluth, Mario. *Se acabó el recreo. La desigualdad en la educación*. Santiago: Editorial Debate, 2010.

<sup>11</sup> Waissbluth, op. cit.

mejorar la calidad de la educación. Para esto se modificaron los programas de estudio y se aumentó la enseñanza obligatoria de seis a ocho años.

Ese enorme esfuerzo por la educación fue truncado por el neoliberalismo y la dictadura. En sintonía con las orientaciones predominantes, la prioridad hacia la educación pública fue abandonada. La municipalización de la educación básica y media fue un duro golpe para el sistema de liceos públicos de excelencia. De manera general, la educación pública fue relegada a un segundo plano.

A su vez, la Universidad de Chile fue desarticulada, dividida en diversas sedes regionales y prácticamente obligada a autofinanciarse. Perdió así su carácter de universidad nacional, columna vertebral del sistema de educación superior y espacio privilegiado de la reflexión nacional.

Para el neoliberalismo, la privatización de la educación constituyó un proyecto que permitió conjugar varios objetivos. Por una parte, abrir mercados para nuevos negocios y, por otra, crear espacios para el desarrollo de sus particulares ideas en colegios y universidades que se convirtieron en bastiones del pensamiento conservador.

La llegada de la democracia era la oportunidad para revertir el proceso de deterioro de la educación pública. Sin embargo, es en este terreno en donde la Concertación concentró grandes déficits y la derecha obtuvo sus mayores victorias.

A principios de los años noventa, todo indicaba que se iba a producir un vuelco en la educación chilena. Entre 1990 y 1998 se incrementó el gasto en educación en más de un cien por ciento<sup>12</sup>, todo acompañado de un discurso que hacía de la necesidad de mejorar la calidad de la educación un eje central. Sin embargo, a pesar de las reformas llevadas a cabo por

<sup>12</sup> Cox, Cristián. *Políticas educacionales en el cambio de siglo*. Santiago: Editorial Universitaria, 2003.

la Concertación, el sistema educacional mantuvo la arquitectura proyectada por la dictadura. La herencia educativa de ese período no solo se mantuvo, sino que se perfeccionó en los últimos años, constituyéndose en un verdadero enclave autoritario<sup>13</sup>.

La educación pública decididamente dejó de ser el espacio mayoritario. Cerca de la mitad de los niños de Chile concurren a la educación particular en una modalidad ampliamente financiada por el Estado a través de subvenciones que se otorgan a sostenedores privados. En cambio, la educación pública, bajo la administración municipal impuesta en el período militar, no ha cesado de disminuir en su gravitación cualitativa y en su importancia cuantitativa<sup>14</sup>. La descentralización de la educación llevada a cabo por la dictadura comenzó en 1981 y culminó en 1987. Este proceso consistió en una transformación profunda del modelo de financiamiento y gestión del sistema educativo. Principalmente, se introdujeron instrumentos de financiamiento inspirados en el subsidio a la demanda, se eliminó el estatus de empleados públicos a los profesores y se adoptaron incentivos de mercado para estimular la creación y desarrollo de escuelas privadas con financiamiento estatal. Todo esto fue incorporado a la Constitución del 80, en la que se consagró la subsidiariedad del Estado respecto a la educación y la libertad de enseñanza en el marco del libre mercado, pero también de la restricción de ideas<sup>15</sup>. Para mayor seguridad, el régimen militar terminó de consolidar lo obrado con la

<sup>13</sup> Garretón, Manuel Antonio. "El sistema educacional chileno sigue siendo un enclave autoritario", 2010. Disponible en [www.manuelantoniogarretón.cl/documentos/Protestaestudiantil.pdf](http://www.manuelantoniogarretón.cl/documentos/Protestaestudiantil.pdf)

<sup>14</sup> En el año 1981, la educación municipal tenía el 78% de las matrículas, y en el 2009 solo un 37%.

<sup>15</sup> Rubilar, Luis. "Educación chilena siglo XXI: ¿Cambalache Estado-mercado?". Parte I. *Educere*, 2003.

promulgación de la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza el 10 de marzo de 1990, en las últimas veinticuatro horas de Pinochet en la presidencia de Chile.

Una de las medidas más irracionales llevadas a cabo por la dictadura fue la eliminación, en 1974, de las escuelas normales, lo que provocó la pérdida del estatus profesional de los profesores y una fuerte baja en la calidad de su formación. La municipalización de la educación no podía sino conducir a la debacle de la educación pública. En primer lugar, porque los municipios son, salvo excepciones, estructuras frágiles, permanentemente confrontadas a la penuria presupuestaria. Una parte importante de los municipios vive sus responsabilidades frente a la educación más como un problema que como una oportunidad. Muchos municipios se limitan a administrar los colegios bajo su responsabilidad exclusivamente con los recursos que reciben por concepto de subvención municipal, los cuales son reconocidamente insuficientes. Son pocos los municipios que aportan recursos adicionales para mejorar la calidad de la educación de los establecimientos bajo su dependencia. Por otra parte, aunque sería injusto generalizar, existe evidencia que indica que no pocos alcaldes, de distinto signo político, utilizan las corporaciones educacionales o los propios establecimientos para pagar favores políticos. Resultado de esto es la ampliación de las planillas de pago sin que estos aumentos sean la expresión de una inversión educativa adicional.

Por otra parte, la municipalización conduce de manera inexorable a reproducir las desigualdades de la configuración municipal del país. Si bien existen algunos municipios financieramente sólidos, como Santiago, Las Condes, Providencia, Vitacura o Viña del Mar, una gran mayoría vive de los recursos que se les transfieren a través del Fondo Común Municipal. Sus posibilidades de aportes adicionales a la subvención

que reciben del ministerio son bajas, por no decir nulas. La pobreza de muchos municipios termina reflejándose en la pobreza de la mayoría de los establecimientos bajo su administración. La desmunicipalización del sistema, reconocida por muchos como una necesidad ineludible, quedó allí como una deuda pendiente de los veinte años de gobiernos de la Concertación.

Es tal la envergadura del problema, que la municipalización se convirtió en una de las grandes banderas de la lucha estudiantil que irrumpió con una fuerza inusitada en junio del 2011 y ha desafiado, con la paralización de establecimientos y amplias movilizaciones callejeras, a la autoridad presidencial y al sistema político en una forma que no tiene precedentes.

La educación pública se ha transformado prácticamente en sinónimo de educación de mala calidad. Existen, como siempre, excepciones, pero estas tienden más bien a confirmar la regla. La regresión cultural que en este plano Chile ha experimentado es gigantesca. Hoy día, las familias pobres tratan por todos los medios a su alcance de que sus hijos escapen de la educación pública. De hecho, solo entre el año 2009 y el 2010, cerca de seis mil alumnos de la Región Metropolitana se cambiaron a colegios subvencionados<sup>16</sup>. La idea de mejores horizontes está claramente identificada con la educación privada. El drama es mayor cuando se constata que la formación que esta entrega no es sustancialmente mejor. Los resultados de las pruebas del Simce (Sistema de Medición de la Calidad de la Educación) son, en este sentido, demoledores. Es así como los resultados promedio de la educación chilena están muy por debajo de la media de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE)<sup>17</sup>. La educación particular subvencionada solo obtiene resultados

<sup>16</sup> *El Mercurio*, 8 de febrero de 2011.

<sup>17</sup> Resultados Simce, Ministerio de Educación. [www.simce.cl](http://www.simce.cl)

marginalmente mejores que la educación municipalizada. Más aún, las comparaciones internacionales muestran que los mejores colegios del país, en su gran mayoría pertenecientes al área de los particulares pagados, están incluso por debajo de la media de los países de la OCDE. Esto también se observó en los resultados de la prueba Simce de inglés, en la cual ningún colegio municipal se ubicó entre los cien mejores rankeados<sup>18</sup>. En esta línea, el informe 2010 de la OCDE destaca que la educación primaria y secundaria requieren con urgencia una mejora en calidad y equidad. Para esto, se indica que es imprescindible contar con profesores mejor calificados, enriqueciendo su formación inicial. No es casual que la inversión pública por alumno en Chile esté entre las más bajas de los países que pertenecen a la OCDE, esto es, tres mil ochenta y ocho dólares desde la educación básica a la superior, donde un 40% de este gasto es sustentado por las familias<sup>19</sup>.

La segregación social que caracteriza al sistema educacional chileno conduce a un círculo vicioso del cual finalmente nadie escapa. Según la última prueba PISA (Programa Internacional para la Evaluación de Estudiantes)<sup>20</sup>, Chile ocupa el segundo puesto entre los países con mayor segregación en sus escuelas<sup>21</sup>. Los hijos de los pobres y los muy pobres son condenados a una educación de bajísima calidad que no opera como mecanismo de ascensión social. Esto se refleja en que noventa y cinco de los cien mejores colegios, medidos por sus resultados en la Prueba de Selección Universitaria (PSU) entre el 2005 y 2010, son privados<sup>22</sup>. Las familias de capas medias

<sup>18</sup> *La Segunda*, jueves 24 de marzo de 2011.

<sup>19</sup> Entre los países de la OCDE, Chile solo supera a México. *El Mercurio*, miércoles 8 de septiembre de 2010.

<sup>20</sup> Es una prueba que mide el rendimiento de alumnos de quince años en áreas temáticas clave.

<sup>21</sup> *La Tercera*, 30 de enero de 2011.

<sup>22</sup> *El Mercurio*, 4 de enero de 2011.

bajas hacen enormes esfuerzos para que sus hijos se eduquen en colegios particulares subvencionados que, a través de mecanismos como el financiamiento compartido (en principio voluntario, pero en los hechos obligatorio), alimentan la ilusión de una educación de mejor calidad. Los resultados de las distintas pruebas a las que han sido sometidos los estudiantes de estos establecimientos muestran que en una proporción muy significativa estas ilusiones no consiguen materializarse. Los hijos de los sectores acomodados son también parte de este círculo vicioso. Segregados en colegios que funcionan con presupuestos por alumno que pueden fácilmente ser seis o más veces los de la educación municipalizada, estos pueden recibir una formación de mayor calidad, pero la ausencia de integración social, la vida en una suerte de circuito cerrado completamente desconectados de la realidad social mayoritaria, no los educa para enfrentar de buena manera los desafíos que a muchos de ellos les deparará el futuro. En todo caso, es innegable que la educación en un colegio particular privado garantiza en un alto porcentaje un mejor rendimiento<sup>23</sup>.

La cuestión de fondo que recorre a la educación chilena es su mercantilización, su transformación en un negocio más que en un derecho. Este es uno de los ámbitos en donde la necesaria frontera entre economía de mercado y sociedad de mercado se ha vulnerado de manera dramática. Hay aquí una especificidad de la situación chilena que contrasta radicalmente con lo que fue la historia previa al golpe de Estado y también con lo que ocurre en la mayoría de los países, incluidos aquellos en los cuales la economía de mercado es ampliamente dominante. En este sentido, el ejemplo de los Estados Unidos no podría ser más claro. Más del 80% de los

<sup>23</sup> De acuerdo a un estudio de la Universidad de Chile, asistir a un colegio privado aumentaría en un 88% las posibilidades de ubicarse en el decil de mejor rendimiento de la PSU.

jóvenes de ese país realizan sus estudios básicos y medios en colegios públicos.

El problema educativo que enfrenta Chile hunde sus raíces en la etapa preescolar. Es sabido que esta cumple un rol esencial en garantizar una educación de mejor calidad, puesto que los hábitos de aprendizaje se constituyen en los primeros años de vida. A pesar de los avances, especialmente en el Gobierno de la presidenta Bachelet, la cobertura preescolar sigue siendo baja, en torno al 35%, y su calidad es en muchos casos defectuosa.

Por su parte, la educación superior sufrió fuertemente los rigores del proceso de mercantilización. La lógica del autofinanciamiento produjo estragos en las antiguas grandes universidades públicas. Por una parte, ellas perdieron su capacidad de albergar a la diversidad social del país. Los hijos de familias pobres, que son los que en general obtienen los más bajos resultados en la PSU, tienen grandes dificultades para acceder a estos establecimientos, más exigentes en materia de requerimientos de admisión y no sustancialmente distintos en cuanto a los aranceles que cobran a sus estudiantes. Se produce así una situación que tiene algo de paradójica. Los hijos de los sectores pobres o medios pobres que consiguen acceder a la educación superior, lo hacen mayoritariamente en establecimientos privados de más baja calidad.

A menudo, se presenta como un gran logro de estos años la multiplicación del número de estudiantes en la educación superior. Es cierto, la proliferación de universidades, que en muchos casos no merecen el nombre de tales, ha provocado un aumento explosivo del número de estudiantes. En la actualidad estos superan los novecientos mil.

El examen cualitativo pone en evidencia otras dimensiones que conducen a relativizar fuertemente la significación de los logros cuantitativos. Un aspecto fundamental se refiere al daño

en la autoestima de miles de jóvenes que sienten haber hecho grandes esfuerzos para obtener un título que la sociedad no les reconoce y terminan en labores que poco o nada tienen que ver con el diploma obtenido. Se genera así un sentimiento de frustración difícil de revertir. Miles de familias sienten, a la vez, haber consentido un esfuerzo económico que muchas veces implica largos años de endeudamiento sin ningún retorno. Este es otro de los factores que está en el centro de las movilizaciones estudiantiles del 2011 y que explica el alto grado de solidaridad de los padres con la lucha que protagonizan sus hijos.

La evaluación de lo realizado, desde el punto de vista del país en su conjunto, tiene que hacerse tomando en cuenta dimensiones poco consideradas en los balances corrientes. ¿Cuántos de esos “falsos profesionales” podrían haber tenido un mejor destino para ellos y también para el país si, en vez de orientarlos hacia formaciones universitarias sin destino, hubieran podido adquirir una formación técnica calificada que les hubiese asegurado una mucho mayor empleabilidad? Se trata de preguntas difíciles de responder, que los apologistas del sistema rehuyeron plantearse hasta que la protesta estudiantil puso el tema en el centro de la agenda.

Un ámbito en el cual los déficits son especialmente graves y del cual se habla poco, es el del aporte intelectual en su sentido más general. Es hoy día innegable el vacío que implica haber llegado a un sistema universitario cuya contribución a pensar el futuro de la Nación, a cultivar y a enriquecer el alma del país, se hace cada día más difuso. Esto se expresa en fenómenos poco analizados: la marginalidad de la comunidad intelectual que insiste en pensar el país con una mínima independencia, el empobrecimiento cultural de las elites, el predominio de visiones simplistas cuando no manifiestamente maniqueas que condicionan el sentido común colectivo, especialmente en lo que concierne a la reflexión en materia económica.

El naufragio de la educación pública constituye uno de los principales pasivos de los veinte años de gobierno de la Concertación. Y no se trata de una cuestión de alcance puramente sectorial. Al contrario, la contrapartida de la tragedia de la educación pública ha sido el debilitamiento de valores fundamentales.

Es evidente que Chile cambió mucho durante las últimas dos décadas, pero en varios sentidos en una dirección no deseable. Se deterioraron en el camino los valores republicanos y solidarios, y en ese proceso la transformación de la educación en un gigantesco negocio jugó un papel trascendental. Los costos del triunfo de las fuerzas conservadoras en este plano son enormes y constituyeron una derrota de proporciones para las fuerzas progresistas.

La conciencia generalizada acerca de la mala calidad de la educación chilena ha llevado al presidente Piñera a proponer una nueva reforma. Su discusión recién se inicia. Hay voluntad política de inyectarle una cantidad importante de recursos al sistema. En la elite del país no existe, sin embargo, una preocupación sincera por el futuro de la educación pública. La gran pregunta abierta es si la ciudadanía tendrá la fuerza para ponerla en el lugar que se merece.

### **El desamparo comunicacional<sup>24</sup>**

“No hay mejor política comunicacional que no tener política”, fue la afirmación realizada por el primer encargado de comunicaciones<sup>25</sup>, nombrado por el Gobierno del presidente

<sup>24</sup> Esta es una versión más completa del texto incorporado en Ominami, Carlos. *Chile: una transición paradójica. Notas para un examen crítico*, op cit.

<sup>25</sup> Eugenio Tironi, quien posteriormente se transformaría en un conocido analista y también *lobbyista* de la plaza.



Patricio Aylwin. Esta política terminaría haciendo estragos. Luego de veinte años de transición, el paisaje en materia de medios, especialmente en prensa escrita, es desolador. Un duopolio concentrado domina ampliamente el sector. Copesa y El Mercurio libran entre ellos competencia, pero todo en el marco de líneas editoriales conservadoras. Medios de orientación editorial distinta que jugaban un cierto papel en cuanto configurar un cuadro de mayor pluralismo fueron sistemáticamente desapareciendo a lo largo de estos años. Los ejemplos más destacados fueron el diario *Fortín Mapocho*, *La Época* y el *Diario Siete*, de efímera duración.

El ahogo publicitario fue una razón esencial del fracaso de estos proyectos que no consiguieron nunca autosustentarse financieramente. Los grandes avisadores privados no se equivocaron. Tenían claro que, independientemente de los tirajes alcanzados por los distintos medios, no había que dar lugar a la reconstrucción de un cuadro plural como el que existía en el período anterior al golpe del 11 de septiembre de 1973.

Razones ideológicas e históricas vinculadas a la estrecha relación entre derecha económica y derecha política hacen comprensible esta actuación de parte de los grandes avisadores privados, lo que resulta más grave y difícil de comprender es la ausencia de una política pública destinada a garantizar algo que es sustancial a la democracia: el pluralismo informativo.

No hubo legislación impulsada por los gobiernos que apuntara en esa dirección. Más aún, el aviso público, palanca relativamente poderosa, no fue utilizada para favorecer el restablecimiento de la pluralidad perdida y la gran mayoría de esos recursos fue captada por la cadena El Mercurio. Con ello, las instituciones públicas avisadoras buscaban al menos obtener una cierta neutralidad, cuando no la benevolencia, en el tratamiento periodístico por parte de los medios beneficiados con el aviso.

Se dice que esta situación no habría tenido tantas repercusiones dada la tendencia a la disminución de la importancia de la prensa escrita y la relevancia creciente de la televisión y de un sistema radial que, contra todo pronóstico, ha conseguido no solo mantenerse, sino que incluso expandirse.

El problema no es cuantitativo. Ocurre que, aunque su lectura directa disminuya, la capacidad de la prensa escrita de orientar o "pautear" los contenidos informativos de los otros medios es considerable. De esta forma, aunque en radio y TV pueda existir mayor pluralismo, el oligopolio que domina la prensa escrita ejerce una influencia que va mucho más allá de su lectoría directa. Y, en ese sentido, es muy grave que no se haya podido establecer en materia de prensa escrita un nivel de pluralismo como el que existía hasta antes del golpe. En la actualidad, Chile constituye un caso extremo de democracia con bajo pluralismo.

La manipulación de la sensación de inseguridad, y la evidente exageración de los problemas de ineficiencia y de corrupción por parte de los gobiernos de la Concertación fueron constantes informativas de esos años. Así, contribuyeron a erosionar el prestigio de la acción gubernamental y, de modo más general, alentaron en la población una percepción fuertemente negativa hacia el conjunto del sistema político.

En el caso de la TV, destacan los efectos negativos de la negociación legislativa en torno al canal nacional (TVN) al inicio de la transición.

Aprovechándose de la correlación de fuerzas existentes en el Senado, fuertemente distorsionada por la presencia de los senadores designados, sumada a la debilidad de los negociadores oficialistas, se abrió paso un proyecto de TVN que estableció una adecuada diferenciación entre TV estatal y TV gubernamental, pero que al mismo tiempo le impuso fuertes restricciones, como el cuoteo político y el autofinanciamiento,

a fines de promover el pluralismo y la conciencia crítica de la sociedad<sup>26</sup>.

La introducción de la televisión digital terrestre ofrece posibilidades interesantes para restablecer mayores niveles de pluralismo. La nueva tecnología permite multiplicar el número de canales y, por esa vía, generar mayor competencia y diversidad. Permite también la expresión de realidades tradicionalmente invisibilizadas, como las de las regiones.

Está por verse si esas posibilidades logran materializarse. Los actuales operadōres de canales de TV han manifestado su rotundo rechazo a la apertura del espectro a una mayor competencia. Es normal que así actúen. Defienden el oligopolio que en la actualidad constituyen. Lo grave es que sus posiciones hayan encontrado eco al interior de la propia Concertación. Los intereses en juego son gigantescos. Las fuerzas conservadoras intentan presentar la introducción de la nueva tecnología digital como una cuestión puramente técnica destinada a mejorar la calidad de la imagen. Ojalá pueda abrirse paso a un enfoque distinto, que ponga énfasis en el mejoramiento de la calidad y la diversificación de los contenidos y le permita a Chile alcanzar los niveles de pluralismo indispensables para el funcionamiento de una democracia moderna.

### **Consumidores versus ciudadanos**

Chile celebró su Bicentenario con el sentimiento de que formaba parte de un mundo emergente, que iba hacia arriba, en el cual los hijos tendrían un mejor destino que sus padres. Esto no siempre fue así. Muchos chilenos y chilenas vivieron y murieron con la idea de que “el tiempo pasado había sido

<sup>26</sup> El observatorio de medios Fucatel ha realizado una importante labor crítica en este ámbito.

mejor”. Este es, por lo demás, en la actualidad, un sentimiento ampliamente extendido en muchos países de Europa.

Esta mayor seguridad en sí mismos ha producido un cambio profundo en la forma en que Chile y los chilenos se insertan en el mundo, especialmente en el entorno vecinal. Es sabido que Chile mantenía un gran complejo respecto de la Argentina, nuestro vecino más grande y poderoso.

Confundiendo la imagen del argentino con la del “porteño”, frente a él, el chileno aparecía apocado, más provinciano, sin poder hablar de igual a igual. El arraigado sentimiento de superioridad hacia los bolivianos se reproducía, pero en sentido inverso, respecto de los argentinos. Todo eso ha dejado de ser así.

En alguna parte, el Chile emergente se hace prepotente. La idea del “*Good by Latin America*” o de que somos “una buena casa en un mal barrio” caló hondo. Producto de la prosperidad económica, los chilenos viajan mucho más que antes. Ir al exterior dejó de ser el privilegio de empresarios, gerentes o intelectuales. Es común encontrarse con grupos de chilenos en diversos lugares del mundo. Sus conversaciones muchas veces impresionan por el dejo de superioridad que transmiten respecto de los locales. Proviene de un país valorado en el mundo y lo hacen saber. Ya no hablan despacio como para no ser reconocidos. Dejaron de ser pobres. Ahora compran, consumen y se han vuelto exigentes.

En realidad, las principales instituciones funcionan para producir e incentivar el desempeño individual. En Chile se vive mucho con la idea de que las victorias son individuales y que solo las derrotas son colectivas. Las historias de cómo con el esfuerzo individual se han construido pequeñas y grandes fortunas son ampliamente difundidas. Por el contrario, la lucha social y la organización ciudadana se rodean de algo siempre sospechoso.

Chile es uno de los países en donde la lógica del interés privado se ha llevado a los niveles más extremos. Son muy pocos los países en donde el mercado ha conseguido permear la vida social con tanta profundidad. Hace ya tiempo y de manera flagrante se traspuso en Chile la frontera que debe separar a una “economía de mercado” de una “sociedad de mercado”.

Lo que más importa no es la igualdad frente a la ley o el principio de “un hombre (o una mujer) un voto”. Para una parte importante de la sociedad, el principal derecho a elegir se practica al momento de comprar en el mall, en la cobertura del plan de salud garantizado por la Isapre, en el monto que puede depositar mes a mes en su cuenta personal de ahorro previsional o en el mayor prestigio del colegio privado al cual pueda enviar a sus hijos.

Esto ha conducido a un tipo particular de sociedad, constituida más por consumidores que por ciudadanos. Así, los valores republicanos se resquebrajan, la igualdad se transforma en una quimera y la solidaridad en una actitud circunstancial. Desde esta perspectiva, es más fácil entender el cambio político que se produjo en Chile. Una derecha como la que representa Sebastián Piñera se corresponde mejor con una sociedad dominada por esos valores. La fortuna y el éxito económico tienen un encanto que para muchos es irresistible. Miles de chilenos no son ciudadanos, simplemente porque no les interesa serlo. En esa condición se encuentra una abrumadora mayoría de los jóvenes que no ven en ello ningún interés. No sienten que algo importante para ellos se pueda dirimir en ese espacio.

Chile ha conseguido progresos importantes en la erradicación de una cierta pobreza, la de orden material. Si al finalizar la dictadura, la parte de la población en condiciones de pobreza era casi del 40%, en la actualidad está por debajo del 16%. Sin embargo, hay una pobreza del alma que no

es cuantificable, pero que no parece haber retrocedido. Es el lado B del progreso, constituido por malos sentimientos, como la frustración, la envidia o el resentimiento.

Después de veinte años de ejercicio ininterrumpido del poder era casi inevitable que la Concertación acumulara cansancios, malas prácticas y que la idea de un quinto gobierno no generara entusiasmo, sino más bien un cierto tedio. No son esas, sin embargo, las razones estructurales de su derrota. Sus raíces hay que buscarlas en capas más profundas de la sociedad. Fue esencialmente una mayoría de consumidores la que terminó por derrotar a una coalición que durante años representó políticamente a una mayoría ciudadana.

Es por ello que no comparto la idea de que se perdió por no saber representar a la sociedad que nosotros mismos habíamos creado. El problema es el tipo de sociedad que finalmente construimos, demasiado lejana a nuestras convicciones más esenciales. Esta es una de las grandes paradojas de esos veinte años. Una coalición de centro-izquierda terminó consolidando en la sociedad los valores más caros y fundamentales para la derecha.

Está, sin embargo, por verse la solidez de la gobernabilidad que se construye en una sociedad en donde adquieren tanta fuerza ese tipo de valores. Al perder importancia los ciudadanos que adscriben a visiones más o menos globales, alcanzan una mayor gravitación los electores que se comportan como “clientes”. Estos sienten que con su voto adquirieron un cierto producto que debe cumplir con un conjunto de requisitos vinculados a la eficiencia. La decepción que experimentan muchos votantes del actual presidente Piñera está fuertemente relacionada con este tipo de comportamiento, divorciado de referencias ideológicas compartidas o de afectos profundos hacia la figura del líder.

## La promesa incumplida del desarrollo

Muchas generaciones la vienen escuchando. Los énfasis pueden cambiar, pero los contenidos son finalmente los mismos: dejar en el pasado el atraso y la pobreza, y llegar a ser parte de los grandes de este mundo.

Al inicio de su gestión, el presidente Piñera volvió a insistir en esta meta. Chile puede, en el curso de los próximos diez años, alcanzar el ingreso per cápita de países como España y Portugal, que ya forman parte del primer mundo, aunque en razón de sus crisis no está del todo asegurado que puedan seguir siéndolo en los años que vienen. El objetivo de que Chile sea el primer país de América Latina en lograrlo fue también planteado con gran fuerza al comienzo del Gobierno del presidente Lagos. El compromiso era extremadamente preciso. Chile debía festejar su Bicentenario en el 2010 como Nación independiente habiendo accedido al desarrollo. Asimismo, en diversas oportunidades, el general Pinochet justificó los sacrificios que se hacían en el país, especialmente por parte de los más pobres, en aras de alcanzar esta meta.

Se trata de un muy antiguo anhelo. En las últimas décadas del siglo XIX, el triunfo de Chile en la guerra del Pacífico en contra de la Confederación Perú-boliviana le permitió anexarse importantes y ricos territorios. Como lo consignan muchos historiadores, este hecho, sumado al *boom* del salitre, generaron una ola de optimismo respecto a las posibilidades de la economía nacional. Todavía quedan en el centro y norte de Chile vestigios de la riqueza que inundó al país. La profusa literatura al respecto responsabiliza al entreguismo y a la alta propensión al consumo de las clases pudientes o, para decirlo

en términos modernos, a la incapacidad para transformar la abundancia en inversión productiva, y esta, en crecimiento y desarrollo.

Surgió así la tesis de “Chile: un caso de desarrollo frustrado”<sup>1</sup>, formulada brillantemente por Aníbal Pinto Santa Cruz. Sus conclusiones apuntan en una doble dirección. Por una parte, constata que en Chile se verificaron razonablemente todas las condiciones que, según las teorías liberales, hicieron posible que otras naciones pudieran desarrollarse: un comercio exterior fluido, ausencia de interferencias estatales que entrabaran el despliegue de las fuerzas naturales del mercado, niveles altos de desigualdad para facilitar el ahorro de los más acomodados y la existencia de un Estado que garantizaba la paz y el orden. Por la otra, se ubica lo que Pinto denomina la “gran contradicción” entre una superestructura política relativamente avanzada y la debilidad del proceso de ampliación de la capacidad productiva.

La reiteración de la historia, la frustración del desarrollo, es una posibilidad que ha vuelto a revivir durante los últimos años. Cada vez que una crisis internacional golpea al país el tema renace. Así ocurrió a finales de los noventa con la crisis asiática que impactó con fuerza en Chile, poniendo fin a un ciclo de quince años de crecimiento alto e ininterrumpido. El punto más álgido en esta reversión del ciclo se vivió en 1999, año de elecciones presidenciales, con un crecimiento negativo de menos del 1%.

La crisis financiera internacional, generada por el colapso de las hipotecas *subprime*, tuvo también un fuerte impacto en la economía chilena. Aunque su efecto fue más concentrado en el tiempo, puntualmente alcanzó una mayor intensidad, provocando en el 2010 una caída del PIB que alcanzó a 1,5%.

<sup>1</sup> Pinto Santa Cruz, Aníbal. *Chile: un caso de desarrollo frustrado*. Santiago: Editorial Universitaria, 1959.

La posibilidad de que Chile alcance el desarrollo no es una ilusión lírica sin base real. Chile tiene condiciones para superar el subdesarrollo. Lograrlo supone, sin embargo, la generación de dinámicas de diversificación productiva e integración social, hoy día prácticamente inexistentes. No se accede al desarrollo alcanzando simplemente, como han sostenido muchas autoridades, un determinado nivel de ingreso per cápita situado en los veinticinco mil dólares, correspondiente al promedio de los países de la OCDE. Los requisitos para acceder al desarrollo son más exigentes. Es por eso que la posibilidad de terminar en una nueva frustración plantea una discusión actual y pertinente.

### **Las grandes reformas de los setenta**

Hay distintos tipos de dictaduras. Por ejemplo, las enteramente inútiles, como la argentina que se instaló en 1976, y aquellas que logran imponer programas de transformaciones que la sociedad demandaba desde hacía tiempo. La chilena corresponde a este segundo caso. Las transformaciones estructurales que esta emprendió a mediados de los setenta eran imprescindibles y, tarde o temprano, debían ponerse en práctica. Un gobierno democrático habría tenido que enfrentar esa necesidad, introduciendo naturalmente una gradualidad y unos cuidados que estuvieron fuera de las preocupaciones de los militares y de los economistas de Chicago que asumieron la conducción de este proceso. El costo social de las reformas emprendidas por el régimen fue brutal en materia de empobrecimiento y ampliación de las desigualdades. Muchos empresarios dejaron de serlo. Las clases medias tradicionales se proletarizaron. Muchos obreros cayeron en la marginalidad. Los pobres se hicieron más pobres.

En una economía pequeña, como la chilena, el modelo de desarrollo endogámico hacía años que estaba en crisis. Eran muchas sus vulnerabilidades. La principal se refería a la restricción externa, que se expresaba en el hecho de que su demanda por importaciones de bienes intermedios y de capital era mucho mayor que sus capacidades de exportación, lo que al final se manifestaba en una tendencia permanente al estrangulamiento del sector externo. Las fuentes de divisas dependían crucialmente de las exportaciones de cobre, cuyos precios internacionales registraban fuertes oscilaciones. La producción manufacturera, que resultaba de la lógica de la sustitución de importaciones, no alcanzaba, ni con mucho, los niveles de competitividad necesarios para proyectarse en el mercado externo. Este modelo de desarrollo no era autosustentado y estaba afecto a recurrentes crisis. Es mérito de grandes intelectuales, como Aníbal Pinto y Fernando Fajnzylber<sup>2</sup>, haber identificado con precisión las insuficiencias del modelo económico vigente en el país. Desgraciadamente, sus análisis no alcanzaron a transformarse en una propuesta de estrategia alternativa de desarrollo.

La crisis alcanzó su paroxismo durante el Gobierno del presidente Allende. La reactivación por el consumo hizo posible un importante aumento de la actividad durante el primer año de aplicación de esta estrategia, en 1971. En ausencia de inversiones y en un cuadro político extremadamente convulsionado, agravado por el boicot empresarial, la escasez se expresa a partir de 1972 con una enorme virulencia. El desabastecimiento y el mercado negro hacen su aparición, ayudando a crear condiciones propicias para el golpe de septiembre de 1973.

---

<sup>2</sup> "Considerations for the formulation of strategies for export of manufactures". CEPAL, Santiago de Chile, 1971. (En español en Nolfi, Max. *El desarrollo industrial latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1974).

Al interior del Gobierno militar, la estrategia económica a seguir es objeto de un debate crucial. Algunos piensan el golpe como un proceso de restauración de las condiciones anteriores. Otros argumentan que esta es la ocasión propicia para que el país adopte un nuevo camino, poniendo en práctica reformas profundas en todos los órdenes. Esta es la tesis que finalmente se impone.

En diversos trabajos analizamos en detalle<sup>3</sup> estas reformas. Desde el inicio sostuvimos que se trataba de una verdadera revolución capitalista, que buscaba alterar muy profundamente los parámetros tradicionales de funcionamiento de la economía chilena. Es efectivo que estas reformas no operan en forma lineal y que en su versión neoliberal más dura y convencional sufrieron un fuerte revés con la crisis de principios de los ochenta, con una caída apocalíptica del 14% en el PIB de 1982 y la quiebra generalizada del sistema bancario. Es sabido también que la recuperación posterior a 1984 se hace en base a una combinación de políticas más pragmáticas y heterodoxas. Allí radicó el mérito de Hernán Büchi, el ministro de Hacienda que condujo a la reactivación de la economía luego del colapso de principios de los ochenta.

De cualquier forma, hay un núcleo básico de reformas estructurales que se puso en práctica durante el régimen militar y que son fundamentales para entender el auge que alcanza la economía chilena. Se trata, de manera muy esquemática, de tres grandes áreas de reforma. La primera apunta al restablecimiento de los grandes equilibrios macroeconómicos, buscando controlar progresivamente la inflación, flagelo histórico de la economía nacional. La segunda, a la apertura de la economía al mundo, generando una competencia externa que implicó una muy drástica y dolorosa recomposición del

---

<sup>3</sup> Guardia, Alexis; Lanzarotti, Mario; Ominami, Carlos. "Principios de estrategia alternativa". Mimeografiado. Chantilly, 1982.

aparato productivo interno. Y la tercera introdujo una fuerte reducción de las formas de intervención públicas, abriendo paso a masivos procesos de privatización de activos y funciones estatales.

Los mejores desempeños de la economía chilena bajo la dictadura se obtienen durante la segunda mitad de los ochenta. En ese período la tasa promedio de crecimiento alcanza el 6%. Allí nace la leyenda del “milagro chileno”. Los resultados de Chile contrastan con los registrados por la mayoría de los otros países de América Latina que protagonizan la llamada “década perdida”.

Para muchos fue difícil admitir el hecho de que la dictadura había puesto en práctica reformas que le permitían a la economía chilena recuperar un dinamismo que hacía mucho tiempo había perdido. La explicación de estos resultados no puede remitirse a las bondades generales de las políticas neoliberales, sino a las condiciones específicas en que estas fueron ejecutadas. Chile se benefició de una aplicación precoz de esas reformas. Cosechó de esa manera una cierta ventaja de oportunidad que resultaba de abrirse allí donde una buena parte de las economías se mantenían cerradas. Por otro lado, el tamaño pequeño de Chile hacía más fácil su integración al mercado internacional. Una apertura semejante por parte, por ejemplo, de una economía como la brasileña, habría sido mucho más difícil de absorber. Chile tenía además algunas condiciones iniciales que le daban una viabilidad que estas mismas políticas no fueron capaces de mostrar al aplicarse en otros países. La disponibilidad de un cierto capital humano con niveles mayores de educación que la media de los países en desarrollo y la existencia de un Estado con bajos índices de corrupción jugaron un papel importante a la hora de poner en marcha esas transformaciones. A lo anterior hay que agregar la necesidad apremiante de la comunidad financiera internacional y de los

organismos multinacionales de poder mostrar una experiencia que funcionara, un paradigma a seguir, un modelo a proponer. Chile jugó ese papel de buen alumno del curso que se inició con la dictadura y se fue perfeccionando durante la transición a la democracia.

### **La economía política de la transición**

Es casi un lugar común señalar que un gran mérito de la Concertación en el plano económico fue haber mantenido inalterado el modelo heredado de la dictadura. Confluyen en esta apreciación distintos sectores: de derecha, para hacer ver que el proceso que generaron era tan potente que la Concertación no pudo ponerlo en cuestión; de izquierda, para validar la tesis de que, finalmente, con la democracia nada cambió demasiado<sup>4</sup>.

La realidad es más compleja. Puedo hablar con algo de conocimiento de causa por mi condición de ministro de Economía entre marzo de 1990 y octubre de 1992. Los veinte años de gobiernos de la Concertación no son un continuo. El Gobierno encabezado por el presidente Aylwin fue el más progresista de todos, por de pronto, en materia económica. Desafiando la ortodoxia, impulsó y sacó adelante una reforma tributaria con aumentos de los impuestos a las utilidades de las empresas, a las tasas marginales al impuesto a las personas y al IVA. Esta fue, por muy lejos, la iniciativa más redistributiva concretada durante los veinte años de gobiernos de la Concertación. Con posterioridad, lo que se ha puesto en práctica han sido mini contrarreformas, como la rebaja en la tasa máxima

<sup>4</sup> Más aún, según algunos, con la Concertación se legitimó el modelo económico de la dictadura de Pinochet (ver Fazio, Hugo; Parada, Magaly. *Veinte años de política económica de la Concertación*. Santiago: Lom Ediciones, 2010).

de tributación a las personas o la eliminación del impuesto a las ganancias de capital. Asimismo, del Gobierno de Aylwin datan las principales reformas laborales que la democracia consiguió introducir para intentar, sin éxito, equilibrar las relaciones de fuerza en el mercado laboral<sup>5</sup>.

Todo esto en un cuadro en el cual el mandato de la presidencia de la república a la dirección económica era simple y preciso: acompañar funcionalmente, sin conflictos, el proceso de transición que debía tener en la transformación de la institucionalidad política, el restablecimiento de la vigencia de los derechos humanos y la reinserción de Chile en el mundo, sus ejes centrales.

El gran dinamismo económico constituyó un éxito inesperado. Al inicio, estaba lejos del horizonte de posibilidades que la democracia pudiera mejorar las tasas de crecimiento registradas durante la segunda mitad de los ochenta. Incluso la posibilidad de que estas se mantuvieran generaba serias dudas, y esto por un conjunto de factores: la dificultad que —se estimaba— tendría la naciente democracia para enfrentar presiones reivindicativas por largo tiempo contenidas, la inexperiencia de las nuevas autoridades, marginadas durante largos años de la conducción del país, y la sospecha ampliamente dominante en el medio empresarial chileno de que la nueva coalición tendría un fuerte componente de populismo, demagogia e incompetencia.

El éxito de la economía de la transición resultó de la adopción de un conjunto de decisiones estratégicas. Una primera fue asumir que las tres grandes áreas de reforma que habían sido emprendidas en el período anterior no iban a ser objeto de reversión. No se trataba aquí de un acomodo oportunista

---

<sup>5</sup> Navia y Madrid destacan que durante el período del presidente Aylwin fue donde se observa el mayor aumento en el gasto social y un énfasis en la reducción de la pobreza. Op cit.

a una necesidad de la contingencia. Quienes tuvimos la responsabilidad de la dirección económica no teníamos dudas de que el control de la inflación era un objetivo importante, que la macroeconomía y las finanzas públicas debían estar en orden, que la economía debía abrirse porque no tenía sentido volver a proteger a un oligopolio nacional poco competitivo y que el Estado debía especializarse, concentrando su acción en aquellos ámbitos, que no son pocos, en los cuales su presencia es completamente imprescindible.

Esta decisión tuvo el gran mérito de poner en evidencia que en Chile se había generado un consenso en torno a un conjunto de principios que han llegado a formar parte del sentido común contemporáneo respecto de una adecuada gestión de la economía. No se trataba aquí de rendirse frente al Consenso de Washington o a la ideología neoliberal.

El nuevo consenso se podría sintetizar en el reconocimiento de la importancia de contar con una economía de mercado dinámica, competitiva y justa en la distribución de los beneficios del crecimiento. Constituye un grave error equiparar la apertura o el rigor macroeconómico con el neoliberalismo, como desgraciadamente muchos lo hacen. El neoliberalismo es una variante extrema de la economía de mercado que presenta dos especiales características generadoras de efectos muy perniciosos. Por una parte, el fundamentalismo de mercado, que lo lleva a invadir áreas como la salud y la educación, en donde la provisión de bienes públicos no puede orientarse —sin producir graves desequilibrios— por una lógica esencialmente mercantil. Por otra parte, es propio de los enfoques neoliberales asignar un privilegio desmedido, por sobre cualquier otra consideración, al aporte del capital en la creación de riqueza. Esta convicción condiciona las principales definiciones del neoliberalismo. Así, busca reducir al máximo las regulaciones públicas consideradas como obstáculos al desarrollo de las iniciativas empresariales.



Para que estas prosperen propone que los impuestos sean lo más bajos posible. En esta misma lógica se justifica la represión al movimiento sindical que, en este enfoque, representa un actor generador de presiones corporativas y rigideces que dificultan el adecuado funcionamiento del mercado. Y como el capital es considerado el principal factor de producción, se promueve la privatización masiva de modo de abrirle los más amplios espacios a su desarrollo.

El programa del primer Gobierno de la Concertación estaba lejos del neoliberalismo. Las debilidades frente a este modo de pensar y la importante influencia que logró vinieron después. Durante el Gobierno del presidente Aylwin se aumentaron los impuestos, se restablecieron —al menos parcialmente— algunas conquistas salariales que encarecieron el costo del despido<sup>6</sup>, se aumentó significativamente el salario mínimo, se establecieron regulaciones en áreas clave, como el ingreso de capitales de corto plazo mediante el establecimiento del encaje, y se detuvo la ola de privatizaciones.

En la línea de sustraer a la economía del campo de la confrontación política, se adoptó una decisión compleja que implicó tomar distancia con compromisos programáticos y validar prácticas que habían sido fuertemente criticadas durante la gestión militar: las privatizaciones de empresas públicas.

El programa de privatización se aceleró durante los últimos años del Gobierno militar. Desde la oposición se levantaron objeciones de fondo y fuimos muy críticos respecto de los procedimientos empleados para ello. Diversos trabajos<sup>7</sup> probaron

---

<sup>6</sup> Aumentando, por ejemplo, de cinco a once meses el tope de las indemnizaciones a ser pagadas por el empleador en caso de despido.

<sup>7</sup> Uno de los más difundidos fue el preparado por Mario Marcel *La privatización de empresas públicas*. Notas técnicas. Cieplan, Santiago de Chile, CL N° 125, enero 1989, que puso de manifiesto las fuertes pérdidas que este proceso representó para el patrimonio público.

que este proceso vulneró normas básicas en materia de transparencia y probidad. De hecho, en muchos casos, estas operaciones se hicieron buscando beneficiar a universos acotados de adeptos al régimen, como los propios funcionarios de las FF.AA. o los administradores ocasionales de esas empresas. Los precios a que estas fueron vendidas estuvieron, de manera sistemática, por debajo de sus valores libro y de sus valores de mercado. El sentimiento de que se le estaba infligiendo al Estado de Chile una lesión enorme era ampliamente predominante en las filas de la oposición que comprometió la revisión del proceso una vez que llegara al poder. *Sotto voce*, estas críticas eran compartidas por sectores empresariales que no se habían involucrado en estas prácticas y no veían con buenos ojos la transformación de algunos ex ejecutivos de empresas que habían sido privatizadas en sus nuevos y flamantes dueños.

De acuerdo a lo establecido en el programa, una vez instalado el nuevo Gobierno, en mi condición de ministro de Economía y presidente del Consejo de la Corporación de Fomento (Corfo), instancia que había sido, por cuenta del Estado, la dueña y administradora de las empresas privatizadas, ordené una auditoría para determinar los costos y la calidad de los procedimientos involucrados en este proceso. No fue simple generar los recursos para financiarla y, menos aún, asegurar el acceso y la disponibilidad de la información necesaria. Muchos antecedentes habían desaparecido. Los ejecutores de estas operaciones tuvieron el tiempo para borrar huellas y, sobre todo, eliminar pruebas que hubieran podido ser expuestas en tribunales en contra de quienes resultaran responsables por los enormes daños causados al patrimonio nacional.

A pesar de todas las dificultades, se logró producir un informe, encabezado por el abogado Manuel Valenzuela Béjar, que comprobaba la veracidad de lo que se había denunciado

respecto a falta de probidad y transparencia y la presunción de enriquecimiento ilícito por parte de algunos funcionarios que habían, desde el Estado, participado del proceso de privatización. Con un borrador en la mano inicié consultas al interior del Gobierno, en el Congreso con parlamentarios cercanos y en el Partido Socialista.

Las opiniones que obtuve eran todas convergentes en el sentido de que se trataba de un asunto en extremo delicado que debía ser manejado con gran prudencia. Nadie me incentivó a profundizar en la investigación que habíamos comenzado. La opinión más clara y explícita provino del ex ministro Boeninger en una conversación a la cual me invitó en su despacho. Crucé a La Moneda un día en la tarde, cuando ya había terminado el ajetreo diario. La guardia de Palacio tenía todavía algunos problemas para reconocermé. En todo caso, muy rápidamente estábamos sentados los dos solos en la amplia oficina del ministerio Secretaría General de la Presidencia. Estaba prácticamente igual a como la había visto cuando, por primera vez, en mi condición de ministro de Economía designado por el nuevo Gobierno, concurrí a una reunión organizada por Carlos Cáceres, ministro del Interior, y el general Jorge Ballerino, responsable de ese ministerio, para organizar la transmisión del mando a los nuevos ministros. Edgardo no era una persona preocupada por esos detalles. No era tampoco hombre de muchos rodeos. Fue directo al hueso. Su argumento era simple: teníamos que cumplir con la orientación presidencial de hacer que la economía ayudara a la fluidez del proceso de transición. La apertura de un conflicto en este ámbito traería consigo múltiples problemas. Por de pronto, abriríamos un frente de batalla con parte del mundo empresarial que estábamos consiguiendo neutralizar. Un debate sobre privatizaciones y estatizaciones reviviría viejos fantasmas de la sociedad chilena. Una acción en esta dirección podría tener

pocos efectos prácticos por la dificultad de aportar pruebas concluyentes en los juicios correspondientes en los tribunales, los que tendrían, sí, el efecto de agriar el debate público. Transmitiendo una gran convicción y sentido de la autoridad, me hizo ver lo delicado de mi situación como representante de la izquierda socialista en el gabinete. Todo el esfuerzo que yo personalmente había hecho para dejar en evidencia la sinceridad del proceso de renovación del socialismo quedaría anulado. Para muchos, comenzando por la gran prensa, sería fácil mostrar que, finalmente, los socialistas éramos los de siempre: estatistas y vengativos.

Lo escuché con mucha atención. No quise o no me atreví a preguntarle si hablaba a nombre del presidente. Me pareció obvio que en esto no actuaba por sí mismo. Mientras argumentaba, pasaban por mi cabeza diversas imágenes: el Boeninger duro, decano de la Facultad de Economía que nos devolvía una mirada despectiva a los estudiantes de izquierda que nos manifestábamos en su contra en una concurrida asamblea; el Boeninger virulento, transformado en un gran opositor al Gobierno del presidente Allende desde la rectoría de la Universidad de Chile. Me acordé también del ex rector que, luego del golpe, manifestaba su preocupación por la represión que se abatía sobre profesores y estudiantes de la universidad y del incansable articulador de acuerdos en el campo de la oposición durante los ochenta.

Como no se trataba de una reunión formal, no estaba obligado a entregar una respuesta formal. Le dije que era perfectamente consciente de lo delicado del tema y que compartía su criterio de no multiplicar los frentes de conflicto. Pensé mucho los días siguientes y llegué a la conclusión de que debía actuar con gran prudencia, porque así las circunstancias lo exigían, y de que no disponía de un mandato claro para actuar de otra forma.

En abril de 1991 cumplí con mi obligación de informar al país de los resultados de nuestra investigación. Lo hice en una sesión especial de la Cámara de Diputados. Concurrí solo, sin la compañía de ningún ministro, como se usa cuando el Gobierno quiere manifestar una clara voluntad colectiva. El informe contenía juicios severos sobre lo obrado por el régimen militar en este terreno. Estaba dejando testimonio de que éramos conscientes de las irregularidades cometidas, que sabíamos que muchas empresas se habían vendido por debajo de su valor, utilizando en algunos casos su propia liquidez para financiar la compra, y que el patrimonio público había sufrido un importante perjuicio. Pero no estaba en nuestro ánimo iniciar un proceso de revisión de esas operaciones que pudiera conducir a declarar su nulidad. Aunque han pasado ya veinte años, recuerdo todavía las caras atribuladas de algunos diputados que se daban cuenta de que estábamos en un callejón sin salida y que protagonizábamos un acto puramente testimonial. No obstante la gravedad de los juicios contenidos en el informe, se acordó sin más discusión pasar estos antecedentes a la comisión de Economía. Por mi parte, los puse también a disposición de la Contraloría General de la República. El mismo día de mi intervención me llamó Edgardo a mi casa por el citófono presidencial para felicitarme por la brillantez de mi exposición, la prudencia con que había conducido este complejo asunto, y para decirme que con esto estaba haciendo un gran aporte a la transición a la democracia en que estábamos empeñados. Le respondí que sentía que cumplía con mi deber y que ojalá se entendiera bien el gesto que hacíamos. De todas formas me quedé con un sabor amargo, porque algo me decía que habíamos sido débiles y condescendientes.

En los diecisiete años de dictadura, la mayoría de los empresarios había logrado construir una relación muy estrecha con el Gobierno. Lo consideraban su Gobierno y muchos no

se resignaban a tener que enfrentar una nueva situación. Viví muy de cerca los esfuerzos hechos por algunos importantes empresarios para recrear las formas anteriores de relación. Recuerdo bien el intento desplegado por tres de ellos, considerados como los principales “fácticos” de la dictadura: Hernán Briones, Ernesto Ayala y Eugenio Heiremans. Me invitaron a comer a la casa del primero ni más ni menos que con Hernán Büchi, ex ministro de Hacienda de Pinochet y candidato presidencial de la derecha en 1989. La idea era, según me explicaron, mantener un diálogo político técnico que permitiera asegurar una conducción coherente del proceso que se iniciaba y que ellos miraban con mucha inquietud. Hernán Büchi, con gran influencia en el medio empresarial, era muy crítico de la mayor parte de las medidas que nosotros impulsábamos, en particular las tributarias y laborales. Ambos expusimos nuestros argumentos ante la mirada atenta de los tres anfitriones. A poco andar, era evidente que teníamos diferencias insalvables y que la discusión más que técnica era política y que estos tres influyentes empresarios tenían que entender que los tiempos definitivamente ya no eran los mismos y que lo que antes podía considerarse casi obvio, en la actualidad podía ser objeto de una mirada distinta. No llegamos a ningún acuerdo, pero avanzamos al menos en la generación de un mayor respeto mutuo. Valoraron mi franqueza y quedó establecida una relación que se mantendría por años y que sirvió para enfrentar algunos episodios críticos.

Tuve también experiencias mucho más ásperas. Convencido de que podía actuar de cualquier manera, un importante empresario llegó un día furioso al ministerio pidiendo a los gritos conversar conmigo. Me negué a recibirlo. Al poco rato sonó el citófono presidencial. Era ni más ni menos que el presidente Aylwin que me llamaba para hacerme presente la gravedad de la queja que estaba presentando el empresario en cuestión.

El problema se suscitaba en una publicación reciente del Servicio Nacional del Consumidor, que informaba de los resultados de un estudio sobre algunas industrias de la alimentación. Este demostraba, con estudios de laboratorios especializados, que algunas empresas, entre ellas la perteneciente al empresario en cuestión, no cumplían con normas mínimas y que, por la mala calidad de las aguas utilizadas, las muestras analizadas mostraban contenidos fecales. Este tipo de estudio, que era toda una innovación en el Chile de esos años, atrajo la atención de los medios, incluida la TV. Los reportajes eran muy negativos para las industrias que no habían pasado la prueba. En vez de producir explicaciones confiables y dar garantía de que esos hechos no volverían a producirse, sus alegatos apuntaban a que no habían sido prevenidos de que estos exámenes tendrían lugar y a la difusión pública de sus resultados.

En mi conversación con el presidente, le hice ver que el ministerio había actuado con total buena fe, que la realización de estos estudios y su divulgación posterior eran un compromiso gubernamental con los sufridos consumidores nacionales y que era inaceptable la queja de que las empresas no habían sido advertidas previamente. El presidente aceptó mis argumentos y me reiteró su confianza.

Parte importante de mis treinta meses en el ministerio de Economía los consagré a explicar lo que estábamos haciendo, a mostrar cómo la apertura política podía compatibilizarse con la apertura económica. En mis encuentros con empresarios en las diversas regiones del país percibía mucha expectativa, pero advertía también mucho escepticismo.

Más de una vez, algún empresario despistado me hizo llegar textos enteramente redactados de resoluciones administrativas o de proyectos de ley que, según sus autores, eran indispensables para... ellos mismos. Pero, definitivamente, los

tiempos habían cambiado, aunque a varios les costó adecuarse a ello. No éramos un simple buzón destinado a atender sus reivindicaciones, ni menos sus empleados.

En ese período se adoptaron otras dos decisiones estratégicas que fueron fundamentales para asegurar el éxito económico de la transición. La primera tuvo que ver con la apertura de las puertas del país a la inversión extranjera. Conscientes de la desconfianza de la mayor parte del mundo empresarial y de los riesgos que eso implicaba desde el punto de vista de nuestra necesidad de asegurar altos niveles de inversión y de creación de empleos, realizamos un paciente trabajo de diálogo y atracción de inversionistas extranjeros. Practicamos el mismo principio que posteriormente haría tan famoso a Deng Xiaoping: “Da igual el color del gato, lo importante es que cace ratones”. Tendríamos, en consecuencia, una política no discriminatoria, y si los empresarios chilenos, por razones políticas, arrastraban los pies, no tendríamos problemas con que fueran empresas extranjeras las que aprovecharan esas nuevas oportunidades. Esta “falta de nacionalismo” nos fue en más de una ocasión reprochada. En todo caso, los resultados de esta decisión fueron sorprendentes. Los sectores más refractarios del empresariado nacional sintieron que esto iba en serio y que una actitud obstructiva o pasiva podía significarles altos costos. Por otra parte, fueron muchas las empresas extranjeras las que, con la garantía de la democracia, comenzaron a invertir en Chile, generando un flujo de inversiones que llegó a representar más de un tercio de la formación bruta de capital.

La otra decisión de gran impacto fue la sincronización de los tiempos económicos con los tiempos políticos. Se trataba de ir de menos a más, de terminar en 1993 con una economía en plena expansión que permitiera enfrentar con éxito la próxima definición presidencial. Esto supuso adoptar definiciones dolorosas e impopulares. Concretamente, el pago de

la deuda social, gran promesa de campaña, se hizo de manera mesurada y vía aumento de la tasa de interés, y el control del gasto público se ajustó a la economía. Desesperado por el creciente riesgo de perder el plebiscito de octubre de 1988, el Gobierno militar había abandonado los principios de rigurosidad fiscal, resultado de lo cual la democracia heredaba una economía recalentada que era preciso enfriar. Esta fue la línea que adoptamos con Alejandro Foxley, ministro de Hacienda al interior del equipo económico.

Esta decisión pudo haberme costado cara. En octubre de 1990, en un Consejo de Gabinete al cual asistí sin ninguna advertencia previa, el presidente Aylwin, visiblemente molesto, contó que había tenido una conversación con un grupo de personas que espontáneamente le presentaron su disconformidad con la política económica que se estaba practicando. Al final de su intervención dijo, más o menos literalmente, que compartía esas apreciaciones porque “no había sido elegido para llevar a la práctica esa política”. Luego, sobrevino un silencio sepulcral. Foxley estaba fuera de Chile. Debía responder yo. Tomé la palabra y le dije que entendía sus preocupaciones, pero que para asegurar un mejoramiento durable de la situación de los más débiles, la economía debía sustentarse en bases sanas. Explicué cómo el Gobierno militar había terminado en el populismo y la demagogia que tanto criticaban y que si nosotros continuábamos por esa senda podríamos tener buenos indicadores en 1990 y 1991, pero nos veríamos obligados a enfrentar las elecciones de 1993 con mayor inflación y menor crecimiento. La economía chilena necesitaba un ajuste y era imprescindible hacerlo ahora. Probablemente, más de algún ministro se quedó con dudas, pero lo concreto es que ninguno se manifestó.

El presidente me miró fijamente, tratando de ponderar la coherencia de mi argumentación y, sin comentario, solo con

un alza de hombros que quería decir algo como “así será”, cambió de tema.

En el equipo económico nos sentimos respaldados para continuar con nuestro diseño, que hizo que en 1990 la economía creciera poco y el desempleo aumentara respecto del nivel en que lo había dejado el Gobierno militar. Era necesario perseverar y apretar los dientes en espera de tiempos mejores que, sabíamos, no tardarían mucho en llegar.

### **Irrumpe el jaguar latinoamericano**

Tuvimos razón. A medida que se fueron disipando las dudas sobre la seriedad de la conducción económica, muchos proyectos de inversión que estaban paralizados por la incertidumbre política comenzaron a ejecutarse. La inversión extranjera aumentó rápidamente.

La reconciliación entre democracia y rigor económico comenzaba a ser posible. En Chile y en la comunidad financiera internacional estaba muy presente el fantasma que venía de Argentina de un presidente Alfonsín de gran sensibilidad social, pero incapaz de gestionar la economía, lo que lo había conducido, luego de un resonante triunfo en las urnas a finales de 1983, a terminar pactando el acortamiento de su mandato por falta de gobernabilidad. Un Gobierno que iniciaba el retorno a la democracia y que había concitado un gran respaldo popular terminaba arrinconado por la hiperinflación. No queríamos eso para Chile.

La vuelta a la democracia en Chile suscitó una gran ola de simpatía en todo el mundo. La verdad es que todos los grandes países deseaban que a Chile le fuera bien. El presidente Mitterrand, de Francia; el canciller Kohl, de Alemania; el primer ministro Kaifu, de Japón, nos manifestaron desde el principio

su apoyo irrestricto. Luego de despejados algunos problemas puntuales, derivados de la imposición norteamericana al Gobierno militar de una abusiva Ley de Propiedad Industrial —cuya modificación me tocó tramitar en el Congreso—, las relaciones con los EE.UU. se ubicaron también en la senda de una cooperación amplia y positiva. Tuve oportunidad de ser parte de la comitiva del presidente Aylwin en su visita de Estado a Washington DC. Fui testigo de la disposición del presidente Bush padre, manifestada formalmente en la mítica Oficina Oval, de iniciar un proceso que le permitiera a Chile firmar un Acuerdo de Libre Comercio con los Estados Unidos, lo que se concretaría diez años más tarde, en el Gobierno del presidente Lagos.

La apertura política generó una relación virtuosa con la apertura económica. El Chile democrático, riguroso en su manejo fiscal y respetuoso de sus compromisos internacionales, se transformó rápidamente en una buena compañía. Suscribimos acuerdos comerciales con los principales países de la región. Con mucha cámara y reflector suscribimos un Tratado de Libre Comercio (TLC) con México, que en esa época era claramente el país de moda, ejemplo de modernidad en América Latina y el único que se aprestaba a suscribir un TLC con los Estados Unidos.

Este proceso de apertura negociada, que completaba la apertura unilateral del período anterior, abrió nuevos horizontes. El empresariado nacional descubría las potencialidades de la democracia. Se abrían puertas que habían permanecido cerradas durante años. Chile ya no era un paria en la escena internacional. Los negocios se podían dar la mano con los ideales democráticos. Los extranjeros que se habían animado a invertir en Chile bajo el Gobierno militar podían salir del ostracismo y adquirir derecho a participación plena en los salones de la democracia.

Todo esto tuvo una manifestación concreta en el desarrollo exportador chileno, que adquirió una renovada importancia y se convirtió en una palanca fundamental del fuerte crecimiento que experimentó Chile, hasta la crisis asiática de finales de los noventa.

El auge de las ventas chilenas al exterior no fue solo cuantitativo. Basados en el conocimiento de muchas experiencias de desarrollo en otras regiones, buscamos transformar un planteamiento académico<sup>8</sup> en una definición de estrategia de crecimiento. La segunda fase del desarrollo exportador surgió como una propuesta de política pública que buscaba generar una estructura productiva homogénea y dinámica capaz de autosustentarse. Nada más lejos de este planteamiento que buscar copiar mecánicamente la experiencia de los países de industrialización reciente del sudeste asiático, lo cual había constituido la gran novedad de los años setenta. Chile debía optar por una estrategia distinta a través de una agregación creciente de valor a sus recursos naturales. En consecuencia, no se trataba de generar una especialización manufacturera artificial, sino de crear las condiciones para una mayor incorporación de tecnología y trabajo calificado a un conjunto de recursos que se exportaban con muy escasa elaboración.

El auge exportador chileno tenía como base el cobre, las frutas, la pesca y el sector forestal. Como regla general, con la excepción de la gran minería del cobre, se trata de sectores que generan un tipo de estructura productiva altamente heterogénea y una relación salarial marcada por la precariedad. La fruticultura y el sector forestal son los mejores ejemplos de esta realidad. Abunda allí un trabajo poco calificado, muchas veces solo temporal y con escasa protección social. Esto explica que, a pesar del dinamismo que puedan exhibir dichas

<sup>8</sup> Ominami, Carlos; Madrid, Roberto. *La inserción de Chile en los mercados internacionales*. Santiago: Prospel-Cesoc, 1989.

actividades, se reproduzcan condiciones de atraso y pobreza de una parte importante de la masa salarial allí incorporada.

Se trata además de procesos de trabajo que, en muchos casos, generan efectos negativos para la salud de los trabajadores por el uso masivo de pesticidas y otros productos altamente tóxicos. En el caso de la minería, se presentan también serios problemas ambientales por la contaminación con arsénico y la instalación de tranques de relave en lugares que representan amenazas para las poblaciones. Por su parte, el sector pesquero evidenciaba ya en esa época notorios signos de agotamiento de algunos de sus principales recursos como resultado de la sobreexplotación.

La segunda fase se concebía como una respuesta a la heterogeneidad productiva, el daño ambiental y la precariedad salarial. Un uso racional e intensivo de los recursos le permitiría al país obtener mayores retornos, un mejoramiento de las condiciones laborales y un relajamiento de la presión que se ejercía sobre el medio ambiente y la disponibilidad de recursos. Así, por ejemplo, era absurdo que el país continuara exportando madera en bruto (rollizos) o que lo esencial de la industria forestal se dedicara a la producción de celulosa, en consecuencia que la exportación de maderas elaboradas, de casas prefabricadas o de muebles, podía generar, con menos cantidad de materia prima, mayores ingresos y trabajo más estable y mejor remunerado respecto al que ejecutan los trabajadores de los predios forestales.

A partir de estas definiciones se fue adoptando un conjunto de políticas que, de un modo un tanto tímido, representaban una ruptura con los enfoques neoliberales. En realidad estábamos todavía muy lejos de restablecer una cierta idea de “política industrial”, concepto que había sido denigrado como símbolo de un estatismo anacrónico que debía ser desterrado para siempre.

El esfuerzo desplegado desde el Gobierno se orientó en tres direcciones fundamentales. Por un lado, se pusieron en práctica, con importantes recursos de los organismos multilaterales, programas destinados a incentivar la innovación y, muy especialmente, la articulación entre el mundo productivo y el académico. De esos años datan instrumentos como el Fondef, que juega un papel significativo en un esfuerzo de innovación que sigue estando muy por debajo de las necesidades. Por otro lado, se intentó dotar al país de una política integral hacia la pequeña y mediana empresa. Nos propusimos democratizar el derecho a emprender, y para ello se generó una multiplicidad de nuevos programas de asistencia técnica y financiera. Conscientes de que todo el esfuerzo público sería insuficiente se buscó, con cierto éxito, interesar a los bancos privados en el financiamiento a este sector. Así, los bancos fueron descubriendo que existía allí un área de negocios atractiva que podía, dentro de ciertos límites, ocupar el espacio que dejaban las empresas mayores que en las nuevas condiciones podían aspirar a financiarse directamente emitiendo bonos en el exterior. En complemento con las iniciativas anteriores, se ampliaron los mecanismos para incentivar la capacitación y el perfeccionamiento de los trabajadores.

Es imposible determinar el efecto preciso de cada una de estas políticas. Lo concreto es que la economía chilena tuvo durante los noventa y hasta el estallido de la crisis asiática, iniciada en julio de 1997, un crecimiento récord del orden del 7% promedio anual. En esos años se construyó la leyenda del “jaguar latinoamericano”. El prestigio de Chile alcanzó niveles insospechados. Se buscó así transformar una experiencia original, construida con mucho trabajo y a partir de un fondo trágico como el desplome de la democracia y los diecisiete años de dictadura, en un modelo del cual se podían extraer lecciones prácticamente universales.

Explicamos con anterioridad las razones del éxito en Chile de las reformas estructurales emprendidas durante el régimen militar. No caben dudas de que, producto de la apertura comercial al mundo, los sectores empresariales que lograron sobrevivir pudieron hacerlo aumentando significativamente sus niveles de competitividad. Los primeros años de la restauración democrática crearon condiciones que permitieron que ese potencial se desarrollara al máximo. La estabilidad y el prestigio político de la renaciente democracia, el rigor macroeconómico, los nuevos acuerdos comerciales, los flujos masivos de inversión extranjera directa y las políticas de apoyo a la segunda fase, fueron la base del crecimiento sin precedentes registrado en el período comprendido entre 1990 y 1997.

Hay otro factor estrechamente ligado a la democracia que jugó un papel esencial. Por su importancia, requiere de una mención especial. Contrariamente a lo que muchos anunciaban, la democracia logró contener las demandas sociales que se habían acumulado durante largos años de represión política y sindical. Los trabajadores manifestaron un enorme compromiso con el proceso de transición, postergando una y otra vez la materialización de legítimas reivindicaciones. Todos estos años se beneficiaron de una paz social envidiable. Los máximos dirigentes sindicales, todos militantes de los partidos de la Concertación o del Partido Comunista, intentaron resolver sus demandas por la vía de la negociación y el diálogo social. Alentadas por el Gobierno, se auspiciaron mesas de conversación que le permitieran al movimiento sindical recuperar algo del espacio perdido. Las negociaciones sobre el reajuste del salario mínimo, el que de alguna forma entregaba una señal respecto de los aumentos de remuneraciones para el conjunto de la economía, fueron las más importantes. Era impresionante ver cómo una dirigencia sindical que había esperado por tantos años el advenimiento de la democracia, se involucraba

en complejas negociaciones en las cuales jugaban un papel muy relevante los conceptos de productividad e inflación esperada. Por esta vía, el movimiento sindical hizo una enorme contribución al fortalecimiento de la democracia, al impulso del crecimiento y al control de la inflación. Desgraciadamente, este proceso fue perdiendo vitalidad. En opinión de la propia dirigencia sindical, en vez de fortalecerse, el movimiento de los trabajadores fue perdiendo fuerza. Las medidas adoptadas para incentivar la organización sindical tuvieron escaso efecto y las cúpulas empresariales comenzaron a perder interés en negociar con una dirigencia a la que veían debilitada.

### Un dinamismo declinante

La economía chilena había sorteado impecablemente bien el “efecto tequila” producido por la crisis mexicana y el “efecto tango” generado por la crisis argentina. Para muchos, la rueda de la fortuna había sido clavada. Tan es así que frente a las primeras manifestaciones de la crisis asiática, el Gobierno hizo ver, de manera imprudente y un tanto soberbia, que la crisis no afectaría a Chile<sup>9</sup>. Fue un gravísimo error de diagnóstico. No se tomaron las medidas adecuadas desde el punto de vista fiscal y el Banco Central, ante la inminencia de un rebrote inflacionario, llevó las tasas de interés a niveles desmesurados<sup>10</sup>, generando una profunda recesión cuya manifestación más directa fueron un crecimiento negativo del PIB y un desempleo por sobre los dos dígitos. De nada bastaron las agrias protestas

<sup>9</sup> Eduardo Aninat, ministro de Hacienda del presidente Frei, en una columna publicada en *La Segunda* el 25 de marzo de 1998, señaló que era una exageración pensar que la crisis asiática afectaría sustantivamente a Chile, pues el país se encontraba en un estado económico fuerte y sólido.

<sup>10</sup> Así, por ejemplo, la tasa de interés de hasta noventa días pasó de 10,79% en diciembre de 1998 a 21,51%, en noviembre de 2000.



que me tocó encabezar desde el Senado en contra de esta irracional política que amplificó los efectos de la crisis.

Para un país que había contravenido la profecía bíblica viviendo catorce años seguidos de vacas gordas, sin años de vacas flacas, el impacto fue enorme, parecido al que se produce en un vehículo que se desplaza a gran velocidad y que súbitamente se ve obligado a frenar. Se desató un cierto pánico en las empresas y, sobre todo, en los trabajadores, que veían cómo se destruían sus puestos de trabajo. Para una parte importante de ellos, acostumbrada a una relativa estabilidad, esta era una situación inédita y muy amenazadora que tuvo a la Concertación al borde de perder la elección presidencial cuya primera vuelta se celebró en diciembre de 1999, en plena crisis.

La verdad es que la economía chilena nunca volvió a ser la de antes. Tasas de crecimiento como las que se habían registrado en los noventa no volvieron a repetirse. Desde este punto de vista, la historia de los cuatro gobiernos de la Concertación es la historia de la declinación progresiva del dinamismo de la economía nacional. Desde promedios anuales por sobre el 6% en el Gobierno de Aylwin, se baja a tasas inferiores al 5% en el de Frei, para caer con Lagos por debajo del 4% y rematar con un promedio de 2,8% anual promedio en el Gobierno de la presidenta Bachelet.

El presidente Piñera prometió durante su campaña que Chile volvería a una tasa de crecimiento promedio del 6%. Finalmente, todo dependerá del dinamismo de China e India y de la prolongación en el tiempo del espectacular auge de las materias primas. Para Chile, las proyecciones de mediano plazo indican que la tasa de crecimiento tenderá a estabilizarse en torno al PIB potencial, estimado en 4,5%, tasa que podría ser más baja si EE.UU. y Europa entran nuevamente en recesión.

La cuestión de fondo es que Chile ha venido perdiendo empuje en su proceso de cambio y adaptación estructural a las condiciones de la globalización y la nueva economía. En perspectiva histórica, la primera década del siglo XXI no produjo impulsos dinámicos tan poderosos como las reformas estructurales de los setenta o los cambios políticos y las reformas al modelo que tuvieron lugar durante los noventa. En una carrera en donde solo para mantenerse es necesario correr rápido, Chile no consiguió enfrentar en serio tres desafíos cruciales para cualquier país que quiere acceder al desarrollo: diversificar su estructura de exportaciones, reducir las desigualdades y modernizar su aparato de Estado.

El auge exportador de los noventa tuvo al inicio una dimensión cualitativa. El surgimiento de industrias generadoras de mayor valor agregado fue parte de ese proceso. Los ejemplos paradigmáticos son las exportaciones de vino y de salmón. En ambos sectores, Chile logró desafiar a grandes productores mundiales, abriéndose un espacio significativo en el mercado internacional. Hay aquí un buen ejemplo de exportaciones de segunda fase. Se trata de actividades que se apoyan en la dotación de recursos naturales (tierras, clima, aguas), pero que incorporan tecnologías altamente sofisticadas. Son sectores en los cuales se libra una dura batalla en los principales mercados del planeta. El reconocimiento mundial a los progresos de la industria chilena del vino es unánime. La relación calidad-precio de los vinos chilenos es difícil de imitar. Menos conocida, la penetración chilena en el mercado mundial del salmón lo llevó a constituirse en el segundo productor mundial. Por irresponsabilidad ambiental, esta industria se contagió a partir del 2006 con el virus ISA (anemia infecciosa del salmón) y enfrenta en la actualidad un futuro menos radiante.

La segunda fase exportadora no consiguió afirmarse como una estrategia nacional. No hubo persistencia en el esfuerzo,

producto, entre otras cosas, de la inexistencia de una institucionalidad específicamente consagrada a su materialización. Por el contrario, una tendencia sistemática a la revaluación del peso puso en evidencia que Chile había contraído lo que la literatura especializada define como “enfermedad holandesa”<sup>11</sup>.

La recurrente revaluación del peso ha sido beneficiosa para quienes han mantenido deudas en dólares, pero devastadora para sectores productivos que lograron con dificultad insertarse en los mercados internacionales disponiendo de márgenes de rentabilidad muy ajustados. Es así como fueron desapareciendo de la estructura de exportaciones un conjunto de rubros especialmente de tipo manufacturero.

Sea cual sea el tipo de cambio, Chile seguirá siendo un gran exportador de cobre y otros recursos naturales en los cuales tiene ventajas comparativas evidentes. En los últimos años se ha producido además un fuerte aumento del precio de los principales productos que Chile exporta, el cual ha tendido a profundizar el deterioro cambiario.

Todo esto se expresa en la fuerte preponderancia que ha vuelto a adquirir el cobre en las exportaciones chilenas. Este proceso va de la mano de una mayor concentración de las exportaciones en un número reducido de grandes empresas<sup>12</sup>. Estos son antecedentes fundamentales para comprender la heterogeneidad estructural que caracteriza a la economía chilena.

Si las empresas de menor tamaño tienen dificultades —a menudo insuperables— para insertarse en el mercado internacional, tampoco se abre ante ellas la posibilidad de disponer de un gran mercado interno. Por de pronto, con sus dieciséis

---

<sup>11</sup> Landerretche, Óscar; Lanzarotti, Mario; Ominami, Carlos. “El desarrollo económico de Chile en la encrucijada”. En Fundación Chile 21: *Aportes para el debate: desarrollo, empleo, equidad y democracia*. Santiago: Ediciones Chile 21, 2005.

<sup>12</sup> Seminario “Las tres C: Concentración, Competencia y Crecimiento en la economía chilena, *¿quo vadis?*”. Santiago: Fundación Chile 21, 2011.

millones de habitantes, Chile representa un mercado interno pequeño que, por su grado de apertura, es además fuertemente competitivo.

Adicionalmente, la persistencia de las desigualdades hace que una parte de la población que vive en condiciones de pobreza o en niveles cercanos a esta permanezca prácticamente excluida de los circuitos dinámicos de consumo interno. Sus necesidades no se transforman en demanda solvente y, por tanto, no son procesadas por el mercado.

A menudo se escucha decir: “En Chile los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres”. Esto no es rigurosamente cierto. En realidad, la tendencia de fondo ha apuntado a una importante disminución de la pobreza<sup>13</sup>. En veinte años de democracia los pobres disminuyeron y, como regla general, son cada vez menos pobres. Lo que sí es cierto es que los ricos son cada vez más ricos y que en los últimos veinte años las desigualdades se han mantenido y, en varios aspectos, profundizado.

En este sentido, si el desarrollo se entiende no solo como una acumulación mecánica de capital y riqueza, sino que como un proceso en virtud del cual una nación consigue generar energías internas que le permiten proyectar durablemente su crecimiento y distribuir de modo más o menos equitativo los frutos que este genera, Chile está todavía lejos.

El aumento de la dependencia respecto de un número muy reducido de recursos naturales hace que el crecimiento futuro esté sometido a grados mayores de incertidumbre que los propios de las naciones desarrolladas. Chile puede alcanzar

---

<sup>13</sup> Sin embargo, cabe precisar que la Encuesta de Caracterización Social (CASEN) correspondiente al 2009 arrojó un aumento de la población en condiciones de pobreza de un 13,8%, en el 2006, a un 15,2%. Este fenómeno está fuertemente influido por el alza en el precio de los alimentos que, de acuerdo a un índice que calcula la FAO, alcanzó su máximo histórico en febrero de 2011.

niveles altos de PIB per cápita en razón de los elevados precios del cobre y de la apreciación del tipo de cambio, pero eso no lo convertirá en un país desarrollado. Y menos aún si no combate con una determinación —que hasta ahora ha faltado— las graves desigualdades sociales.

Un obstáculo mayor que Chile debe enfrentar es la inexistencia de un Estado con capacidad de orientar el proceso de desarrollo, de abrir espacios de concertación entre los diferentes actores y de construir escenarios alternativos que entreguen más información para una adecuada toma de decisiones. No se trata de volver a viejos esquemas de planificación centralizada, pero sí de generar instrumentos que eviten una navegación completamente a ciegas y logren advertir, tanto como se pueda, acerca de los principales peligros.

Uno de los efectos más perniciosos de la influencia neoliberal ha sido el combate sistemático de lo público estigmatizado como el símbolo del anacronismo y la ineficacia. Esto llevó a que, durante mucho tiempo, la reforma del Estado no estuviera dentro de las prioridades. Los costos del cortoplacismo se pagaron en el 2006 en el delicado episodio del corte del gas argentino. Producto de un suministro a bajo precio, Chile aumentó durante los noventa de manera acelerada e imprudente su dependencia del abastecimiento de gas natural transandino. La interconexión a través de un sistema de gasoductos funcionaba a toda máquina. Sin embargo, no se advirtieron dos cuestiones relativamente fáciles de prever y que vendrían a cambiar drásticamente esta situación. Por una parte, la demanda argentina era artificialmente baja, producto de su crisis económica. El reducido nivel de actividad permitió la generación de excedentes exportables, de los cuales Chile se benefició durante años. Sin embargo, estos comenzaron a desaparecer con la reactivación de la economía argentina. Esta situación era previsible, como también lo eran los efectos negativos de una baja inversión en

nuevas prospecciones inducida por la política de congelamiento tarifario practicada durante los noventa. De manera súbita, Argentina se vio obligada a cortar su suministro de gas, lo que generó en Chile una grave estrechez energética. Esta situación era perfectamente pronosticable para un Estado dotado de capacidades prospectivas adecuadas. Pero en Chile, estas simplemente no existían.

Un obstáculo mayor en el camino al desarrollo es la creciente concentración de las actividades económicas y la subordinación de las actividades productivas a las finanzas. El dinamismo económico es el resultado de muchos factores. Uno fundamental es la competencia. Esta fue intensa en la segunda mitad de los setenta, al momento de la apertura de la economía a la competencia internacional. La recuperación luego de la crisis de principios de los ochenta coincidió también con un enorme esfuerzo competitivo. Y ya en democracia, durante los noventa, el fuerte aumento de la inversión extranjera trajo consigo un nuevo impulso en materia de competencia y competitividad. Las dinámicas prevalecientes en la última década han apuntado en una dirección contraria. En muchos sectores de actividad, la tendencia a una mayor competencia ha dado paso a una fuerte concentración que opera como disuasivo para nuevos entrantes. Las altas barreras de entrada que se generan en los sectores más concentrados le permiten al puñado de empresas dominantes obtener importantes niveles de rentabilidad, sin estar obligadas a desplegar grandes esfuerzos en materia de eficiencia. Esto es lo que ocurre en sectores tan disímiles como el mercado de las farmacias, las Administradoras de Fondos de Pensiones o los establecimientos del *retail*.

Aunque en el sector bancario chileno han logrado sobrevivir más de una veintena de bancos, incluido uno de propiedad estatal, la debilidad de la regulación o simplemente del regulador, han permitido que este opere como una suerte de

oligopolio que impone a sus clientes condiciones leoninas. La multiplicación de comisiones, el cobro de seguros no solicitados y una variada forma de otros abusos constituyen rasgos característicos del funcionamiento de este sector. No es una exageración afirmar que la mayoría del país trabaja para los bancos, partiendo por las familias endeudadas y las pequeñas y medianas empresas, tradicionalmente necesitadas de capital de trabajo. Las altas rentabilidades que es posible obtener en el negocio financiero llevaron a las empresas de *retail*, por una parte, a crear sus propios establecimientos bancarios y, por otra, a desarrollar una gigantesca industria del crédito a partir de la multiplicación del dinero plástico.

Otro factor es que las altas rentabilidades que se obtienen en los sectores productores de *commodities* para el mercado internacional no incentivan ni la innovación ni la diversificación productiva. Los riesgos que comporta lo nuevo son demasiado grandes frente a las garantías de beneficios que ofrecen las actividades tradicionales. Mientras se mantengan los altos precios en el mercado internacional y la tributación interna no capte para la Nación la renta producida por la explotación de los recursos naturales, será muy difícil que pueda surgir una corriente de innovaciones y nuevas actividades capaces de operar una transformación productiva sustantiva.

La institucionalidad económica vigente reproduce estas tendencias. La primacía que ejercen el ministerio de Hacienda y el Banco Central no contribuye a abrir espacios a los nuevos desarrollos productivos. En estos años, el ministerio de Hacienda ha demostrado ser un buen guardián del equilibrio de las finanzas públicas, pero esto no hace de él un gran creador de valor. Sus energías han estado mucho más puestas en el desarrollo de los mercados de capitales, bajo el supuesto, discutible, de que por esa vía se terminan ampliando las capacidades productivas.

Por otra parte, la democracia ha debido acostumbrarse a un Banco Central autónomo y unipropósito cuyo mandato se agota en el control de la inflación. Sus directores, a pesar de tener una generación político partidista, no están obligados a rendir cuentas y son políticamente irresponsables. Objetivamente, esta institución juega un papel fundamental en la generación de un sistema que subordina la producción a las finanzas y termina promoviendo una especialización internacional primario-exportadora que no conduce al desarrollo.

## La promesa incumplida del desarrollo

Muchas generaciones la vienen escuchando. Los énfasis pueden cambiar, pero los contenidos son finalmente los mismos: dejar en el pasado el atraso y la pobreza, y llegar a ser parte de los grandes de este mundo.

Al inicio de su gestión, el presidente Piñera volvió a insistir en esta meta. Chile puede, en el curso de los próximos diez años, alcanzar el ingreso per cápita de países como España y Portugal, que ya forman parte del primer mundo, aunque en razón de sus crisis no está del todo asegurado que puedan seguir siéndolo en los años que vienen. El objetivo de que Chile sea el primer país de América Latina en lograrlo fue también planteado con gran fuerza al comienzo del Gobierno del presidente Lagos. El compromiso era extremadamente preciso. Chile debía festejar su Bicentenario en el 2010 como Nación independiente habiendo accedido al desarrollo. Asimismo, en diversas oportunidades, el general Pinochet justificó los sacrificios que se hacían en el país, especialmente por parte de los más pobres, en aras de alcanzar esta meta.

Se trata de un muy antiguo anhelo. En las últimas décadas del siglo XIX, el triunfo de Chile en la guerra del Pacífico en contra de la Confederación Perú-boliviana le permitió anexarse importantes y ricos territorios. Como lo consignan muchos historiadores, este hecho, sumado al *boom* del salitre, generaron una ola de optimismo respecto a las posibilidades de la economía nacional. Todavía quedan en el centro y norte de Chile vestigios de la riqueza que inundó al país. La profusa literatura al respecto responsabiliza al entreguismo y a la alta propensión al consumo de las clases pudientes o, para decirlo

en términos modernos, a la incapacidad para transformar la abundancia en inversión productiva, y esta, en crecimiento y desarrollo.

Surgió así la tesis de “Chile: un caso de desarrollo frustrado”<sup>1</sup>, formulada brillantemente por Aníbal Pinto Santa Cruz. Sus conclusiones apuntan en una doble dirección. Por una parte, constata que en Chile se verificaron razonablemente todas las condiciones que, según las teorías liberales, hicieron posible que otras naciones pudieran desarrollarse: un comercio exterior fluido, ausencia de interferencias estatales que entorpecieran el despliegue de las fuerzas naturales del mercado, niveles altos de desigualdad para facilitar el ahorro de los más acomodados y la existencia de un Estado que garantizaba la paz y el orden. Por la otra, se ubica lo que Pinto denomina la “gran contradicción” entre una superestructura política relativamente avanzada y la debilidad del proceso de ampliación de la capacidad productiva.

La reiteración de la historia, la frustración del desarrollo, es una posibilidad que ha vuelto a revivir durante los últimos años. Cada vez que una crisis internacional golpea al país el tema renace. Así ocurrió a finales de los noventa con la crisis asiática que impactó con fuerza en Chile, poniendo fin a un ciclo de quince años de crecimiento alto e ininterrumpido. El punto más álgido en esta reversión del ciclo se vivió en 1999, año de elecciones presidenciales, con un crecimiento negativo de menos del 1%.

La crisis financiera internacional, generada por el colapso de las hipotecas *subprime*, tuvo también un fuerte impacto en la economía chilena. Aunque su efecto fue más concentrado en el tiempo, puntualmente alcanzó una mayor intensidad, provocando en el 2010 una caída del PIB que alcanzó a 1,5%.

<sup>1</sup> Pinto Santa Cruz, Aníbal. *Chile: un caso de desarrollo frustrado*. Santiago: Editorial Universitaria, 1959.

La posibilidad de que Chile alcance el desarrollo no es una ilusión lírica sin base real. Chile tiene condiciones para superar el subdesarrollo. Lograrlo supone, sin embargo, la generación de dinámicas de diversificación productiva e integración social, hoy día prácticamente inexistentes. No se accede al desarrollo alcanzando simplemente, como han sostenido muchas autoridades, un determinado nivel de ingreso per cápita situado en los veinticinco mil dólares, correspondiente al promedio de los países de la OCDE. Los requisitos para acceder al desarrollo son más exigentes. Es por eso que la posibilidad de terminar en una nueva frustración plantea una discusión actual y pertinente.

### **Las grandes reformas de los setenta**

Hay distintos tipos de dictaduras. Por ejemplo, las enteramente inútiles, como la argentina que se instaló en 1976, y aquellas que logran imponer programas de transformaciones que la sociedad demandaba desde hacía tiempo. La chilena corresponde a este segundo caso. Las transformaciones estructurales que esta emprendió a mediados de los setenta eran imprescindibles y, tarde o temprano, debían ponerse en práctica. Un gobierno democrático habría tenido que enfrentar esa necesidad, introduciendo naturalmente una gradualidad y unos cuidados que estuvieron fuera de las preocupaciones de los militares y de los economistas de Chicago que asumieron la conducción de este proceso. El costo social de las reformas emprendidas por el régimen fue brutal en materia de empobrecimiento y ampliación de las desigualdades. Muchos empresarios dejaron de serlo. Las clases medias tradicionales se proletarizaron. Muchos obreros cayeron en la marginalidad. Los pobres se hicieron más pobres.

En una economía pequeña, como la chilena, el modelo de desarrollo endogámico hacía años que estaba en crisis. Eran muchas sus vulnerabilidades. La principal se refería a la restricción externa, que se expresaba en el hecho de que su demanda por importaciones de bienes intermedios y de capital era mucho mayor que sus capacidades de exportación, lo que al final se manifestaba en una tendencia permanente al estrangulamiento del sector externo. Las fuentes de divisas dependían crucialmente de las exportaciones de cobre, cuyos precios internacionales registraban fuertes oscilaciones. La producción manufacturera, que resultaba de la lógica de la sustitución de importaciones, no alcanzaba, ni con mucho, los niveles de competitividad necesarios para proyectarse en el mercado externo. Este modelo de desarrollo no era autosustentado y estaba afecto a recurrentes crisis. Es mérito de grandes intelectuales, como Aníbal Pinto y Fernando Fajnzylber<sup>2</sup>, haber identificado con precisión las insuficiencias del modelo económico vigente en el país. Desgraciadamente, sus análisis no alcanzaron a transformarse en una propuesta de estrategia alternativa de desarrollo.

La crisis alcanzó su paroxismo durante el Gobierno del presidente Allende. La reactivación por el consumo hizo posible un importante aumento de la actividad durante el primer año de aplicación de esta estrategia, en 1971. En ausencia de inversiones y en un cuadro político extremadamente convulsionado, agravado por el boicot empresarial, la escasez se expresa a partir de 1972 con una enorme virulencia. El desabastecimiento y el mercado negro hacen su aparición, ayudando a crear condiciones propicias para el golpe de septiembre de 1973.

<sup>2</sup> "Considerations for the formulation of strategies for export of manufactures". CEPAL, Santiago de Chile, 1971. (En español en Nollf, Max. *El desarrollo industrial latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1974).

Al interior del Gobierno militar, la estrategia económica a seguir es objeto de un debate crucial. Algunos piensan el golpe como un proceso de restauración de las condiciones anteriores. Otros argumentan que esta es la ocasión propicia para que el país adopte un nuevo camino, poniendo en práctica reformas profundas en todos los órdenes. Esta es la tesis que finalmente se impone.

En diversos trabajos analizamos en detalle<sup>3</sup> estas reformas. Desde el inicio sostuvimos que se trataba de una verdadera revolución capitalista, que buscaba alterar muy profundamente los parámetros tradicionales de funcionamiento de la economía chilena. Es efectivo que estas reformas no operan en forma lineal y que en su versión neoliberal más dura y convencional sufrieron un fuerte revés con la crisis de principios de los ochenta, con una caída apocalíptica del 14% en el PIB de 1982 y la quiebra generalizada del sistema bancario. Es sabido también que la recuperación posterior a 1984 se hace en base a una combinación de políticas más pragmáticas y heterodoxas. Allí radicó el mérito de Hernán Büchi, el ministro de Hacienda que condujo a la reactivación de la economía luego del colapso de principios de los ochenta.

De cualquier forma, hay un núcleo básico de reformas estructurales que se puso en práctica durante el régimen militar y que son fundamentales para entender el auge que alcanza la economía chilena. Se trata, de manera muy esquemática, de tres grandes áreas de reforma. La primera apunta al restablecimiento de los grandes equilibrios macroeconómicos, buscando controlar progresivamente la inflación, flagelo histórico de la economía nacional. La segunda, a la apertura de la economía al mundo, generando una competencia externa que implicó una muy drástica y dolorosa recomposición del

<sup>3</sup> Guardia, Alexis; Lanzarotti, Mario; Ominami, Carlos. "Principios de estrategia alternativa". Mimeografiado. Chantilly, 1982.

aparato productivo interno. Y la tercera introdujo una fuerte reducción de las formas de intervención públicas, abriendo paso a masivos procesos de privatización de activos y funciones estatales.

Los mejores desempeños de la economía chilena bajo la dictadura se obtienen durante la segunda mitad de los ochenta. En ese período la tasa promedio de crecimiento alcanza el 6%. Allí nace la leyenda del “milagro chileno”. Los resultados de Chile contrastan con los registrados por la mayoría de los otros países de América Latina que protagonizan la llamada “década perdida”.

Para muchos fue difícil admitir el hecho de que la dictadura había puesto en práctica reformas que le permitían a la economía chilena recuperar un dinamismo que hacía mucho tiempo había perdido. La explicación de estos resultados no puede remitirse a las bondades generales de las políticas neoliberales, sino a las condiciones específicas en que estas fueron ejecutadas. Chile se benefició de una aplicación precoz de esas reformas. Cosechó de esa manera una cierta ventaja de oportunidad que resultaba de abrirse allí donde una buena parte de las economías se mantenían cerradas. Por otro lado, el tamaño pequeño de Chile hacía más fácil su integración al mercado internacional. Una apertura semejante por parte, por ejemplo, de una economía como la brasileña, habría sido mucho más difícil de absorber. Chile tenía además algunas condiciones iniciales que le daban una viabilidad que estas mismas políticas no fueron capaces de mostrar al aplicarse en otros países. La disponibilidad de un cierto capital humano con niveles mayores de educación que la media de los países en desarrollo y la existencia de un Estado con bajos índices de corrupción jugaron un papel importante a la hora de poner en marcha esas transformaciones. A lo anterior hay que agregar la necesidad apremiante de la comunidad financiera internacional y de los

organismos multinacionales de poder mostrar una experiencia que funcionara, un paradigma a seguir, un modelo a proponer. Chile jugó ese papel de buen alumno del curso que se inició con la dictadura y se fue perfeccionando durante la transición a la democracia.

### **La economía política de la transición**

Es casi un lugar común señalar que un gran mérito de la Concertación en el plano económico fue haber mantenido inalterado el modelo heredado de la dictadura. Confluyen en esta apreciación distintos sectores: de derecha, para hacer ver que el proceso que generaron era tan potente que la Concertación no pudo ponerlo en cuestión; de izquierda, para validar la tesis de que, finalmente, con la democracia nada cambió demasiado<sup>4</sup>.

La realidad es más compleja. Puedo hablar con algo de conocimiento de causa por mi condición de ministro de Economía entre marzo de 1990 y octubre de 1992. Los veinte años de gobiernos de la Concertación no son un continuo. El Gobierno encabezado por el presidente Aylwin fue el más progresista de todos, por de pronto, en materia económica. Desafiando la ortodoxia, impulsó y sacó adelante una reforma tributaria con aumentos de los impuestos a las utilidades de las empresas, a las tasas marginales al impuesto a las personas y al IVA. Esta fue, por muy lejos, la iniciativa más redistributiva concretada durante los veinte años de gobiernos de la Concertación. Con posterioridad, lo que se ha puesto en práctica han sido mini contrarreformas, como la rebaja en la tasa máxima

<sup>4</sup> Más aún, según algunos, con la Concertación se legitimó el modelo económico de la dictadura de Pinochet (ver Fazio, Hugo; Parada, Magaly. *Veinte años de política económica de la Concertación*. Santiago: Lom Ediciones, 2010).



de tributación a las personas o la eliminación del impuesto a las ganancias de capital. Asimismo, del Gobierno de Aylwin datan las principales reformas laborales que la democracia consiguió introducir para intentar, sin éxito, equilibrar las relaciones de fuerza en el mercado laboral<sup>5</sup>.

Todo esto en un cuadro en el cual el mandato de la presidencia de la república a la dirección económica era simple y preciso: acompañar funcionalmente, sin conflictos, el proceso de transición que debía tener en la transformación de la institucionalidad política, el restablecimiento de la vigencia de los derechos humanos y la reinserción de Chile en el mundo, sus ejes centrales.

El gran dinamismo económico constituyó un éxito inesperado. Al inicio, estaba lejos del horizonte de posibilidades que la democracia pudiera mejorar las tasas de crecimiento registradas durante la segunda mitad de los ochenta. Incluso la posibilidad de que estas se mantuvieran generaba serias dudas, y esto por un conjunto de factores: la dificultad que —se estimaba— tendría la naciente democracia para enfrentar presiones reivindicativas por largo tiempo contenidas, la inexperiencia de las nuevas autoridades, marginadas durante largos años de la conducción del país, y la sospecha ampliamente dominante en el medio empresarial chileno de que la nueva coalición tendría un fuerte componente de populismo, demagogia e incompetencia.

El éxito de la economía de la transición resultó de la adopción de un conjunto de decisiones estratégicas. Una primera fue asumir que las tres grandes áreas de reforma que habían sido emprendidas en el período anterior no iban a ser objeto de reversión. No se trataba aquí de un acomodo oportunista

<sup>5</sup> Navia y Madrid destacan que durante el período del presidente Aylwin fue donde se observa el mayor aumento en el gasto social y un énfasis en la reducción de la pobreza. Op cit.

a una necesidad de la contingencia. Quienes tuvimos la responsabilidad de la dirección económica no teníamos dudas de que el control de la inflación era un objetivo importante, que la macroeconomía y las finanzas públicas debían estar en orden, que la economía debía abrirse porque no tenía sentido volver a proteger a un oligopolio nacional poco competitivo y que el Estado debía especializarse, concentrando su acción en aquellos ámbitos, que no son pocos, en los cuales su presencia es completamente imprescindible.

Esta decisión tuvo el gran mérito de poner en evidencia que en Chile se había generado un consenso en torno a un conjunto de principios que han llegado a formar parte del sentido común contemporáneo respecto de una adecuada gestión de la economía. No se trataba aquí de rendirse frente al Consenso de Washington o a la ideología neoliberal.

El nuevo consenso se podría sintetizar en el reconocimiento de la importancia de contar con una economía de mercado dinámica, competitiva y justa en la distribución de los beneficios del crecimiento. Constituye un grave error equiparar la apertura o el rigor macroeconómico con el neoliberalismo, como desgraciadamente muchos lo hacen. El neoliberalismo es una variante extrema de la economía de mercado que presenta dos especiales características generadoras de efectos muy perniciosos. Por una parte, el fundamentalismo de mercado, que lo lleva a invadir áreas como la salud y la educación, en donde la provisión de bienes públicos no puede orientarse —sin producir graves desequilibrios— por una lógica esencialmente mercantil. Por otra parte, es propio de los enfoques neoliberales asignar un privilegio desmedido, por sobre cualquier otra consideración, al aporte del capital en la creación de riqueza. Esta convicción condiciona las principales definiciones del neoliberalismo. Así, busca reducir al máximo las regulaciones públicas consideradas como obstáculos al desarrollo de las iniciativas empresariales.

Para que estas prosperen propone que los impuestos sean lo más bajos posible. En esta misma lógica se justifica la represión al movimiento sindical que, en este enfoque, representa un actor generador de presiones corporativas y rigideces que dificultan el adecuado funcionamiento del mercado. Y como el capital es considerado el principal factor de producción, se promueve la privatización masiva de modo de abrirle los más amplios espacios a su desarrollo.

El programa del primer Gobierno de la Concertación estaba lejos del neoliberalismo. Las debilidades frente a este modo de pensar y la importante influencia que logró vinieron después. Durante el Gobierno del presidente Aylwin se aumentaron los impuestos, se restablecieron —al menos parcialmente— algunas conquistas salariales que encarecieron el costo del despido<sup>6</sup>, se aumentó significativamente el salario mínimo, se establecieron regulaciones en áreas clave, como el ingreso de capitales de corto plazo mediante el establecimiento del encaje, y se detuvo la ola de privatizaciones.

En la línea de sustraer a la economía del campo de la confrontación política, se adoptó una decisión compleja que implicó tomar distancia con compromisos programáticos y validar prácticas que habían sido fuertemente criticadas durante la gestión militar: las privatizaciones de empresas públicas.

El programa de privatización se aceleró durante los últimos años del Gobierno militar. Desde la oposición se levantaron objeciones de fondo y fuimos muy críticos respecto de los procedimientos empleados para ello. Diversos trabajos<sup>7</sup> probaron

<sup>6</sup> Aumentando, por ejemplo, de cinco a once meses el tope de las indemnizaciones a ser pagadas por el empleador en caso de despido.

<sup>7</sup> Uno de los más difundidos fue el preparado por Mario Marcel *La privatización de empresas públicas*. Notas técnicas. Cieplan, Santiago de Chile, CL N° 125, enero 1989, que puso de manifiesto las fuertes pérdidas que este proceso representó para el patrimonio público.

que este proceso vulneró normas básicas en materia de transparencia y probidad. De hecho, en muchos casos, estas operaciones se hicieron buscando beneficiar a universos acotados de adeptos al régimen, como los propios funcionarios de las FF.AA. o los administradores ocasionales de esas empresas. Los precios a que estas fueron vendidas estuvieron, de manera sistemática, por debajo de sus valores libro y de sus valores de mercado. El sentimiento de que se le estaba infligiendo al Estado de Chile una lesión enorme era ampliamente predominante en las filas de la oposición que comprometió la revisión del proceso una vez que llegara al poder. *Sotto voce*, estas críticas eran compartidas por sectores empresariales que no se habían involucrado en estas prácticas y no veían con buenos ojos la transformación de algunos ex ejecutivos de empresas que habían sido privatizadas en sus nuevos y flamantes dueños.

De acuerdo a lo establecido en el programa, una vez instalado el nuevo Gobierno, en mi condición de ministro de Economía y presidente del Consejo de la Corporación de Fomento (Corfo), instancia que había sido, por cuenta del Estado, la dueña y administradora de las empresas privatizadas, ordené una auditoría para determinar los costos y la calidad de los procedimientos involucrados en este proceso. No fue simple generar los recursos para financiarla y, menos aún, asegurar el acceso y la disponibilidad de la información necesaria. Muchos antecedentes habían desaparecido. Los ejecutores de estas operaciones tuvieron el tiempo para borrar huellas y, sobre todo, eliminar pruebas que hubieran podido ser expuestas en tribunales en contra de quienes resultaran responsables por los enormes daños causados al patrimonio nacional.

A pesar de todas las dificultades, se logró producir un informe, encabezado por el abogado Manuel Valenzuela Béjar, que comprobaba la veracidad de lo que se había denunciado

respecto a falta de probidad y transparencia y la presunción de enriquecimiento ilícito por parte de algunos funcionarios que habían, desde el Estado, participado del proceso de privatización. Con un borrador en la mano inicié consultas al interior del Gobierno, en el Congreso con parlamentarios cercanos y en el Partido Socialista.

Las opiniones que obtuve eran todas convergentes en el sentido de que se trataba de un asunto en extremo delicado que debía ser manejado con gran prudencia. Nadie me incentivó a profundizar en la investigación que habíamos comenzado. La opinión más clara y explícita provino del ex ministro Boeninger en una conversación a la cual me invitó en su despacho. Crucé a La Moneda un día en la tarde, cuando ya había terminado el ajetreo diario. La guardia de Palacio tenía todavía algunos problemas para reconocermé. En todo caso, muy rápidamente estábamos sentados los dos solos en la amplia oficina del ministerio Secretaría General de la Presidencia. Estaba prácticamente igual a como la había visto cuando, por primera vez, en mi condición de ministro de Economía designado por el nuevo Gobierno, concurrí a una reunión organizada por Carlos Cáceres, ministro del Interior, y el general Jorge Ballerino, responsable de ese ministerio, para organizar la transmisión del mando a los nuevos ministros. Edgardo no era una persona preocupada por esos detalles. No era tampoco hombre de muchos rodeos. Fue directo al hueso. Su argumento era simple: teníamos que cumplir con la orientación presidencial de hacer que la economía ayudara a la fluidez del proceso de transición. La apertura de un conflicto en este ámbito traería consigo múltiples problemas. Por de pronto, abriríamos un frente de batalla con parte del mundo empresarial que estábamos consiguiendo neutralizar. Un debate sobre privatizaciones y estatizaciones reviviría viejos fantasmas de la sociedad chilena. Una acción en esta dirección podría tener

pocos efectos prácticos por la dificultad de aportar pruebas concluyentes en los juicios correspondientes en los tribunales, los que tendrían, sí, el efecto de agriar el debate público. Transmitiendo una gran convicción y sentido de la autoridad, me hizo ver lo delicado de mi situación como representante de la izquierda socialista en el gabinete. Todo el esfuerzo que yo personalmente había hecho para dejar en evidencia la sinceridad del proceso de renovación del socialismo quedaría anulado. Para muchos, comenzando por la gran prensa, sería fácil mostrar que, finalmente, los socialistas éramos los de siempre: estatistas y vengativos.

Lo escuché con mucha atención. No quise o no me atreví a preguntarle si hablaba a nombre del presidente. Me pareció obvio que en esto no actuaba por sí mismo. Mientras argumentaba, pasaban por mi cabeza diversas imágenes: el Boeninger duro, decano de la Facultad de Economía que nos devolvía una mirada despectiva a los estudiantes de izquierda que nos manifestábamos en su contra en una concurrida asamblea; el Boeninger virulento, transformado en un gran opositor al Gobierno del presidente Allende desde la rectoría de la Universidad de Chile. Me acordé también del ex rector que, luego del golpe, manifestaba su preocupación por la represión que se abatía sobre profesores y estudiantes de la universidad y del incansable articulador de acuerdos en el campo de la oposición durante los ochenta.

Como no se trataba de una reunión formal, no estaba obligado a entregar una respuesta formal. Le dije que era perfectamente consciente de lo delicado del tema y que compartía su criterio de no multiplicar los frentes de conflicto. Pensé mucho los días siguientes y llegué a la conclusión de que debía actuar con gran prudencia, porque así las circunstancias lo exigían, y de que no disponía de un mandato claro para actuar de otra forma.

En abril de 1991 cumplí con mi obligación de informar al país de los resultados de nuestra investigación. Lo hice en una sesión especial de la Cámara de Diputados. Concurrí solo, sin la compañía de ningún ministro, como se usa cuando el Gobierno quiere manifestar una clara voluntad colectiva. El informe contenía juicios severos sobre lo obrado por el régimen militar en este terreno. Estaba dejando testimonio de que éramos conscientes de las irregularidades cometidas, que sabíamos que muchas empresas se habían vendido por debajo de su valor, utilizando en algunos casos su propia liquidez para financiar la compra, y que el patrimonio público había sufrido un importante perjuicio. Pero no estaba en nuestro ánimo iniciar un proceso de revisión de esas operaciones que pudiera conducir a declarar su nulidad. Aunque han pasado ya veinte años, recuerdo todavía las caras atribuladas de algunos diputados que se daban cuenta de que estábamos en un callejón sin salida y que protagonizábamos un acto puramente testimonial. No obstante la gravedad de los juicios contenidos en el informe, se acordó sin más discusión pasar estos antecedentes a la comisión de Economía. Por mi parte, los puse también a disposición de la Contraloría General de la República. El mismo día de mi intervención me llamó Edgardo a mi casa por el citófono presidencial para felicitarme por la brillantez de mi exposición, la prudencia con que había conducido este complejo asunto, y para decirme que con esto estaba haciendo un gran aporte a la transición a la democracia en que estábamos empeñados. Le respondí que sentía que cumplía con mi deber y que ojalá se entendiera bien el gesto que hacíamos. De todas formas me quedé con un sabor amargo, porque algo me decía que habíamos sido débiles y condescendientes.

En los diecisiete años de dictadura, la mayoría de los empresarios había logrado construir una relación muy estrecha con el Gobierno. Lo consideraban su Gobierno y muchos no

se resignaban a tener que enfrentar una nueva situación. Viví muy de cerca los esfuerzos hechos por algunos importantes empresarios para recrear las formas anteriores de relación. Recuerdo bien el intento desplegado por tres de ellos, considerados como los principales “fácticos” de la dictadura: Hernán Briones, Ernesto Ayala y Eugenio Heiremans. Me invitaron a comer a la casa del primero ni más ni menos que con Hernán Büchi, ex ministro de Hacienda de Pinochet y candidato presidencial de la derecha en 1989. La idea era, según me explicaron, mantener un diálogo político técnico que permitiera asegurar una conducción coherente del proceso que se iniciaba y que ellos miraban con mucha inquietud. Hernán Büchi, con gran influencia en el medio empresarial, era muy crítico de la mayor parte de las medidas que nosotros impulsábamos, en particular las tributarias y laborales. Ambos expusimos nuestros argumentos ante la mirada atenta de los tres anfitriones. A poco andar, era evidente que teníamos diferencias insalvables y que la discusión más que técnica era política y que estos tres influyentes empresarios tenían que entender que los tiempos definitivamente ya no eran los mismos y que lo que antes podía considerarse casi obvio, en la actualidad podía ser objeto de una mirada distinta. No llegamos a ningún acuerdo, pero avanzamos al menos en la generación de un mayor respeto mutuo. Valoraron mi franqueza y quedó establecida una relación que se mantendría por años y que sirvió para enfrentar algunos episodios críticos.

Tuve también experiencias mucho más ásperas. Convencido de que podía actuar de cualquier manera, un importante empresario llegó un día furioso al ministerio pidiendo a los gritos conversar conmigo. Me negué a recibirlo. Al poco rato sonó el citófono presidencial. Era ni más ni menos que el presidente Aylwin que me llamaba para hacerme presente la gravedad de la queja que estaba presentando el empresario en cuestión.

El problema se suscitaba en una publicación reciente del Servicio Nacional del Consumidor, que informaba de los resultados de un estudio sobre algunas industrias de la alimentación. Este demostraba, con estudios de laboratorios especializados, que algunas empresas, entre ellas la perteneciente al empresario en cuestión, no cumplían con normas mínimas y que, por la mala calidad de las aguas utilizadas, las muestras analizadas mostraban contenidos fecales. Este tipo de estudio, que era toda una innovación en el Chile de esos años, atrajo la atención de los medios, incluida la TV. Los reportajes eran muy negativos para las industrias que no habían pasado la prueba. En vez de producir explicaciones confiables y dar garantía de que esos hechos no volverían a producirse, sus alegatos apuntaban a que no habían sido prevenidos de que estos exámenes tendrían lugar y a la difusión pública de sus resultados.

En mi conversación con el presidente, le hice ver que el ministerio había actuado con total buena fe, que la realización de estos estudios y su divulgación posterior eran un compromiso gubernamental con los sufridos consumidores nacionales y que era inaceptable la queja de que las empresas no habían sido advertidas previamente. El presidente aceptó mis argumentos y me reiteró su confianza.

Parte importante de mis treinta meses en el ministerio de Economía los consagré a explicar lo que estábamos haciendo, a mostrar cómo la apertura política podía compatibilizarse con la apertura económica. En mis encuentros con empresarios en las diversas regiones del país percibía mucha expectativa, pero advertía también mucho escepticismo.

Más de una vez, algún empresario despistado me hizo llegar textos enteramente redactados de resoluciones administrativas o de proyectos de ley que, según sus autores, eran indispensables para... ellos mismos. Pero, definitivamente, los

tiempos habían cambiado, aunque a varios les costó adecuarse a ello. No éramos un simple buzón destinado a atender sus reivindicaciones, ni menos sus empleados.

En ese período se adoptaron otras dos decisiones estratégicas que fueron fundamentales para asegurar el éxito económico de la transición. La primera tuvo que ver con la apertura de las puertas del país a la inversión extranjera. Conscientes de la desconfianza de la mayor parte del mundo empresarial y de los riesgos que eso implicaba desde el punto de vista de nuestra necesidad de asegurar altos niveles de inversión y de creación de empleos, realizamos un paciente trabajo de diálogo y atracción de inversionistas extranjeros. Practicamos el mismo principio que posteriormente haría tan famoso a Deng Xiaoping: “Da igual el color del gato, lo importante es que cace ratones”. Tendríamos, en consecuencia, una política no discriminatoria, y si los empresarios chilenos, por razones políticas, arrastraban los pies, no tendríamos problemas con que fueran empresas extranjeras las que aprovecharan esas nuevas oportunidades. Esta “falta de nacionalismo” nos fue en más de una ocasión reprochada. En todo caso, los resultados de esta decisión fueron sorprendentes. Los sectores más refractarios del empresariado nacional sintieron que esto iba en serio y que una actitud obstructiva o pasiva podía significarles altos costos. Por otra parte, fueron muchas las empresas extranjeras las que, con la garantía de la democracia, comenzaron a invertir en Chile, generando un flujo de inversiones que llegó a representar más de un tercio de la formación bruta de capital.

La otra decisión de gran impacto fue la sincronización de los tiempos económicos con los tiempos políticos. Se trataba de ir de menos a más, de terminar en 1993 con una economía en plena expansión que permitiera enfrentar con éxito la próxima definición presidencial. Esto supuso adoptar definiciones dolorosas e impopulares. Concretamente, el pago de

la deuda social, gran promesa de campaña, se hizo de manera mesurada y vía aumento de la tasa de interés, y el control del gasto público se ajustó a la economía. Desesperado por el creciente riesgo de perder el plebiscito de octubre de 1988, el Gobierno militar había abandonado los principios de rigurosidad fiscal, resultado de lo cual la democracia heredaba una economía recalentada que era preciso enfriar. Esta fue la línea que adoptamos con Alejandro Foxley, ministro de Hacienda al interior del equipo económico.

Esta decisión pudo haberme costado cara. En octubre de 1990, en un Consejo de Gabinete al cual asistí sin ninguna advertencia previa, el presidente Aylwin, visiblemente molesto, contó que había tenido una conversación con un grupo de personas que espontáneamente le presentaron su disconformidad con la política económica que se estaba practicando. Al final de su intervención dijo, más o menos literalmente, que compartía esas apreciaciones porque “no había sido elegido para llevar a la práctica esa política”. Luego, sobrevino un silencio sepulcral. Foxley estaba fuera de Chile. Debía responder yo. Tomé la palabra y le dije que entendía sus preocupaciones, pero que para asegurar un mejoramiento durable de la situación de los más débiles, la economía debía sustentarse en bases sanas. Explicué cómo el Gobierno militar había terminado en el populismo y la demagogia que tanto criticaban y que si nosotros continuábamos por esa senda podríamos tener buenos indicadores en 1990 y 1991, pero nos veríamos obligados a enfrentar las elecciones de 1993 con mayor inflación y menor crecimiento. La economía chilena necesitaba un ajuste y era imprescindible hacerlo ahora. Probablemente, más de algún ministro se quedó con dudas, pero lo concreto es que ninguno se manifestó.

El presidente me miró fijamente, tratando de ponderar la coherencia de mi argumentación y, sin comentario, solo con

un alza de hombros que quería decir algo como “así será”, cambió de tema.

En el equipo económico nos sentimos respaldados para continuar con nuestro diseño, que hizo que en 1990 la economía creciera poco y el desempleo aumentara respecto del nivel en que lo había dejado el Gobierno militar. Era necesario perseverar y apretar los dientes en espera de tiempos mejores que, sabíamos, no tardarían mucho en llegar.

### **Irrumpe el jaguar latinoamericano**

Tuvimos razón. A medida que se fueron disipando las dudas sobre la seriedad de la conducción económica, muchos proyectos de inversión que estaban paralizados por la incertidumbre política comenzaron a ejecutarse. La inversión extranjera aumentó rápidamente.

La reconciliación entre democracia y rigor económico comenzaba a ser posible. En Chile y en la comunidad financiera internacional estaba muy presente el fantasma que venía de Argentina de un presidente Alfonsín de gran sensibilidad social, pero incapaz de gestionar la economía, lo que lo había conducido, luego de un resonante triunfo en las urnas a finales de 1983, a terminar pactando el acortamiento de su mandato por falta de gobernabilidad. Un Gobierno que iniciaba el retorno a la democracia y que había concitado un gran respaldo popular terminaba arrinconado por la hiperinflación. No queríamos eso para Chile.

La vuelta a la democracia en Chile suscitó una gran ola de simpatía en todo el mundo. La verdad es que todos los grandes países deseaban que a Chile le fuera bien. El presidente Mitterrand, de Francia; el canciller Kohl, de Alemania; el primer ministro Kaifu, de Japón, nos manifestaron desde el principio

su apoyo irrestricto. Luego de despejados algunos problemas puntuales, derivados de la imposición norteamericana al Gobierno militar de una abusiva Ley de Propiedad Industrial —cuya modificación me tocó tramitar en el Congreso—, las relaciones con los EE.UU. se ubicaron también en la senda de una cooperación amplia y positiva. Tuve oportunidad de ser parte de la comitiva del presidente Aylwin en su visita de Estado a Washington DC. Fui testigo de la disposición del presidente Bush padre, manifestada formalmente en la mítica Oficina Oval, de iniciar un proceso que le permitiera a Chile firmar un Acuerdo de Libre Comercio con los Estados Unidos, lo que se concretaría diez años más tarde, en el Gobierno del presidente Lagos.

La apertura política generó una relación virtuosa con la apertura económica. El Chile democrático, riguroso en su manejo fiscal y respetuoso de sus compromisos internacionales, se transformó rápidamente en una buena compañía. Suscribimos acuerdos comerciales con los principales países de la región. Con mucha cámara y reflector suscribimos un Tratado de Libre Comercio (TLC) con México, que en esa época era claramente el país de moda, ejemplo de modernidad en América Latina y el único que se aprestaba a suscribir un TLC con los Estados Unidos.

Este proceso de apertura negociada, que completaba la apertura unilateral del período anterior, abrió nuevos horizontes. El empresariado nacional descubría las potencialidades de la democracia. Se abrían puertas que habían permanecido cerradas durante años. Chile ya no era un paria en la escena internacional. Los negocios se podían dar la mano con los ideales democráticos. Los extranjeros que se habían animado a invertir en Chile bajo el Gobierno militar podían salir del ostracismo y adquirir derecho a participación plena en los salones de la democracia.

Todo esto tuvo una manifestación concreta en el desarrollo exportador chileno, que adquirió una renovada importancia y se convirtió en una palanca fundamental del fuerte crecimiento que experimentó Chile, hasta la crisis asiática de finales de los noventa.

El auge de las ventas chilenas al exterior no fue solo cuantitativo. Basados en el conocimiento de muchas experiencias de desarrollo en otras regiones, buscamos transformar un planteamiento académico<sup>8</sup> en una definición de estrategia de crecimiento. La segunda fase del desarrollo exportador surgió como una propuesta de política pública que buscaba generar una estructura productiva homogénea y dinámica capaz de autosustentarse. Nada más lejos de este planteamiento que buscar copiar mecánicamente la experiencia de los países de industrialización reciente del sudeste asiático, lo cual había constituido la gran novedad de los años setenta. Chile debía optar por una estrategia distinta a través de una agregación creciente de valor a sus recursos naturales. En consecuencia, no se trataba de generar una especialización manufacturera artificial, sino de crear las condiciones para una mayor incorporación de tecnología y trabajo calificado a un conjunto de recursos que se exportaban con muy escasa elaboración.

El auge exportador chileno tenía como base el cobre, las frutas, la pesca y el sector forestal. Como regla general, con la excepción de la gran minería del cobre, se trata de sectores que generan un tipo de estructura productiva altamente heterogénea y una relación salarial marcada por la precariedad. La fruticultura y el sector forestal son los mejores ejemplos de esta realidad. Abunda allí un trabajo poco calificado, muchas veces solo temporal y con escasa protección social. Esto explica que, a pesar del dinamismo que puedan exhibir dichas

<sup>8</sup> Ominami, Carlos; Madrid, Roberto. *La inserción de Chile en los mercados internacionales*. Santiago: Prospel-Cesoc, 1989.

actividades, se reproduzcan condiciones de atraso y pobreza de una parte importante de la masa salarial allí incorporada.

Se trata además de procesos de trabajo que, en muchos casos, generan efectos negativos para la salud de los trabajadores por el uso masivo de pesticidas y otros productos altamente tóxicos. En el caso de la minería, se presentan también serios problemas ambientales por la contaminación con arsénico y la instalación de tranques de relave en lugares que representan amenazas para las poblaciones. Por su parte, el sector pesquero evidenciaba ya en esa época notorios signos de agotamiento de algunos de sus principales recursos como resultado de la sobreexplotación.

La segunda fase se concebía como una respuesta a la heterogeneidad productiva, el daño ambiental y la precariedad salarial. Un uso racional e intensivo de los recursos le permitiría al país obtener mayores retornos, un mejoramiento de las condiciones laborales y un relajamiento de la presión que se ejercía sobre el medio ambiente y la disponibilidad de recursos. Así, por ejemplo, era absurdo que el país continuara exportando madera en bruto (rollizos) o que lo esencial de la industria forestal se dedicara a la producción de celulosa, en consecuencia que la exportación de maderas elaboradas, de casas prefabricadas o de muebles, podía generar, con menos cantidad de materia prima, mayores ingresos y trabajo más estable y mejor remunerado respecto al que ejecutan los trabajadores de los predios forestales.

A partir de estas definiciones se fue adoptando un conjunto de políticas que, de un modo un tanto tímido, representaban una ruptura con los enfoques neoliberales. En realidad estábamos todavía muy lejos de restablecer una cierta idea de “política industrial”, concepto que había sido denigrado como símbolo de un estatismo anacrónico que debía ser desterrado para siempre.

El esfuerzo desplegado desde el Gobierno se orientó en tres direcciones fundamentales. Por un lado, se pusieron en práctica, con importantes recursos de los organismos multilaterales, programas destinados a incentivar la innovación y, muy especialmente, la articulación entre el mundo productivo y el académico. De esos años datan instrumentos como el Fondef, que juega un papel significativo en un esfuerzo de innovación que sigue estando muy por debajo de las necesidades. Por otro lado, se intentó dotar al país de una política integral hacia la pequeña y mediana empresa. Nos propusimos democratizar el derecho a emprender, y para ello se generó una multiplicidad de nuevos programas de asistencia técnica y financiera. Conscientes de que todo el esfuerzo público sería insuficiente se buscó, con cierto éxito, interesar a los bancos privados en el financiamiento a este sector. Así, los bancos fueron descubriendo que existía allí un área de negocios atractiva que podía, dentro de ciertos límites, ocupar el espacio que dejaban las empresas mayores que en las nuevas condiciones podían aspirar a financiarse directamente emitiendo bonos en el exterior. En complemento con las iniciativas anteriores, se ampliaron los mecanismos para incentivar la capacitación y el perfeccionamiento de los trabajadores.

Es imposible determinar el efecto preciso de cada una de estas políticas. Lo concreto es que la economía chilena tuvo durante los noventa y hasta el estallido de la crisis asiática, iniciada en julio de 1997, un crecimiento récord del orden del 7% promedio anual. En esos años se construyó la leyenda del “jaguar latinoamericano”. El prestigio de Chile alcanzó niveles insospechados. Se buscó así transformar una experiencia original, construida con mucho trabajo y a partir de un fondo trágico como el desplome de la democracia y los diecisiete años de dictadura, en un modelo del cual se podían extraer lecciones prácticamente universales.



Explicamos con anterioridad las razones del éxito en Chile de las reformas estructurales emprendidas durante el régimen militar. No caben dudas de que, producto de la apertura comercial al mundo, los sectores empresariales que lograron sobrevivir pudieron hacerlo aumentando significativamente sus niveles de competitividad. Los primeros años de la restauración democrática crearon condiciones que permitieron que ese potencial se desarrollara al máximo. La estabilidad y el prestigio político de la renaciente democracia, el rigor macroeconómico, los nuevos acuerdos comerciales, los flujos masivos de inversión extranjera directa y las políticas de apoyo a la segunda fase, fueron la base del crecimiento sin precedentes registrado en el período comprendido entre 1990 y 1997.

Hay otro factor estrechamente ligado a la democracia que jugó un papel esencial. Por su importancia, requiere de una mención especial. Contrariamente a lo que muchos anunciaban, la democracia logró contener las demandas sociales que se habían acumulado durante largos años de represión política y sindical. Los trabajadores manifestaron un enorme compromiso con el proceso de transición, postergando una y otra vez la materialización de legítimas reivindicaciones. Todos estos años se beneficiaron de una paz social envidiable. Los máximos dirigentes sindicales, todos militantes de los partidos de la Concertación o del Partido Comunista, intentaron resolver sus demandas por la vía de la negociación y el diálogo social. Alentadas por el Gobierno, se auspiciaron mesas de conversación que le permitieran al movimiento sindical recuperar algo del espacio perdido. Las negociaciones sobre el reajuste del salario mínimo, el que de alguna forma entregaba una señal respecto de los aumentos de remuneraciones para el conjunto de la economía, fueron las más importantes. Era impresionante ver cómo una dirigencia sindical que había esperado por tantos años el advenimiento de la democracia, se involucraba

en complejas negociaciones en las cuales jugaban un papel muy relevante los conceptos de productividad e inflación esperada. Por esta vía, el movimiento sindical hizo una enorme contribución al fortalecimiento de la democracia, al impulso del crecimiento y al control de la inflación. Desgraciadamente, este proceso fue perdiendo vitalidad. En opinión de la propia dirigencia sindical, en vez de fortalecerse, el movimiento de los trabajadores fue perdiendo fuerza. Las medidas adoptadas para incentivar la organización sindical tuvieron escaso efecto y las cúpulas empresariales comenzaron a perder interés en negociar con una dirigencia a la que veían debilitada.

### **Un dinamismo declinante**

La economía chilena había sorteado impecablemente bien el “efecto tequila” producido por la crisis mexicana y el “efecto tango” generado por la crisis argentina. Para muchos, la rueda de la fortuna había sido clavada. Tan es así que frente a las primeras manifestaciones de la crisis asiática, el Gobierno hizo ver, de manera imprudente y un tanto soberbia, que la crisis no afectaría a Chile<sup>9</sup>. Fue un gravísimo error de diagnóstico. No se tomaron las medidas adecuadas desde el punto de vista fiscal y el Banco Central, ante la inminencia de un rebrote inflacionario, llevó las tasas de interés a niveles desmesurados<sup>10</sup>, generando una profunda recesión cuya manifestación más directa fueron un crecimiento negativo del PIB y un desempleo por sobre los dos dígitos. De nada bastaron las agrias protestas

<sup>9</sup> Eduardo Aninat, ministro de Hacienda del presidente Frei, en una columna publicada en *La Segunda* el 25 de marzo de 1998, señaló que era una exageración pensar que la crisis asiática afectaría sustantivamente a Chile, pues el país se encontraba en un estado económico fuerte y sólido.

<sup>10</sup> Así, por ejemplo, la tasa de interés de hasta noventa días pasó de 10,79% en diciembre de 1998 a 21,51%, en noviembre de 2000.

que me tocó encabezar desde el Senado en contra de esta irracional política que amplificó los efectos de la crisis.

Para un país que había contravenido la profecía bíblica viviendo catorce años seguidos de vacas gordas, sin años de vacas flacas, el impacto fue enorme, parecido al que se produce en un vehículo que se desplaza a gran velocidad y que súbitamente se ve obligado a frenar. Se desató un cierto pánico en las empresas y, sobre todo, en los trabajadores, que veían cómo se destruían sus puestos de trabajo. Para una parte importante de ellos, acostumbrada a una relativa estabilidad, esta era una situación inédita y muy amenazadora que tuvo a la Concertación al borde de perder la elección presidencial cuya primera vuelta se celebró en diciembre de 1999, en plena crisis.

La verdad es que la economía chilena nunca volvió a ser la de antes. Tasas de crecimiento como las que se habían registrado en los noventa no volvieron a repetirse. Desde este punto de vista, la historia de los cuatro gobiernos de la Concertación es la historia de la declinación progresiva del dinamismo de la economía nacional. Desde promedios anuales por sobre el 6% en el Gobierno de Aylwin, se baja a tasas inferiores al 5% en el de Frei, para caer con Lagos por debajo del 4% y rematar con un promedio de 2,8% anual promedio en el Gobierno de la presidenta Bachelet.

El presidente Piñera prometió durante su campaña que Chile volvería a una tasa de crecimiento promedio del 6%. Finalmente, todo dependerá del dinamismo de China e India y de la prolongación en el tiempo del espectacular auge de las materias primas. Para Chile, las proyecciones de mediano plazo indican que la tasa de crecimiento tenderá a estabilizarse en torno al PIB potencial, estimado en 4,5%, tasa que podría ser más baja si EE.UU. y Europa entran nuevamente en recesión.

La cuestión de fondo es que Chile ha venido perdiendo empuje en su proceso de cambio y adaptación estructural a las condiciones de la globalización y la nueva economía. En perspectiva histórica, la primera década del siglo XXI no produjo impulsos dinámicos tan poderosos como las reformas estructurales de los setenta o los cambios políticos y las reformas al modelo que tuvieron lugar durante los noventa. En una carrera en donde solo para mantenerse es necesario correr rápido, Chile no consiguió enfrentar en serio tres desafíos cruciales para cualquier país que quiere acceder al desarrollo: diversificar su estructura de exportaciones, reducir las desigualdades y modernizar su aparato de Estado.

El auge exportador de los noventa tuvo al inicio una dimensión cualitativa. El surgimiento de industrias generadoras de mayor valor agregado fue parte de ese proceso. Los ejemplos paradigmáticos son las exportaciones de vino y de salmón. En ambos sectores, Chile logró desafiar a grandes productores mundiales, abriéndose un espacio significativo en el mercado internacional. Hay aquí un buen ejemplo de exportaciones de segunda fase. Se trata de actividades que se apoyan en la dotación de recursos naturales (tierras, clima, aguas), pero que incorporan tecnologías altamente sofisticadas. Son sectores en los cuales se libra una dura batalla en los principales mercados del planeta. El reconocimiento mundial a los progresos de la industria chilena del vino es unánime. La relación calidad-precio de los vinos chilenos es difícil de imitar. Menos conocida, la penetración chilena en el mercado mundial del salmón lo llevó a constituirse en el segundo productor mundial. Por irresponsabilidad ambiental, esta industria se contagió a partir del 2006 con el virus ISA (anemia infecciosa del salmón) y enfrenta en la actualidad un futuro menos radiante.

La segunda fase exportadora no consiguió afirmarse como una estrategia nacional. No hubo persistencia en el esfuerzo,

producto, entre otras cosas, de la inexistencia de una institucionalidad específicamente consagrada a su materialización. Por el contrario, una tendencia sistemática a la revaluación del peso puso en evidencia que Chile había contraído lo que la literatura especializada define como “enfermedad holandesa”<sup>11</sup>.

La recurrente revaluación del peso ha sido beneficiosa para quienes han mantenido deudas en dólares, pero devastadora para sectores productivos que lograron con dificultad insertarse en los mercados internacionales disponiendo de márgenes de rentabilidad muy ajustados. Es así como fueron desapareciendo de la estructura de exportaciones un conjunto de rubros especialmente de tipo manufacturero.

Sea cual sea el tipo de cambio, Chile seguirá siendo un gran exportador de cobre y otros recursos naturales en los cuales tiene ventajas comparativas evidentes. En los últimos años se ha producido además un fuerte aumento del precio de los principales productos que Chile exporta, el cual ha tendido a profundizar el deterioro cambiario.

Todo esto se expresa en la fuerte preponderancia que ha vuelto a adquirir el cobre en las exportaciones chilenas. Este proceso va de la mano de una mayor concentración de las exportaciones en un número reducido de grandes empresas<sup>12</sup>. Estos son antecedentes fundamentales para comprender la heterogeneidad estructural que caracteriza a la economía chilena.

Si las empresas de menor tamaño tienen dificultades —a menudo insuperables— para insertarse en el mercado internacional, tampoco se abre ante ellas la posibilidad de disponer de un gran mercado interno. Por de pronto, con sus dieciséis

<sup>11</sup> Landerretche, Óscar; Lanzarotti, Mario; Ominami, Carlos. “El desarrollo económico de Chile en la encrucijada”. En Fundación Chile 21: *Aportes para el debate: desarrollo, empleo, equidad y democracia*. Santiago: Ediciones Chile 21, 2005.

<sup>12</sup> Seminario “Las tres C: Concentración, Competencia y Crecimiento en la economía chilena, *¿quo vadis?*”. Santiago: Fundación Chile 21, 2011.

millones de habitantes, Chile representa un mercado interno pequeño que, por su grado de apertura, es además fuertemente competitivo.

Adicionalmente, la persistencia de las desigualdades hace que una parte de la población que vive en condiciones de pobreza o en niveles cercanos a esta permanezca prácticamente excluida de los circuitos dinámicos de consumo interno. Sus necesidades no se transforman en demanda solvente y, por tanto, no son procesadas por el mercado.

A menudo se escucha decir: “En Chile los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres”. Esto no es rigurosamente cierto. En realidad, la tendencia de fondo ha apuntado a una importante disminución de la pobreza<sup>13</sup>. En veinte años de democracia los pobres disminuyeron y, como regla general, son cada vez menos pobres. Lo que sí es cierto es que los ricos son cada vez más ricos y que en los últimos veinte años las desigualdades se han mantenido y, en varios aspectos, profundizado.

En este sentido, si el desarrollo se entiende no solo como una acumulación mecánica de capital y riqueza, sino que como un proceso en virtud del cual una nación consigue generar energías internas que le permiten proyectar durablemente su crecimiento y distribuir de modo más o menos equitativo los frutos que este genera, Chile está todavía lejos.

El aumento de la dependencia respecto de un número muy reducido de recursos naturales hace que el crecimiento futuro esté sometido a grados mayores de incertidumbre que los propios de las naciones desarrolladas. Chile puede alcanzar

<sup>13</sup> Sin embargo, cabe precisar que la Encuesta de Caracterización Social (CASEN) correspondiente al 2009 arrojó un aumento de la población en condiciones de pobreza de un 13,8%, en el 2006, a un 15,2%. Este fenómeno está fuertemente influido por el alza en el precio de los alimentos que, de acuerdo a un índice que calcula la FAO, alcanzó su máximo histórico en febrero de 2011.

niveles altos de PIB per cápita en razón de los elevados precios del cobre y de la apreciación del tipo de cambio, pero eso no lo convertirá en un país desarrollado. Y menos aún si no combate con una determinación —que hasta ahora ha faltado— las graves desigualdades sociales.

Un obstáculo mayor que Chile debe enfrentar es la inexistencia de un Estado con capacidad de orientar el proceso de desarrollo, de abrir espacios de concertación entre los diferentes actores y de construir escenarios alternativos que entreguen más información para una adecuada toma de decisiones. No se trata de volver a viejos esquemas de planificación centralizada, pero sí de generar instrumentos que eviten una navegación completamente a ciegas y logren advertir, tanto como se pueda, acerca de los principales peligros.

Uno de los efectos más perniciosos de la influencia neoliberal ha sido el combate sistemático de lo público estigmatizado como el símbolo del anacronismo y la ineficacia. Esto llevó a que, durante mucho tiempo, la reforma del Estado no estuviera dentro de las prioridades. Los costos del cortoplacismo se pagaron en el 2006 en el delicado episodio del corte del gas argentino. Producto de un suministro a bajo precio, Chile aumentó durante los noventa de manera acelerada e imprudente su dependencia del abastecimiento de gas natural transandino. La interconexión a través de un sistema de gasoductos funcionaba a toda máquina. Sin embargo, no se advirtieron dos cuestiones relativamente fáciles de prever y que vendrían a cambiar drásticamente esta situación. Por una parte, la demanda argentina era artificialmente baja, producto de su crisis económica. El reducido nivel de actividad permitió la generación de excedentes exportables, de los cuales Chile se benefició durante años. Sin embargo, estos comenzaron a desaparecer con la reactivación de la economía argentina. Esta situación era previsible, como también lo eran los efectos negativos de una baja inversión en

nuevas prospecciones inducida por la política de congelamiento tarifario practicada durante los noventa. De manera súbita, Argentina se vio obligada a cortar su suministro de gas, lo que generó en Chile una grave estrechez energética. Esta situación era perfectamente pronosticable para un Estado dotado de capacidades prospectivas adecuadas. Pero en Chile, estas simplemente no existían.

Un obstáculo mayor en el camino al desarrollo es la creciente concentración de las actividades económicas y la subordinación de las actividades productivas a las finanzas. El dinamismo económico es el resultado de muchos factores. Uno fundamental es la competencia. Esta fue intensa en la segunda mitad de los setenta, al momento de la apertura de la economía a la competencia internacional. La recuperación luego de la crisis de principios de los ochenta coincidió también con un enorme esfuerzo competitivo. Y ya en democracia, durante los noventa, el fuerte aumento de la inversión extranjera trajo consigo un nuevo impulso en materia de competencia y competitividad. Las dinámicas prevalecientes en la última década han apuntado en una dirección contraria. En muchos sectores de actividad, la tendencia a una mayor competencia ha dado paso a una fuerte concentración que opera como disuasivo para nuevos entrantes. Las altas barreras de entrada que se generan en los sectores más concentrados le permiten al puñado de empresas dominantes obtener importantes niveles de rentabilidad, sin estar obligadas a desplegar grandes esfuerzos en materia de eficiencia. Esto es lo que ocurre en sectores tan disímiles como el mercado de las farmacias, las Administradoras de Fondos de Pensiones o los establecimientos del *retail*.

Aunque en el sector bancario chileno han logrado sobrevivir más de una veintena de bancos, incluido uno de propiedad estatal, la debilidad de la regulación o simplemente del regulador, han permitido que este opere como una suerte de

oligopolio que impone a sus clientes condiciones leoninas. La multiplicación de comisiones, el cobro de seguros no solicitados y una variada forma de otros abusos constituyen rasgos característicos del funcionamiento de este sector. No es una exageración afirmar que la mayoría del país trabaja para los bancos, partiendo por las familias endeudadas y las pequeñas y medianas empresas, tradicionalmente necesitadas de capital de trabajo. Las altas rentabilidades que es posible obtener en el negocio financiero llevaron a las empresas de *retail*, por una parte, a crear sus propios establecimientos bancarios y, por otra, a desarrollar una gigantesca industria del crédito a partir de la multiplicación del dinero plástico.

Otro factor es que las altas rentabilidades que se obtienen en los sectores productores de *commodities* para el mercado internacional no incentivan ni la innovación ni la diversificación productiva. Los riesgos que comporta lo nuevo son demasiado grandes frente a las garantías de beneficios que ofrecen las actividades tradicionales. Mientras se mantengan los altos precios en el mercado internacional y la tributación interna no capte para la Nación la renta producida por la explotación de los recursos naturales, será muy difícil que pueda surgir una corriente de innovaciones y nuevas actividades capaces de operar una transformación productiva sustantiva.

La institucionalidad económica vigente reproduce estas tendencias. La primacía que ejercen el ministerio de Hacienda y el Banco Central no contribuye a abrir espacios a los nuevos desarrollos productivos. En estos años, el ministerio de Hacienda ha demostrado ser un buen guardián del equilibrio de las finanzas públicas, pero esto no hace de él un gran creador de valor. Sus energías han estado mucho más puestas en el desarrollo de los mercados de capitales, bajo el supuesto, discutible, de que por esa vía se terminan ampliando las capacidades productivas.

Por otra parte, la democracia ha debido acostumbrarse a un Banco Central autónomo y unipropósito cuyo mandato se agota en el control de la inflación. Sus directores, a pesar de tener una generación político partidista, no están obligados a rendir cuentas y son políticamente irresponsables. Objetivamente, esta institución juega un papel fundamental en la generación de un sistema que subordina la producción a las finanzas y termina promoviendo una especialización internacional primario-exportadora que no conduce al desarrollo.

## La Concertación y la crisis de la política

Para algunos, Chile dio lo que podía dar. “Esto es lo que hay” es una expresión corriente que no se molesta en intentar esconder cierta resignación. Más aún, se insiste en que en comparación con el vecindario, Chile lo ha hecho bien. Somos un país joven que ha enfrentado numerosas tragedias, que una y otra vez se ha puesto de pie y que debemos, en definitiva, dar las gracias, porque esto pudo haber sido bastante peor. Es una mirada que tiene la ventaja de asegurar cierta tranquilidad de espíritu a quienes la comparten, aunque esa condescendencia difícilmente generará condiciones que obliguen a superar nuestras limitaciones e insuficiencias.

Insistamos: la Concertación se constituyó a mediados de los ochenta para derrotar políticamente al dictador y abrir paso a la transición a la democracia. Esa tarea se cumplió. El Chile de finales del Gobierno del presidente Aylwin, en el año 93, reunía ya los requisitos elementales que se le exigen a un régimen democrático en cuanto a libertades básicas. En un período corto de tiempo se había ido quizás más allá de lo que a un Gobierno de transición se le podía pedir. Dinamismo económico, rápida reinserción internacional, fuerte disminución de la pobreza y verdad en materia de derechos humanos, forman parte de los logros de la Concertación en sus primeros años de gobierno.

Desde ese punto de vista, la Concertación fue la protagonista de una transición exitosa. No se puede decir, sin embargo, lo mismo respecto de su capacidad para transformar sustancialmente el país que heredó del régimen militar. A la hora de los balances están de moda unos recuentos que ponen

de manifiesto el conjunto de realizaciones de estos veinte años. Son, en realidad, ejercicios un tanto inconducentes; particularmente en un mundo que evoluciona a una velocidad tan vertiginosa como el actual, ¿qué país no experimenta cambios importantes a lo largo de veinte años? Son más bien escasos los países en donde los balances de dos décadas no muestren la materialización de un conjunto más o menos significativo de obras. El tema es otro: el sentido de esas transformaciones.

Se trata de preguntarse en qué medida esos cambios generan transformaciones que hacen a la sociedad más justa y más solidaria. Se trata de determinar en qué medida los derechos de los ciudadanos avanzan por sobre los abusos de que son víctimas, en qué medida las desigualdades van cediendo terreno y las discriminaciones van siendo cada vez más las excepciones y no la regla. Un balance construido de acuerdo a estos criterios arroja resultados mucho más contrastados.

En muchos aspectos, la Concertación se situó más en la lógica de la administración que en la de la transformación. En rigor, si se examinan con una mínima detención las principales reformas que tuvieron lugar durante los gobiernos de la Concertación, ninguna implicó transferencias importantes de poder hacia los sectores excluidos o cambios significativos en las lógicas mercantiles que en dictadura se apoderaron de muchos ámbitos que, en la mayoría de los países, permanecen bajo control estatal porque su función es la provisión de bienes públicos.

Analizamos en páginas anteriores el caso de la educación, pero este no es el único. Vimos también cómo la reforma previsional tampoco introdujo cambios sustantivos en una lógica de capitalización individual contraria a la doctrina imperante en materia de seguridad social. La reforma de la salud, con los derechos establecidos en el AUGE, pareciera ser una excepción. Sin embargo, el establecimiento de derechos para las

personas, sin dotar al sector público de todos los recursos necesarios para hacer realidad esos derechos, está significando una muy fuerte sangría de recursos hacia al sector privado, lo que alimenta las aprensiones de muchos, en el sentido de que la reforma de la salud, al no haber dispuesto tampoco de un fondo solidario, está generando distintas formas de privatización encubierta del sistema.

Aunque es una discusión que los historiadores tendrán que dirimir, es posible afirmar que una coalición como el Frente Popular, que le dio a Chile tres gobiernos<sup>1</sup>, fue capaz de realizar transformaciones de mayor envergadura, que marcaron de manera más decisiva nuevos rumbos en la historia nacional. Este fue el caso de las políticas adoptadas en materia de industrialización y educación pública. De la misma manera, se puede afirmar que el Gobierno de Frei Montalva (1964-1970), con todos sus conflictos con la derecha y con la izquierda, sacó adelante transformaciones como la promoción popular, la sindicalización campesina, la reforma agraria y la chilenización del cobre, que representaron cambios estructurales de mucha mayor profundidad.

El gran éxito del Gobierno de Aylwin abrió perspectivas que no estaban en los planes iniciales de la Concertación. A decir verdad, nadie, ni en los momentos de mayor euforia, se habría atrevido a pronosticar que la Concertación podría gobernar Chile durante veinte años consecutivos. Así como estaba altamente preparada para dirigir la transición, no lo estaba para enfrentar los desafíos del desarrollo. Se fueron así acumulando tensiones y problemas que no se resolvieron nunca.

El gran debate crítico que el país se merecía y que la Concertación requería con urgencia, se abortó por la vía de la

<sup>1</sup> El Frente Popular ganó la primera elección en 1938, encabezado por el presidente Pedro Aguirre Cerda. Luego vinieron Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla.

descalificación. Como autocomplacientes y autoflagelantes fuimos descalificados por quienes no tenían, debido a distintas razones, deseos de debatir. Este atisbo de discusión tuvo lugar en 1998, cuando era perfectamente posible introducir rectificaciones que permitieran enmendar rumbos<sup>2</sup>. Pero, alarmado por la amplitud que podía alcanzar el debate, llegando incluso al propio gabinete de ministros, el presidente Frei ordenó detenerlo, prohibiéndole a los funcionarios de Gobierno su participación en él. No quería que se desatara lo que algunos interesadamente interpretarían como un gran desorden en la Concertación. Ricardo Lagos, que tenía de lejos la mayor probabilidad para sucederlo en la presidencia de Chile, tampoco fue partidario de dar curso a la discusión. Temió que se produjera una escisión mayor que hipotecara sus posibilidades electorales.

Quienes promovíamos la reflexión crítica quedamos estigmatizados como autoflagelantes, y de ahí en adelante nuestras opiniones serían siempre sospechosas de estar sesgadas hacia un inconformismo excesivo y dañino. Han pasado ya muchos años de ese episodio. Continúo, sin embargo, recordándolo como un momento en donde pudo haberse hecho un buen balance de lo realizado y creado las condiciones para un nuevo impulso. Desgraciadamente no ocurrió así. Nos quedamos en el peor de los mundos, sin rectificaciones y con una discusión en sordina en donde, muchas veces, se confundían los argumentos con las descalificaciones.

Quienes no quieren debatir, siempre encuentran pretextos para no hacerlo. En la actualidad, y con una gran derrota de por medio, insisten en lo mismo. Buscan eludir el problema culpando a los autoflagelantes y díscolos de haber roto la unidad y no haber sido capaces de defender con fuerza lo realizado.

<sup>2</sup> A raíz de los resultados de las elecciones parlamentarias de 1997, se inició en 1998 una discusión dentro de la Concertación que fue bautizada por la prensa como el debate entre “autocomplacientes” y “autoflagelantes”.

Esta es una de las principales razones que explican la grave crisis de credibilidad que afecta a las fuerzas de la Concertación. No se trata de quedarse en el pasado, anclados en una reflexión sobre lo que se pudo ser, pero al final no se consiguió. Para enfrentar con éxito la tarea futura de reconquistar la mayoría es preciso entregar una explicación plausible de lo sucedido. La necesitan tanto quienes algún día creyeron y después dejaron de creer, como quienes nos han mirado siempre con cierta distancia. La necesitan también los más jóvenes, que no han sido parte de estas disputas, pero que lógicamente se preguntarán frente a cada nueva promesa: ¿y por qué no lo hicieron cuando fueron Gobierno durante veinte años?

Tengo el íntimo convencimiento de que las explicaciones de fondo de nuestras limitaciones se sitúan en el terreno de la política, la nuestra, la que se hace todos los días. El creciente desprestigio que la fue rodeando fue limitando el principal instrumento de transformación del que disponíamos. Las fuerzas democráticas no pueden actuar movidas por el poder del dinero o la fuerza de las armas; solo pueden hacerlo a partir de sus convicciones y la organización voluntaria de todos aquellos que las comparten. Aquí se produjeron nuestras principales falencias.

Se trata, sin duda, de un fenómeno general. En todas partes, la política ha perdido encanto y adhesión, y una amplísima literatura ha buscado aportar explicaciones convincentes<sup>3</sup>. No hay una razón única. Se constata más bien la existencia de una conjunción de factores que tienden a vaciarla de contenido, instalándola en una “insoportable levedad”, de acuerdo a la expresión de Tony Judt<sup>4</sup>. Los condicionantes más esenciales apuntan a la pérdida de gravitación de los Estados nacionales,

<sup>3</sup> Dalton, Russell. “Citizen Attitudes and Political Behavior”. *Comparative Political Studies*, vol. 33, N° 6/7: 912-940, 2000.

<sup>4</sup> Judt, Tony. *Algo va mal*. Madrid: Taurus-Pensamiento, 2010.



producto de la globalización. Y como consecuencia de ello, al estrechamiento del ámbito natural de la acción política y de sus principales instituciones e instrumentos.

La globalización impone parámetros de los cuales es difícil apartarse. Las normas de producción y consumo tienden a homogeneizarse. Otro tanto ocurre con la información y la cultura. La soberanía nacional es sometida a una fuerte tensión por parte de presiones externas surgidas en los principales centros y, simultáneamente, van disminuyendo los estímulos para la acción colectiva. La gente, de alguna forma, percibe esta realidad y toma nota de la impotencia creciente de sus autoridades para promover cursos alternativos.

Las transformaciones sociales y económicas han sido el gran telón de fondo del debilitamiento de la política, especialmente de los partidos en su relación con la ciudadanía<sup>5</sup>. Las transformaciones socioeconómicas han venido acompañadas de un relato individualista, en el cual se ha privilegiado el estilo de vida propio por sobre el colectivo, lo que ha implicado una profunda reestructuración de las relaciones entre la política y la sociedad. La política deja de ser vista como elemento central para la vida y se transforma en un elemento accesorio, solo circunstancialmente importante, que no afecta la dinámica de las urgencias diarias que impone la vida cotidiana. “Total, igual tengo que trabajar”, es una respuesta recurrente de mucha gente frente a cualquier interpelación política.

Este desplazamiento de las prioridades ha llevado a que los partidos tengan enormes dificultades para responder frente a las transformaciones económicas y a las nuevas formas de estructuración social. A su vez, la ciudadanía aparece cada vez menos interesada en las respuestas que estos pueden dar

<sup>5</sup> Paramio, Ludolfo. “Cambios sociales y desconfianza política: el problema de la agregación de preferencias”. *Documentos de trabajo*, N° 11, 1998, CSIC, Unidad de Políticas Comparadas.

a sus necesidades, pues, para amplios sectores, el mercado se ha impuesto como el gran solucionador de problemas, tanto individuales como colectivos.

Conscientes de estas nuevas realidades, los políticos tratan de mantener vigencia apelando a diversos recursos. Algunas veces, aparentando que disponen de un poder que en realidad les es ajeno. Otras, tratando de asumir tareas propias de otros actores, como las sociedades de beneficencia. Y en no pocas ocasiones, aprovechando las oportunidades mediáticas que ofrece la sociedad del espectáculo en la que estamos inmersos. La política pierde coherencia y dignidad. Se trata simplemente de aparecer a como dé lugar, y el discurso de la antipolítica gana terreno. No hay democracia en el mundo en donde no se observen fenómenos de este tipo<sup>6</sup>.

La vocación de servicio se resiente. Para quienes hemos consagrado una vida a las políticas públicas, esto genera frustración y dolor. La denostación y el desprestigio permanente hacen que la actividad política sea cada vez menos atractiva para las nuevas generaciones y una carga más pesada de sobrellevar para las que hicieron esa opción en el pasado.

La depreciación de la política se vive con particular intensidad en Chile. Un reciente estudio<sup>7</sup> muestra que Chile es el país con la más baja adhesión a los partidos políticos en todas las Américas. Solo un 11% de los consultados señaló que sentía simpatía por algún partido y el 62% afirmó que tenía poco o nulo interés en la política. Otros países ofrecen realidades distintas. En Brasil, más del 30% de los consultados reconoce

<sup>6</sup> Esto se puede constatar en los diversos trabajos que surgieron como intento de explicación al debilitamiento de la política en los países europeos y Norteamérica, donde los problemas a los que se enfrentaba la política eran prácticamente los mismos. Ver Dalton, Russell; Wattenberg, Martin (eds.). *Parties without Partisans*. Oxford: Oxford University Press, 2000.

<sup>7</sup> Tercera edición del Barómetro de las Américas. Santiago: Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile, 2010.

simpatía por un partido político, y este porcentaje supera el 52% en Costa Rica y el 54% en República Dominicana. Encabeza este ranking Uruguay, con un 66,2%. Las perspectivas de mejoramiento de estos indicadores no son promisorias: más del 89% de los jóvenes interrogados no se ve en los próximos cinco años desempeñando algún tipo de función política.

El caso de Chile no es trivial, porque es uno de los países con mayor estructuración política de la región<sup>8</sup>. Históricamente se valoró de forma positiva la existencia en Chile de un sistema de partidos más constituido. Frente al predominio de opciones nacional-desarrollistas o derechamente populistas, Chile aparecía con un sistema de referencias más universales y componentes ideológicos más nítidamente definidos.

Contrariamente a lo que ocurre en la actualidad, la apatía no era el sentimiento predominante. Se podría pensar que el distanciamiento con la política fue la respuesta de la ciudadanía a la incapacidad de la política y de los políticos de evitar el colapso de la democracia en 1973. Es una tesis razonable. Sin embargo, los hechos no la confirman. Diversos estudios muestran la importante adhesión que generaba el sistema político en vías de recomposición, todavía, a inicios de los noventa<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> Un grupo de autores ha insistido en que Chile presenta uno de los sistemas de partidos más institucionalizados de América Latina. La mayoría de los autores coincide en cuatro criterios para considerar a un sistema de partidos altamente institucionalizado: 1) baja volatilidad, lo que equivale a una estabilidad de la competencia partidista; 2) arraigo social de los partidos políticos; 3) percepción de legitimidad hacia los partidos políticos y las elecciones, y 4) reglas y estructuras estables a través del tiempo. Estos cuatro criterios han sido calificados como fundamentales para ver qué tan institucionalizado se encuentra un sistema de partidos. Chile y Uruguay han ocupado históricamente los primeros lugares del ranking de institucionalización partidaria (Mainwaring y Scully, 1995; Payne et al., 2003).

<sup>9</sup> Las primeras encuestas del Centro de Estudios Públicos lo confirman al mostrar altos porcentajes de identificación con los partidos y participación política.

Un buen ejemplo de ello era el atractivo que ejercía la función parlamentaria y, muy especialmente, el Senado de la República en los principales líderes del país. Así, en la Democracia Cristiana, los dos principales presidenciables desplazados por Patricio Aylwin, Eduardo Frei Ruiz-Tagle y Gabriel Valdés construyeron sus trincheras desde el Senado. Otro tanto hizo Jaime Guzmán, principal teórico de la dictadura, y Sebastián Piñera, actual presidente de Chile. Ricardo Lagos intentó también llegar al Senado en 1989, pero no lo consiguió en virtud de la acción distorsionadora del sistema binominal.

Llama la atención en el caso de Chile la velocidad con la cual se ha erosionado el prestigio de las instituciones por excelencia de la democracia: los partidos y el Congreso Nacional. En la actualidad, su valoración positiva es extremadamente baja, mientras que instituciones como las FF.AA., que concentraron durante largo tiempo la antipatía popular, se han recuperado y exhiben adhesiones superiores al 50%. De hecho, según la encuesta CEP de octubre del 2009, un 65% de los encuestados señaló confiar mucho o bastante en los Carabineros, al igual que un 63% en las Fuerzas Armadas. En cambio, en la misma medición, apenas un 13% indicó confiar mucho o bastante en los partidos políticos y un 26% en el Congreso Nacional.

### **Una verdad incómoda: una transición mal pactada<sup>10</sup>**

Un antecedente fundamental para explicar la profundidad de la crisis de la política en Chile resulta de la naturaleza de la transición y, específicamente, de las debilidades de la negociación que estableció sus límites.

<sup>10</sup> Tomo aquí como base mi texto *Chile: una transición paradójica*, op. cit.

Como se sabe, el triunfo del No, el 5 de octubre de 1988, abrió paso a una elección presidencial que tuvo lugar en diciembre de 1989, y cuyo resultado no fue ninguna sorpresa. Patricio Aylwin, candidato de la Coalición de Partidos por el No, que se convertiría posteriormente en la Concertación de Partidos por la Democracia, obtuvo ampliamente la victoria, con un 55,17%. Los que terminarían siendo veinte años de gobiernos ininterrumpidos de la Concertación, se inician el 11 de marzo de 1990.

En el intertanto, tiene lugar un episodio extremadamente polémico sobre el cual nunca se dirá la última palabra: la negociación constitucional entre las fuerzas democráticas triunfantes y el régimen militar derrotado en las urnas. Aunque probablemente no habrá nunca un reconocimiento formal de parte de Carlos Cáceres, el principal negociador de Pinochet, este terminó su cometido con la convicción total de que lo que había tenido enfrente eran negociadores débiles, que no habían puesto en tensión toda la fuerza de la movilización democrática de amplísimos sectores de la ciudadanía.

Con la distancia histórica que hoy día es posible tener, se puede afirmar que los negociadores de la Concertación incurrieron en una mezcla de debilidad e ingenuidad. Debilidad porque aceptaron lo que en verdad no era aceptable: ni más ni menos que el desarrollo futuro del país se mantuviera encuadrado por una Constitución ilegítima, impuesta en 1980 en condiciones totalmente impropias e inaceptables desde el punto de vista de la democracia. Esa Constitución, en cuyo nombre juró el primer presidente electo tras el retorno de la democracia, mantenía, entre otras cosas, la figura de los senadores designados, la tutela militar sobre la democracia a través del Consejo de Seguridad Nacional, el carácter de garantes de la democracia por parte de las Fuerzas Armadas y el sistema electoral binominal, único en el mundo que, combinado con

un mecanismo de altísimos quórum, hacía que la Carta Fundamental —en sus aspectos más importantes— fuera esencialmente irreformable.

Más aún, la oposición de la época aceptó que se eliminaran algunas disposiciones que habían sido pensadas para fortalecer el poder de Pinochet y que habrían sido útiles para presionar a la derecha para obtener reformas mayores. En efecto, se desecharon dos dispositivos que habrían podido jugar un papel fundamental en esa dirección. Por una parte, la eliminación de los artículos 65 y 68, que le conferían al nuevo Gobierno, que nadie dudaba sería de la Concertación, la posibilidad de aprobar la legislación ordinaria teniendo la mayoría absoluta de una Cámara y un tercio de la otra<sup>11</sup>. La oposición habría podido así sortear la dificultad —que resultó insalvable— de no disponer de mayoría en el Senado en virtud de la grave distorsión que representaban los senadores designados que se mantuvieron hasta marzo del 2006. Aunque esta facultad no era aplicable para la aprobación de grandes reformas constitucionales, podía sin embargo permitir la aprobación de leyes en campos tan determinantes como el tributario y el laboral. Asimismo, habría permitido derogar la Ley de Amnistía, que protege a los grandes violadores de derechos humanos.

Por otra parte, la Concertación renunció también a la facultad presidencial de disolver, por una vez, la Cámara de Diputados. Esta facultad, que existe en otras constituciones como la francesa, le da al presidente de la república un arma importante para hacer prevalecer sus puntos de vista.

La negociación constitucional culminó en un plebiscito que tuvo lugar el 30 de julio de 1989, donde se sancionaron por una abrumadora mayoría, muy poco informada, los acuerdos alcanzados entre el régimen y la oposición de la época.

<sup>11</sup> Portales, Felipe. *Chile: una democracia tutelada*. Santiago: Editorial Sudamericana, 2000.

La debilidad se combinó con la ingenuidad para evitar que la oposición hiciera lo que tenía que hacer. Esto es, presionar para hacer valer —con todo su peso— el triunfo del 5 de octubre de 1988. El actual ministro Andrés Allamand, en esa época presidente de Renovación Nacional (RN), que era el principal partido de la derecha, comprometió bajo su palabra los votos de su partido en el Parlamento —que debía instalarse a partir de marzo de 1990— para expurgar de la Constitución todos los resabios autoritarios que los negociadores del régimen militar habían logrado mantener. Todavía se espera el cumplimiento integral de lo que en ese momento se convino. Es cierto, no existió un documento formal<sup>12</sup>, pero el incumplimiento fue manifiesto por la resistencia de los sectores conservadores de RN que mantuvieron y mantienen gran fuerza en ese partido. Esta realidad representó una enorme dificultad que debió enfrentar la Concertación, transformada en coalición de Gobierno, para que en cuantagotas se fueran cumpliendo algunos de los compromisos contraídos. Por ejemplo, los senadores designados terminaron durando dieciséis años y el Senado chileno sufrió la ignominia de ver al dictador sentado en su hemicycle, ejerciendo sin gran decoro la condición de senador vitalicio que su propia Constitución le garantizaba.

Con el argumento del pragmatismo y las relaciones de fuerza, incluso uno de los negociadores de este pacto por parte de la Concertación ejerció también durante ocho años como senador designado<sup>13</sup>.

Todos estos ejemplos grafican las complejidades que desde el inicio debió sortear la transición chilena. Transición que, hay que reconocerlo, enfrentaba un límite difícil de remover,

<sup>12</sup> Los protagonistas de la historia hablan de un texto informal escrito casi en una servilleta, en una comida en la casa de Carlos Reymond.

<sup>13</sup> Se trata de Edgardo Boeninger Kausel, ingeniero, economista y politólogo que ejerció como senador designado entre 1998 y el año 2006.

resultado de la decisión política de haber confrontado al régimen militar dentro de sus propias reglas. Esto hizo que, a diferencia de otros procesos, como el argentino, las Fuerzas Armadas chilenas no tuvieran que desenvolverse en la condición de fuerzas derrotadas, propia de otras transiciones. Esta suerte de empate marcaría fuertemente la transición desde los inicios. Sería, sin embargo, impropio asumir estas limitaciones como algo inamovible. La verdad es que los acontecimientos pudieron haber sido distintos, con una dirección política menos traumatizada por los diecisiete años de dictadura y con algo menos de aversión al riesgo y de disposición a una mínima intransigencia democrática. Esta mezcla de debilidad e ingenuidad terminaría pagándose caro.

Chile fue poco a poco recobrando su normalidad, legitimándose un orden constitucional que, en un conjunto de cuestiones de fondo, vinculadas a la defensa de la propiedad como el derecho esencial, terminarían elevando al neoliberalismo impuesto durante la dictadura al rango de principio fundacional de la Nación.

No obstante los enormes esfuerzos que se realizaron para establecer en Chile verdad y justicia, la transición se desarrolló en un marco de enormes restricciones institucionales, con el agravante de que una parte no despreciable de los viejos elencos de la dictadura pudo comenzar a actuar en la naciente democracia con un sello de legitimidad que habría sido difícil de imaginar.

El orden constitucional que resultó de este proceso quedó en realidad muy lejos del objetivo que se habían propuesto las fuerzas democráticas de dotar al país de una nueva Constitución a través de una Asamblea Constituyente<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> Este fue el objetivo declarado por la Alianza Democrática que se constituyó en 1983 a partir de un acuerdo entre la Democracia Cristiana, una parte del socialismo, la socialdemocracia y la derecha democrática republicana.

## El deterioro partidario

El adecuado funcionamiento de la democracia requiere de partidos políticos sólidos. A lo largo de la historia, la humanidad ha experimentado distintas formas de gobierno. De todas las conocidas, la libre asociación de los ciudadanos para hacer valer en democracia sus convicciones, a través de partidos políticos, es por lejos la mejor. Supera con creces a aquellas basadas en las instituciones militares, las iglesias, los grupos económicos, las sectas, las familias, las mafias o los grupos de amigos.

A lo largo de su historia, Chile tuvo partidos relevantes. Por de pronto, los cuatro partidos que han sustentado a la Concertación tienen una historia en la cual predominan sus grandezas por sobre sus miserias. El más antiguo, el Partido Radical, marcó fuertemente la historia del país. Surgió a mediados del siglo XIX como la búsqueda de una expresión política que pudiera hacer frente al predominio oligárquico. Fue un partido que se asentó con mucha fuerza en las capas medias, de las cuales sería su principal representante durante décadas. Su historia no es, por cierto, lineal; hay en ella episodios de muy diverso tipo. Algunos marcados por el oportunismo y la renuncia, pero otros que dieron vida a las mejores tradiciones del país: educación pública gratuita, laicismo, industrialización, ampliación de libertades, etc.

El Partido Socialista, fundado en 1933, representó el intento de constituir una izquierda libertaria, expresiva del movimiento de los trabajadores manuales e intelectuales. Defendió con fuerza su autonomía frente a los grandes vaticanos de la época, el religioso y el comunista encarnado por la Unión Soviética. Históricamente está asociado a algunas de las grandes transformaciones que experimentó Chile en el siglo XX. Su figura más señera, Salvador Allende, fue en su juventud el gran impulsor de la salud pública y con su sacrificio le dio al

PS un prestigio moral que fue esencial para su recomposición a partir de su reunificación en 1990.

El Partido Demócrata Cristiano logró construir una fuerza social y política con pocos parangones. A mediados de los sesenta del siglo pasado se constituyó en uno de los grandes referentes de la Democracia Cristiana a nivel internacional. Le ha dado a Chile tres presidentes de la república. Durante el mandato de Frei Montalva impulsó transformaciones que marcarían fuertemente el devenir nacional, como la reforma agraria, la promoción popular, la sindicalización campesina y la chilenización del cobre. Con Aylwin dio inicio a la transición y con Frei Ruiz-Tagle impulsó un vasto proceso de renovación de la infraestructura nacional.

El Partido por la Democracia, el más reciente, formado a finales de los ochenta para albergar, de manera instrumental, a todos quienes necesitaban un espacio legal para luchar en contra de la dictadura, terminó expresando un sentimiento progresista que no tenía cabida en los otros partidos. De ahí su permanencia en el tiempo y su transformación desde partido simplemente instrumental en partido programático que ha buscado situarse a la vanguardia de los nuevos desafíos del mundo moderno en el ámbito de las libertades, la defensa del medio ambiente y los derechos de los ciudadanos.

Otra particularidad chilena ha sido la existencia de un poderoso Partido Comunista. En los sesenta era considerado el tercero en importancia en el mundo occidental, solo superado por el italiano y el francés. Históricamente, logró desarrollar una gran fuerza entre los trabajadores organizados y un vasto sector de la intelectualidad. Jugó un papel de primer orden en la resistencia en contra de la dictadura, pagando por ello un elevado precio en vidas de centenares de militantes. Luego de la neutralización del MIR, fue el principal blanco de los servicios represivos de la dictadura.

No cabe duda de que son todos partidos que tienen un pasado importante que exhibir, pero, ¿qué hay de su futuro? Hay razones para pensar que este no se anuncia esplendoroso. Por de pronto, las grandes movilizaciones que han agitado a la política chilena durante el 2011, no reconocen dirección en ningún partido. Más bien, buena parte de los manifestantes expresan un fuerte resentimiento en contra del conjunto del sistema político.

No faltan en el mundo los analistas que pronostican la extinción progresiva de los partidos políticos en el marco de sistemas democráticos en los cuales el avance del liberalismo continuará debilitando las preferencias ciudadanas colectivas<sup>15</sup>. Es una discusión compleja. La amplia penetración de las redes sociales puede también apuntar en esa dirección. No creo, sin embargo, en un mundo puramente organizado en torno a una democracia electrónica en permanente consulta a la ciudadanía en tiempo real. En el futuro previsible, la realidad continuará confrontándonos a debates complejos, imposibles de reducir a oposiciones binarias, y tendremos partidos políticos que se mantendrán luchando por conquistar la adhesión ciudadana. El tema es saber en qué condiciones lo harán y cuáles pueden ser los resultados más probables de ese esfuerzo.

En el caso de Chile, los partidos tradicionales continuarán existiendo, aunque cada vez más encerrados en sí mismos y con menor gravitación en la sociedad. La trayectoria del Partido Radical es, en este sentido, ilustrativa. Hace ya muchos años que dejó de ser el gran partido que encabezó los procesos de transformación de la sociedad chilena. Pero ahí está. Su adhesión oscila en torno al 5%, lo que le permite situarse en posiciones negociadoras que pueden redituarse ventajas en

<sup>15</sup> Sánchez Cuenca, Ignacio. “¿Habrá siempre democracia?”. Madrid: *El País*, 17 de diciembre de 2010, p. 29.

algunos espacios de poder, pero no le permiten encabezar ninguna lucha relevante.

Veinte años de ejercicio del poder dejaron en los partidos de la Concertación una pesada herencia con pocos activos y un enorme rechazo ciudadano. Esta percepción se ha transformado en un lugar común. Llama la atención, sin embargo, la escasez de análisis que entreguen explicaciones coherentes de esta situación. Una excepción es el libro *Conversaciones con Carlos Altamirano*<sup>16</sup>, importante esfuerzo que con valentía pone de manifiesto la transformación del Partido Socialista en una fuerza que sucumbió a la presión del neoliberalismo, perdiendo así su razón de ser para transformarse en un partido más.

El deterioro de los partidos en Chile es un fenómeno más general. Esta afirmación es particularmente pertinente en el caso del centro-izquierda. La derecha tuvo durante todo el siglo XX grandes dificultades para generar una fuerza partidaria consistente. Su predilección se orientó hacia candidaturas independientes y la acción directa de los poderes fácticos, especialmente en el plano económico y religioso. Como forma de enfrentar esa falencia, desde el seno del régimen militar se constituyó la Unión Demócrata Independiente (UDI), que se ha propuesto justamente construir una nueva derecha, con anclaje social y un militantismo y disciplina tradicionalmente ausentes en la derecha. Por su representación parlamentaria y su adhesión electoral, la UDI ha llegado a ser el principal partido del país.

Como en todos los procesos complejos, no hay un factor único que pueda entregar una explicación plausible a la crisis de los partidos de centro-izquierda. Se trata, por el contrario, de una conjunción de factores que ha ido generando una

<sup>16</sup> Salazar, Gabriel. *Conversaciones con Carlos Altamirano, memorias críticas*. Santiago: Debate, 2010.

suerte de círculo vicioso al interior del cual se potencian unos con otros.

Un elemento indispensable a tener en cuenta tiene que ver con una suerte de pecado original del cual muchos somos responsables. Para el núcleo dirigente que se constituyó al calor de las luchas democráticas había, en el nuevo período de transición que se abría, tres destinos posibles: el Gobierno, el Parlamento y la dirección de los partidos. La opción por los dos primeros, Gobierno y Parlamento, ejerció una atracción irresistible, dejando a la dirección de los partidos en una posición desmedrada. Ser parte del primer gabinete de la democracia, muy especialmente, tenía un encanto especial. Allí estaba puesta la mirada pública nacional e internacional; allí se radicaron las principales responsabilidades en la conducción del proceso. En realidad, el gabinete era la expresión misma de la Concertación y su diversidad.

El gabinete que acompañó al presidente Aylwin estaba compuesto por muchas figuras de peso político<sup>17</sup>. Esto aumentaba su atractivo. Fue, en consecuencia, muy distinto a los gabinetes que se constituyeron con posterioridad, caracterizados por una composición de tipo tecnocrático. Este fue un gabinete en donde se practicaba el debate político y era bastante más que un espacio de coordinación o socialización de decisiones adoptadas en otras instancias. Involuntariamente, fue aquí donde se gestó una escisión profunda, de graves consecuencias entre la función ejecutiva y la función partidaria. Este tipo de funcionamiento del gabinete redujo aún más el espacio de los partidos políticos.

Otro destino importante para la dirigencia fue el Congreso Nacional. Dirigentes que habían estado en la primera línea de la lucha contra la dictadura pasaron a ocupar posiciones

<sup>17</sup> Ricardo Lagos, Enrique Krauss, Juan Hamilton, Enrique Silva Cimma, Enrique Correa y Germán Correa, por ejemplo.

gravitantes en el Senado y la Cámara de Diputados, especialmente en la presidencia de ambas.

Precarizados por la ilegalidad de largos años de dictadura, los partidos no resultaban lugares especialmente atractivos para muchos que deseaban aportar al desarrollo del proceso. De palancas esenciales en la lucha contra la dictadura, se fueron progresivamente convirtiendo en obstáculos en la fase de transición. Con excepciones, sin duda, los partidos se constituyeron en el espacio en donde se refugiaron muchos de los que no habían tenido cabida en el Gobierno y en el Parlamento. Se comenzó así a incubar un marcado resentimiento o, en otros casos, una fuerte inclinación para utilizar las posiciones partidarias como trampolín para conseguir, en el mejor de los casos, un lugar en el Gobierno o en el Parlamento.

Fue un grave error, una falta mayor que transformó a los partidos en lugares hostiles. Allí se agrupaban viejos o nuevos militantes en busca de alguna oportunidad laboral para ellos o un miembro de su familia. Quienes lo conseguían, pagaban el servicio con la adscripción a la corriente interna de quien lo había ayudado. Quien no conseguía nada, a menudo la mayoría, se convertía en un militante ácido y resentido que, a menudo, terminaba distanciándose del partido.

Por otra parte, el carácter de suprapartidarios que se otorgó a los gobiernos de Concertación, por parte de los propios partidos, contribuyó al estrechamiento de su campo de intervención. Esta decisión fue motivada por los excesos en la intervención partidaria en los asuntos gubernamentales, especialmente en el período de la Unidad Popular, y las dudas que surgían sobre la capacidad de gobernar de una coalición tan heterogénea como la Concertación. En los hechos, significó una delegación amplia de responsabilidades en la autoridad presidencial. Los grandes temas nacionales y las principales definiciones de políticas públicas quedaban radicadas en el

Ejecutivo o, en su defecto, en el Parlamento. Los debates partidarios se limitaban a materias menores, generalmente vinculadas a cuestiones relativas al poder interno. Los temas estrella en los congresos partidarios pasaron a ser las cuestiones estatutarias, incomprensibles para la ciudadanía, pero objeto de apasionados debates entre dirigentes y operadores internos. El principal poder del cual disponen los partidos radica en la elección de sus autoridades y en la definición de listas electorales, sea para el Parlamento o los municipios. Estos son los únicos momentos en los cuales se produce una cierta reanimación de la vida partidaria.

El espectáculo que proyectan los partidos no es especialmente edificante. De manera general, se puede afirmar que sus procesos electorales internos están muy por debajo de los estándares que se exigen en la sociedad. El voto universal e informado es un principio sometido en los partidos a muchas limitaciones. Sistemáticamente, los niveles de abstención superan el 60% y más, respecto de los padrones de inscritos. Más grave que esto, es corriente que intervengan con su voto ciudadanos que incluso pueden no saber exactamente en qué tipo de evento están participando. Es el caso, por ejemplo, de grupos de vecinos que formaron o forman parte de alguna agrupación como un comité de allegados o una junta de vecinos. Lo que aquí funciona es la adhesión al dirigente que es quien maneja y negocia internamente esa votación. Como no se trata de adhesiones voluntarias, los votantes deben ser movilizados desde sus casas a los recintos de votación por el dirigente en el cual se reconocen.

Cualquiera que conozca los vericuetos de la vida interna de los partidos sabe que estas prácticas son muy extendidas y pueden tener una fuerte incidencia en los resultados de una elección interna. Frente a la acción de estas “máquinas”, muchos militantes que ejercen libre e informadamente su opción

terminan marginándose, con un gran sentimiento de frustración e impotencia.

La falta de financiamiento ha sido otro factor que ha contribuido a agudizar el deterioro partidario<sup>18</sup>. Mientras que el Parlamento provee a diputados y senadores de los recursos necesarios para sustentar la asesoría legislativa y el trabajo en terreno, los partidos no disponen de recursos públicos para financiar sus actividades. Esto los convierte en el eslabón más débil del sistema político. Esta situación se ve agravada por el hecho de que la crisis de la militancia ha traído consigo prácticamente el fin del financiamiento por parte de los adherentes. Esto tiene lugar en momentos en que el trabajo voluntario, puramente militante, se ha convertido en un bonito recuerdo del pasado<sup>19</sup>. Se produce así una fuerte tensión entre las demandas crecientes que genera la transformación del militante en operador remunerado y la escasez de recursos que predomina en los partidos. En esta precariedad pueden adquirir grados importantes de influencia interna partidaria quienes disponen de recursos por su condición de parlamentarios o de altos funcionarios del Estado.

El Partido Socialista ha podido escapar a la extrema precariedad, producto de la inversión financiera de los recursos a que tuvo derecho por concepto de reparaciones por los bienes expropiados al inicio del régimen militar. De esta forma, se constituyó un fondo administrado por una comisión patrimonio. Por un acuerdo de congreso, estos fondos no pueden ser utilizados para financiar campañas. Por tratarse de una cantidad importante de recursos, del orden de los diez millones de

<sup>18</sup> Fuentes, Claudio. *Análisis comparativo sobre financiamiento de campañas y partidos políticos. Chile*. Santiago: Unidad para la Promoción de la Democracia/OEA-International IDEA, 2003.

<sup>19</sup> Huneus, Carlos. “Problemas de institucionalización de los partidos políticos en una nueva democracia. El caso de Chile”. *Revista de Ciencia Política*, 1999.



dólares, los intereses devengados garantizan un piso de financiamiento de los gastos corrientes.

La existencia de este fondo tiene una historia poco conocida. La Ley de Reparación a las instituciones y personas víctimas de confiscaciones por parte del régimen militar fue aprobada en la Cámara de Diputados sin el quórum orgánico necesario para transformar en ley la indemnización a las instituciones. Con esa falencia entró a tramitación ese proyecto a la comisión de Hacienda del Senado. El ahorro que esto representaba para el Estado no era mal visto por las autoridades de Hacienda. Pasaron varios meses de intenso tira y afloja, sin que el Gobierno repusiera la norma en cuestión. Así las cosas, en mi condición de presidente de la comisión, le hice presente al ministro de Hacienda de la época, Nicolás Eyzaguirre, que de aquí en adelante, mientras no se restableciera la norma en cuestión, no se votaría ninguna otra iniciativa del Ejecutivo. Debo decir que un factor fundamental para el éxito de esta presión fue la disposición del —en ese entonces— senador Sebastián Piñera, quien con gran firmeza argumentó que no podía haber excepciones al respeto del derecho de propiedad. Al poco tiempo se aprobó, por amplia mayoría de la sala del Senado, el proyecto que le permitió no solo a un conjunto de personas, sino también a los partidos, entre los cuales los principales beneficiados eran el PS y el PC, recibir importantes pero, a su vez, justas indemnizaciones por la confiscación de muchas sedes y activos partidarios con posterioridad al golpe.

Las dificultades de los partidos tienen, sin duda, causas más profundas. Su origen está en el hiperpresidencialismo que excluye a los partidos de las grandes definiciones políticas. Los partidos continúan desempeñando ciertas funciones, principalmente electorales, las que no se encuentran entre las más valoradas por la ciudadanía. Antiguamente, en el caso particular de los partidos de izquierda, muchas personas concurrían a

sus sedes para aprender a leer o a informarse. Nada de eso tiene sentido hoy día. Y es un hecho que los partidos no han logrado asumir nuevas funciones percibidas como de gran utilidad por parte de los ciudadanos.

En un régimen como el chileno, los presidentes velan para que sus decisiones tengan origen en ellos mismos y no sean sospechosas de resultar de presiones partidarias. Esto hace que, rara vez, los partidos aparezcan tomando iniciativa en cuestiones relevantes. Su terreno de acción tiene como epicentro la determinación de candidaturas en los diferentes niveles. Se trata de una función esencial, aunque generalmente acompañada de confrontaciones, intrigas y descalificaciones que acrecientan la distancia con la ciudadanía. Para la mayoría de los propios candidatos, el partido representa un obstáculo a superar, el lugar del examen previo frente a un grupo específico poco representativo, pero que dispone del poder de decidir si un determinado candidato podrá o no comparecer frente a la ciudadanía. Es un poder decisivo, pero limitado, que tiene fecha de término, y eso los aparatos y los operadores lo saben, usando y abusando de él.

Limitados en la capacidad de intervenir en las grandes decisiones, los partidos se han hecho fuertes en la administración de los pequeños espacios de poder; por ejemplo, en distintas reparticiones públicas. Esta ha sido la base de un conjunto de prácticas, como la pequeña corrupción y la utilización política del Estado, que han alejado aún más a los partidos de la ciudadanía y han incidido negativamente en el funcionamiento y eficacia de instituciones públicas controladas por operadores partidarios. En vez de constituirse en factores que contribuyan a elevar la consideración ciudadana sobre la actividad política, los partidos tienen una gran responsabilidad en su creciente desprestigio. Este proceso forma parte de la generación de una opinión cada vez más crítica hacia el conjunto de las elites que se manifiesta en grandes sectores de la ciudadanía.

## La frustración de la renovación política

El deterioro partidario no era algo que inexorablemente debía llegar al grado extremo que hoy se conoce. Es cierto, en países más desarrollados las izquierdas socialistas o socialdemócratas han vivido sonadas victorias, pero, así y todo, los partidos que las han protagonizado han logrado mantener estructuras partidarias más consistentes. Este es el caso de los socialistas franceses, del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), de los socialdemócratas alemanes y de los propios laboristas en Inglaterra. Son partidos que, estando actualmente en la oposición o habiendo pasado por ella —como el caso del PSOE—, conservan estructuras con varios miles de militantes activos, tienen gran capacidad de opinión sobre los temas nacionales y disponen de elencos de dirección conocidos y respetados.

Hay muchas razones que permiten sostener que la renovación socialista constituyó uno de los procesos más dinámicos que experimentó la política chilena. Fue un esfuerzo extraordinariamente ambicioso que se nutrió de la reflexión crítica sobre el marxismo y el socialismo realmente existente, así como de la propia revisión autocrítica del desempeño de la izquierda y el socialismo en el proceso que condujo al colapso y desplome de la democracia en Chile.

La renovación aspiraba a un cambio radical de paradigma y a establecer las bases de una nueva forma de hacer política. Han pasado más de tres décadas desde el inicio de este proceso y el balance arroja resultados negativos. Por lejos, el principal aporte fue la revalorización de la democracia y la ruptura drástica con las concepciones que hacían de ella una cuestión puramente formal o instrumental. Así, se dejó de hablar de

democracia burguesa y se asumió que la democracia era el espacio en el cual necesariamente debía tener lugar cualquier transformación sustantiva de la sociedad. Esto implicó entender el cambio social como una tarea que debe ser respaldada por amplias mayorías ciudadanas. Y significó también una profunda y desgarradora autocrítica, en particular por la forma en que el socialismo y la izquierda encararon el proceso que se inició con el triunfo de Salvador Allende, en septiembre de 1970.

Este esfuerzo intelectual y político tuvo su apogeo durante fines de los setenta y la primera mitad de los ochenta. Personalmente, me involucré a fondo en todos estos debates. Busqué, de manera especial, llevar la renovación al ámbito de la economía, en el cual me desempeñaba profesionalmente y, de verdad, creo haber contribuido a ello. Ser parte de un grupo de economistas de alto nivel que llegó a constituir la escuela de la regulación francesa me daba autoridad, pero sobre todo sólidos argumentos<sup>1</sup>.

En esos años, y en un ambiente intelectual claramente progresista, me forjé fuertes convicciones acerca de la importancia del mercado, pero también sobre sus límites, del carácter retardatario de las políticas de enclaustramiento económico, de la necesidad de construir equilibrios macroeconómicos sólidos y de especializar la acción del Estado. Aprendí también algo que los economistas hoy día en boga tienen una enorme dificultad para comprender: que la economía no es una ciencia

---

<sup>1</sup> Esta corriente alcanzó, en su momento, gran notoriedad en Francia y también internacionalmente. Entre sus figuras más destacadas se encuentran Robert Boyer, Michael Aglietta y Alain Lipietz. De todos ellos aprendí enormemente. En el caso de Boyer, estoy convencido de que si en vez de ser francés hubiese sido norteamericano y en vez de ser humilde hubiese sido un buen promotor de sí mismo, a lo mejor habría podido obtener el Nobel de Economía por sus notables contribuciones a la comprensión de las distintas formas de regulación económica en las diferentes etapas de desarrollo del capitalismo.

exacta y que los sistemas económicos funcionan de acuerdo a las instituciones que los sustentan y que estas son, a final de cuentas, la cristalización de las luchas y compromisos sociales que han tenido como escenario al conjunto de la sociedad.

El exilio en Francia me permitió participar de un modo directo y privilegiado en varios esfuerzos para reconstituir un pensamiento progresista. Todo esto con mucha anticipación a la caída del Muro de Berlín y la desaparición ignominiosa de la Unión Soviética, la gran patria socialista para un sector importante de la izquierda chilena. Fueron tiempos de gran efervescencia intelectual. Participé en múltiples debates con economistas de todos los continentes y tuve, asimismo, el privilegio de formar parte de un pequeño grupo de reflexión que se constituyó en torno al filósofo marxista francés Louis Althusser y su tentativa de revisión crítica del marxismo. No era una tarea menor, sobre todo encabezada por alguien como él, que se había transformado en el líder de un marxismo estructuralista altamente dogmático. Asistí a varias reuniones del taller que funcionaba en la Escuela Normal Superior en la conocida rue d'Ulm. Era el único latinoamericano. Althusser trataba de no monopolizar la discusión, escuchaba con atención y también hacía preguntas. Impresionaba ver al gran pope del estructuralismo marxista en blue jeans, polera y zapatillas. El cambio de *look* era parte de otro más profundo que estaba intentando en su modo de pensar. Todo esto ofrecía un fuerte contraste con la actitud y apariencia de su mujer, callada, vestida de negro, sin maquillaje, con el pelo enrollado de forma que asemejaba una especie de tomate muy a la antigua. Parecía una mujer del siglo XIX. Se llamaba Hélène Rythman. Por quienes conocían a la pareja supe que ella desempeñaba varios papeles a la vez: esposa, madre y comisario político. Ella no aprobaba este examen crítico, y con sus silencios y la expresión de su rostro lo hacía sentir. La vi por última vez pocos

días antes del desenlace fatal. En un raptó de furia, Althusser le dio muerte estrangulándola el 16 de noviembre de 1980. El episodio es único y, aunque distorsionado por la psicosis, es de alguna manera expresivo de la inexorable declinación de toda una construcción teórica.

La izquierda chilena no era ajena a estos procesos de revisión profunda. La división del Partido Socialista en 1979 causó un fuerte impacto, especialmente en el exilio. La intervención de Berlín Este y del partido de Honecker, de la desaparecida RDA, había llegado al límite de alentar y amparar la destitución de Carlos Altamirano como secretario general del PS. No eran aceptables los intentos de este de cancelar el entendimiento privilegiado con el Partido Comunista y la definición marxista-leninista que en los sesenta, y contrariamente a su tradición histórica, se había impuesto en el PS. La hospitalidad brindada a la dirección socialista no era gratuita. Esta ruptura vino a darle expresión en el plano partidario a la búsqueda que se había iniciado en sectores todavía pequeños de la intelectualidad chilena<sup>2</sup>. En el plano político, dirigentes socialistas como Carlos Altamirano, Jorge Arrate y Ricardo Núñez se constituirían en referentes importantes del proceso de renovación del socialismo.

Como casi siempre ocurre en las experiencias de dictaduras, el exilio jugó un papel central. En el interior del país, la búsqueda de nuevos derroteros se desarrollaba más lentamente, enfrentando mayores dificultades producto de la represión, las urgencias de la resistencia y la falta de información.

Hitos importantes en el proceso de renovación fueron las Escuelas de Verano organizadas en Rotterdam por el Instituto para el Nuevo Chile, que dirigía Jorge Arrate, y los Encuentros de Chantilly a los que, en conjunto con ese instituto, convocó

<sup>2</sup> Entre los cuales jugarían un papel destacado intelectuales muy respetados, como Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulian.

la Asociación para el Estudio de la Realidad Chilena, que yo presidía en París. El primer encuentro tuvo lugar en septiembre de 1982 en un castillo en Chantilly. Era la primera vez que nos reuníamos dirigentes y militantes tanto del exilio como del interior de Chile. Entre estos últimos estaba Ricardo Lagos, con quien comencé a estrechar relaciones. La gran conclusión que surgió de estas reuniones fue que la renovación no era una necesidad intelectual propia del exilio, sino una condición esencial para recomponer una fuerza progresista que pudiera hacer una contribución sustantiva a la redemocratización de Chile.

Los procesos de renovación y convergencia socialista iban así tomando cuerpo. Surgía con fuerza la idea de construir una casa común en la cual se reencontraran personalidades, dirigentes, militantes o sobrevivientes venidos de muy diversas vertientes. Nos proponíamos construir una fuerza política capaz de generar una nueva forma de relación con la ciudadanía y los movimientos sociales para hacer posible la construcción de un nuevo Chile. Con matices, todos reconocíamos en el socialismo democrático un referente esencial de esta convergencia. Esto, sin perjuicio de una visión crítica respecto del Partido Socialista y sus distintas fracciones.

Es un hecho ampliamente reconocido que la renovación del socialismo y su compromiso a fondo con la democracia fue crucial para hacer posible el reencuentro entre los demócratas, lo que permitió construir la mayoría social y política que lograría derrotar a la dictadura.

Ahora bien, si la renovación abrió espacio para la transición a la democracia, es preciso reconocer que terminó fijándole sus propios límites. Así como generó una evolución irreversible en materia de adhesión a la democracia y reconocimiento del mercado y la globalización como realidades insuperables del mundo contemporáneo, dejó abiertos flancos importantes en dos grandes áreas. Por una parte, la relativa a

la regulación del mercado y el establecimiento de los contrapesos necesarios, y por otra, la que dice relación con la ausencia de una fuerza orgánica en condiciones de asegurar una dirección política consistente.

Una dimensión central del proceso de renovación resultaba del convencimiento de que sin un mercado libre no podía haber democracia. El Chile de la dictadura militar era una buena demostración de que podía haber mercado sin democracia. En sentido inverso, el socialismo de los países de Europa del Este puso de manifiesto que sin mercado no puede haber democracia, puesto que el sistema de planificación central termina operando como una dictadura sobre las necesidades, de acuerdo a la acertada observación de Hannah Arendt<sup>3</sup>.

Desde la renovación defendimos con fuerza la necesidad de una economía de mercado competitiva y abierta al mundo. En la misma lógica, revaloramos la capacidad de emprender como un componente fundamental de una democracia próspera y dinámica. Desgraciadamente, no fuimos capaces de avanzar de manera decisiva en el establecimiento de un adecuado equilibrio entre Estado y mercado. Como ya se ha visto, de una economía de mercado transitamos a una sociedad de mercado; el Estado no adquirió las capacidades de regulación necesarias y el poder empresarial se hizo, en muchos terrenos, incontrarrestable.

La renovación no cumplió con el conjunto de su programa. Antes de hacerlo, su dirigencia se fue dividiendo y sus fuerzas debilitando. Fue un proceso tormentoso, una verdadera decadencia. Protagonistas importantes de la fase inicial terminaron asumiendo posiciones insospechadas en el mundo privado. Varios confundieron renovar con renegar o, simplemente, olvidar. La renovación terminaba inclinándose ante la fuerza del poder y del dinero.

<sup>3</sup> Arendt, Hannah. *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.

Se trata, sin duda, de un tema complejo y delicado con el cual hay que ser especialmente cuidadoso para evitar las generalizaciones odiosas y arbitrarias. De cualquier forma, una explicación acerca de la deriva de la renovación no puede dejar de referirse a la cooptación por el sistema de algunos dirigentes emblemáticos de este proceso. Una cosa es reconocer la importancia del aporte del sector privado en el proceso productivo, y otra distinta es transformarse en un apologista incondicional. Una cosa es tener conciencia de los límites de la acción pública, y otra es transformarse en un contradictor sistemático del Estado. Esto es lo que ocurrió y con ello la renovación se fue desdibujando, transformándose en sinónimo de adaptación o renuncia.

Los protagonistas de esta decadencia son de varios tipos y obedecen a distintos estímulos. Hay algunos que simplemente se fatigaron, otros que se dedicaron a enriquecerse personalmente y otros que buscaron acumular dinero no para ellos, sino más bien para intentar influir en las decisiones políticas de otros. Uno de los aspectos más chocantes de estos procesos de reconversión es el que afectó a algunos ortodoxos militantes de la primera hora, quienes terminaron promoviendo la ultrarenovación o sencillamente el abandono. Eugenio Tironi es uno de ellos. En un lapso relativamente corto de tiempo dejó completamente atrás su condición de aguerrido interventor del MAPU en el exterior para transformarse en uno de los principales *lobbyistas* del país. Otro caso, aunque distinto, es el de José Joaquín Brunner, quien de guardián de la ortodoxia se pasó al campo de la ultrarenovación y coquetea frecuentemente con el neoliberalismo. Otro ejemplo es el de Ernesto Ottone, ex dirigente comunista de primera línea, con asiento en la Plaza Roja junto a Brezhnev en los desfiles del 1º de mayo, en su condición de número uno de los jóvenes comunistas del mundo, y que hoy día es un apologista de la moderación y la prudencia.

Los estímulos para estas reconversiones han sido múltiples y van desde el reconocimiento de parte del sector empresarial y de los medios de comunicación, hasta las posibilidades de ascenso social que puede ofrecer una carrera exitosa en el mundo privado. Haciendo gala de una gran franqueza, Eugenio Tironi resumió de manera brutal esta evolución, afirmando alguna vez: "Del socialismo solo me quedan algunos amigos".

La inexistencia de una fuerza política progresista cohesionada es la otra gran deuda que deja el proceso de renovación. La verdad es que este no profundizó en la importancia de contar con un instrumento que le permitiera proyectarse en el tiempo. En su ausencia, se contentó con incorporar algunas generalidades, muy propias del Mayo 68 francés, acerca de la autonomía de los movimientos sociales. Esta ausencia, para algunos, renuncia, para otros, tuvo consecuencias fatales. Los veinte años de transición terminaron con un progresismo atomizado en una enorme diáspora. En la Concertación, tres partidos, el PPD, el PS y el PRSD, tienen como referente la socialdemocracia o el socialismo democrático. Fuera de ella, el Partido Progresista (PRO) lucha para abrirse espacio y darle proyección política al respaldo que obtuvo Marco Enríquez-Ominami en la última elección presidencial. Otras fuerzas, como el Movimiento al Socialismo (MAS), presidido por el senador Alejandro Navarro, el socialismo allendista de Jorge Arrate, el Partido Humanista y el Partido Ecologista forman parte del mundo progresista que no tiene origen en la cultura comunista.

La historia pudo ser distinta. De hecho, existió una gran oportunidad que fue lamentablemente desperdiciada. Esta surgió de la mejor manera que es posible imaginar: al calor de la lucha contra la dictadura y producto de la necesidad de contar con un instrumento poderoso que permitiera organizar voluntades para derrotar a Pinochet en el plebiscito de 1988. Este fue el origen del Partido por la Democracia (PPD).

Su convocatoria inicial se dirigió a todas las fuerzas sociales y políticas en el afán de construir un instrumento legal que permitiera aprovechar los reducidos espacios que dejaba la dictadura. A imagen de lo que había hecho la oposición democrática en Brasil, se buscaba producir un amplio encuentro que permitiera una dirección unificada de las fuerzas que se disponían a enfrentar a la dictadura en el plebiscito al cual obligaba la Constitución de 1980 para dirimir la continuidad del régimen militar.

Este proyecto surgió y fue impulsado con gran fuerza desde el sector renovado del socialismo. En el ámbito de los partidos generó rápidamente suspicacias. La Democracia Cristiana, el Partido Comunista, el Partido Radical y el sector más ortodoxo del socialismo, liderado en esa época por Clodomiro Almeyda, declinaron participar. Esto no impidió que se suscitara un gran entusiasmo ciudadano en torno a esta convocatoria. Miles de personas se identificaron con el nuevo partido. En poco tiempo se montó una estructura a nivel nacional que jugó un papel de primer orden en la organización de un vasto sector de la ciudadanía en la lucha contra la dictadura.

Fui parte del grupo que, bajo el liderazgo de Ricardo Lagos, se empleó a fondo en este empeño. Junto a muchos otros recorrí Chile buscando adhesiones para esta causa. Fueron grandes momentos de convergencia y entrega a un proyecto que todos sentíamos trascendente. Sin que tuviéramos la debida conciencia, en este naciente Partido por la Democracia radicaba la respuesta ciudadana a lo que andábamos buscando: construir una gran fuerza progresista que permitiera darle sustento a una nueva forma de hacer política.

No se consiguió. Conspiraron en contra de este propósito la falta de lucidez, el sectarismo y la pequeñez.

En su formulación inicial, el PPD era un partido que debía cumplir un papel crucial, pero limitado: generar un espacio

legal que permitiera realizar todas las tareas necesarias para asegurar la victoria de las fuerzas democráticas en el plebiscito de octubre de 1988. Estas contemplaban la distribución de propaganda, la capacitación de apoderados para cuidar los votos en las mesas y la organización de una red que hiciera posible un sistema de cómputo paralelo para evitar un fraude electoral.

Miles de personas recuperaron el entusiasmo. Voluntariamente asumieron riesgos y lo hicieron en forma totalmente desinteresada. Si bien el PPD se definía como un partido puramente instrumental que podía albergar a sectores de derecha democrática, lo cierto es que en su inmensa mayoría, quienes se incorporaron adscribían a posiciones progresistas. Todo indicaba que el PPD estaba, en los hechos, constituyéndose en el punto de convergencia de amplios sectores que perdían el miedo y la desconfianza, y podía, por esa vía, dar lugar a la constitución de una nueva gran fuerza política en el país.

Quienes estábamos en el origen de esta iniciativa no tuvimos la lucidez para anticipar la enorme proyección que esta tenía. No advertimos que rápidamente la criatura recién nacida superaba con creces las potencialidades del padre, la fracción del PS que lo había engendrado. Hubo, sí, una excepción: Ricardo Lagos. De los dirigentes de relevancia de la época fue el único que captó los peligros que corría el proyecto, amenazado en los hechos por la centralidad que adquiriría en la agenda política el proceso de reunificación del socialismo.

No se trataba de oponerse a un proceso que permitiera superar la atomización del socialismo en diversas fracciones y grupos. El tema era que esta reunificación se hiciera en una total claridad ideológica y en el marco de un encuentro ciudadano más amplio. Lagos no tuvo la fuerza para evitar que la renovación cometiera un verdadero suicidio político. Su

derrota senatorial en diciembre de 1989 lo golpeó duro. Fue una de las primeras víctimas del sistema electoral binominal y también de su condición de presidente del PPD, que lo llevó a hacer campaña en todo el territorio nacional, despreocupándose de su propia campaña, situación que fue hábilmente utilizada por su competidor y compañero de lista Andrés Zaldívar, quien resultó electo.

La reunificación del socialismo tuvo lugar en noviembre de 1990 en las dependencias del Congreso Nacional en Valparaíso. Allí se adoptó una resolución monstruosa que sellaría la imposibilidad en las dos décadas siguientes de construir una gran fuerza progresista en Chile: se resolvió poner fin a la doble militancia en el Partido Socialista y el Partido por la Democracia. Y en el colmo del oportunismo, solo se exceptuó de la aplicación de esta norma a Ricardo Lagos. El resto, todos, fuimos obligados a optar.

Encubierta en un ropaje estatutario, se adoptó una resolución que, a la postre, significaría el fin del proceso de renovación. Para quienes habíamos tomado esa opción, esta representó una severa derrota estratégica. En cambio, para quienes habían mantenido una estrecha vinculación con la RDA y el campo socialista, se abrió la posibilidad de recuperar terreno. Si se piensa bien, emergió una especie de mundo al revés que se iría consolidando con el paso del tiempo. Terminarían controlando el aparato partidario quienes habían sido derrotados por la historia. Los que lloraron la caída del Muro de Berlín y la suerte de Honecker y su dictadura, se alzaron con el control del PS. Fue el triunfo de la lógica del aparato por sobre la dinámica del encuentro ciudadano. Fue el triunfo de quienes jugaron papeles muy subalternos en la lucha en contra de la dictadura pero que ahora, en la reconquistada democracia, movían sus piezas para reconstruir un cierto poder, partiendo por el control partidario.

¡Ganaron!, qué duda cabe, pero los alcances de esa victoria fueron devastadores para el socialismo, el progresismo y el curso de la propia transición. Por de pronto, si la reunificación del socialismo permitió el reencuentro de algunos, los menos, significó automáticamente la división de los que éramos más. De hecho, confrontados a tener que elegir entre el PS y el PPD, muchos optaron por quedarse en el PPD, asumiendo los riesgos que implicaba enfrentarse a la poderosa “alianza estratégica” entre el PS y la DC. Destinado supuestamente a consagrar la unidad del socialismo, en los hechos, el Congreso de 1990 sellaría por décadas la división del progresismo. Parte importante de la dirigencia que asumió la conducción del PPD, luego del abandono socialista obligado por el fin de la doble militancia, había pertenecido a las filas del PS o de otros movimientos, como el MAPU, el MOC y la Izquierda Cristiana, que habían sido parte de los procesos de renovación y convergencia socialista. Se produjo, de este modo, una división profunda en el campo del progresismo; una división extraña, sibilina, no explícita y, por ello, más difícil de enfrentar.

Así, con una parte importante de la renovación autoexcluida del PS, al interior de este último fue constituyéndose como corriente mayoritaria una suerte de neoestalinismo, cuya principal característica es su formidable capacidad de adaptación a las necesidades del manejo del poder. El senador Camilo Escalona es el máximo exponente de este fenómeno político y; hoy día, le disputa el liderazgo el diputado Osvaldo Andrade.

El neoestalinismo no es de izquierda o de derecha; la verdad es que, más que posiciones, tiene intereses. Si las condiciones lo hacen necesario, puede hacer dolidos discursos sobre el carácter universal de los derechos humanos para, si las circunstancias cambian, invocar la razón de Estado para justificar lo que más le convenga. Esto le ha permitido capturar la atención de algunos sectores de la elite empresarial que

se han apresurado a alabar el carácter de “estadistas” que han demostrado los líderes de esta corriente<sup>4</sup>.

Este neoestalinismo fue un gran catalizador del envilecimiento de las prácticas internas. El maltrato, la violencia verbal, la manipulación burocrática y la distorsión de las opiniones críticas han sido sus principales armas en el camino del control del aparato partidario. Decenas de jóvenes valiosos terminaron deformados por esta forma de entender la acción política. Muchos de ellos, hicieron de la militancia simplemente un eslabón de sus carreras al interior de la administración del Estado. Muchos otros, la mayoría, abandonaron la política y buscaron otras formas de canalizar sus inquietudes. No es por casualidad que resulta raro encontrar en el PS hijos de socialistas. Como los padres saben lo que hay adentro, tienen poco interés en que los hijos sigan esa huella. En este sentido, la continuidad está rota.

A lo largo del tiempo pude comprobar, para decirlo de manera elegante, la enorme capacidad táctica y ausencia total de sentido estratégico de este sector que ha gobernado el PS durante los últimos años. En este plano, la cúspide se alcanzó con la estrecha alianza entre el senador Escalona y el ministro Velasco, responsable de la Hacienda pública en el Gobierno de la presidenta Bachelet y, con seguridad, el más conservador de los ministros que han ejercido esa función durante los gobiernos de la Concertación. Para sorpresa general, el neoestalinismo y el neoliberalismo se unían para administrar una importante cuota de poder.

Así las cosas, el PS estuvo muy lejos de constituirse, como muchos lo soñamos, en la casa común de la izquierda y el progresismo. No tuvo lugar en Chile un proceso del tipo del que condujo François Mitterrand en Francia, que le permitió, a

<sup>4</sup> Un editorial reciente del diario *El Mercurio* elogiando al senador Escalona por su respuesta a Carlos Altamirano ahorra mayores comentarios.



partir del congreso de Epinay de 1971, generar una dinámica de convergencia de fuerzas progresistas de distinto signo, incluido un fuerte componente de socialistas de raigambre cristiana. De allí surgió un Partido Socialista que, a pesar de todos sus avatares, ha jugado y continuará jugando un papel muy significativo en la política francesa. Nuestro Epinay de 1990 derivó en una especie de Waterloo de la renovación.

En Chile estuvimos también muy lejos de haber constituido una fuerza política tan relevante como la del Partido de los Trabajadores del Brasil, organizada a partir de una sólida alianza entre obreros e intelectuales bajo la conducción de Lula.

Cuantitativamente, en Chile las limitaciones del PS lo condenaron al estancamiento electoral en niveles que oscilan en torno al 11%. Cualitativamente, su conservadurismo y falta de atractivo no le permitió transformarse en un catalizador de la modernización del conjunto del sistema de partidos.

Conscientes de que el PPD había echado raíces en segmentos relevantes de la sociedad chilena, los dirigentes que permanecieron en sus filas lograron darle una cierta proyección, transformándolo, desde su condición de partido instrumental, en partido programático. Tuvieron éxito en mantener vivo un partido que siempre incomodó al PS y a la DC. Al PS, porque su existencia era una clara demostración de que se podía haber construido algo muy superior a lo existente, y a la DC, porque con razón el PPD entró a disputarle con éxito la representación del centro político y de los sectores medios. Para la DC es efectivamente mucho más fácil relacionarse con un partido como el PS, que es una formación de nicho, con una fuerte historia en la cual la figura de Allende juega un papel central. Es un tipo de partido que no le compete, porque la adhesión política de los sectores mayoritarios de la sociedad, cuando se produce, resulta de propuestas de futuro más que de trayectorias históricas, por respetables que estas puedan ser.

Con su existencia en su momento amenazada, el PPD tuvo que hacer grandes esfuerzos, reclamando su derecho a existir. Si bien ha logrado construir una fuerza electoral con, incluso, una mayor representación parlamentaria que el PS, se ha mantenido también relativamente estancado, con una adhesión que apenas supera el 10%. A lo largo de su relativamente corta historia, el Partido por la Democracia ha sido capaz de relevar temáticas de alto impacto en la ciudadanía, como las ligadas a la defensa del medio ambiente o a los derechos de los consumidores. Ha tenido, sin embargo, serias dificultades para generar una estructura orgánica que haga posible una participación organizada de sus adherentes. Esto no le ha permitido superar los fenómenos de caudillismo, tan propios de la política chilena.

En varias ocasiones se planteó la posibilidad de generar formas de articulación entre el PS y el PPD que pudieran potenciar sus fuerzas. A pesar de algunos momentos de convergencia —por ejemplo, para apoyar las opciones presidenciales de Ricardo Lagos y Michelle Bachelet—, esos intentos para profundizar la cooperación no lograron prosperar. Para algunos dirigentes, siempre resulta más atractiva la posibilidad de mantenerse como cabezas de ratón, sin correr el riesgo de ser relegados a la condición de colas de león. Existe además una fuerte aprensión en el PPD respecto de las formas autoritarias de conducción predominantes al interior del Partido Socialista.

Este estado de cosas le impidió a las fuerzas progresistas ejercer una mayor gravitación en las decisiones de política pública adoptadas durante los cuatro gobiernos de la Concertación.

En el esquema imperante, la DC pudo mantener su condición de partido mayoritario, a pesar de que los otros tres partidos sumados la superaban ampliamente en cuanto a respaldo

electoral<sup>5</sup>. La DC ejerció a plenitud esta peculiar condición de partido mayoritario. Bregó, casi siempre con éxito, por asumir la conducción de los principales ministerios, llegando a constituir verdaderos feudos en algunos de ellos. Exhibió siempre gran capacidad para endosarle a la coalición sus posiciones propias. La defensa de la educación particular y la posición de desmedro en que fue puesta la educación pública es un buen ejemplo de los efectos de esta forma de ejercicio del poder al interior de la Concertación. En otros ámbitos, cuando la DC no estaba en condiciones de imponer un punto de vista, operaba por la vía de vetar la iniciativa correspondiente. Esto es lo que explica, por ejemplo, que después de veinte años de Concertación no se haya podido reponer el aborto terapéutico, que era una norma que existía en el Código Sanitario chileno desde 1931 y que había atravesado sin problemas por gobiernos de los más variados signos políticos.

Por esta vía, la Concertación fue perdiendo capacidad de iniciativa y de transformación. Como en la mayor parte de las materias relevantes era y sigue siendo difícil conseguir acuerdo entre los diferentes sectores que conviven al interior de la DC, la Concertación prefería omitirlos para evitar conflictos. Con esto se instaló, primero, en la pura administración y, luego, en la parálisis y la irrelevancia.

A la hora del balance se puede argumentar que la DC finalmente hacía lo único que era dable hacer: proteger su unidad interna. En ese sentido, la principal responsabilidad recae sobre un progresismo que se mantuvo atomizado y que por falta de fuerza y de convicción terminó incurriendo en un notable abandono de deberes.

---

<sup>5</sup> En sus inicios, la Democracia Cristiana representaba una fuerza del orden del 30%. Los otros tres partidos aportaban algo más del 20%. En la actualidad, la DC es una fuerza que se sitúa muy por debajo del 20%.

## El salón de los presidentes

Soy de los que piensan que los hombres y las mujeres hacen la historia de acuerdo a las circunstancias que enfrentan, pero que, más o menos escasa según las circunstancias, existe siempre una cierta autonomía para el ejercicio de la voluntad individual. No creo en los condicionamientos absolutos. El tema es polémico. Hay quienes privilegian la voluntad de los líderes para violentar las circunstancias presentes y crear otras nuevas. Otros, en cambio, apuestan a la acción de las masas o a la intervención de las elites como elementos decisivos en la configuración de la historia. Las actuaciones individuales quedan así reducidas a determinaciones que resultan necesariamente de los contextos en donde estas se producen. Este debate no acabará nunca. Siempre habrá buenos argumentos para exaltar la significación del acto individual o la determinación de las circunstancias estructurales en la forma en que los seres humanos construimos nuestra historia. En definitiva, en cualquier acontecimiento histórico habrá una parte de necesidad, otra de voluntad y, probablemente, algo de azar o casualidad.

La forma de ejercicio de las cuatro presidencias concertacionistas que se sucedieron en Chile durante los últimos veinte años es una clara demostración de cómo esos elementos —necesidad, voluntad y azar— intervienen en proporciones que pueden, sin embargo, variar en forma sustancial.

### **Aylwin: el justo y bueno**

Patricio Aylwin, primer presidente de la transición que gobernó Chile entre marzo de 1990 y marzo de 1994, es el

personaje que, posiblemente, mejor ilustra el sentido de necesidad. Aunque no fue alguien que durante toda su trayectoria haya buscado con insistencia transformarse en presidente, su llegada a esa condición no fue casual. Era presidente del Partido Demócrata Cristiano y ya antes del plebiscito de 1988 fue nombrado vocero del comando del No y, luego, *primus inter pares*<sup>1</sup>. Por otro lado, en su intensa vida política, esencialmente como parlamentario, fue más bien un líder partidista que no evitaba el choque o la disputa. Así, se destacó en un período tan crucial de la historia de Chile como el que gobernó Salvador Allende, como uno de los opositores más enconados y virulentos.

Tan es así, que cuando ya comenzaba a surgir su nombre como posible candidato de la oposición, Jaime Estévez, connotado dirigente socialista de la época, estuvo al borde de proponer y probablemente conseguido aprobar –en el llamado Pleno de Schoenstatt del sector del PS que dirigía Ricardo Núñez<sup>2</sup>– un voto que prohibía el apoyo del PS a cualquier dirigente que hubiese sido proclive al golpe de Estado de 1973. Entre varios disuadimos a Estévez de que hiciera una propuesta de ese tipo que, con toda seguridad, habría contado con un número significativo de adeptos y hubiese abierto una discusión compleja y dolorosa, porque finalmente los dirigentes demócratacristianos que estuvieron claramente en contra del golpe fue un muy pequeño grupo que dejó, por lo demás, testimonio público, a través de una conocida declaración que valientemente dieron a conocer los días posteriores al derrocamiento de Salvador Allende<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Primero entre los iguales.

<sup>2</sup> Del 20 al 22 de mayo de 1987.

<sup>3</sup> Bernardo Leighton, José Ignacio Palma, Renán Fuentealba, Fernando Sanhueza, Sergio Saavedra, Claudio Huepe, Andrés Aylwin, Mariano Ruiz-Esquide, Jorge Cash, Jorge Donoso, Belisario Velasco, Ignacio Ballbontín y Florencio Ceballos.

Chile y su transición a la democracia necesitaban un liderazgo fuerte para enfrentarse y subordinar a Pinochet, pero a la vez integrador, para iniciar la reconciliación de un país que la dictadura había dividido en amigos y enemigos. En contraste con esa imagen de dirigente más bien áspero, Aylwin adquirió reputación de presidente justo y bueno. Hay aquí un buen ejemplo de cómo la necesidad histórica moldea un cierto tipo de comportamiento, más allá de las características personales.

Aylwin fue un dirigente enérgico cuando le correspondió serlo. Sabía mandar, pero le gustaba escuchar y así lo demostraba. En mi condición de ministro de Economía tuve oportunidad de conocerlo y de compartir más íntimamente en los múltiples viajes en que me tocó acompañarlo. Siempre me impresionó en él la amplitud, por así decir, de su registro afectivo. Este va desde la rabia infinita que, a mí por lo menos, no dejó nunca de impresionarme, podía manifestar frente a algo que estimaba incorrecto o desleal a la pena del alma con llanto incluido que le podía producir el relato de alguna situación ligada a las violaciones de los derechos humanos durante el régimen militar.

Podría narrar varias historias que evidencian ambas facetas. Me voy a concentrar en una que contiene las dos dimensiones. Uno de los momentos estelares del Gobierno del presidente Aylwin se produjo con ocasión del Informe Rettig sobre Verdad y Reconciliación<sup>4</sup>. Conmovió al país ver a su presidente

<sup>4</sup> El decreto supremo N° 355, del 25 de abril de 1990, creó la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, cuyo objetivo principal fue contribuir al esclarecimiento global de la verdad sobre las más graves violaciones a los derechos humanos cometidas entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1990, ya fuera en el país o en el extranjero, si estas últimas tuvieron relación con el Estado de Chile o con la vida política nacional. Al cabo de nueve meses de intensa labor, el 8 de febrero de 1991 la Comisión entregó al presidente de la república, Patricio Aylwin Azócar, el Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. En él se establece la recepción de 3.550 denuncias, de las cuales se consideraron 2.296 como casos calificados.

llorando y pidiendo perdón en nombre de Chile por los crímenes cometidos por el Estado. Pinochet, comandante en jefe del Ejército, estaba furioso y presionó por todos los medios a su alcance, que no eran pocos, para que se le permitiera entregar su versión de los hechos. Solicitaba algo inaceptable en una democracia mínimamente constituida: enmendarle la plana a su superior, el presidente de la república, constitucionalmente generalísimo de todas las Fuerzas Armadas. Al final se salió con la suya. Ante la posibilidad de que protagonizara algún tipo de movilización del Ejército que pusiera en un trance más difícil al Gobierno, se optó por abrirle un espacio en el cual pudiera expresar, dentro de la institucionalidad, su particular punto de vista sobre lo que había ocurrido en Chile. Se convocó así a una instancia que el mismo había establecido en su propia Constitución: el Consejo de Seguridad Nacional, en el cual tomaban parte junto al presidente de la república, el presidente del Senado, el de la Corte Suprema, el contralor general de la república, los comandantes en jefe del Ejército, Armada y Fuerza Aérea, y el director general de Carabineros. Solo con derecho a voz participaban los ministros de Interior, Relaciones Exteriores, Hacienda y Economía. En esta última condición me correspondió participar.

Yo había hablado previamente con el presidente para manifestarle que haría uso de mi derecho a voz. Él me hizo presente que se limitaría a abrir la reunión y que luego guardaría silencio, porque ya se había expresado públicamente ante la Nación al recibir el Informe Rettig y no correspondía que el presidente se enfrascara en una polémica con el comandante en jefe de una rama de las Fuerzas Armadas. Me transmitió mucha fuerza y energía cuando me animó a que dijera todo lo que tuviera que decir.

La reunión tuvo lugar el día miércoles 27 de marzo de 1991. La abrió Aylwin diciendo algo puramente formal e inexacto

que buscaba eludir el hecho de que la convocatoria respondía a una exigencia del antiguo dictador. El escenario era la oscura sala donde se celebran los Consejos de Gabinete en el Palacio de la Moneda.

Del lado militar estaba claro que la intervención central sería la del comandante en jefe del Ejército. Pinochet pidió la palabra y comenzó a dar lectura a párrafos seleccionados de un discurso que pronunciaría in extenso, unas horas más tarde, en la Escuela Militar, en una ceremonia especialmente organizada para que él explicara al país, y sobre todo a los suyos, la razón histórica de todas sus actuaciones.

La escena del ex dictador despotricando ante las principales autoridades del Estado era surrealista. Él sentía que estaba dejando testimonio para la historia. Su intervención era una colección de frases asesinas. Saboreaba en su boca especialmente aquellas palabras que formaban parte de citas textuales de Aylwin con críticas lapidarias al Gobierno de Allende y la inevitabilidad de un pronunciamiento de las FF.AA. Cada una de esas frases, Aylwin la recibía como una estocada. La rabia se le dibujaba con toda nitidez en la cara, al punto de hacer irreconocible al justo y bueno. Lo de Pinochet era provocador, pero sobre todo humillante. El dictador se permitía recordar que lo acontecido no era obra de la casualidad y que en su gestación algunos de los presentes tenían participación y que él no había sido más que el ejecutor de un propósito que lo trascendía ampliamente.

El aire se cortaba con cuchillo. Al menos yo, transpiraba frío. Tenía decidido hablar después de Pinochet si es que los otros uniformados no lo hacían. Mientras lo escuchaba, me daba valor poniéndole rostro a las violaciones a los derechos humanos, que eran el tema de la reunión. Igual me surgían dudas; mis miedos se hacían presentes. ¿Y qué pasaba si Pinochet no aceptaba que un sobreviviente de su represión intentara

contradecirlo? ¿Cuántas veces había recibido él un reproche en su propia cara? ¿Lo resistiría? ¿Podría crearle con mi gesto una situación delicada a la transición que entre todos empujábamos para sacar adelante?

Veía nublado. Era un extraño designio el que me llevaba a estar sentado allí en la cúpula de la república. No era la oportunidad que había estado buscando por años. Mi intervención fue casi una improvisación. Para cerrarle el espacio a una eventual réplica no le hablé de mí, sino de mi padre, que era, como él, un hombre de armas. Conté de las torturas que le habían infligido sus propios compañeros y le refuté su principal argumento en cuanto a que en Chile se vivió una guerra y que en ellas siempre se cometen excesos. Citando a mi padre, le dije que en Chile no había habido ninguna guerra y que, por lo demás, él sabía que la guerra también tenía sus reglas y que en Chile ninguna de ellas se había respetado. Mientras hablaba sentía que me miraba con extrañeza, como preguntándose de dónde habrá salido este espécimen raro que se atrevía a encararlo. Terminé de hablar y casi inmediatamente se levantó la sesión. Recuerdo que el general Matthei, comandante en jefe de la FACH, me dio un apretón de manos o yo lo sentí así. No tengo recuerdo de que alguno de los ministros se haya acercado a manifestarme algo. Estaban todos pálidos.

Al poco rato de terminada la reunión sonó mi teléfono. Era el presidente Aylwin que me llamaba para agradecerme por haber sido su voz en un momento en el que la suya estaba acallada. Me invitó a tomar té en La Moneda. Hicimos muchos recuerdos y juntos derramamos algunas lágrimas de emoción que nos permitieron aliviar las tensiones vividas durante la jornada.

Con razón, a Aylwin se le reconocen muchos méritos. Fue un presidente que encarnó bien la necesidad de reconciliar a los chilenos o, al menos, superar las divisiones más odiosas del

pasado. Su tesis de que la amnistía solo podía aplicarse una vez investigados los hechos y que la desaparición de personas constituye un delito de ejecución permanente y, por tanto, no es amnistiable, creó un cuadro enteramente nuevo en materia judicial, lo que posibilitó el desarrollo de un conjunto de procesos que permitieron progresos sustantivos en materia de verdad y también en el plano de la justicia. Esto hizo posible avanzar más de lo que él mismo sugería cuando insistía en la necesidad de garantizar justicia en la medida de lo posible.

Una virtud importante de ese Gobierno fue constituir un cierto equilibrio en su relación con el mundo empresarial y el mundo laboral. Fue probablemente el Gobierno que mantuvo la interlocución más fluida con los sindicatos y deliberadamente situó la relación con el sector empresarial en un marco de gran sobriedad. Era frecuente escuchar a grandes empresarios del país quejarse por la falta de interlocución directa con el presidente. A Aylwin estas críticas le resbalaban.

En las condiciones de Chile con gobiernos de coalición, el presidente de la república tiene, en teoría, que desempeñar tres funciones simultáneamente: jefe del Estado, jefe de Gobierno y líder de la coalición. Aylwin fue activo en los tres planos, pero con una particularidad importante: tuvo capacidad de delegar en su equipo político y su equipo económico parte importante de la gestión corriente del Gobierno. Esto le dio eficiencia y dinamismo a su Gobierno, al paso que le permitió al Presidente concentrarse en las tareas fundamentales del Estado.

Los puntos más débiles se situaron en la política de medios y la mala negociación del nuevo Estatuto de la Televisión Pública, que la condenó al autofinanciamiento y por esa vía privó al Estado, y no simplemente al Gobierno, de la posibilidad de contar con un medio de comunicación poderoso que garantizara un verdadero pluralismo político, ideológico y cultural.

También del lado de los pasivos, aunque no alcanzó a tomar gran impulso, hay que ubicar el intento de buscar alguna forma de punto final a los procesos a los militares por violaciones a los derechos humanos. Iniciativa extraña en la lógica de lo que había sido su Gobierno y que fue rápidamente abortada.

La mejor demostración del éxito de este Gobierno fue la facilidad con que garantizó su sucesión. Dotado de un alto nivel de aprobación, Aylwin estaba en condiciones de traspasar la banda presidencial a quien la Concertación designara como su abanderado. La oposición no era alternativa y lo sabía. Estaba todavía muy cercana la participación de muchos de sus principales exponentes en el régimen militar. Su candidato, el ex senador Arturo Alessandri Besa, terminó haciendo campaña prácticamente solo. Conscientes de su segura derrota, los partidos de derecha lo dejaron librado a su suerte. Del mismo modo, los candidatos a parlamentarios que supuestamente debían articular sus respectivas campañas con la presidencial, terminaron actuando por su cuenta. La candidatura presidencial era un fardo demasiado pesado para echárselo sobre la espalda.

### **Frei o la sucesión asegurada**

La elección presidencial del 93 constituyó un caso muy especial. A diferencia de la norma general que establece que toda definición, en especial presidencial, es una disputa por el cambio, esta fue una elección claramente marcada por la continuidad. Eduardo Frei Ruiz-Tagle, candidato único de la Concertación, fue electo presidente por una abrumadora mayoría del 58%, en diciembre de 1993. Su principal mensaje consistía en, simplemente, presentarse como el sucesor de Aylwin.

Sin embargo, su Gobierno tenía que ser distinto. El país comenzaba a normalizarse y necesitaba otros énfasis a la altura de las nuevas reivindicaciones que iban surgiendo en la población. Las reformas modernizadoras vinculadas a la tarea del desarrollo debían progresivamente ocupar el espacio preferente que habían tenido los derechos humanos y la normalización institucional en el centro de la agenda durante el Gobierno anterior.

Frei hizo una gran elección, pero su Gobierno tuvo un pésimo comienzo. El modelo de gestión de La Moneda comprendía un comité político constituido por personalidades fuertes de los partidos. El caso más emblemático fue la designación de Germán Correa, presidente del Partido Socialista, como ministro del Interior y, en teoría, jefe de gabinete. La apuesta respondía a una necesidad objetiva: asociar más estrechamente a los partidos al trabajo gubernamental. El esquema naufragó rápidamente. Entre el presidente y el jefe de gabinete la comunicación era mínima, llegando a ser prácticamente inexistente en los últimos días de esta corta experiencia de seis meses. El diseño teórico no tenía nada que ver con la estructura del poder real, el cual recaía en el llamado “círculo de hierro” que constituía un pequeño grupo de dirigentes demócratacristianos que habían establecido una relación estrecha con Frei Ruiz-Tagle, como Genaro Arriagada, o que incluso habían sido colaboradores de su padre, como fue el caso de Raúl Troncoso y Carlos Figueroa<sup>5</sup>. El conflicto entre poder real y formal no tardó en estallar. La remoción de Germán Correa, en septiembre de 1994, y el correspondiente cambio de gabinete significaron el fin de ese modelo de gestión con mayor influencia partidaria. Fue incluso un fin que tuvo ribetes humillantes, por el hecho de

<sup>5</sup> Círculo al que también se le denominó “la troika”. Ver Drake, Paul; Jakšić, Iván (comps.), *El modelo chileno: Democracia y desarrollo en los noventa*. Santiago: Lom Ediciones, 1999.

que la remoción de Germán Correa apareció como completamente intempestiva al tener lugar al día siguiente de haber aparecido con el presidente de la república en las celebraciones de la Independencia y de las Glorias del Ejército.

En la historia de las relaciones entre los partidos de la Concertación y sus gobiernos, este fue un episodio grave que demostraría, de alguna forma, la dificultad de las dirigencias partidarias de asumir eficazmente las tareas gubernamentales, y contribuyó a acelerar la degradación de la percepción ciudadana respecto del papel de los partidos políticos.

Las evaluaciones del Gobierno de Frei Ruiz-Tagle tradicionalmente se hacen considerando dos subperíodos. El primero va hasta el estallido de la crisis asiática, hacia finales de 1997, y se caracteriza por la mantención del dinamismo económico y un importante apuntalamiento de las infraestructuras públicas. Es también el período en que se aprueba la reforma procesal que abre paso al sistema oral y que está significando un importante mejoramiento en el funcionamiento de la justicia en Chile.

Los dos últimos años, en cambio, estuvieron marcados por la crisis económica que el Gobierno y el Banco Central administraron de muy mala manera. El Gobierno comenzó negando su existencia, argumentando que la economía chilena era suficientemente robusta como para enfrentar sin sobresaltos mayores esta crisis. El diagnóstico resultó completamente errado. El ministerio de Hacienda comenzó a perder el control de la situación y la economía terminó finalmente sobre ajustada, producto del nivel exorbitante al cual llegaron las tasas de interés impulsadas por el Banco Central. Pocos meses antes de que expirara el mandato presidencial y todavía en plena crisis, Eduardo Aninat, ministro de Hacienda, emigró a Washington para asumir un alto cargo en el Fondo Monetario Internacional.

La herencia que Aylwin dejó a Frei le permitió a este último una resonante elección, pero Lagos no tuvo la misma suerte. La campaña de 1999 intervino en un cuadro de aguda crisis, con un fuerte aumento del desempleo que superó el 10% y un crecimiento negativo de la economía, fenómeno que no se veía desde principios de los ochenta.

En realidad, las dificultades de la Concertación se venían evidenciando desde antes. La elección parlamentaria de diciembre de 1997 había ya entregado una primera señal de alarma con la pérdida de cerca de un millón de votos. Era el momento para haber producido una rectificación profunda, pero la oportunidad se desaprovechó. La impronta más técnica que política que Frei trató de imprimirle a su Gobierno hacía difícil adoptar este tipo de decisión. El presidente Frei, ingeniero de profesión, aparecía programado para un cierto tipo de gestión, en la cual la dimensión política no era la más relevante. Pese a ello, tuvo que tomar decisiones políticas muy gravitantes, como definir la posición del Gobierno chileno frente a la detención de Pinochet en Londres el 16 de octubre de 1998<sup>6</sup>.

En el pasivo del Gobierno de Frei Ruiz-Tagle quedará la mala administración de la crisis económica, el inicio de la degradación de los partidos y la declinación de la Concertación como expresión de la mayoría social y política del pueblo de Chile. A su activo deben imputarse la reforma procesal penal y un importante salto en materia de infraestructura pública, especialmente carreteras.

El Gobierno de Aylwin, de solo cuatro años, se hizo corto, y la épica del inicio de la transición permitió pasar por alto los problemas que afectaban al sistema político. Con su experiencia y trayectoria, Aylwin mantuvo un diálogo político

<sup>6</sup> Nos referiremos a este episodio en el capítulo 7.



permanente con los partidos, lo que no significaba renunciar a la condición suprapartidaria que los propios partidos le habían conferido. Se le puede reprochar que, a pesar de haber afirmado en todos los tonos su crítica al presidencialismo exacerbado y su preferencia por un régimen semipresidencial, terminó acomodándose al primero. Su actitud admite, sin embargo, una defensa de peso. Desde la comandancia en jefe del Ejército, en la cual se atrincheró Pinochet, disponía de una fuerza considerable, a la cual se agregaban los enclaves autoritarios presentes en la Constitución y el no despreciable 43% obtenido en el plebiscito de 1988. Para enfrentarlo era indispensable contar con un presidente fuerte, dotado del máximo de poderes y facultades compatibles con un Estado de Derecho. La cuestión del cambio de régimen debía, en consecuencia, posponerse.

Este argumento se debilita en el Gobierno de Frei. En marzo de 1998, Pinochet debe abandonar la comandancia en jefe y jura como senador vitalicio. Su poder entraba definitivamente en el ocaso. La reforma política comenzaba a tener más espacio, pero Frei no se decidió nunca a emprender una iniciativa importante en este ámbito. Entregó el Gobierno con un bajo nivel de aprobación y muchos terminaron poniendo en duda su idoneidad para el ejercicio del cargo. No cabe duda de que ser hijo de Frei Montalva le abrió posibilidades que, de otra forma, no se habrían presentado, pero lo que no se puede negar es que obtuvo la nominación como candidato único de la Concertación en unas primarias en las que votaron más de cuatrocientos mil ciudadanos, derrotando en esa oportunidad, por un margen superior al 60%, a un temible oponente: Ricardo Lagos Escobar.

La primaria de 1993 no dejó heridas incurables, al punto que Ricardo Lagos juró como ministro de Obras Públicas en el primer gabinete de Frei Ruiz-Tagle. La decisión no fue fácil,

puesto que Lagos aspiraba a ser canciller de Chile. No pudo serlo, a pesar de tener todas las condiciones para ello. Genaro Arriagada, estrecho colaborador de Frei y ministro secretario general de la presidencia, desarrolló la tesis un tanto peregrina, pero eficaz para el propósito de bloquear a Lagos, de que los presidenciables no podían ocupar las carteras ministeriales de mayor visibilidad, entre las cuales se contaba Relaciones Exteriores.

Es cierto que el presidente Frei no tuvo una gran preocupación por el estado de los partidos políticos y el fortalecimiento de la Concertación. Pero, para ser rigurosos, hay que decir que, en su momento, tomó una decisión trascendente que evitó el quiebre de la coalición. Fui testigo y parcialmente protagonista del hecho, por lo que puedo hablar con mucha propiedad. El día jueves 29 de diciembre de 1994 llegué a mi casa en la playa, proveniente del Congreso en Valparaíso, y para mi sorpresa me encontré con un carabinero que me estaba esperando. Mi celular no funcionaba. Tenía un mensaje del ministro Lagos para que me comunicara urgentemente con él. Así lo hice. Me explicó que se había creado una grave situación porque lo estaban obligando a firmar como ministro de Obras Públicas un decreto que autorizaba la construcción de una cárcel especial para militares condenados por violaciones a los derechos humanos. Se trataba obviamente de una cárcel con algunos privilegios y La Moneda buscaba endosar a Lagos la responsabilidad de una decisión manifiestamente impopular, en especial en el mundo de la izquierda. El equipo político forzó la mano y conminó a Lagos a firmar el decreto correspondiente, de otra forma, debía atenerse a las consecuencias y presentar su renuncia. Cuando hablamos por teléfono, Lagos estaba virtualmente atrincherado en su despacho y en cualquier momento el presidente le cursaba su renuncia. Mientras lo escuchaba, pensaba en todas las repercusiones

que la salida de Lagos podía traer consigo. Sería una renuncia en la defensa de principios que potenciarían el prestigio del que ya gozaba en la ciudadanía. El Gobierno quedaría en una posición incómoda, no obstante contaba con el apoyo del Partido Socialista, presidido ya por Camilo Escalona, y José Miguel Insulza, ministro de Relaciones Exteriores, se había ofrecido para sustituirlo.

Luego de analizar los distintos escenarios le pregunté derechamente si me autorizaba a hacer una gestión frente al presidente Frei que evitara su salida precipitada del gabinete. Con su acuerdo me reuní al día siguiente con el presidente en la localidad de Concón, al cabo de una ceremonia de entrega de viviendas sociales. La prensa estuvo muy atenta. El impasse era de conocimiento público y se esperaba su pronto desenlace. Fui directo al grano. Le dije al presidente que Lagos no quería precipitar una crisis y que si esta no se evitaba podría tener insospechadas consecuencias. Intercambiamos algunas ideas respecto de cómo salir de la situación. No dijo muchas palabras, pero sí las suficientes como para dar por superado el incidente. El Gobierno no insistiría en resolver el problema de la cárcel especial vía decreto, sino que pondría al Parlamento delante de sus responsabilidades enviando un proyecto de ley sobre la materia. Sería el conjunto del sistema político y no un ministro en particular el que asumiría los costos de la iniciativa. En todo caso, el proyecto ingresaría al Congreso con la firma de los ministros del Interior, Defensa y Justicia, pero también el de Obras Públicas. La iniciativa fue aprobada casi por unanimidad y dio lugar a la construcción del penal llamado Punta Peuco, en el cual purga en la actualidad su condena a perpetuidad Manuel Contreras, el jefe de la DINA, la temida policía política que operó en los primeros años de la dictadura.

## **Lagos o la voluntad de ser**

Ricardo Lagos Escobar encarna, como nadie, la voluntad de ser. No cabe duda que desde pequeño rondó por su cabeza la idea de ser presidente. Lo conocí más personalmente en 1982, con ocasión del Encuentro de Chantilly, donde iniciamos una relación de trabajo que se iría profundizando con el correr del tiempo. Ya en las conversaciones de esa época intuí que por sus capacidades y su voluntad era alguien que estaba llamado a jugar un papel de primer orden y que seguramente, en algún momento, llegaría a ser presidente de Chile.

Fui testigo y también actor privilegiado del proceso que culminó con su triunfo presidencial en enero del 2000. Fueron largos años de trabajo y preparación, donde hubo de todo, menos casualidad o improvisación. Todos los juicios que ahora pueda emitir tuve oportunidad de conversarlos y discutirlos con él en distintos períodos de una larga historia de trabajo en común. Si son juicios más severos que los relativos a otros presidentes, esto obedece a una razón simple y comprensible: mis expectativas eran mayores.

Parto por afirmar que tuvo un gran desempeño en un ámbito que constituye un intangible, pero cuyo valor es trascendental: la respetabilidad republicana. Lagos heredó un país en crisis, con una autoridad política erosionada. Combinando medidas específicas con gestos simbólicos, su Gobierno fue el de la consolidación del poder civil sobre la autoridad militar. Con Lagos se selló el reencuentro histórico entre civiles y militares. La celebración de los treinta años de la muerte de Allende y la apertura de Morandé 80<sup>7</sup> fueron la oportunidad de

---

<sup>7</sup> Morandé 80 es la pequeña puerta que antes del golpe utilizaban los presidentes de Chile para acceder al palacio presidencial de manera sobria, sin honores militares. Era un símbolo republicano.

una reafirmación republicana que contribuyó poderosamente a cerrar heridas del pasado.

El Gobierno de Lagos hizo muchas otras cosas. Continuó con fuerza el desarrollo de la infraestructura, impulsó una reforma de la salud que otorgó derechos a los usuarios y dio un gran brillo a la imagen internacional de Chile. En este plano, el momento estelar de Chile y del presidente Lagos se produjo con ocasión de la votación en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sobre la autorización solicitada por los EE.UU. para invadir Irak por su supuesta posesión de armas de destrucción masiva. Chile era parte de los miembros no permanentes del Consejo y debía, por tanto, definir su posición al respecto. Conozco bien la historia de cómo se adoptó la decisión de no respaldar la solicitud norteamericana. Nunca antes un presidente de Chile había sido tan solicitado: por el presidente Bush, por el presidente Chirac, por el primer ministro Tony Blair, por el secretario de Estado Colin Powell y suma y sigue. Las presiones eran feroces. Chile estaba al borde de finiquitar la negociación de un Tratado de Libre Comercio con los EE.UU. y muchos veían que un eventual rechazo de Chile a la posición norteamericana hipotecaría el éxito de este acuerdo estratégico para nuestro país. La canciller Soledad Alvear era claramente favorable a un alineamiento en torno al requerimiento del presidente Bush. El influyente ex senador Boeninger nos llamaba a quienes teníamos una posición contraria a que simplemente miráramos el mapa y asumiéramos con un mínimo de realismo nuestra ubicación en el mundo y actuáramos en consecuencia. El presidente Lagos era, por cierto, el punto de llegada de todas las presiones y, como es comprensible, vacilaba. Temía que las potencias que estaban formalmente en contra de la intervención, encabezadas por Francia, utilizaran a países como el nuestro como arma de negociación y que al final se abstuvieran, dejándonos en la estacada. Discutimos

enérgicamente sobre este punto. Le hice presente que conocía bien Francia, que por algo había vivido diez años en ese país y que tenía la certeza de que el Gobierno del presidente Chirac estaba sosteniendo una posición de principio. Este análisis era compartido por Juan Gabriel Valdés, embajador de Chile frente a las Naciones Unidas, quien, con las limitaciones de su cargo, jugó un importante papel para hacer posible el rechazo de Chile a la demanda de los Estados Unidos.

El tiempo apremiaba. Yo sentía que si Chile capitulaba se infligiría un daño irreparable a nuestro prestigio como país soberano. Un alineamiento de este tipo tendría graves consecuencias al interior de la coalición. Personalmente, no estaba dispuesto a seguir siendo parte de un bloque sin una mínima capacidad de independencia en materia de política internacional. Compartimos este análisis con los ex senadores Jaime Gazmuri y Ricardo Núñez. Nos propusimos además jugarlos a fondo para incidir positivamente en la decisión. Le pedimos una reunión urgente al presidente, quien nos invitó a almorzar. Con buenas palabras, pero con la mayor energía, le hicimos ver que si primaba la opinión de la cancillería, no contaría con nosotros para defender esa posición y que, más aún, supiera de antemano que nos encontraría entre sus principales contradictores. Con mucha rapidez se dio cuenta de que esto venía en serio, y sin que pasara mucho tiempo nos adelantó que él sabría defender la independencia de Chile contra viento y marea. En poco rato las dudas se habían disipado y de las vacilaciones iniciales se pasó a una posición nítida de rechazo a la beligerancia norteamericana.

El final de la historia es conocido. En los balances que el propio presidente Lagos hace de su Gobierno nunca omite señalar la defensa, en esa ocasión, de la independencia de Chile, entre sus logros mayores. Al escucharlo, por primera vez, no pude disimular una sonrisa.

Lagos fue también un gran ejemplo de lucha en contra de la adversidad y mostró una formidable capacidad de recuperación. Me tocó vivir muy de cerca el peor momento de su Gobierno. En febrero del 2003 me invitó a que lo acompañara a su viaje a Japón. Arreciaban las críticas y lo que la prensa bautizó como el escándalo MOP-GATE<sup>8</sup> copaba la agenda. No se hablaba de otra cosa. El ex ministro Carlos Cruz estaba preso. Analistas malintencionados se hacían la pregunta de si Lagos podría terminar su mandato.

Iniciamos una calurosa tarde de febrero el periplo que después de más de treinta y tantas horas de viaje y cinco escalas nos llevaría finalmente a Tokio. Conversamos largas horas solos en el compartimiento presidencial. Le conté que, antes de subir al avión, había ido a la cárcel a ver a Carlos Cruz. Le dije que estaba muy triste y que en definitiva no entendía cómo el tremendo esfuerzo realizado para que el país diera un gran salto adelante en su infraestructura estaba terminando con él encarcelado y el Gobierno asediado por los cuatro costados. En algún momento de la conversación, Lagos se quebró y con lágrimas en los ojos se preguntó cómo habíamos podido llegar a esta situación. Fue conmovedor. Salimos de nuestra tristeza reafirmando nuestra certeza absoluta en la honestidad de Carlos Cruz y nuestra disposición a demostrarla donde fuera necesario. Lo que teníamos por delante seguiría siendo muy duro, pero no nos doblegaríamos.

El tiempo empezó a jugar a favor. La economía se fue recuperando, Carlos salió de la cárcel y la curva de popularidad de Lagos remontó hasta niveles sorprendentes. Al finalizar el Gobierno, el reconocimiento ciudadano, que había sido esquivo,

---

<sup>8</sup> El llamado caso MOP-GATE estalló en el ministerio de Obras Públicas a propósito de diversas denuncias que acusaban desvío de recursos públicos para el pago de sobresueldos y campañas políticas. Este proceso todavía se tramita en los tribunales de justicia.

se manifestó con vigor. Lagos no solo terminaba su período, sino que lo hacía rodeado de una simpatía popular que hacía tiempo no se sentía.

Aunque se había preparado por décadas para ser presidente, Lagos debió hacer también su aprendizaje. En los inicios de su Gobierno tendió a concentrar excesivamente en él todas las funciones más relevantes. Le costaba delegar. Sus conocimientos en todos los ámbitos lo llevaban de un modo casi natural a actuar como jefe del gabinete, ministro de Relaciones Exteriores, Hacienda u Obras Públicas. Esto era factor de ineficiencia, puesto que inhibía la toma de decisiones en el plano ministerial. Le costó mucho decidirse a delegar. Finalmente lo hizo, consagrando a José Miguel Insulza como jefe de gabinete y respaldando ampliamente a Nicolás Eyzaquirre como ministro de Hacienda. Por capaz que fuera, no podía cumplir simultáneamente con la tarea de jefe de Estado y jefe de Gobierno y, a su vez, compatibilizar estas funciones con la dirección de la coalición. Esta decisión contribuyó a mejorar significativamente la calidad de la gestión del Gobierno y, muy especialmente, su capacidad de anticipar y manejar crisis y estallidos sociales.

Durante ese período tuve muchas discusiones con el Gobierno y el presidente. No todas eran relevantes, varias quedaron allí olvidadas por no ser trascendentes. Mantengo, sí, tres grandes críticas en planos que considero fundamentales. La primera tiene que ver con la conducción económica. Es evidente que en la vida hay muchas circunstancias en las cuales se está obligado a pasar exámenes. Pero es absurdo volver a pasarlos cuando ya se han rendido con éxito. Nosotros lo habíamos hecho al inicio, durante el Gobierno del presidente Aylwin, por lo que no era necesario volver a empezar. No era necesario ser más papistas que el Papa. No era necesario ir con buena parte del gabinete a pasar periódicamente examen

frente a la cúpula empresarial en el Centro de Estudios Públicos (CEP)<sup>9</sup>. Aunque suene fuerte afirmarlo, en el Gobierno de Lagos se consolidó una deriva neoliberal que venía manifestándose desde el Gobierno anterior y cuya expresión mayor había sido la privatización de la mayoría de las empresas sanitarias. El tema da para muy largo. Pongamos dos ejemplos para afirmar la argumentación. Aunque el lema de su campaña fue “Crecer con igualdad”, ya en esa instancia se renunció a la idea de una reforma tributaria, indispensable para avanzar en esa dirección. La idea de la reforma se sustituyó por una propuesta bastante más modesta de un plan de lucha contra la evasión y la elusión fiscal. Es cierto, la economía no se recuperaba todavía de la crisis asiática, pero había seis años por delante como para sacar una reforma tributaria que todos sabemos esencial para avanzar más sustantivamente en el combate contra la desigualdad. No se hizo y, más grave aún, se abrió paso a una pequeña contrarreforma consistente en disminuir la tasa marginal del impuesto a la renta de las personas, que durante el Gobierno de Aylwin se había elevado a un 45%. Fue solo a último minuto, y luego de una fuerte presión, que el Gobierno se allanó a compensar la rebaja de la tasa marginal del 45% al 43%, con un aumento de un punto en el impuesto a las utilidades de las empresas, el que pasó del 16% al 17%.

Otra decisión de gran contenido simbólico y significación práctica fue la relativa a la composición del Consejo del Banco Central. En el ordenamiento chileno, los consejeros del Banco Central son ratificados por el Senado a propuesta del presidente. En mayo del 2003 correspondía elegir a un nuevo consejero. En la Concertación existía unanimidad para votar por Ricardo Ffrench-Davis, economista de gran prestigio y sustentador de una línea heterodoxa, no obstante ser graduado de la Universidad de Chicago. Su nominación tenía también una

<sup>9</sup> El CEP es el principal *think tank* del mundo empresarial chileno.

dimensión reparadora, puesto que él habría podido ser integrante del primer Consejo del banco que, por disposición legal, debió instalarse siendo todavía presidente de la República Augusto Pinochet. Ricardo Ffrench-Davis no había aceptado una nominación que llevara la firma del dictador. Junto con Sergio Bitar, ex ministro y ex senador, asumimos con fuerza la opción por Ffrench-Davis. Rápidamente constatamos que el ministro de Hacienda no compartía un punto de vista que a nosotros nos parecía de la mayor evidencia. Fuimos directamente donde el presidente, convencidos de que juntando fuerzas, dos senadores de estrecha relación con él tendríamos éxito en nuestro empeño. Nuestro principal argumento era que Ffrench-Davis significaría imponer una mirada distinta en un Consejo extraordinariamente conservador. Grande fue nuestra sorpresa al ver que el presidente acogía el argumento, pero dándole una connotación claramente negativa. French-Davis sería un factor de conflicto en una instancia muy delicada. Pasaron los días y el Gobierno resolvió someter a la aprobación del Congreso la nominación de Vittorio Corbo, economista de prestigio, pero de orientación claramente conservadora. El presidente Lagos llegó incluso a proclamarlo como el mejor economista de Chile. La derecha lo apoyó con entusiasmo en el Senado. La reparación a Ffrench-Davis tuvo que seguir esperando. La hegemonía neoliberal no podía ser amenazada.

Un segundo reparo tiene que ver con el acomodamiento a un régimen ultrapresidencial, reconocidamente dañino para la política y la democracia. Lagos fue parte de los acuerdos de los ochenta que apuntaban en la dirección de dotar al país de un sistema semipresidencial que tuviera como referencia la experiencia de Francia, en donde el presidente de la república mantiene un poder indiscutido en materia de defensa y relaciones internacionales, pero delega en el primer ministro, jefe de la mayoría parlamentaria, la dirección corriente del

Gobierno. Habiendo ya desaparecido políticamente la figura de Pinochet, no existían razones para no avanzar en esa dirección. Sin embargo, la convicción de los ochenta se fue esfumando. El paquete de reformas constitucionales que se aprobó durante el mandato de Lagos consolidó el presidencialismo exacerbado que nos caracteriza. Y en un gesto que probablemente él mismo debe considerar como un error, estampó su firma en la Constitución de 1980, buscando significar que, por esa vía, el país adoptaba una nueva Constitución. Sabemos, sin embargo, que por sus contenidos básicos y su ilegitimidad de origen, esa Constitución es irreformable. Demostración de lo anterior es el hecho de que las tres candidaturas de centro-izquierda que compitieron el año 2009 incorporaron en sus respectivos programas la necesidad de una nueva Constitución<sup>10</sup>. En sentido contrario, el Gobierno de Lagos ha sido claramente el más presidencialista. Tuve oportunidad de hacerle ver la necesidad de avanzar hacia un régimen semi-presidencial en un acto de aniversario de la Fundación Chile 21, en el 2003. Medio en broma medio en serio, me respondió con gran espontaneidad: “Después de mí”.

Mi tercera crítica se refiere a la falta de voluntad para avanzar en la creación de una fuerza política progresista. La necesidad de contar con ella era y sigue siendo apremiante. Su existencia era indispensable para darle una mayor profundidad al proceso de cambio y constituir un dique de contención sólido frente al embate neoliberal. Los resultados de su ausencia están a la vista.

Las condiciones para haber avanzado en esa dirección existieron. Hacia el final del Gobierno de Frei, el PS, el PPD

<sup>10</sup> En el texto *Bases programáticas para un nuevo consenso progresista*, editado por laa fundaciones Heinrich Boll, Chile 21 y Friedrich Ebert, se presenta un análisis de las convergencias programáticas entre las candidaturas de Jorge Arrate, Eduardo Frei y Marco Enríquez-Ominami. Santiago, 2010.

y el PRSD convergieron en el apoyo a Ricardo Lagos Escobar como candidato a la presidencia de Chile. Por su parte, la Democracia Cristiana levantó la candidatura del senador Andrés Zaldívar. El acuerdo de la Concertación establecía la realización de primarias para dirimir la candidatura única de la coalición. Podían participar en ellas todos los ciudadanos y ciudadanas inscritos en los registros electorales, con la sola excepción de los militantes de partidos que no formaran parte de la Concertación.

La movilización ciudadana que se desarrolló a partir de las primarias fue excepcional. Tras su salida del gabinete el 1º de agosto de 1998, Lagos se dedicó a recorrer hasta los últimos rincones del país. Los militantes de los tres partidos que lo apoyaban se movilizaron como hacía mucho no lo habían hecho. Miles de independientes se incorporaron al llamado. Se organizaron en los más diversos lugares diálogos ciudadanos que le permitieron a los distintos sectores expresar sus inquietudes e insatisfacciones. Asimismo, se organizaron infinidad de plazas ciudadanas en las cuales se desarrollaban todo tipo de actividades para sumar apoyos a la candidatura de Lagos. La convocatoria era ambiciosa. Nuestra promesa era ni más ni menos “¡Mañana será otro Chile!”. La línea del cambio se imponía, esta vez, claramente por sobre la de la continuidad.

La gente nos creyó. Votaron en las primarias de mayo de 1999 más de 1,4 millones personas. Todo esto en forma voluntaria, en unas elecciones organizadas por nosotros mismos. La derecha estaba anonadada. Con esta gigantesca movilización ciudadana, la Concertación copaba enteramente el espacio político, dando de paso una buena lección de democracia y participación.

El domingo 30 de mayo se contaron los votos. Hacia las ocho y media de la noche recibí el llamado del ex ministro Patricio Rojas, jefe de campaña de Andrés Zaldívar, pidiéndome

que no siguiéramos con el recuento, que la victoria de Lagos era indiscutible y que afináramos los detalles para que el candidato derrotado concurriera a felicitar por su victoria a quien no teníamos ninguna duda sería el futuro presidente de Chile. Detuvimos el conteo cuando Lagos superaba el 60% de las preferencias.

La campaña no había estado exenta de asperezas. Un grupo de diputados democratacristianos se definió como “caza Lagos” y se involucró en una crítica sistemática y odiosa. Patricio Rojas, quien fuera titular de la cartera de Defensa, intentó incluso una movilización masiva de los uniformados en retiro para detener el peligro izquierdista. Nada resultó, el impulso que sustentaba la opción de Lagos era imparable. Era muy fuerte el sentimiento del pueblo concertacionista en el sentido de generar una inflexión, de producir un cambio luego de casi diez años de transición.

Hacia las diez de la noche, Lagos y Zaldívar se fundían en un fuerte abrazo. Estábamos cerca de llegar a la cima. La popularidad de Lagos estaba al tope, el entusiasmo había renacido. Joaquín Lavín, el candidato de la derecha, aparecía como una figura pequeña, sin capacidad de librar una batalla efectiva. Era el momento para consolidar el cambio que se había producido en el ánimo y la correlación de fuerzas en la Concertación. Era el tiempo para haber avanzando hacia la constitución de una gran fuerza progresista que se hiciera cargo de las expectativas generadas por el proceso que se iniciaba. Sin embargo, se impuso una lógica distinta. La cuestión crucial de la construcción de una fuerza política se postergó sin plazo y la campaña presidencial perdió el impulso desarrollado durante las primarias.

Terminadas las primarias y en medio de un descanso de rigor, fuimos con Lagos a un encuentro de la Internacional Socialista en Buenos Aires. Fue aclamado como gran líder y

presentado como el seguro futuro presidente de Chile y primer presidente socialista, luego de la muerte de Salvador Allende. Era, en realidad, una tamaña responsabilidad. Lagos estaba, en todo caso, radiante. Creo que es la vez que más contento lo he visto. Recibía ya el trato de presidente, sin tener ninguna de las responsabilidades.

Pero de ahí en adelante todo comienza a hacerse difícil. En vez de proyectar hacia la elección presidencial la ganadora campaña de las primarias, esta se paraliza y se plantea la necesidad de una campaña enteramente distinta. Las presiones de la Democracia Cristiana apuntaron fuerte en esa dirección. Desapareció el “¡Mañana será otro Chile!”. Frente a la crítica de la derecha en contra de la izquierda y el socialismo, Lagos insistía mucho en que él se situaba en la continuidad con Aylwin y Frei. La solución era paradójal. Habíamos ganado la nominación de la Concertación con un compromiso por el cambio y se nos presionaba para que lo sustituyéramos por un discurso conservador. Todo esto en momentos en que la economía comenzaba a perder velocidad producto de la crisis asiática. Era impresionante ver cómo, a medida que aumentaba el desempleo, Lavín crecía y Lagos se estancaba. Todo esto prácticamente día a día.

La campaña presidencial quedó formalmente encabezada por Genaro Arriagada, ex ministro del presidente Frei. Yo tenía a mi cargo el área de las comunicaciones, en conjunto con Carlos Figueroa, también ex secretario de Estado de Frei. Era una situación curiosa. Se buscaba presentar la imagen que la dirección de la campaña recaía en los derrotados de las primarias como forma de darles garantías e integrarlos al esfuerzo común. Por cierto, nada de esto había ocurrido en 1993. Los equipos ganadores de la primaria con Frei hicieron lo que tenían que hacer: asumieron ellos lo esencial de la dirección de la campaña presidencial y Lagos no tuvo un gran papel en ella.

Es cierto, la situación de 1999 no era la misma que la de 1993. Era necesario desplegar un esfuerzo explícito de incorporación de la DC a la campaña presidencial. Lagos me consultó sobre la designación de Arriagada como jefe de su campaña. Sentí que tenía la decisión tomada y me limité a reiterarle mi compromiso con el proyecto y mi disposición a colaborar desde donde él me indicara. Arriagada tuvo que enfrentar el clásico problema de la brecha entre poder real y poder formal. Muchos no lo reconocían como el verdadero jefe de campaña y buscaban naturalmente mantener una relación directa conmigo, Jaime Estévez o Francisco Vidal. Todos pusimos lo mejor de nuestra parte para facilitar esta integración.

Nada pudo evitar que la campaña perdiera impulso. Los ánimos fueron decayendo, muchos entusiastas de las primarias dejaron de serlo; otros comenzaron a arrastrar los pies. Hacia septiembre la situación se hizo crítica. De acuerdo a nuestro propio sistema de encuestas, Lavín nos había alcanzado. Aprovechando inteligentemente el giro conservador que implicó el paso desde la campaña de las primarias a la presidencial, se apropió del sentido del cambio. Esta vez la situación era completamente distinta a la de 1993. La demanda por un cambio era ampliamente mayoritaria, por lo que ganaría el que supiera encarnarla de la mejor manera.

La situación del Gobierno no cesaba de deteriorarse producto de la fuerte crisis económica. Necesitábamos tomar algún tipo de distancia. Al Gobierno le correspondía hacerse cargo de los problemas y despejar el camino para que el candidato y la campaña se concentraran en el futuro. Para los ex ministros del Gobierno de Frei presentes en el comando, esta división obvia del trabajo les planteaba problemas. Pero la campaña se había vuelto cuesta arriba y no podía disputar con éxito el sentido del cambio, asumiendo al mismo tiempo una defensa cerrada del balance de un Gobierno lleno de dificultades. Este

conflicto nos atravesó permanentemente y nos tuvo, por momentos, al borde de graves conflictos. Por ejemplo, a propósito de los contenidos de los spots incluidos en la franja presidencial, Carlos Figueroa, que formaba parte del comité editorial<sup>11</sup> que se reunía todas las noches, obligó a modificar ciertos contenidos considerados inaceptablemente críticos al Gobierno. La manzana de la discordia fue un spot que asumía la dramática realidad de los “sin casa” que, en esa época, superaban ampliamente el millón de personas.

En el marco de esas tensiones debimos sostener el esfuerzo de campaña. Lagos estaba físicamente extenuado y se le notaba. La prensa lo sabía y buscaba explotar esa veta. Lavín, en cambio, contando con la anuencia de los canales –incluido el canal público– aparecía siempre impecable, joven, descansado y con la vista puesta en el futuro. La receta era simple: sus apariciones eran siempre muy bien estudiadas y únicas. En un sistema en donde los canales habían asignado a priori en sus noticieros determinados tiempos de campaña a cada candidato, Lavín maximizaba el espacio disponible. Nos costó sumir la lógica del sistema, pero al fin lo hicimos. Entramos también a producir la “cuña” del día.

El lema de la campaña era “Crecer con igualdad”. Como concepto estaba bien, pero como eslogan era pésimo. Era como el título de un libro para especialistas. El “¡Mañana será otro Chile!” de las primarias era abiertamente superior. Era evocativo, tenía poesía y contenía una inequívoca promesa de cambio.

A pesar de todas las dificultades, conseguimos sacar adelante la campaña. Un gran acierto fue cerrar al máximo nuestro flanco izquierdo. Fue así como sumadas las tres candidaturas

<sup>11</sup> La franja era dirigida por Manuela Gumucio. Formaban también parte del comité editorial, junto con Carlos Figueroa y yo, Marcelo Rozas y Eugenio Tironi.



de comunistas, humanistas y ecologistas, apenas llegaron al 4,14%. Gladys Marín, gran figura comunista y una estupenda candidata, obtuvo un 3,19%, el peor resultado de un candidato comunista en la historia de la transición.

Si hubiésemos dejado más abierto ese flanco habríamos podido perder la elección presidencial. En primera vuelta, Lagos llegó a 47,96% y Lavín a 47,51%. Si Gladys Marín hubiese obtenido por sobre el 6%, la votación histórica del PC, Lagos habría llegado segundo, los comunistas habrían forzado algún tipo de negociación y eso habría podido significar una sangría de votos del centro que nos condenara irremisiblemente a la derrota. Este fue un tema que discutí personalmente con Gladys Marín y Jorge Insunza, fiel miembro de la Comisión Política del PC desde los años sesenta. Gladys pidió conversar. Su planteamiento sonaba inteligente, pero era el camino seguro para nuestra derrota. Ella sostenía que el nivel de la crítica social era enorme y que nosotros habíamos perdido capacidad de representar a esos sectores descontentos. O ese malestar lo canalizaban ellos o, si no, lo haría la candidatura de Lavín. Nos pedía, en consecuencia, que termináramos con nuestra campaña del voto útil que a ella le reducía su espacio propio. Esta conversación tuvo lugar en una casa detrás de la plaza Italia, de seguro de un militante comunista, en la cual el tiempo parecía haberse detenido en los inicios de los setenta. Un living modesto, retrato de Allende repujado en cobre y póster de Neruda: la iconografía clásica. Con mis mejores palabras, le dije a Gladys que ese era un camino que nos llevaría al precipicio y que, por tanto, con el cariño y respeto que le teníamos, haríamos todo lo que estaba a nuestro alcance para ganar en primera vuelta, lo que significaba reducir su votación al estricto mínimo. Tuve ocasión de recordar este episodio con ella en La Habana, pocos meses antes de su muerte.

El día de la elección fue uno de esos que uno quisiera olvidar. Lo que ocurrió entre la primera y la segunda vuelta es una historia triste que forma parte de mis dolores. De ellos hablaré en el próximo capítulo.

### **El afortunado accidente Bachelet**

La presidencia de Michelle Bachelet fue la más peculiar de todas. En especial por la forma en que se originó. Es claramente el polo opuesto al de Lagos. Alcanzar la presidencia de Chile no era parte de sus obsesiones, no estaba en sus planes. Ella no se comportaba como lo hace alguien que está en ese empeño, desplegando un esfuerzo constante para sumar voluntades. Sus tiempos de campaña fueron cortos. Como ella misma lo ha declarado en múltiples ocasiones, hubo mucho de accidente en el proceso que la llevó a la cabeza del Estado. Si algo así hubiese sido planificado, probablemente no habría resultado.

Michelle Bachelet pudo alcanzar la nominación de la Concertación y luego la presidencia de Chile, porque no había nadie más en la coalición en condiciones de abrir paso a un triunfo allí donde todo anticipaba una derrota. La renuncia de la senadora Alvear a continuar compitiendo, no obstante haber obtenido la nominación de la Democracia Cristiana, fue claramente ilustrativa. El fenómeno Bachelet, todavía poco estudiado, tuvo un origen ciudadano, reflejado en las encuestas. Sin ser del pueblo, fue adoptada por este. Mayoritariamente, las mujeres de Chile sintieron que con ella podían acceder a un territorio que, hasta ahora, les había estado vedado. La biografía de Bachelet no es representativa de la realidad de la mayoría. Separada, socialista, agnóstica y víctima de violaciones a los derechos humanos, son los hitos básicos que marcan su

trayectoria. No es la de todos, pero cautivó la imaginación de la mayoría, lo que le permitió imponerse en segunda vuelta frente a un candidato altamente competitivo: Sebastián Piñera.

Si la Concertación hubiese tenido su triunfo asegurado, como en 1993, Michelle Bachelet jamás habría sido designada candidata. Muchos candidatos hombres habrían estado antes que ella en la lista de prioridades. Su designación como candidata puede ser vista como expresión de lucidez y capacidad de escuchar por parte de la clase política. Es la lectura más benevolente que se puede hacer. Sería la demostración de una gran sintonía del mundo político concertacionista con la ciudadanía y de una gran apertura cultural para hacer posible, por primera vez en la historia de la república, que una mujer accediera a la primera magistratura.

Pero la idea de cambio cultural no estaba bien anclada en la Concertación. Antes bien, la posibilidad de una mujer presidente provocaba reservas. El propio ex presidente Frei las hizo presentes a principios del 2005: “Chile no está todavía preparado para ser gobernado por una mujer”, declaró a *El Mercurio*. Le respondí reprochándole un machismo del cual era fundamental sacudirse.

La designación de Bachelet no fue un acto audaz de generosidad. Fue, como buena parte de las cosas en la política contemporánea, el producto de la conveniencia. Bachelet, a pesar de ser una antigua militante, tuvo la capacidad de convertirse en la expresión del cambio. Así como Lavín le arrebató a Lagos parte de esa cualidad en 1999, Bachelet se la disputó a Lavín, quien, además, debió hacer frente a la relativamente inesperada competencia de Sebastián Piñera al interior de la derecha.

La designación de Bachelet, más que un acto de desprendimiento, correspondió a una especie de rendición de la dirigencia de la Concertación forzada por las circunstancias. El

caso de la Democracia Cristiana fue patente. Aunque ya se había pactado hasta el más mínimo detalle del proceso de primarias y habían tenido lugar dos de los quince debates convenidos entre los comandos de ambas candidatas, la senadora Alvear intempestivamente renunció a seguir en competencia. El Partido Demócrata Cristiano no estaba en condiciones de sustentar su postulación. Esta podía terminar en un resultado aún peor que el obtenido por Andrés Zaldívar en 1999, con el agravante de que esta elección presidencial se desarrollaría en forma simultánea con las parlamentarias, y que un mal desempeño en la primera vuelta podría tener consecuencias devastadoras en la segunda.

En realidad, la actuación de la Democracia Cristiana no tiene mayor misterio. Intentaron levantar una opción, pero esta no logró generar una gran adhesión en la ciudadanía y tampoco se constituyó en factor de unidad partidaria. El entusiasmo de la dirigencia demócratacristiana con la candidatura de la senadora Alvear era bajo. Conclusión: no valía la pena continuar con el esfuerzo. Así de claro y así de brutal.

Algo más compleja e intrincada fue la definición presidencial al interior de la izquierda de la Concertación. La verdad es que Bachelet no tuvo contendor. Las encuestas eran demasiado aplastantes a favor de ella. Si bien Lagos había alcanzado altas cuotas de adhesión al finalizar su período, constitucionalmente estaba impedido de repostularse. Tenía que dejar pasar, al menos, un período presidencial.

La discusión con Bachelet no remitía a una objeción de género. En nuestro mundo al menos, nunca nadie lo planteó así ni tampoco se habría atrevido a hacerlo. El problema para algunos, entre los que me cuento, era la actitud de la candidata. Automáticamente, la respuesta de Bachelet frente a cualquier consulta consistía en hacer presente que no estaba allí por interés y que era una posición que no había buscado. Era

algo así como decir “si les gusta, bien; si no, búsquense otro candidato”.

Soy de las personas que conocen a Michelle Bachelet desde hace muchos años. Son numerosos los lazos que nos han unido en la vida: la condición de miembros de la Fuerza Aérea de nuestros padres y su común destino como víctimas de violaciones a los derechos humanos que los llevó a compartir la misma celda en la cárcel pública, lugar en el cual murió Alberto Bachelet, producto de la falta de atención médica; y la estrecha amistad entre nuestras madres. A su vez, somos parte de la misma generación, tuvimos una educación semejante, ella en el Liceo N°1 de Niñas, yo en el Instituto Nacional, y luego ambos en la Universidad de Chile. Compartimos también amistades, fuimos en varias ocasiones vecinos de barrio y desde muy jóvenes militamos en la izquierda.

Esa proximidad no me exime de un juicio crítico. Analizando retrospectivamente los acontecimientos que la llevaron a la presidencia de Chile, pienso que ella aprovechó la desmedrada posición en que se encontraba la Concertación y que la dirigencia de la época, en la cual me incluyo, se rindió sin más frente a su popularidad.

Hay un episodio que tuvo lugar en mayo del 2004 y que da muchas luces acerca de cómo ocurrieron las cosas. Fue una reunión importante. Tuvo lugar en el departamento de Jaime Gazmuri en el Parque Forestal. Los comensales éramos los así llamados “barones del Partido Socialista”. Allí estábamos sentados en torno a la mesa, el dueño de casa —en la cabecera como corresponde—, Camilo Escalona, Ricardo Solari, Ricardo Núñez, Gonzalo Martner —presidente en ese momento del PS—, Arturo Barrios, secretario general, y José Miguel Insulza. Recuerdo que yo estaba en la cabecera opuesta, junto a la invitada principal, la doctora Bachelet. El tema era obvio: la cuestión presidencial. Si una duda pudiera existir respecto a la

nominación de la doctora, esta podría provenir de José Miguel Insulza, ministro del Interior de Lagos, quien había acumulado en el último tiempo poder y prestigio por su capacidad para resolver conflictos complejos.

Una vez sentados a la mesa comenzó una ronda de intervenciones. Introdujo la conversación Jaime Gazmuri. Todo un caballero, se felicitó por la ocasión y expresó su convencimiento de que estábamos protagonizando un hecho histórico. Enseguida tomó la palabra Gonzalo Martner, que como presidente del partido planteó la necesidad de adoptar una decisión presidencial unitaria en ese momento para evitar disensos internos y allanar el camino con las otras fuerzas políticas. Luego intervino Ricardo Núñez. Si tenía algo impactante que decir, se guardó mucho de hacerlo. No dijo nada que pudiera enturbiar el ambiente proclamatorio que dominaba la cena. La intervención de Insulza era la más esperada. Olvidé todos los detalles, pero me llamó la atención por su generosidad y buena disposición para apoyar el esfuerzo en torno a la candidatura de Bachelet. Allí contó que en las salidas a terreno, el “aplausómetro” a favor de Bachelet era más que evidente. La corriente de simpatía hacia la doctora era incontrarrestable. No necesitaba decir nada, le bastaba con regalar una sonrisa. Tenía algo de conmovedor ver al temido “Panzer” inclinado humildemente frente a la doctora. Una vez que terminó de hablar Insulza, intervino ella. Era su turno, aunque perfectamente lo podía haber dejado pasar de manera de escuchar a todos los barones y ella, cual reina, haber hecho los agradecimientos finales. No fue esa su opción. Sin mucho preámbulo, partió diciendo que Chile había experimentado un cambio muy profundo, que estaba emergiendo un nuevo tipo de ciudadanía que los políticos tradicionales eran incapaces de comprender y que Chile no podía continuar manejándose de la misma manera. Y descargó una frase terrible: “Si ustedes pudieran verse

en el espejo se darían cuenta de cuán lejos están de la opinión de los ciudadanos”.

La verdad sea dicha, se trataba de afirmaciones generales que uno podría incluso compartir. Lo que la doctora nos estaba diciendo era que la mayoría de los que estábamos ahí no entendíamos las nuevas realidades del país y que no tendríamos continuar manejando las cosas en la forma como lo habíamos hecho hasta ahora. Nos decía también que ella no le tenía un especial apego a la función presidencial y que, más aún, si de proyectos de vida se trataba, se imaginaba otros mejores, como tener una pareja con la cual pasear tomados de la mano por la playa.

Sus palabras, pocas pero secas, eran como latigazos. Bachelet se abrió paso en tierra de hombres<sup>12</sup> con la espada en ristre. El cambio era impresionante. El personaje tenía muy poco que ver con el que todos conocíamos: afable, compenedor y empático. En esos momentos sentí que había acumulado grandes broncas y que no estaba dispuesta a dejarlas atrás así como así. En esta oportunidad nos tocaba relacionarnos con el lado B de la doctora: glacial y sin concesiones.

Yo estaba sentado al lado de ella. Era mi turno de intervenir. No podía pasar. Tuve, en un primer momento, la idea de decir lo que pensaba y, sobre todo, lo que sentía. Habría sido como tirar el mantel de la mesa. Decirle que si ella tenía proyectos de vida que la entusiasmaban más que la presidencia de Chile, que no se obligara a actuar en contra de sus ganas; decirle que si no tenía un gran entusiasmo por la lucha que se le proponía encabezar, era mejor que, simplemente, diera un paso al lado; decirle que era agravante la sugerencia de que los que estábamos allí lo hacíamos movidos por un interés subalterno y que no era aceptable una especie de disyuntiva que

<sup>12</sup> Del título del libro de Patricia Politzer *Bachelet en tierra de hombres*. Santiago: Debate, 2010.

sus palabras dejaban entrever: “O las cosas se hacen como yo lo determine, o arrégleselas como puedan”.

No tengo idea qué habría ocurrido si hubiera sido fiel a mi inclinación inicial. Hoy día siento que hubiera sido mejor hacerlo; era la oportunidad para hablar con total franqueza y haber dejado planteado un debate que era indispensable abordar. Analizar en profundidad los cambios que experimentaba la sociedad chilena y las respuestas que nosotros podíamos aportar. Hacernos cargo de la crisis de la política y ponernos de acuerdo en las formas de enfrentarla. Asumir la debilidad de los partidos y comprometernos a superarla haciendo para ello nuestros mejores esfuerzos. Al callar dejamos al descubierto nuestras debilidades y, una vez más, nuestros miedos al vacío, a la derrota.

La tensión en el ambiente era evidente. Personalmente, me sentí humillado por recibir un trato que no creía merecer. Mi malestar principal era, en todo caso, conmigo mismo por no haber dicho con claridad lo que sentía. Si la política es un terreno áspero, la doctora mostraba que tenía perfecta conciencia de ello y que su condición de mujer no iba a ponerla en inferioridad. Antes bien, los papeles parecían haberse invertido. Nos tocaba a los hombres cuidar nuestras palabras, hablar despacio, guardar nuestros sentimientos y esconder nuestras emociones. Los barones nos comportamos como desconcertadas señoritas.

En el fondo, la doctora descalificó al grupo humano que desde el socialismo formó parte de la dirección política de la transición y que, luego del Gobierno de Lagos, se propuso apoyarla a ella. Para Bachelet, que no era parte de ese proceso, debía producirse, por el contrario, un recambio total de equipo.

He tenido ocasión de confrontar estas vivencias con algunos de los protagonistas. Sé que Gonzalo Martner experimentó algo parecido a lo que relato. Más aún, asumió su responsabilidad

política en tanto presidente del Partido Socialista y por escrito puso al día siguiente su cargo a disposición. Sé que conversaron y que ella dio explicaciones que Martner aceptó. En su lugar, cualquiera hubiera hecho probablemente lo mismo. En todo caso, vale la pena consignar que a los pocos meses de este episodio, en enero del 2005, se celebró el congreso del PS. Contra toda expectativa y toda lógica se generó sorpresivamente una mayoría espuria que por un puñado de votos precipitó la caída de Martner. El Congreso ya había aclamado a Michelle Bachelet como su candidata para ser propuesta a la Concertación que, en pocos meses más, debía celebrar primarias para elegir un candidato o, más bien, una candidata única para la elección fijada para diciembre de ese mismo año. No era lógico desestabilizar en ese momento al PS, el partido de la futura presidenta. Las lógicas en curso eran, sin embargo, otras.

Para ganar, Michelle Bachelet debía instalarse como expresión del cambio. Desde ese punto de vista, era perfectamente comprensible que buscara tomar distancia de todo lo que representaba más bien una cierta continuidad, lo que por cierto me incluía. Tenía perfecta conciencia de esta situación y por eso le dije, negro sobre blanco en una carta personal, que contara conmigo, sabiendo que no aspiraba a ningún protagonismo particular en su campaña. Le hice también presente que mi gran preocupación era cómo ella, que estaba donde estaba en razón de la aguda crisis de la política tradicional, ponía su capital al servicio de su superación positiva y evitaba constituirse en un factor agravante de las dificultades del sistema político. Formulé este planteamiento en una reunión que sostuvo con ella la comisión política del PS. A pesar de que se trataba de algo de sentido común, tuve la sensación de estar hablándole a las paredes. De hecho, fui el único de los cerca de treinta integrantes de la comisión política en intervenir en esa dirección. Varios me miraron con

cara reprobatoria, como diciendo: “Ya vino este a echar a perder el asado”.

El hecho de que una mujer, además con esa biografía, pudiera ser presidenta de Chile, constituyó en sí mismo un cambio cultural. El día de la transmisión del mando, el 11 de marzo del 2006, centenares de mujeres salieron a las calles con la banda presidencial terciada al cinto. Hay un cierto orgullo de mujer que llegó con Bachelet, probablemente para quedarse.

Su Gobierno puede, a su vez, exhibir algunas realizaciones sociales importantes. Se generó un gran avance en materia de educación preescolar para los niños provenientes de los hogares más vulnerables. Aumentó significativamente el número de guarderías y jardines infantiles, y con ello se le abrieron oportunidades a miles de niños pobres tradicionalmente condenados a entrar al sistema educacional en condiciones desventajosas, porque es algo bien establecido que una parte de las capacidades de aprendizaje se genera en los iniciales años de vida.

Es parte de los activos de su Gobierno la llamada Pensión Básica Solidaria (PBS) que se entrega a las personas pobres que, por diferentes razones, no tienen derecho a pensión. El segmento más favorecido por esta medida es el de las dueñas de casa, que laboran toda su vida pero cuyo trabajo no es reconocido por la sociedad. A su vez, el abono a las madres de un año de cotización por hijo nacido vivo representa un reconocimiento a la maternidad por parte de la sociedad, también muy valorado por muchas mujeres que acumulan involuntariamente grandes lagunas previsionales.

En otro plano, ha sido objeto de una alta valoración social la nueva política habitacional puesta en práctica durante el Gobierno de Michelle Bachelet. Mejoró sustancialmente la calidad de la vivienda social y se amplió la superficie construida, garantizando una mínima privacidad a familias que han

debido vivir por años en una gran promiscuidad. Se realizó también un esfuerzo para mejorar las instalaciones colectivas, asumiendo algo tan elemental como que la gente no solo vive en casas, sino que en barrios que requieren de infraestructuras básicas.

Así también hay que reconocer al Gobierno de Michelle Bachelet el esfuerzo por mejorar la inserción de Chile en su entorno vecinal más cercano. Por primera vez en los veinte años de Concertación hubo un atisbo de política sudamericana y se buscó en especial un acercamiento con Bolivia en vistas a encontrar una solución a su antigua demanda por una salida al mar<sup>13</sup>.

Hay una larga lista de realizaciones en el activo de ese Gobierno. No creo, sin embargo, que sean de la entidad suficiente como para explicar la gran popularidad que alcanzó al final de su mandato y que en la actualidad mantiene. Esos altos niveles de adhesión tienen sobre todo que ver con intangibles y con la gran fortaleza de Bachelet en los llamados “atributos blandos”, como la cercanía y empatía.

La presidencia de Michelle Bachelet fue la más paradójica de las cuatro que generó la Concertación. Por historia, ella es la presidenta más anclada en la izquierda tradicional. A diferencia de Ricardo Lagos, en el momento de la división del PS en 1979 optó por el sector más ortodoxo, liderado por Clodomiro Almeyda. No participó, en consecuencia, de la formación del Partido por la Democracia ni de los intentos de renovación del socialismo. Sin embargo, su Gobierno fue, sin duda, el más conservador en materia económica. Como en ninguna de las administraciones anteriores, las ideas neoliberales tuvieron enorme gravitación en las principales definiciones de política

<sup>13</sup> Desgraciadamente, con el cambio de gobierno en Chile, las relaciones con Bolivia ha vuelto a deteriorarse. El presidente Piñera dejó pasar la oportunidad de resolver la histórica demanda de Bolivia.

económica. El símbolo de esta orientación, muy aplaudida en el ámbito empresarial, fue el ministro de Hacienda Andrés Velasco. Este ha sido el ministro de Hacienda que gozó de la mayor autonomía, al punto de transformar ese ministerio en el centro neurálgico del poder durante los cuatro años de la administración Bachelet.

La primacía del ministro de Hacienda tiene algún sentido cuando se trata de administrar situaciones críticas de fuerte escasez. Como los márgenes de maniobra en materia de gastos son tan estrechos, tiene cierta racionalidad que asuma estas decisiones la institución que mejor conoce las restricciones. Este fue el modelo de gestión que se impuso en el Gobierno militar para enfrentar la crisis de principios de los ochenta y cuya responsabilidad recayó en Hernán Büchi, superpoderoso ministro de Hacienda de esa época.

El Gobierno de Michelle Bachelet estaba enfrentado a una situación completamente distinta. El tema era cómo administrar la bonanza producida por el alza de los precios de las materias primas y muy especialmente del precio del cobre, el principal producto de exportación de Chile. Profundizando una tendencia que se venía manifestando desde los últimos años del Gobierno del presidente Lagos, el Fisco fue acumulando cuantiosos excedentes. Era evidente que una parte de esos recursos debía ser ahorrada para enfrentar ciclos de baja o contingencias imprevisibles. En esa lógica se creó por ley el Fondo de Estabilización Económico Social. Fue también una decisión acertada depositar parte de esos excedentes en un fondo destinado a mejorar las pensiones de todos los chilenos.

Pero la aconsejable prudencia dio paso a una dirección francamente conservadora. Se mantuvo una política de superávit estructural que ya había perdido sentido y no se realizaron inversiones imprescindibles, ya sea para ampliar la capacidad de crecimiento potencial o resolver urgencias sociales

largamente postergadas. A partir de un determinado nivel, la acumulación de recursos en el exterior –sobre todo para un país como Chile, con fuertes necesidades de capital– pasa a ser una política absurda e ineficiente. ¿Por qué debería Chile transformarse en financista del resto del mundo? ¿Por qué invertir en el exterior a tasas que no superan el 6% mientras en Chile hay proyectos que duplican o triplican esa rentabilidad? Se entiende que sean acreedores del exterior países como Arabia Saudita o Noruega, por la abundancia de sus excedentes y lo reducido de sus poblaciones. Sin embargo, en el caso de Chile, la principal justificación técnica, en rigor la única, a la mantención de una política de superávit estructural dice relación con la valoración positiva de la comunidad financiera, que se expresa en la caída sistemática del riesgo país. Si un país casi no tiene deuda externa pública y multiplica la acumulación de fondos en el exterior, es evidentemente un país de muy bajo riesgo. El riesgo país de Chile es efectivamente el más bajo de América Latina y es incluso más bajo que el de países como Corea del Sur o Rusia. Esto puede ayudar a algunas empresas que se financian en el exterior –las menos– a acceder a tasas de interés más bajas. Pero, sumando y restando, no compensa el despilfarro que esa política implica desde el punto de vista de la creación de nuevas capacidades productivas o el enfrentamiento de apremiantes déficits sociales.

Y no se trata de un alegato al boleo o de un afán dispendioso o estatista, como acusaban muchos críticos. Fueron innumerables las veces en que hicimos presente la necesidad de una política distinta de la aplicada. Fue así como yo y varios otros propusimos un conjunto de iniciativas que, de haberse adoptado, habrían resuelto muchos problemas que todavía nos acompañan. Simplemente, a modo de ejemplo, recordemos algunas de esas propuestas:

- Un amplio programa de equipamiento computacional para todos los niños y jóvenes pobres. Chile está en perfectas condiciones de financiar una compra masiva de medio millón de computadoras. Un programa de este tipo tendría efectos importantes en la autoestima y rendimiento escolar de muchos de ellos. A un precio unitario de doscientos dólares, un programa de este tipo tendría un costo de cien millones de dólares. En un país como Uruguay se llevó a cabo un programa de este tipo con mucho éxito, al punto de ser presentado como una de las iniciativas importantes desplegadas por el Gobierno del Frente Amplio.
- Un programa agresivo de modernización del equipamiento de las empresas de menor tamaño, que constituyen la amplia mayoría y que emplean a más del 80% de la fuerza de trabajo, pero cuyos niveles de productividad son muy bajos.
- Un fuerte aumento de la subvención educacional a los colegios públicos, condición indispensable para comenzar a encarar la grave crisis que enfrenta este sector de la educación, al cual acuden los hijos de las familias más pobres.
- Una actualización tecnológica del sistema de salud público con una compra masiva de equipamientos cuya ausencia se hace sentir a veces de manera dramática. La falta de ambulancias, de equipos de rayos X, para no hablar de escáneres, son moneda corriente en la mayoría de los establecimientos públicos del país.
- Otorgamiento de subsidios significativos para la puesta en práctica de programas masivos de ahorro de energía y de incorporación de nuevas formas de generación menos contaminantes que ayuden a limpiar una matriz energética que se ha ido haciendo crecientemente dependiente del diésel y el carbón.

- Materializar la promesa tantas veces realizada, pero ampliamente incumplida, de dotar al sector público de salud de los especialistas que este necesita y cuyo déficit es una de las principales fuentes de insatisfacción de los usuarios del sistema público que deben esperar, a veces por años, la interconsulta correspondiente.
- Apoyo sustantivo a programas de capital de riesgo para innovadores jóvenes que, a menudo, tienen ideas interesantes, pero no se encuentran con los medios para desarrollarlas.
- Eliminación gradual del 7% de la cotización de salud de los adultos mayores de menos recursos, reivindicación histórica que paradójicamente, aunque con importantes restricciones, ha sido asumida en la actualidad por el Gobierno de Sebastián Piñera.
- Duplicación del Subsidio Único Familiar, instrumento fundamental de política social hacia los sectores más desfavorecidos.

Este está lejos de ser un listado exhaustivo. Muchas otras medidas pudieron también haberse adoptado. Desgraciadamente, allí quedaron como otras tantas oportunidades perdidas, producto de la falta de visión de futuro y en ningún caso por falta de recursos, que continuaron acumulándose en el exterior<sup>14</sup>.

Tradicionalmente, las crisis económicas repercuten muy negativamente sobre los gobiernos de turno. La demostración más reciente es la debacle del PSOE en las municipales y autonómicas que se celebraron el 22 de mayo del 2011. Los españoles fueron implacables a la hora de pasarle la cuenta al Gobierno luego de tres años de crisis económica y de un

<sup>14</sup> El Fondo de Reserva de Pensiones (FRP) totalizó US\$ 4.444,31 millones a fines de junio de 2011. Por su parte, el Fondo de Estabilización Económica y Social (FEES) alcanzó a US\$ 13.271,17 millones a la misma fecha.

desempleo récord por sobre el 20%. El PSOE perdió más de dos millones de votos y fue derrotado incluso en sus bastiones más inexpugnables, como Sevilla.

La crisis financiera internacional tuvo también un fuerte impacto en la economía chilena. El 2009, la tasa de crecimiento se volvió negativa y el desempleo se empujó por sobre el 10%. Sin embargo, la enorme disponibilidad de recursos acumulados le permitió al Gobierno poner en práctica un amplio programa de estímulo fiscal y de reforzamiento de las redes de protección social. Una política de acumulación de excedentes que había perdido sentido, puesto que el país había acumulado más de lo necesario para enfrentar períodos de “vacas flacas”, se transformó, por obra y gracia de la crisis financiera internacional, en una manifestación de infinita inteligencia y gran capacidad de anticipación. No es fácil encontrar, y quizás sea simplemente imposible, otro ejemplo de una crisis económica que haya tenido efectos tan favorables para la popularidad del Gobierno que debió lidiar con ella.

Al Gobierno de Bachelet la crisis le vino como anillo al dedo. En este caso, lo que era malo para Chile no lo era para el Gobierno. Provisto de muy abundantes recursos, el Ejecutivo multiplicó el otorgamiento de bonos para que los sectores populares pudieran hacer frente, especialmente, al alza del precio de los alimentos y de los combustibles. La idea de protección social que había sido —no sin dificultades y resistencias iniciales del ala neoliberal de la Concertación— definida como la impronta del Gobierno, alcanzó la masa crítica necesaria para constituirse en una realidad ampliamente valorada por la población. Que los recursos utilizados para enfrentar la recesión hayan sido solo una parte de los empozados en diferentes fondos en el exterior, es algo que a la mayoría del país le tuvo sin cuidado. El hecho de que con esos activos se habrían podido enfrentar muchas urgencias sociales y productivas



también quedó atrás. No somos muchos los que lo sabemos. En la realidad, lo importante fue que el Gobierno pudo mostrarse previsor y a la vez sensible frente a las dificultades por las que atravesaba la mayoría del país. Una excelente combinación que se constituyó en la base de la enorme adhesión ciudadana cosechada por la presidenta Bachelet y que la ha dejado en una posición expectante de cara a las presidenciales del 2013.

### **Un balance comparativo**

Todo gobierno puede siempre exhibir una lista más o menos larga de obras. A la hora del balance, hay que tratar de determinar cuáles de, entre ellas, significaron quiebres importantes o rupturas que abrieron nuevos caminos.

Aylwin quedará registrado en la historia como el presidente que inició la transición y que, en varios ámbitos, fue incluso más lejos de lo que él mismo pensó cuando intentó establecer la doctrina minimalista de la “medida de lo posible”. El reconocimiento histórico de Frei Ruiz-Tagle será más borroso, producto de la fuerte crisis que azotó los años finales de su Gobierno y, con toda seguridad, ensombrecido por el balance del Gobierno de su padre y su sonada derrota electoral en el 2010. Lagos es la república y el fin de la transición. Bachelet reivindicará ser la iniciadora de la construcción de un sistema de protección social con reminiscencias de Estado de bienestar a la europea.

Hay trabajo para los historiadores. Por el momento, intentemos, humildemente, un juicio político siempre controversial que ayude, aquí y ahora, a abrir horizontes en tiempos de penumbra y confusión para el progresismo.

No cabe duda: la Concertación le dio a Chile en los últimos veinte años cuatro presidentes trabajadores, honestos, y si bien

no necesariamente queridos por todo el mundo, al menos respetados en forma prácticamente unánime. Si se analizan otras realidades, en especial de América Latina durante ese mismo período, el contraste es manifiesto.

Sin ánimo de exhaustividad, confrontemos la experiencia chilena con la de otros países de la región. Recordemos algunos casos, limitándonos a los países de mayor tamaño o a los que nos son más cercanos. Aunque elegido en condiciones extremadamente polémicas, bajo fuertes y fundadas acusaciones de fraude electoral en contra de su oponente, Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del histórico Lázaro Cárdenas, Carlos Salinas de Gortari fue un presidente poderoso y ampliamente reconocido en la región y en el mundo por su esfuerzo modernizador. Si bien es cierto que consiguió terminar su mandato constitucional en 1994, en marzo de 1995 debió iniciar un largo exilio, acusado por su sucesor, Ernesto Zedillo, de ser el responsable de la crisis financiera que estalló apenas iniciado el mandato de este último. Por otra parte, a través del enjuiciamiento de su hermano Raúl, se le vinculó a la autoría intelectual del asesinato de Francisco Ruiz Massieu, secretario general del Partido Revolucionario Institucional, su propio partido. Todo esto le significaron cinco años de exilio, errando en un primer momento por el mundo y, luego, instalado en Dublín. Volvió a México en 1999.

Otro caso, esta vez en Brasil, el país más grande del continente. Fernando Collor de Melo fue electo en 1990, derrotando en segunda vuelta ni más ni menos que a Luiz Inácio Lula da Silva. Era el presidente más joven de Brasil que inauguraba la nueva era democrática. Me tocó ver en persona, con ocasión de una visita de Estado del presidente Aylwin a Brasilia, cómo desbordaba energía, locuacidad y buena facha. No le sirvieron de mucho. En 1991, a raíz de declaraciones de su hermano Pedro Collor, que denunció la existencia de una red

de corrupción y tráfico de influencias, se desató un escándalo que terminaría con su renuncia en 1992. El Congreso había iniciado una investigación y la calle reaccionó con grandes movilizaciones. La Cámara de Diputados aprobó el inicio de un juicio penal en contra del presidente por cuatrocientos cuarenta y un votos a favor y veintiocho en contra. En septiembre de 1992, ante la inminencia de su destitución, presentó su renuncia a través de una carta leída por un asistente en el Senado.

Vamos a Argentina, hasta hace poco, el tercer país más grande de la región<sup>15</sup>. La historia es aquí aún más dramática. Encabezando una nueva coalición que buscaba renovar la política argentina, Fernando de la Rúa asume la presidencia de la Nación el 10 de diciembre de 1999. Agobiado por las dificultades económicas, la crisis de gestión y el asedio peronista, la renuncia de su vicepresidente Carlos “Chacho” Álvarez, quien formuló graves acusaciones de corrupción al interior de la Alianza, De la Rúa debió renunciar el 20 de diciembre del 2001. Se abre con ello un período de fuerte inestabilidad, en donde en forma provisoria se suceden cuatro presidentes: Ramón Puerta, en tanto presidente del Senado; Adolfo Rodríguez Saa; Eduardo Camaño, presidente de los diputados, y Eduardo Duhalde, como presidente del Senado que consigue estabilizar la situación y organizar en el 2003 unas nuevas elecciones, en las cuales se impone, finalmente, el hasta ese momento muy desconocido Néstor Kirchner.

Todo esto no puede representar un contraste más abrupto con la estabilidad que reina en Chile durante esos años. Incluso con Pinochet en la comandancia en jefe del Ejército, la estabilidad institucional no estuvo nunca de veras amenazada durante los veinte años de gobiernos de Concertación. La especificidad chilena (y también uruguaya) se proyecta aún con

<sup>15</sup> En la actualidad es Colombia, que desplazó a la Argentina al cuarto lugar por tamaño de población.

más fuerza cuando se consideran los acontecimientos que debieron enfrentar nuestros otros dos vecinos: Bolivia y Perú.

En el caso de Bolivia, luego de un período de estabilidad institucional excepcional para esa nación, el fallecido presidente Banzer es sucedido por Jorge Quiroga. El 2002 gana las elecciones Gonzalo Sánchez de Lozada, pero bajo el peso de la movilización popular debe renunciar el 2003, siendo sucedido por Carlos Meza, quien, a su vez, es obligado a renunciar en el 2005, siendo provisionalmente reemplazado por Eduardo Rodríguez. Bolivia se vuelve a reencontrar con la estabilidad solo a partir del 2005, con la elección del presidente Evo Morales.

Por su parte, Perú ofrece con la huida al Japón del ex presidente Fujimori, un ejemplo bochornoso. Este, contra todo pronóstico inicial, alcanzó la presidencia en la segunda vuelta de las elecciones de 1990, al derrotar al escritor Mario Vargas Llosa. El 5 de abril de 1992 provocó un autogolpe, cerrando el Congreso y declarando en reorganización al Poder Judicial. En su primer período, que va hasta 1995, consiguió un importante respaldo y fue reelegido por mayoría. Su segunda etapa (1995-2000) estuvo marcada por la corrupción y el autoritarismo. En las elecciones realizadas en abril del 2000 se hizo elegir por tercera vez, inaugurando así un nuevo período el 28 de julio del 2000, que sería corto, pues luego del escándalo de los “Vladi-videos”, en septiembre del 2000, convoca a elecciones generales y aprovecha su viaje al Japón para huir del país, renunciando por fax a la presidencia de la república. Finalmente, el 21 de noviembre del 2000 fue destituido de su cargo, al declararse la vacancia por incapacidad moral. En la actualidad cumple una condena de veinticinco años de reclusión por violaciones a los derechos humanos, luego de su extradición desde Chile.

Y para no agotar, recordemos finalmente la saga presidencial que vivió Ecuador hasta la elección del actual presidente,

Rafael Correa. Historia corta: Abdalá Bucaram gobernó desde el 10 de agosto de 1996 y estuvo en el poder solo ciento ochenta y seis días y tres minutos, según la información de prensa. Fue sustituido por Fabián Alarcón, quien gobernó en forma interina desde febrero de 1997 hasta agosto de 1998. Luego fue electo Jamil Mahuad, quien gobernó hasta enero del 2000, siendo víctima de un golpe de Estado encabezado por Lucio Gutiérrez. Luego, el propio Gutiérrez será encarcelado, siendo reemplazado por Gustavo Noboa, vicepresidente constitucional que gobierna hasta enero del 2003. Poco antes, Lucio Gutiérrez había vencido en las elecciones de noviembre del 2002, pero solo consigue gobernar hasta el 2005, al ser, esta vez él mismo, víctima de un golpe que instaló en la presidencia a Alfredo Palacios hasta la elección en el 2007, que ganó Rafael Correa.

En este cuadro, que podría ser completado por otras historias como las que han tenido lugar en Paraguay, Venezuela y Centroamérica y el Caribe, se entiende que Chile aparezca como democracia modelo, que sus presidentes gocen de una alta respetabilidad interna e internacional, y que a menudo sean convocados para cumplir importantes funciones en el exterior. Este es el caso, por ejemplo, del ex presidente Lagos como asesor del secretario general de Naciones Unidas para las cuestiones relativas al cambio climático, o el de la ex presidenta Bachelet al frente de ONU Mujer, la nueva instancia de Naciones Unidas destinada a luchar por los derechos de las mujeres en el planeta.

En el caso de los cuatro ex presidentes de Chile, se trata de personas intachables en materia de probidad y, punto importante, los cuatro exhiben también a su favor el haber sido capaces de resistir la tentación reeleccionista de la que fueron presa muchos presidentes, algunos dotados de sólidas credenciales democráticas, como Fernando Henrique Cardoso,

quien impulsó y obtuvo la modificación constitucional que le permitió la reelección durante su propio mandato.

Esto hace de los nuestros, presidentes probos e incluso estadistas que, como lo hemos visto, marcaron su acción con iniciativas importantes. Sin embargo, no fueron líderes en cuanto a haber sido capaces de desafiar los sentidos comunes reinantes abriendo nuevos senderos para el desarrollo nacional. A este respecto, y a riesgo de ser enmendado por más de un historiador, me atrevería a afirmar que fueron verdaderos líderes en la primera mitad del siglo XX Arturo Alessandri Palma, al terminar con la república oligárquica, y Pedro Aguirre Cerda, que abre el cauce a la participación política organizada del pueblo a través del Frente Popular. Fue también líder Eduardo Frei Montalva, quien con la reforma agraria, la sindicalización campesina, la chilenización del cobre y la promoción popular, cambió profundamente la inercia prevalente en el país. El último presidente que fue también un líder es Salvador Allende, con su trágico destino. Su obligado suicidio es, con toda seguridad, un componente importante de las explicaciones de fondo del comportamiento extremadamente cuidadoso de nuestros presidentes, particularmente de los dos últimos que, de una u otra manera, adscriben a la vertiente histórico-política del presidente mártir.

## Dolores del alma

Los proyectos políticos relevantes suponen la confluencia de muchos factores. Uno crucial es la existencia de un grupo humano capaz de sustentar y dirigir el esfuerzo. La derrota de Pinochet, en 1988, no habría sido posible sin el reencuentro de los demócratas durante los ochenta. Y, a su vez, este no se habría producido si en el seno de la izquierda chilena no hubiera tenido lugar un profundo proceso de renovación, del cual surgió un colectivo humano que asumió en los hechos la dirección político-orgánica de ese movimiento.

Fui parte integrante del mismo y estoy convencido de que, en una gran medida, el auge y el ocaso de la Concertación —y por cierto del Partido Socialista como proyecto histórico de recomposición de la izquierda y el progresismo— están íntimamente relacionados con el ascenso y posterior descomposición de ese grupo.

Más aún, fui parte del núcleo duro de ese colectivo junto a Ricardo Núñez, senador entre 1990 y 2010 y varias veces presidente del Partido Socialista; Luis Alvarado, ministro de Bienes Nacionales durante el Gobierno del presidente Aylwin, embajador en Túnez del presidente Frei y director de empresas públicas; Armando Arancibia, diputado entre 1990 y 1998 y luego intendente de la III Región; Jaime Estévez, diputado entre 1990 y 1998, presidente de la Cámara de Diputados entre marzo 1995 y noviembre de 1996 y también presidente del Banco Estado y ministro de OO.PP.; Gonzalo Daniel Martner, subsecretario de Desarrollo Regional con Aylwin, subsecretario general de la presidencia durante la primera parte del Gobierno de Lagos, presidente del Partido Socialista y embajador

en España de la presidenta Bachelet; y Marcelo Schilling, que luego de desempeñarse en el Consejo de Seguridad Pública, la llamada “Oficina”, ocupó también el cargo de subsecretario de Desarrollo Regional bajo el Gobierno de Frei, fue embajador en Francia del presidente Lagos y es actualmente diputado. No éramos los únicos.

Jorge Arrate fue también parte de ese grupo, aunque de manera más periférica por su retorno más tardío a Chile<sup>1</sup>. Como todos los anteriores, desempeñó importantes funciones: presidente del Partido Socialista, ministro de Educación del presidente Aylwin, luego de que Ricardo Lagos dejara ese cargo en 1992, ministro del Trabajo y ministro secretario general de Gobierno del presidente Frei, y embajador en Argentina del presidente Lagos; José Antonio Viera-Gallo, diputado entre 1990 y 1998, senador entre 1998 y 2006, y ministro secretario general de la presidencia durante el Gobierno de la presidenta Bachelet. En la actualidad es ministro integrante del Tribunal Constitucional. Asimismo, José Miguel Insulza, que de posiciones de tercera línea en el Gobierno de Aylwin, avanzó meteóricamente tras ser nombrado, no sin dificultades, subsecretario de Relaciones Exteriores al inicio del Gobierno del presidente Frei, ascendiendo luego a canciller, ocupando, posteriormente, el ministerio Secretaría General de la Presidencia, para desempeñarse como ministro del Interior y jefe de gabinete durante la mayor parte de la administración Lagos. Actualmente cumple su segundo mandato al frente de la Organización de Estados Americanos (OEA). A este listado hay que incorporar a Jaime Gazmuri, senador durante tres períodos entre 1990 y 2010. Él representa un caso distinto a todos los anteriores, puesto que vivió un proceso inverso al del

<sup>1</sup> Jorge Arrate y Jaime Gazmuri, entre otros, tuvieron prohibición de ingresar a Chile hasta 1988. Es mérito de ellos haber intentado en un par de ocasiones sobrepasar la prohibición de ingreso por parte del régimen.

resto de este grupo. Mientras la mayoría nos reinstalábamos en Chile durante la primera mitad de los ochenta, poniendo fin a nuestro exilio, él hacía el camino inverso, abandonando la clandestinidad en la que vivió durante largos y duros años en Chile, para iniciar un muy tardío exilio entre 1984 y 1988. La valentía de Jaime Gazmuri es digna de admiración; lástima que su gesto haya tenido algo de extemporáneo y, por lo mismo, no tuviera toda la valoración que merecía. Esta es la razón por la cual, no obstante su condición de jefe del MAPU Obrero Campesino (MOC), no formó parte del núcleo duro de la renovación que fue particularmente activo durante la segunda mitad de los ochenta y los primeros años de la transición.

La renovación no se agota, por cierto, allí. Centenares de dirigentes, militantes e intelectuales fueron parte de ese proceso. Los que he nombrado somos simplemente los protagonistas públicos más conocidos y quienes ejercimos mayores responsabilidades. Somos también los principales responsables de este proceso de auge y descomposición, cuyos trazos gruesos interesa reconstituir.

La dirección política de la renovación no fue electa, simplemente se constituyó con los que estuvieron disponibles en ese momento para asumir compromisos. Y se hizo en Chile, en pleno estado de sitio, cuando todavía se secuestraba y asesinaba de las maneras más brutales. De aquí emana su legitimidad que, en un primer momento, no fue democrática porque evidentemente no podía serlo. En mi caso, yo me había instalado definitivamente en Chile en diciembre de 1984. Al poco tiempo, el 29 de marzo de 1985, fueron secuestrados y degollados los dirigentes comunistas Parada, Guerrero y Natino. Todavía siento el estremecimiento que la noticia provocó y escalofríos cuando me vuelve a la mente su recuerdo. La represión, pero sobre todo el miedo, operaban como un proceso

de selección natural de la dirigencia. No éramos muchos los que en esa época estábamos dispuestos a tomar riesgos.

Esa segunda mitad de los ochenta fue una época todavía muy dura, pero desafiante. Nos unía la convicción de estar participando en algo grande: la batalla para poner fin a la dictadura militar y abrir paso a la democracia. La estrategia mediante la cual este objetivo se concretó no fue fácil de llevar a la práctica. La idea durante largo tiempo prevaleciente era la de la resistencia civil a través de la movilización social. Algo de eso se puso en práctica durante las movilizaciones de 1982 y 1983, fuertemente influenciadas por la crisis económica, pero que no alcanzaron la magnitud necesaria para producir la caída del régimen. La estrategia de movilización social y resistencia civil tuvo su apogeo con la constitución, en 1986, de la Asamblea de la Civilidad y el llamado a paro nacional que esta formuló. Participaban de la asamblea un conjunto muy amplio de organizaciones sindicales y profesionales. El Colegio Médico, institución prestigiosa que no siempre había estado del lado de las luchas populares y democráticas, desempeñó en esta oportunidad un importante papel como sede del movimiento. Trabajé intensamente en la organización de la asamblea. No era dirigente social, pero apoyé el esfuerzo que estos hacían y muy especialmente el de Soledad Larraín, presidenta del Colegio de Psicólogos y aguerrida militante que a principios de los noventa se desempeñaría como subsecretaria del Servicio Nacional de la Mujer (Sernam).

El paro nacional fue convocado para los días 2 y 3 de julio de 1986. Un sector importante de la población respondió. Otro, como el comercio, atemorizado por lo que podría ocurrir, terminó en los hechos plegándose al paro. Lo concreto es que hacia el mediodía del 2 de julio, Chile estaba paralizado y se mantuvo así durante la tarde: el llamado había sido escuchado por la ciudadanía. El problema radicaba en su continuidad.

No había ninguna condición como para mantener un país paralizado durante varios días, situación que habría podido precipitar la caída del régimen. La amenaza del Ejército en las calles abriendo por la fuerza los comercios, de los agentes de la CNI deteniendo a quien se les pusiera por delante, de la pérdida del trabajo o de no tener con qué alimentar a las familias, hicieron inviable la mantención del paro o la realización de nuevas convocatorias. No existía en Chile una fuerza social capaz de una resistencia de ese tipo. A decir verdad, la idea mítica de que la huelga general precipitaría el desplome del régimen no tenía viabilidad. Triste, pero así era.

En esos días debimos contentarnos con mucho menos. Frente a la decisión de la CNI de apresar a los principales convocantes al paro, resolvimos —porque no estaba en el ámbito de las opciones, ni siquiera teóricas, que estos pasaran a la clandestinidad— asegurar su entrega directa a los tribunales de justicia, de manera de evitarles el paso por la CNI con todos los riesgos de malos tratos, vejámenes e incluso torturas que en esa época existían. Apretando los dientes, un conjunto de dirigentes y militantes forcejamos con decenas de agentes de la CNI que intentaban bloquear el paso directo a los tribunales a los dirigentes sociales perseguidos. Fue un logro modesto, pero logro al fin y al cabo. La CNI se quedó con las manos vacías y no pudo proceder a interrogarlos. Igual nuestros dirigentes fueron enviados a la cárcel y debieron permanecer allí durante algunas semanas. Con ello, el movimiento que encarnaba la Asamblea de la Civilidad comenzó a debilitarse.

Fue en esas condiciones de reflujo del movimiento social que tuvo lugar un hecho que conmocionó al país: el atentado al general Pinochet el día 7 de septiembre de 1986. Evidentemente, no se puede saber qué hubiera ocurrido si los fusileros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez hubiesen tenido éxito en su propósito de terminar con Pinochet por la vía más

expedita: su ejecución sumaria. Probablemente, Chile habría vivido durante algunos días un baño de sangre protagonizado por los servicios de seguridad y el núcleo más pinochetista del Ejército y de las otras ramas de las FF.AA. y Carabineros. ¿Qué hubiera venido después? Especulando un poco, no habría sido extraño que se hubiesen impuesto los sectores más duros del régimen y aprovecharan la oportunidad para deshacerse del calendario institucional que preveía el plebiscito de octubre 1988.

Me cuento entre los muchos que asumieron las primeras noticias del atentado con gran incredulidad. Mi primera reacción fue pensar en un montaje destinado a justificar una oleada represiva que terminara de destruir el movimiento social que se había venido organizando en torno a la Asamblea de la Civilidad. Mi escepticismo inicial se fundamentaba, además, en el hecho de que por esos azares de la vida me tocó pasar, calculo, unos cinco o diez minutos antes por el lugar preciso en donde tuvo lugar el atentado. Y obviamente no vi nada. Pero allí estaban emboscados los fusileros que en unos pocos minutos estuvieron al borde, ni más ni menos, que de poner fin a los días de Pinochet.

Estábamos de paseo con mi familia y la de Eugenio Tironi, haciendo un picnic en el Cajón del Maipo, en la localidad del Manzano, junto a nuestros hijos y un amigo de ellos, hijo de un reputado intelectual de derecha que era el único testigo creíble de que no teníamos la menor vinculación con el atentado. Tuvimos oportunidad, una vez de regreso a Santiago, de ver las primeras patrullas militares y de Investigaciones que se dirigían a toda velocidad al lugar del atentado. Incluso fuimos detenidos por carabineros, al llegar a Santiago, en un primer cerco de seguridad que se tendió para controlar identidades y revisar automóviles. Los policías que nos detuvieron no sabían qué era lo que había ocurrido y nosotros menos. Incluso

balbuceaban unas explicaciones por las molestias que estaban generando. Si hubiese sabido algo de lo que acababa de pasar, habría sido bastante más cauto y no le habría dicho al carabiniere que efectuaba el control que, más allá de sus explicaciones, era muy molesto vivir en un país en donde la policía se permitía ese tipo de revisión indiscriminada.

Una vez que se confirmó la gravedad de lo ocurrido, como muchos, sentí un miedo parecido al que tuve luego del golpe del 11 de septiembre de 1973. Escuché a Pinochet hablar por radio en la madrugada. Su tono no podía ser más amenazador. Venía de pasar por un atentado en el cual resultaron muertos cinco miembros de su escolta y del que él escapó milagrosamente ileso por la falla del lanzacohetes Law, que no alcanzó a tomar la fuerza necesaria y rebotó en el cristal blindado de su Mercedes Benz, de acuerdo a las versiones entregadas<sup>2</sup>.

Fueron días de mucha angustia. En mi departamento, en la calle Augusto Leguía, nos juntamos la tarde del día siguiente, el lunes 8, varios dirigentes socialistas para analizar la nueva situación. Hasta allí llegó Marcelo Contreras, director de la combativa revista *APSI*, quien estaba siendo perseguido por la policía del régimen. Ese día habían sido detenidos varios dirigentes de primera línea del movimiento democrático. Entre ellos Ricardo Lagos, que tuvo la fortuna de ser detenido por efectivos de Investigaciones y no por los agentes de la CNI. Sin justificación alguna, Ricardo Lagos, Patricio Hales, Germán Correa y otros dirigentes, estuvieron detenidos varios días en una comisaría en el centro de Santiago. En realidad, en el ambiente que se vivía en Santiago ese era un lugar más seguro que cualquier otro que pudiera estar a merced de los agentes de la CNI, el DINE u otros grupos armados que trabajaban para la dictadura y que, en esos días, asesinaron a José Carrasco Tapia,

<sup>2</sup> Se ha indicado, además, que no se utilizaron los lanzacohetes RPG7, de fabricación soviética, por encontrarse en mal estado.

periodista y dirigente del MIR que yo conocía desde los años setenta. La reunión en mi casa hacía recordar escenas que uno había visto en películas sobre el fascismo, como *Una jornada particular*, con Sophia Loren y Marcello Mastroianni. Por un lado, allí estábamos un grupo de militantes un tanto perplejos, justificadamente temerosos de lo que se nos venía encima. Por el otro, abajo del edificio, miles de personas se concentraban para solidarizar con Pinochet y proferir cuanta amenaza se les pasara por la cabeza. Nada más parecido al fascismo. Por lo que pude ver, asomándome con cuidado al balcón, abundaban los jóvenes de buena familia y muchas mujeres de sectores acomodados cuyo fanatismo, aunque un poco ridículo, inspiraba temor.

La dictadura cumplía por esos días su decimotercer aniversario y no se divisaba el camino que llevara a ponerle término.

En los primeros meses de 1987, en lo que he llamado el “núcleo duro de la renovación”, tomamos una decisión trascendental: abandonar la táctica de la movilización social y poner todas nuestras energías en una estrategia política que, a muchos, les parecía extremadamente peligrosa: buscar la derrota del dictador en el plebiscito que su Constitución lo obligaba a realizar. Discutimos mucho. Enfrentábamos el peligro evidente de terminar legitimando al dictador al participar en una consulta organizada por él mismo. Le correspondió a Ricardo Núñez formalizar la propuesta en un acto público de celebración del aniversario número cincuenta y cuatro del Partido Socialista: “A Pinochet no lo vamos a sacar por las armas. Lo derrotaremos en las urnas [...] Vamos a construir ese ejército de siete millones de ciudadanos para enfrentar las distintas alternativas del panorama político chileno”, se afirmó en el discurso que entre varios preparamos. La tesis era simple: una mayoría ciudadana puede derrotar al dictador en su afán de perpetuarse en el po-

der. Llamamos, en consecuencia, a inscribirse en los registros electorales para constituir ese ejército que armado solo de un lápiz y un papel, cambiaría el curso de la historia, al menos como la habían pensado Pinochet y su círculo más íntimo.

El despliegue de la estrategia política tuvo muchos detractores. A los adversarios obvios, los partidarios de la perpetuación de Pinochet en el poder, se agregaron los opositores más temibles, los que con argumentos simples, que apelaban al sentido común, sembraban la duda y alimentaban la parálisis. Al inicio, esos sectores se transformaron en un grave obstáculo para el desarrollo del movimiento democrático. La pregunta recurrente era: ¿cómo a alguien en su sano juicio se le podía pasar por la cabeza que Pinochet iba a organizar un plebiscito para terminar perdiéndolo? Más que una pregunta, era toda una afirmación que, sin una firme respuesta, podía producir resultados devastadores. La pregunta se demoraba menos de un minuto en formularse, pero la respuesta era bastante más larga y transitaba por un sendero pedregoso que implicaba un cierto desafío al sentido común. En los debates iniciales, no pocos de los que con los años aparecerían como concertacionistas de toda la vida, ridiculizaban nuestro alegato y se mostraban inteligentes, advirtiendo sobre la locura que significaba embarcar al movimiento democrático en una aventura que iba a terminar en la legitimización del dictador. Lo importante es que, poco a poco, fuimos superando el escepticismo; los “inteligentes” que nos llamaban al realismo comenzaron a dudar y, lo más importante, el pueblo, la gente, los ciudadanos o como queramos llamarlo, comenzaron a advertir que por ahí se abría un camino que no desembocaría en un callejón sin salida. La duda, la vacilación y el miedo comenzaron a ceder su plaza a un sentimiento que algunos creían perdido para siempre: el entusiasmo. Fue tiempo de grandes emociones. Tuve la oportunidad de recorrer Chile. Enviado por el comando



central fui también a pueblos pequeños donde, no exagero, era la primera vez desde el golpe que llegaba alguien a cara descubierta a manifestar una oposición clara frente al régimen militar. Pelarco, Pichilemu, San Fabián de Alico son algunos de los pueblos en los cuales recuerdo haber estado como activista improvisado que venía a anunciar la buena nueva de que el fin de la dictadura estaba cerca, porque íbamos a derrotarla en el terreno más difícil para los militares y más propio de los demócratas: el del voto libre, secreto e informado.

Un momento muy especial tuvo lugar con ocasión de la participación de Lagos y el recientemente creado Partido por la Democracia (PPD) en el programa de Canal 13 “De cara al país”, dirigido por una valiente periodista política: Raquel Correa. En ese espacio, toda una novedad para la época, Lagos interpeló al dictador para reprocharle su ansia desmedida de perpetuarse en el poder. Mirando de frente a la cámara número tres, apuntó directamente a Pinochet con el dedo, frente a la mirada atónita de Roberto Pulido, conductor del programa, recordando declaraciones realizadas por el dictador en 1980, en las cuales señalaba que no sería candidato, para luego espetarle que “nunca un chileno en la historia había ambicionado permanecer por veinticinco años en el poder”. El desempeño de Lagos, acompañado de Carolina Tohá, Jorge Schaulsohn y el difunto Armando Jaramillo, fue descollante. En pocos minutos los escépticos se transformaron en entusiastas, y los convencidos, en activistas que comenzaron a movilizarse en sus círculos familiares, estudiantiles y laborales.

El espacio de los vacilantes se había reducido, para llegar casi a la nada. Prácticamente desapareció la oposición interna; incluso el Partido Comunista, que de manera totalmente extemporánea había hecho suya la vía armada, a total contrapelo de toda su historia, terminó plegándose a las filas del No.

El episodio del dedo de Lagos constituye un clásico, un verdadero imperdible de cualquier relato sobre ese período. Bastante más desconocida es su historia previa. Se equivoca cualquiera que crea que el famoso dedo fue producto de una improvisación surgida al fragor del momento. Pensar así implica mirarnos en menos a todos, comenzando por Lagos. Habría sido una falta imperdonable dejar únicamente librado a su talento y los impulsos de él y sus acompañantes los resultados de la comparecencia en un espacio que abría una oportunidad única de comunicación con la gente. La verdad es que se trabajó muy profesionalmente preparando todos los detalles. La idea era estructurar un libreto simple que calara hondo en una franja importante de la ciudadanía que, por primera vez, tenía la ocasión de escuchar los planteamientos de los opositores formulados por ellos mismos. Nos reunimos a preparar el programa un grupo de trabajo constituido para la ocasión. Trabajamos en mi casa de la calle Roberto del Río y en la productora que en la calle Suecia tenía en esa época Carlos Flores, cineasta y ex militante del MIR. Participaron en el equipo, entre otros, Manuela Gumucio, Jaime Estévez y Carlos Leppe, talentoso artista plástico que se ocupó de todo lo relativo a la estética de los cuatro que aparecerían en la TV. Recuerdo bien la especial preocupación por el *look* de Carolina Tohá que, toda vestida de blanco, puso de manifiesto una aura virginal, según la expresión de Carlos Leppe, que la ha acompañado durante años. La preparación contempló la grabación de dos réplicas del programa. Jugaron el papel de preguntadores dos conocidos periodistas: Patricia Politzer y Jorge Andrés Richards. El famoso dedo fue grabado en dos oportunidades y discutimos mucho acerca de la mejor oportunidad para lanzar la interpelación directa a Pinochet, evitando que esta fuese muy al final del programa y se pudiera perder la ocasión de realizarla. El resultado fue extraordinario. El 25 de

abril de 1988, Lagos habló, como él mismo lo dijo, por quince años de silencio y fue la voz de los miles de chilenos que habían sido acallados durante la dictadura. Mostró prestancia, valentía y un gran sentido de la historia. Ese día se constituyó en un líder mayor de la oposición a la dictadura. La opción por la estrategia política estaba funcionando a la perfección. Para todos los que habíamos sido parte de esa definición, fueron días de intensa actividad, recorriendo el país para inscribir legalmente al Partido por la Democracia, instrumento que nos permitió movernos en los marcos de la legalidad establecidos por la dictadura. Llegamos hasta los lugares más recónditos a formar apoderados que pudieran el día 5 de octubre defender en cada una de las mesas los votos del No. Con ellos se constituyó también una red de cómputo paralelo que estuvo a cargo de Gonzalo Martner y que era fundamental para disuadir cualquier intento de fraude electoral.

Por fin quedaban atrás largos años de luchas importantes, pero eminentemente testimoniales. El sueño de reparar los estropicios provocados a principios de los setenta y que habían provocado el desplome de la democracia comenzaba a hacerse realidad. Fueron días intensos, pero felices. Teníamos la convicción de ser parte de un movimiento trascendente, en el cual no había lugar para el cálculo pequeño o la actitud mezquina. No recuerdo haber participado en ninguna conversación sobre la posición que cada cual podría ocupar una vez derrotada la dictadura. Era algo fuera de lugar, de evidente mal gusto. Teníamos que concentrar todas nuestras energías en generar una mayoría ciudadana que se atreviera pacíficamente a decirle No a la dictadura y asumir plenamente nuestra condición de miembros de la dirección política del proceso. Lo hicimos.

Y, sin falsa modestia, jugamos un papel fundamental. Sin una definición clara respecto a la opción por una estrategia

política, la izquierda se habría mantenido dividida y confundida entre distintas propuestas estratégicas, que iban desde la lucha armada a la movilización social, pasando por una confusa intransigencia democrática. Todas ellas representaban vías estériles, desde el punto de vista del objetivo esencial, que era derrotar a la dictadura en un horizonte previsible. De haberse mantenido ese cuadro de fragmentación, Chile podría haber pasado por el bochorno por el que pasó España: tener que esperar, para alcanzar la democracia, la muerte natural y tranquila del dictador en su propio lecho. Una vergüenza de la cual hay consenso en España, entre moros y cristianos, que es un tema del cual... mejor no hablar.

La imposición de una estrategia política de confrontación con la dictadura, sustentada en una coalición constituida por las diferentes fracciones en las cuales se había dividido el socialismo, la Democracia Cristiana, los radicales y socialdemócratas, el Partido Humanista y otros grupos menores, debió sortear no pocos obstáculos. Estos tenían diversos orígenes y surgían de una historia larga de conflictos y desavenencias entre las fuerzas que habían resuelto unirse para terminar con la noche negra de la dictadura. Allí estaban las suspicacias frente a la Democracia Cristiana por su comportamiento durante el Gobierno del presidente Allende y su apoyo inicial al golpe. Allí estaban también las inercias que resultaban del peso que todavía ejercía en algunos una larga historia de alianza socialista-comunista y veían mal la nueva coalición de la cual estaba excluida esta especie de hermano mayor que fue, para muchos, el Partido Comunista. Allí estaban, también, las primeras manifestaciones de desconfianza de las nuevas generaciones hacia las estructuras políticas tradicionales.

Al final, la dinámica del movimiento democrático y la necesidad de derrotar a toda costa a la dictadura, pudieron más que todos los obstáculos y dificultades. La jornada del 5 de

octubre quedó grabada para siempre como expresión de una tremenda movilización democrática. Con su eslogan hiper-marquetero, aunque conceptualmente dudoso, de “Chile: la alegría ya viene”, el triunfo del No abrió, objetivamente, un nuevo período de la historia nacional.

Fueron momentos de enorme satisfacción; con seguridad, los más hermosos que nos habrá tocado a muchos vivir. Estos no volverán a repetirse y es bueno que así sea. Nadie podría desearlo, porque tenían como inevitable preámbulo los sufrimientos y tristezas de tantos durante tantos años.

En el plano afectivo, fue una época de intensa vida social. Las invitaciones llovían, el mundo percibía que íbamos en ascenso. Muchos querían vernos para transmitirnos todo tipo de sentimientos, desde sus aprensiones respecto de las amenazas que enfrentábamos, hasta sus ideas geniales acerca de cómo enfrentar los desafíos que deparaba el futuro.

El grupo que he descrito enfrentó bien este nuevo período. Producto de una decisión colectiva, que involucraba la confianza de los dos Ricardos, Lagos y Núñez, me correspondió estar muy cerca de Aylwin el mismo 5 de octubre de 1988. Tuve el honor de ser parte del equipo político central que se instaló en el comando del No, en la esquina de Alameda con Lastarria. Estuve allí desde temprano en la mañana, con una pequeña bolsa con mi muda, como diría don Lucho Corvalán, “por si las moscas”. Había una duda razonable respecto de lo que podía ocurrir ese día. El tema no era que pudiéramos perder, ya que estaba absolutamente establecida la existencia de una mayoría de chilenos contrarios a la perpetuación de Pinochet. Sabíamos también que la ciudadanía había ido perdiendo el miedo y que la franja televisiva, establecida por el propio régimen, le daba a la oposición no solo tribuna para difundir por primera vez libremente sus propuestas, sino que sobre todo la constituía como una opción legal, válida. Esto,

más aún en los lugares más apartados, ayudó mucho a que la gente terminara de perder el miedo. No era lógico que le pudiera pasar algo a quien votara por una opción que se expresaba libremente durante quince minutos por cadena nacional de radio y televisión en horario *prime*, justo antes de los noticieros de las nueve de la noche. Pinochet se debe haber muerto alegando en contra del inventor del plebiscito del 88, que le fue presentado como una simple “escala técnica” en un itinerario que lo mantendría en el poder hasta 1998, y al otro inteligente que, en un ataque de pluralismo, se le ocurrió esto de una franja televisiva igualitaria que en esa época terminó alcanzando una altísima sintonía.

Cumplí mi tarea informando a Lagos y a Núñez sobre todo lo que ocurría en el comando de Lastarria. Viví intensamente una jornada realmente muy particular. Por ejemplo, cuando se cortó la luz, hacia las cuatro de la tarde, y tuvimos que echar a andar un generador de emergencia para asegurar la realización del cómputo paralelo al del Gobierno. Fui también testigo de otro episodio extraño, como cuando hacia las seis vino el coronel Sobarzo, de Carabineros, encargado del orden en el centro de la ciudad y con reputación de democrático, a proponernos que evacuáramos el local que estábamos ocupando porque existía el riesgo de que quedáramos sepultados por las manifestaciones de un lado y otro que se preparaban para unas horas más tarde. En el comando de Lastarria viví también horas de alta tensión cuando la televisión dejó de transmitir la jornada electoral y Pinochet y los suyos, sabiendo que habían perdido, urdían la forma de desconocer los resultados. Para suerte mía, pasé esos momentos más críticos junto a Germán Correa, cumpliendo el pedido de Patricio Aylwin de redactarle un proyecto de declaración que, prácticamente sin enmiendas, fue la base del discurso que pronunció anunciando a Chile y al mundo que el dictador había sido derrotado.

Recuerdo, como si fuera ayer, mi llamado por celular a Lagos, informándole que Aylwin se aprestaba a leer esta declaración en un recinto especialmente habilitado para las delegaciones y la prensa extranjera, frente al edificio Diego Portales, hoy Gabriela Mistral. Le sugerí que buscara estar lo más cerca de Aylwin, cosa que no sin dificultad consiguió. Las imágenes del momento harían historia y no había que estar fuera de ellas. Así se construía el futuro.

En un proceso a geometría variable, muy distinto a una junta de generales, se fueron definiendo los destinos de cada cual. Lagos, teniendo en mente la vieja tradición republicana de que para ser presidente había que pasar por el Senado, optó por la comparecencia frente a la ciudadanía. Lo mismo, aunque sin ambiciones presidenciales, hicieron Núñez y Gazmuri. Armando Arancibia se postuló a diputado por Valledar. Igual cosa hizo Jaime Estévez por el populoso distrito de Puente Alto y La Pintana. Alvarado, Martner, Schilling y yo nos autodestinamos para asumir tareas en el Ejecutivo. Arrate se quedó a cargo del partido, alegando que había sido abandonado a su suerte y obligado a quedarse en la menos glamorosa de las destinaciones: allí donde se quedaban los que no habían tenido cabida ni en el Gobierno ni en el Parlamento.

Paradójicamente, el más importante de todos nosotros, el único que sería posteriormente presidente de la Nación, fue el único que cosechó una sonora derrota. Núñez y Gazmuri fueron electos senadores, y Arancibia y Estévez, diputados, al igual que Viera-Gallo. Alvarado y yo juramos como ministros del primer gabinete de la democracia. Martner asumió la poderosa subsecretaría de Desarrollo Regional, y Schilling, luego del asesinato de Jaime Guzmán, la secretaría ejecutiva de la temida "Oficina", que se creó para enfrentar acciones terroristas que constituían un peligro para la estabilidad democrática.

## La primera derrota de Lagos

En razón de mis obligaciones como coordinador adjunto del área económica del comando del No, en dupla con Alejandro Foxley, no pude participar cotidianamente de la campaña senatorial de Ricardo Lagos por la circunscripción Santiago Poniente. En esa elección, su adversario principal era Jaime Guzmán, el gran ideólogo de la dictadura. Ahora, por la perversidad del sistema binominal, el adversario real era Andrés Zaldívar, su compañero de lista que, para sorpresa general y sin grandes aspavientos, terminó aventajándolo.

Yo tenía mandato para resolver sobre la inscripción de Lagos, siempre por la Región Metropolitana, pero indistintamente en la circunscripción Oriente o Poniente. No había aquí ninguna cuestión de principios involucrada, la decisión era puramente electoral. Luego de múltiples tiras y aflojas e intervenciones al más alto nivel, incluido Aylwin, conseguimos que Andrés Zaldívar, muy a su pesar, aceptara hacer dupla con Lagos. La otra opción era ir junto a Eduardo Frei, enfrentando a la dupla constituida por Sebastián Piñera y Hermógenes Pérez de Arce. Se puede especular pensando en lo que habría ocurrido si se hubiese optado por la Poniente. De repente, la potencia de la dupla Frei-Lagos podría haber producido el milagro del doblaje, propinándole ni más ni menos que a Sebastián Piñera, el actual presidente, una sonora derrota. De no haber ocurrido así, y suponiendo que Lagos hubiese sido derrotado por Frei, le habría correspondido de todas maneras entrar al Senado en marzo de 1994 en reemplazo de Eduardo Frei, electo en diciembre de 1993 como presidente de Chile. Pero la historia no transcurrió así. Al momento de jurar Eduardo Frei como presidente de la república, María Elena Carrera, ex senadora socialista, ocupó su lugar por los cuatro años que le restaban de su período como senador.

Los resultados de la Poniente provocaron estupor. En orden de votación, Lagos llegó segundo, detrás de Andrés Zaldívar, pero tercero por debajo de la suma de votos entre Jaime Guzmán y Miguel Otero; suficiente, en nuestro abyecto sistema binominal, para quedar fuera del Senado. Esa noche, la del 11 de diciembre de 1989, mientras muchos celebraban el aplastante triunfo de Aylwin en la presidencial, otros, unos pocos, en la sede del Centro de Estudios Económico Sociales (Cesoc) de la calle Esmeralda, comíamos el polvo de la derrota. Con su infatigable despliegue casa a casa junto a Inés Hurtado, su combativa esposa, y su silenciosa campaña “vote por mí, porque Lagos está seguro”, Andrés Zaldívar consiguió imponerse.

A decir verdad, en las semanas previas a la elección comenzaron a llegar signos de que las cosas no andaban del todo bien. En el debate televisivo correspondiente a su circunscripción, Lagos había intentado algo parecido a lo que había hecho en el programa que lo consagró como un gran líder. Los números repetidos raramente salen bien. Lo que en el primer programa fue valorado como una gran valentía, en el segundo, frente a Jaime Guzmán en persona, fue percibido como una agresividad un tanto desmedida e innecesaria. Algunas semanas antes de la elección, Heraldo Muñoz, su jefe de campaña, había hecho sonar la voz de alarma. Lagos, el gran líder de la oposición democrática, hacía campaña a nivel nacional apoyando a cuanto candidato se lo solicitara, mientras Andrés Zaldívar trabajaba en cada una de las comunas de la circunscripción.

Pero Lagos no estaba seguro. Y terminó perdiendo. La reconfirmación de la derrota la tuvimos Heraldo Muñoz y yo en la propia Moneda, adonde concurrimos de madrugada a entrevistarnos con el subsecretario del Interior, Ricardo García, responsable del proceso electoral, para requerir más detalles sobre los resultados definitivos. La respuesta del subsecretario

fue clara y concluyente: no había ninguna posibilidad de que un nuevo recuento pudiera alterar el resultado y tampoco existían bases para interponer algún tipo de reclamación. La suerte estaba echada. El gran líder cosechaba su primera derrota. Me cuento entre los que la sufrió desde el fondo del alma.

La derrota de Lagos estaba plagada de consecuencias políticas. La idea de construir una sola gran fuerza política progresista sufría un duro revés. El Partido por la Democracia, que en poco tiempo se había demostrado como un instrumento extraordinariamente útil, con alta capacidad de movilización ciudadana, quedó a la deriva. Lagos, su fundador junto a todos nosotros, estaba herido en el ala. A los pocos días de la elección partió en familia a Israel a conocer y, sobre todo, a restañar heridas.

Se iniciaba la transición. Nuevas e importantes definiciones políticas debían adoptarse. En lo que al mundo de la izquierda renovada específicamente concernía, dos eran las más trascendentales e ineludibles: ¿qué hacer con el PPD que había sido creado como partido puramente instrumental?, ¿con qué liderazgos iba a enfrentar el período que se abría?

Aquí se produjo un primer punto de inflexión. Las primeras fisuras comenzaron a aparecer. La mantención del PPD era considerada, por algunos, como un obstáculo a la reunificación del socialismo, idea fuertemente apoyada por el socialismo almeydista y ciertos dirigentes, como Jorge Arrate. Se cometió allí un error estratégico mayúsculo. En vez de potenciar y proyectar el nuevo espacio que se había construido en torno a la exitosa lucha por el triunfo del No, resolvimos privilegiar la reunificación de un socialismo que tenía mucho de vetusto. La renovación perdió en los dos tableros. Al abandonar el PPD una parte importante de los dirigentes de la renovación que lo habíamos constituido, este quedó en manos de una dirigencia en la cual no faltaban los advenedizos

y oportunistas. La historia se encargaría de ponerlo en evidencia. Jorge Schaulsohn, una de sus figuras más reconocidas después de Lagos, se convertiría con el tiempo en el símbolo máximo de la degradación política al terminar apoyando a Sebastián Piñera en la elección del 2009. Lo digo con pena, porque era alguien a quien consideraba un amigo.

El hecho básico es que el PPD adquirió la forma de un partido más ligero, sin mochila histórica y esencialmente programático. En algún momento se definió como una fuerza liberal progresista, marco ideológico perfectamente acomodable a posturas de muy distintos signos, incluidas las más neoliberales en el plano de la economía. La mantención del PPD en paralelo con un Partido Socialista reunificado, implicó un fuerte debilitamiento de las fuerzas de la renovación, las que sufrieron una evidente división entre los que permanecieron en el PPD y quienes, como en mi caso —a pesar de ocupar altos cargos de dirección en el PPD—, volvimos al PS en virtud del acuerdo del congreso socialista de poner fin a la doble militancia y tener que optar entre el PS y el PPD. La pérdida que representó nuestra salida del PPD tuvo componentes tragicómicos. Para asegurar, de todas formas, que el PPD se mantuviera estrechamente aliado al PS, definimos como candidato a presidirlo a Eric Schnake, una figura que por trayectoria política como ex senador socialista y su historia personal —sobrino de uno de los fundadores del socialismo— debía garantizar plenamente este objetivo. No había nadie más socialista que él. Sin embargo, al poco tiempo hubo que reconocer que los nuevos vientos que soplaban en la sociedad chilena e impulsaban la proyección del PPD eran bastante más fuertes que las inercias de la historia. A poco andar, ese símbolo viviente del socialismo histórico que había pasado incluso por una condena a muerte en los consejos de guerra montados por la FACH al inicio de la dictadura, renunció al PS y se transformó en un fervoroso dirigente del...

PPD. Su destinación, en una suerte de comisión de servicio, terminó de la peor manera. Eric no volvió nunca más al PS, ni siquiera en los meses previos a su muerte, en noviembre del 2005, producto de un enfisema pulmonar.

Al mismo tiempo que la política se complejizaba, la amistad y lealtad que habíamos mantenido para enfrentar los años difíciles de la lucha contra la dictadura comenzaron a resquebrajarse. Un episodio clave tuvo lugar a finales de 1989, en la casa que tenía Jorge Arrate en el barrio Bellavista. Fue en esa reunión en donde se resolvió enviar a Schnake en comisión de servicio al PPD y fue también en esa reunión en donde uno de los invitados, refiriéndose no está claro si a Lagos o más genéricamente al PPD, invitó derechamente a aprovechar la oportunidad para clarificar el escenario. La invitación se hizo de un modo difícilmente más brutal: “Como se dice en el campo, ahora que el chancho está en la batea, hay que proceder”. Esa fue la fórmula empleada para invitar a los presentes a asumir un nuevo liderazgo, cuyo espacio indiscutido debía ser el PS y no el poco confiable PPD.

Con razón, Jorge Arrate sentía que tenía todos los merecimientos intelectuales y políticos para jugar un papel mayor. Objetivamente, su trayectoria anterior era sólida y contundente. Aunque compartía con Lagos un común pasado radical, se había comprometido a fondo militando en el PS y asumiendo cargos de primera línea en el Gobierno del presidente Allende. En el exilio, Arrate se constituyó en un referente de primer orden en la renovación del socialismo, luego de la división del PS en 1979, viéndose obligado, junto con Carlos Altamirano, a abandonar Berlín para radicarse en Rotterdam.

La trayectoria de Lagos es distinta. Luego de renunciar a la Juventud Radical se mantuvo durante largos años en la condición, un tanto menospreciada en la época, de “independiente de izquierda”. Hizo de la universidad su terreno de acción

preferente y adquirió notoriedad intelectual con su libro *La concentración del poder económico en Chile*<sup>3</sup>. Durante el Gobierno del presidente Allende fue nombrado interventor del Banco Edwards y en 1973 había sido designado embajador en la URSS. No alcanzó a partir. El golpe de Estado llegó antes. La vinculación de Lagos con el socialismo es más tardía. Formó parte del llamado grupo de “los suizos”, constituido por aquellos que se declararon neutrales frente a las tendencias principales que habían protagonizado la división del PS: la liderada por su secretario general, Carlos Altamirano, y la encabezada por Clodomiro Almeyda, que contó con el apoyo decidido de la hoy desaparecida República Democrática de Alemania (RDA).

Esta trayectoria de Lagos fue finalmente su gran ventaja. Difícilmente habría podido ser presidente de Chile alguien tan involucrado en el Gobierno de Allende como Jorge Arrate. Es injusto, pero es así. Arrate cargaba mucho pasado. Lagos evocaba futuro. Lo ocurrido entre 1970 y 1973 sigue representando una herida profunda en el tejido de la sociedad chilena, herida que terminó cicatrizando, pero solo en las capas más superficiales. Todavía, cuando se escudriña en zonas más subterráneas, se advierte que las lesiones siguen allí y que pueden producir fuertes dolores.

Es por eso que el liderazgo del progresismo solo podía ser asumido por alguien que no cargara con pasivos demasiado pesados. Alguien que mantuviera algo de esa flexibilidad que le había permitido a los radicales chilenos ser parte de varios gobiernos a lo largo de la historia del siglo XX. En definitiva, alguien que no estuviese obligado a estar permanentemente dando explicaciones y que hubiera tenido además la posibilidad de abrirse espacio en las luchas que se libraban, en esos

<sup>3</sup> Este libro es, en realidad, su memoria de título en la carrera de Derecho, la cual escribió con solo veintidós años y que, posteriormente, se convierte en un éxito editorial.

años de plomo, al interior de Chile, con toda la legitimidad que ello implicaba.

Ese hombre era Ricardo Lagos. Personalmente, tuve esa convicción de manera absoluta desde mi retorno a Chile en 1984. Habíamos conversado en París y, una vez en Chile, no dudé en trabajar políticamente junto a él. Generamos una bonita relación de confianza política que, poco a poco, fue acompañándose de amistad.

La derrota en la senatorial del 89 terminó siendo una bendición para Lagos. A poco de andar del proceso de transición, el Senado comenzó a perder la relevancia que había tenido. Históricamente, el Senado era casi una estación obligada en el camino a la presidencia. Con Lagos eso cambió y continuó así con Michelle Bachelet. En la actualidad se podría incluso afirmar que si alguien quiere ser presidente es mejor que ni se asome por el Parlamento, una de las instituciones menos apreciadas y más denostadas por los chilenos.

Lagos tuvo la fuerza para reponerse a la derrota electoral, la reunificación socialista y los embates internos. Para mí, al menos, lo que vi en los días posteriores a su derrota senatorial constituyó un punto de inflexión. El estado de gracia que había existido entre nosotros llegaba a su fin. La política tradicional, con sus clásicas disputas, celos, envidias, veleidades y luchas a veces descarnadas por protagonismo, volvía por sus fueros.

Sería injusto reducir el acontecer político a una sucesión de riñas y querellas menores. La historia de los veinte años de Concertación, más allá de su tendencia a la degradación a partir de finales de los noventa, tuvo en muchas ocasiones su lado A: generoso, constructivo y trascendente. El llanto de Aylwin pidiendo perdón por las graves violaciones a los derechos humanos cometidas por el Estado; Frei logrando que finalmente fuera a prisión Manuel Contreras, jefe de la DINA, que se había autoproclamado como un intocable que no estaría ni

un minuto en la cárcel; Lagos abriendo la histórica puerta de Morandé 80, al conmemorarse los treinta años del golpe militar y la muerte del presidente Allende; Bachelet jurando como la primera mujer presidenta, haciendo gala de una especial mezcla de orgullo y humildad... son otros tantos momentos que forman ya parte de nuestra mejor historia.

Pero hay también un lado B, y la tentación de aprovechar la derrota de Lagos el 89 para apartarlo del camino forma parte de él. Pero no fue el único.

### **La segunda derrota de Lagos**

Realistamente, el 89 entendimos que no era nuestro momento. El candidato no podía sino ser un demócratacristiano. Igual no nos plegamos a la primera. Al menos yo y unos pocos levantamos la candidatura de un gran demócrata, laico como el que más, profesor de Derecho civil, ex contralor general de la república y protagonista de una trayectoria ampliamente respetada: Enrique Silva Cimma.

Fue, en realidad, una minicampaña que todos sabíamos tenía fecha de vencimiento. Don Enrique tuvo además la inteligencia de adelantarse a los acontecimientos; en vez de esperar a que sus partidarios lo negociaran, tomó el toro por las astas: negoció directamente su bajada. Fue canciller de Chile durante los cuatro años del Gobierno Aylwin.

La primacía de la DC no podía ser eterna. Algunos, menos de los que pensábamos y encabezados por Lagos, decidimos enfrentarla. Sabíamos que era difícil, pero que si queríamos que el progresismo se abriera paso en la política nacional, teníamos que atrevernos a constituirnos en una alternativa. Para mí era algo evidente, no tuve que pensarlo mucho. Junto con Lagos renuncié a mi condición de ministro de Economía, en

septiembre de 1992. La conversación con el presidente Aylwin cuando concurrí a La Moneda a presentarle mi renuncia fue cálida y amena. Luego de mi exposición de motivos me dijo que a él le hubiera gustado que yo lo hubiese acompañado hasta el final de su período, que tenía una valoración muy positiva de mi trabajo y que, aunque podía entender mis razones, realmente pensaba que estaba cambiando “pan por charqui”. Su impresión, bastante fundamentada, era que la candidatura de Frei era imparable y que la decisión de enfrentarla era valiente pero condenada al fracaso. Lo escuché con mucha atención. Él sabía del respeto y aprecio que sentía por él. No intentó ir más allá para persuadirme. No tenía dudas de que yo tenía mi decisión tomada.

Dejamos el gabinete un día de octubre de 1992. Fue una salida bien organizada. Tratamos de no dejar ningún detalle al azar. Hasta nos preocupamos de ir, los días previos, al Club Militar de Lo Curro, en donde sabíamos nos encontraríamos con Pinochet, el 19 de septiembre en la celebración de las Glorias del Ejército. Fue la primera vez que Lagos se encontraba cara a cara con el general, quien iba acompañado de su hija Lucía. Tuvimos tiempo para prepararnos para el momento. Pinochet avanzaba desde el fondo del enorme salón, saludando a los comensales. Cuando llegó hasta donde nos encontrábamos estiró la mano y se limitó a preguntar: “¿Cómo están, ministros?”. Para nuestros planes, era importante romper el hielo y mostrar que la opción de Lagos no representaba la ingobernabilidad o la vuelta a una confrontación con el Ejército que significara poner al país al borde del precipicio.

Lagos y yo sabíamos que íbamos a perder; ni por un segundo se nos pasó por la cabeza que pudiera en ese momento alcanzar la presidencia de Chile. Nuestra fuerza radicaba en la convicción de que estábamos construyendo futuro. Íbamos a perder ahora para ganar después. Contra viento y



marea sostuvimos una posición de principio: el abanderado de la Concertación no podía ser elegido por un puñado de dirigentes entre cuatro paredes. Era el pueblo concertacionista el que debía tomar esa decisión en unas primarias abiertas a la ciudadanía. Afirmábamos con esto un punto de vista radicalmente democrático que encontraba, sin embargo, fuertes resistencias al interior de la Concertación.

Hicimos campaña con todas las limitaciones propias de una candidatura que tenía mucho de testimonial. Fueron siete meses. Aprendí a conocer a la gente más de lo que podía haberlo hecho en siete años. Frei y los suyos se comportaron como tenían que hacerlo. La ventaja que tenían en las encuestas y, en la realidad, era apabullante. Fácilmente nos doblaban. Se resistieron hasta el último minuto a aceptar la realización de primarias. El argumento mil veces repetido era que las preferencias de la opinión pública estaban claras y eran abrumadoramente favorables a la opción de Eduardo Frei. Nuestra réplica consistía en insistir que las grandes definiciones debían ser adoptadas por la ciudadanía y no por las encuestas, y que si no era posible convenir unas primarias abiertas estábamos totalmente decididos a llegar a la primera vuelta establecida en la Constitución.

Los siete meses de campaña, con algunas excepciones meritorias, fueron una sucesión de abandonos y deslealtades. No uso la expresión “traición” porque puede ser excesiva, pero reconozco que fue la primera que se me vino a la mente. Sabía, a ciencia cierta, que no íbamos a ganar, pero nunca imaginé los niveles de deterioro a los que podía llegar la dirigencia de la izquierda y el progresismo de la época. El esfuerzo desplegado por Lagos durante esos meses fue encomiable. Mi respeto y admiración por él alcanzaron en ese período su máxima expresión, proporcional al desprecio que me merecieron las actitudes de los principales dirigentes de los partidos que

supuestamente debían sustentar nuestro esfuerzo. Se trata de acontecimientos que tuvieron lugar hace casi veinte años. Los “delitos” que pudieron haberse cometido están todos prescritos. Pero igual los dolores del alma allí quedan. Olvidados durante largos tiempo, pero por desgracia, probablemente, todavía presentes.

Formalmente, el 23 de mayo de 1993 sufrimos una sonada derrota. Frei nos aventajó con más del 60% de los votos. Era tan ostensible la diferencia, que hacia las nueve de la noche de ese día domingo, casi automáticamente, nos dirigimos con Lagos al Hotel Plaza San Francisco a cumplir con el reto republicano de concurrir a felicitar al ganador. Fue una puesta en escena sobria. Frei había ganado en unas primarias en las cuales, a pesar de las limitaciones que se nos impusieron, habían votado voluntariamente más de cuatrocientas mil personas. Y de esta forma había quedado instituido un mecanismo de resolución de los liderazgos que debía imposibilitar, a futuro, los arreglos superestructurales.

Para mí, la peregrinación al Hotel San Francisco tuvo mucho de trámite. Había que hacerlo y no tuve inconveniente en desempeñar hasta el último minuto mi papel de jefe de campaña del candidato derrotado. De alguna forma, me sentía liberado. El calvario había llegado a su fin. No tenía la más mínima idea de cuál sería mi futuro, tampoco me importaba mucho. Las tensiones y desengaños de esos meses me tenían con la cabeza perturbada y el corazón maltrecho. No había espacio para pensar fríamente sobre la forma de enfrentar el nuevo período.

Por lejos, el momento más emocionante de ese 23 de mayo de 1993 lo vivimos en nuestro comando de la calle Constitución, antes de partir al Hotel San Francisco, que se encontraba a unas pocas cuadras. Allí derramé algunas lágrimas, que hicieron las delicias de la prensa, que las transformaron en una

suerte de postal de nuestra derrota. He pensado mucho en lo que allí sucedió. Creo que, finalmente, lloré por la tristeza genuina de mucha gente humilde que espontáneamente se acercó al comando para acompañarnos en ese momento difícil. Era gente que inocentemente había creído en la posibilidad de la victoria y se había empleado a fondo para conseguirla. A lo mejor mi memoria es demasiado frágil y cometo más de una injusticia, pero no recuerdo la figura de ningún dirigente de importancia acompañándonos en ese duro trance. Habían sido prácticos; todos se agolpaban al interior del comando del ganador que, no cabía la más mínima duda, sería el futuro presidente de la república.

Perdimos, pero para nuestros adentros sabíamos que también ganábamos. El que Frei tuviera que someterse a unas primarias representaba un logro importante. Quedaba establecido el principio de que la ciudadanía era la que en definitiva mandaba, importante avance de la democracia conseguido, en buena medida, a pesar de nuestros principales dirigentes, quienes tuvieron un desempeño francamente lamentable.

Si existieran, cosa que dudo, actas públicas de las resoluciones del Comité Central de la época, estas debieran consignar que la evaluación del desempeño del Partido Socialista en las primarias de 1993 quedó pendiente. Hasta la fecha, formalmente, del tema nunca se habló. Ese fue el acuerdo que se convino para evitar una discusión que habría sido sangrienta. Como jefe de la campaña tendría que haber informado al Comité Central del PS que en el empeño por mantener en alto nuestra opción, la dirigencia socialista —salvo excepciones, como Jaime Gazmuri y Ricardo Núñez— se había restado. Y más grave aún, la dirección del partido no solo no había hecho lo necesario para movilizar a favor de la campaña los activos partidarios, sino que había negociado un acuerdo con Genaro Arriagada, el jefe de campaña de Frei, para obligarnos a aceptar unas primarias

cuyo resultado no podía sino ser el triunfo de Frei. Arriagada simplemente hacía su trabajo; no podía convenir la puesta en práctica de un mecanismo que implicara el más mínimo riesgo a una carrera presidencial que consideraba completamente asegurada. Por el contrario, los dirigentes de nuestros partidos faltaban al compromiso de sustentar la opción que encarnaba Lagos y fueron por ello recompensados. Germán Correa fue nombrado ministro del Interior y Víctor Manuel Rebolledo juró como ministro secretario general de la presidencia. Estuvieron en sus cargos seis meses, al cabo de los cuales fueron despedidos de la misma manera como habían sido designados: sin pena ni gloria. Por su parte, a Schaulsohn se le designó como compañero de lista en su repostulación para diputado por Santiago Centro a un candidato demócratacristiano que no estaba en condiciones de hacerle sombra.

Con el tiempo, debo reconocer que luego de este episodio que sufrí intensamente, algo de mi confianza en la lealtad esencial de mis compañeros quedó erosionada, probablemente y a mi pesar, para siempre. La afirmación terrible, cuya autoría desconozco, de que “en la política todos los amigos son de mentira, pero los enemigos son de verdad” es exagerada, pero no se puede negar que contiene algo de cierto.

Mi futuro político se había hecho esencialmente incierto. No sin algo de ingenuidad, Lagos me manifestó en los días posteriores a la derrota que yo debía ser el ministro que representara en La Moneda, bajo la presidencia de Frei, las ideas que habíamos sustentado en la campaña. Las modestas oficinas que ocupábamos en el comando de calle Constitución son testigos de mi inmediata negativa. No tenía el ánimo. Si bien he mantenido hasta la fecha una relación respetuosa con Eduardo Frei y no caí en los ataques bajos y fáciles que algunos le propinaron, esos siete meses de campaña igual habían producido heridas que demorarían en cicatrizar. Sabía además,

fehacientemente, que habíamos sido negociados de forma indigna. No había vuelta que darle, necesitaba tomar distancia de todo eso.

Tampoco tenía base la idea que comenzó a circular en esos días de que Lagos pudiera ser candidato a senador, sin competencia, en una circunscripción de la VII Región. Me consta que nunca se tomó en serio esa posibilidad.

### **Un candidato improvisado**

Contrariamente a cualquier pronóstico, terminé yo como candidato a senador. Se trató de una improvisación total. José Miguel Insulza fue uno de los primeros en plantearme la posibilidad de ser candidato por la V Región Cordillera. Había mucha gente que me conocía, ya sea como ex ministro de Economía o jefe de campaña de Ricardo Lagos y, detalle importante en esa época, dada la exigencia legal, tenía como casa de veraneo, residencia en la V Región. Esta idea fue planteada por Insulza, lo recuerdo muy bien, cuando estábamos todavía en el comando de calle Constitución, luego de la derrota del 23 de mayo. Fue una reunión particularmente íntima, solo a cuatro, en la que cada cual debía expresar sin ambigüedades su aspiración para el futuro que se abría. Ricardo Núñez hizo presente, sin sorpresa, su intención de repostularse como senador por la III Región. Marcelo Schilling señaló su interés en la poderosa subsecretaría de Desarrollo Regional, y José Miguel en ser el segundo del ministerio de Relaciones Exteriores. La verdad sea dicha, era yo quien tenía más dudas sobre lo que quería hacer hacia adelante.

A juzgar por los resultados, fue una planificación particularmente exitosa. Núñez fue reelecto, Schilling logró su objetivo de encabezar la Subdere y lo mismo ocurrió con Insulza. Por

mi parte, fui electo senador por la V Región Cordillera con la primera mayoría. El camino para ello no estuvo exento de obstáculos. Muy a mi pesar, me vi enfrentado, o más bien me enfrentaron, con lo que uno menos quisiera, especialmente, al interior del Partido Socialista: la familia Allende. Si hasta pocos meses antes la idea de ser senador estaba totalmente fuera de mi ámbito de preocupaciones, menos aún se me pasaba por la cabeza la posibilidad de terminar confrontándome en una elección interna con Isabel, la hija del presidente Allende, actualmente senadora por la III Región.

Gané y bien —con un 60% de los votos de los militantes— la primaria que me abrió el espacio para competir por el escaño senatorial en diciembre de 1993. Tomé la decisión de ser candidato a senador luego de que algunos militantes socialistas, que me habían conocido en las primarias presidenciales, me hicieran parte del abandono en que se encontraban. Isabel Allende, que era su candidata, había declinado formalmente la posibilidad de postularse por esa zona. La primera que me planteó la posibilidad fue María Cristina Iglesias, en esa época presidenta comunal del PS, en una esquina de la plaza de Quillota. No se me va a olvidar nunca.

Comencé a darle vueltas al tema. Estudié la realidad electoral y no era, como se dice, una “sandía calada”. La Quinta Cordillera es una circunscripción atomizada, sin un centro, constituida por veintiséis comunas con un fuerte componente rural. Bajo el sistema binominal, el resultado absolutamente previsible era la elección de un candidato de la derecha y otro de la Concertación. La competencia real se daba, en consecuencia, al interior del pacto. El adversario verdadero era el compañero de lista. En este caso no había opción, era preciso competir con Carlos González Márquez, el senador radical electo en 1989 y que postulaba a la reelección. Él contaba con el apoyo oficial de la Democracia Cristiana, aunque las bases

de este partido, en una proporción significativa, se habían aliado detrás del actual diputado Eduardo Cerda, hijo de un antiguo y connotado senador conservador por la zona.

Tomé la decisión de ser candidato luego de verificar, formalmente y en un par de oportunidades, la decisión de Isabel Allende de no competir por esa circunscripción. Su argumento era simple: la hija del presidente Allende no podía arriesgarse a ser derrotada. Y la posibilidad de que eso ocurriera en esa región con débil implantación de la izquierda y una fuerte tradición conservadora era demasiado grande. Así me lo hizo saber la última vez que conversamos el tema. La seguridad de que no tendría conflicto con la familia Allende me la había dado la propia Tencha, viuda del ex presidente, quien me había pedido que concurreniera a su casa porque tenía algo importante que decirme. Fui, como lo había hecho en otras ocasiones, y con una tremenda seguridad en lo que estaba diciendo, me pidió que no me postulara por esa circunscripción porque no había ninguna posibilidad de ganar. Me agregó de inmediato que le había prohibido terminantemente a Isabel que hiciera otro tanto. Con total buena fe argumentó que ambos éramos demasiado importantes como para arriesgar una derrota. Le repliqué que, en su momento, Salvador Allende había tomado el riesgo de ser candidato por esa región que en la época comprendía también la ciudad de Valparaíso. Me retrucó contándome que Allende se había impuesto casi por un milagro y que su candidatura por esa zona había sido una trampa, por cierto fallida, tendida por sus adversarios al interior del PS que querían destruirlo.

Medité unos días sobre los dichos de Tencha, por quien siempre tuve aprecio y respeto. Concluí que el espacio estaba libre, que Isabel no sería candidata y que yo, hijo de un oficial de la FACH de origen japonés y descendiente de dos inmigrantes españoles por el lado materno, no tenía tanto que arriesgar. En consecuencia, asumí la candidatura.

Una primera valla que tuve que sortear fue la decisión de la dirección del PS de ceder el cupo al PPD. Esto tuvo lugar en la negociación interna de la Concertación. Advertida la dirección de que Isabel Allende no sería candidata, pero que yo sí, tomaron una decisión brutal: ceder el espacio. Así, me convirtieron en candidato a algo que no existía, en la nada misma. Tuve que luchar denodadamente en un pleno del Comité Central, que se celebró en un oscuro local de la calle San Diego, para revertir esta decisión. Luego de una larga discusión se puso el tema en votación y por una mayoría relativamente estrecha se resolvió que el Partido Socialista debía recuperar en la negociación el cupo para postular por esa circunscripción. Podía respirar tranquilo y comenzar mi campaña.

Craso error. Los mismos que habían hecho lo indecible para debilitar la opción presidencial de Lagos, presionándonos de las peores maneras para que renunciáramos a la reivindicación de unas primarias abiertas para elegir al abanderado de la Concertación, habían conseguido cambiar la decisión de Isabel y la familia Allende. Yo no tenía vuelta atrás, porque habría sido una infinita cobardía retirarse luego de todo lo que había ocurrido. La suerte estaba echada: habría competencia.

Me tocó protagonizar la que, creo, ha sido la primaria más vistosa y concurrida que haya tenido lugar al interior del socialismo para elegir candidato a un cargo de elección popular. El día que correspondía inscribir formalmente las candidaturas tuve ocasión de tomarle el peso a la gravedad de lo que estaba viviendo. El *establishment* socialista concurrió en masa a acompañar a Isabel a inscribir su candidatura. Allí estaban prácticamente todos los senadores y diputados socialistas, incluidos varios amigos míos, como Jaime Gazmuri, José Antonio Viera-Gallo y mi amigo del alma, el diputado Armando Arancibia, que con los ojos rojos me dijo que a pesar de nuestra amistad no podía estar en contra de la hija de Allende.

Luego de la inscripción de Isabel me tocó el turno a mí. Éramos menos, pero significativos. Me acompañaron en ese trámite Ricardo Lagos, Ricardo Núñez, Camilo Escalona y el actual presidente de la CUT, Arturo Martínez.

Fue una confrontación de alto voltaje. La militancia del PS en la zona, la única habilitada para votar (unos cinco mil militantes de acuerdo al padrón oficial), no podía creerlo. Muchos alegaban que no era posible que la dirigencia los sometiera a una opción tan dramática: la hija de Allende versus el ex ministro y ex jefe de campaña de Ricardo Lagos. Para muchos dirigentes comunales, esta representó la ocasión de sus vidas. Sistemáticamente, los principales dirigentes y caudillos recibieron en sus casas la visita de una comitiva de miedo: Tencha, la viuda del presidente Allende, Clodomiro Almeyda y Hernán del Canto. Formalmente pedían el apoyo para Isabel de manera de garantizar la continuidad de la obra del presidente Allende, amenazada por un advenedizo.

El momento cúlmine de la campaña tuvo lugar en la sede de los ferroviarios en Villa Alemana. Estaba abarrotada de gente. Varios centenares de militantes se habían dado cita para escuchar los argumentos de unos y otros. Pasé por una experiencia, desde todo punto de vista, inolvidable. El moderador del debate que debíamos sostener Isabel y yo, con rostro compungido y voz estereofónica, anunció que Isabel Allende no alcanzaba a llegar pero que la reemplazaría su madre, la viuda del presidente Allende. El ambiente no podía ser más tenso. No volaba una mosca. Creo haber salido bien de una situación que pudo haber sido mortal cuando, mirándola a los ojos, le dije a Tencha: “No tenga cuidado, el legado del presidente Allende lo cuidamos entre todos”. Era una bonita frase, pero no sacó aplausos. El ambiente no estaba para manifestaciones, sin embargo sentí que calaba hondo en el sentido común de los presentes y también de muchos ausentes que supieron lo que allí había sucedido.

A pesar de las tensiones tuvimos una elección limpia, sin ningún tipo de cuestionamiento. Hacia las ocho y media de la noche el resultado era inobjetable. La militancia socialista se movilizó como nunca antes; votó más de la mitad del padrón, lo que nunca más volvería a repetirse. Mi primera decisión fue hacer algo que nunca se hace: que el ganador concurriera a saludar a la derrotada. No dudé en hacerlo. Llegué hacia las veintidós horas al Edén en Quillota, lugar en donde Isabel había establecido su cuartel general. Estaba a su lado el senador Jaime Gazmuri, su jefe de campaña. Como la prensa se encargó de registrarlo, Isabel no ocultó sus lágrimas. Nunca supe por qué lloró exactamente. Lo que se vivía en el Edén era lo más parecido a un funeral. Lo que más me llamó la atención fue que no estaba allí ninguno de los que habían empujado a la hija de Allende a esta derrota. Para mí era un gran triunfo, pero no me produjo ninguna euforia. Algo me decía que las solidaridades construidas en los combates por el restablecimiento de la democracia durante los ochenta, habían iniciado el proceso de su progresiva extinción. El núcleo duro de la renovación socialista había colapsado. No resistió la prueba del ejercicio del poder. Nada demasiado original. Este parece ser el destino inexorable de todos los colectivos de esa especie. Esto también le está sucediendo, veinte años después, al núcleo fundador de la UDI, que muchos creían indestructible y que en los últimos años ha puesto en evidencia sus primeras grietas.

### **El legislador**

En un balance objetivo, mis dieciséis años de senador registran más frustraciones que alegrías. Por de pronto, fui parte de un poder esencial en democracia, pero claramente

en decadencia. Nunca terminé de acomodarme a los tiempos necesariamente largos de la tarea legislativa. Sentí, a menudo, que era senador más por imperio de las circunstancias que por genuina vocación. La sumisión obligada que impone un presidencialismo exacerbado, las imitaciones draconianas en materia de iniciativa, la administración de clientelas electorales —práctica tan estrechamente asociada, en las condiciones de Chile, al ejercicio de la llamada función representativa— y el tedio que produce la obligación de participar en infinitas inauguraciones o actos protocolares porque simplemente hay que estar, aunque no se cumpla ningún papel y solo se caliente el asiento, son parte de las muchas razones que me han liberado de toda nostalgia de esos largos dieciséis años de senador.

El Senado no recuperó nunca la condición que alcanzó durante el período previo al golpe de Estado. Aunque la Constitución de 1925 había restablecido un régimen presidencial, luego de los excesos de la república parlamentaria, el Senado se constituyó, por muy lejos, en el principal lugar de debate nacional. Allí han quedado para la historia las intervenciones y polémicas que protagonizaron hombres tan elocuentes como Arturo Alessandri Palma, Pablo Neruda, Raúl Ampuero, Ángel Faivovich, Alberto Baltra Cortés, Luis Bossay Leiva, Salvador Allende, Eduardo Frei Montalva, Salomón Corbalán o Carlos Altamirano. Fueron, sin duda, grandes tribunos populares, eruditos en sus respectivos ámbitos, tremendos oradores que hablaban con voz engolada y grandes ademanes. Tenían algo que hoy día se echa de menos: estilo. Mucha gente concurría a las tribunas del Senado solo para escuchar sus intervenciones. Todo eso quedó sepultado con el golpe y luego por la emergencia de una política esencialmente mediática, en donde la cuña rápida, el *sound bite* de algunos segundos, se transformó en un instrumento mucho más poderoso frente a la opinión pública.

En la sociedad del espectáculo, que ha terminado por imponerse, caben mal los parlamentos. No hay encuadre televisivo que haga entrar adecuadamente a instituciones relativamente numerosas, desordenadas y plebeyas, que se pasan horas de horas haciendo algo que no concita un gran interés de la ciudadanía: hablar. Esto le ocurre a todos los parlamentos que sobreviven, más mal que bien, en regímenes presidenciales. En el caso de los regímenes parlamentarios, estos mantienen una relevancia que les asegura un mayor respeto por parte de la ciudadanía y los medios de comunicación.

El Parlamento chileno no está en esa condición. Figura, por el contrario, entre las instituciones más mal evaluadas. La Cámara de Diputados peor aún que el Senado. Al inicio de la transición el mundo político, que venía de vuelta luego de un largo receso, infundía respeto y credibilidad. El Parlamento mantenía un prestigio. Fui testigo y con seguridad también actor de su decadencia progresiva. En la actualidad su valoración positiva se sitúa por debajo del 20% de la población.

La gente elige parlamentarios pensando que le van a resolver muchos de sus problemas cotidianos. En el recorrido casa por casa, que se ha convertido en una práctica habitual de las campañas, los candidatos son llevados a establecer compromisos que superan con creces su voluntad y también sus facultades. “¡Vino, se comprometió y no cumplió!”, o “¡Vienen para las puras campañas!”, son algunos de los lugares comunes que se repiten hasta la saciedad por parte de muchos votantes, o incluso no votantes, quienes descargan de esta forma su insatisfacción y, a veces, furia en contra del sistema.

La forma de relación entre representantes y representados tiene un componente perverso. Son valiosos, pero ampliamente minoritarios los ciudadanos que adoptan sus decisiones estrictamente por la orientación política de un candidato. Claramente, ya no son mayoría los que votan por un proyecto de

sociedad, sobre todo en una elección parlamentaria. Con la experiencia descubrí cómo, para no pocas personas, el tiempo de elecciones tiene algo parecido a la apertura de la temporada de caza. Por allí andan los pobres candidatos sudando la gota gorda, tratando de conquistar votos; es el momento preciso para pedirles un trabajo, el pago de una cuenta de luz, una interconsulta con un médico especialista o incluso una ayuda en dinero para comprar algo que hace falta con urgencia. Es difícil decir que no de manera rotunda. Con el tiempo aprendí a hacerlo. Muchos miembros de mi equipo consideraban que era un error, que a la gente había que darle algún tipo de respuesta positiva, aunque fuera una aspirina. Yo sentía que esas solicitudes tenían algo de humillante, tanto para el que las realizaba como para mí mismo, y cada vez las enfrentaba con mayor dureza. Recuerdo más de un rostro atribulado por mi negativa frente a una proposición de ese tipo, y es probable que con esta actitud me haya granjeado, frente a algunos, una fama de antipático o distante que más de un costo electoral me debe haber producido.

En los primeros años en el Senado formé parte de una bancada mediana, pero relativamente influyente. Éramos cinco senadores de un total de cuarenta y siete, entre los cuales se contaban ni más ni menos que nueve senadores designados. Como herencia del pasado, los renovados constituíamos la mayoría al interior de la bancada socialista: allí estábamos Gazmuri, Núñez y yo. A decir verdad, quizás por olvidadizo, no tengo recuerdo de nada demasiado trascendente que haya tenido lugar en el período entre 1993-1997. Estrujando la memoria podría señalar que, como hecho relevante, allí compartí durante cuatro años, especialmente en la comisión de Hacienda, con un senador que no pasaba inadvertido y que terminó por realizar su sueño de alcanzarlo todo, incluida la presidencia de Chile: Sebastián Piñera. Más allá de las grandes diferencias

que me separan del actual presidente, no se puede desconocer que era un senador claramente por sobre el promedio: trabajador incansable, preparado, consciente de su inteligencia para ciertas cosas y un tanto pretencioso.

El período de oro de la bancada socialista tuvo lugar entre 1997 y 2001. Seguimos siendo cinco. Salieron Rolando Calderón, que se perdió por poco en Punta Arenas, y María Elena Carrera, que había estado esos años en reemplazo del presidente Frei. La nueva bancada era más homogénea desde el punto de vista generacional y ejercía una suerte de liderazgo conceptual en varias materias relevantes. Jaime Naranjo en derechos humanos, José Antonio Viera-Gallo en materias legales y constitucionales, Jaime Gazmuri en las cuestiones agrícolas e internacionales, Ricardo Núñez en minería y los asuntos internos de la corporación, y yo en temas económicos.

Lo que más valoro de mis años como senador es la condición misma de tal cargo y la tribuna que ella ofrece para opinar sobre las distintas cuestiones que agitan el debate nacional, sin embargo mentiría si dijera que guardo solo buenos recuerdos.

### **Pinochet, un personaje central en nuestras vidas**

Uno de los episodios más duros que me tocó vivir fue la llegada de Pinochet al Senado, en marzo de 1998, haciendo valer la condición de senador vitalicio que como ex presidente de la república le otorgaba la Constitución dictada por él mismo. Cuatro de los cinco senadores socialistas decidimos protestar, colocando en nuestros pupitres las fotos de mártires emblemáticos. En su condición de socialista histórico, Núñez tuvo derecho a colocar la foto de Allende. Yo puse la de José Tohá, colaborador estrecho de Allende y ex ministro de va-

rias carteras, hombre noble y leal que, según la versión de la dictadura, se suicidó en el Hospital Militar, en donde estaba detenido luego de pasar los primeros meses posteriores al golpe en la tristemente célebre isla Dawson. En la actualidad se investiga su muerte y existen presunciones fundadas de que fue derechamente asesinado. Jaime Gazmuri puso en su pupitre la foto de Víctor Díaz, dirigente comunista con quien había compartido en la clandestinidad. Jaime Naranjo recordó a Carlos Lorca, y Viera-Gallo, fiel al reglamento, no puso a nadie. Adelantándose a las contramanifestaciones, Pinochet, con muchas complicidades internas, ingresó al hemiciclo del Senado con bastante anticipación a la hora de inicio de la sesión. La idea de cerrarle el paso para evitar su entrada no había funcionado. Una vez más, llegábamos tarde. Más aún, fueron varios de los propios funcionarios del Senado, quienes trataron de bloquearnos el paso cuando entramos con nuestros carteles. Debimos forcejear y amenazarlos con las penas del infierno para conseguir llegar hasta nuestros pupitres. Las tribunas estaban atestadas de público. El pinochetismo era mayoría. No por casualidad fue la mesa del Senado, presidida por el conservador Sergio Romero, quien había organizado la distribución de las invitaciones. Pinochetistas connotados se habían dado cita para animar al general en esta nueva actividad. Yo estaba decidido a protestar a toda costa, sentía que era lo mínimo que debía hacer. A pesar de tener una buena razón reglamentaria para intervenir, el presidente del Senado me negó el uso de la palabra porque intuyó que yo iba a impugnar la presencia entre nosotros, representantes electos por la ciudadanía, del antiguo dictador. Insistí en hablar. La mesa me cortó el micrófono. Me paré de mi pupitre y le enrostré a Romero que esto era una vergüenza. Romero retrucó con amenaza de sanciones. Le dije que no me importaban. En un momento miré hacia un costado y divisé a Pinochet que me

miraba con cara mitad impasible, mitad socarrona. Las tribunas ardían. Marco, mi hijo, que tenía solo veinticuatro años, se trezó en dura batalla con una pinochetista empedernida: la cantante Patricia Maldonado. Manuela estaba también fuera de sí. Fue un día muy triste para ella. Una vez terminada la “ceremonia”, y reunidos en el comedor de la bancada de senadores socialistas, supo del suicidio de su amigo del alma, el talentoso pintor y escritor Adolfo Couve.

La arbitrariedad de Romero para proteger a Pinochet fue total. Yo invoqué, para intervenir, un derecho sagrado de cualquier senador: el derecho a objetar la cuenta de la sesión anterior. El ingreso de Pinochet al Senado debía figurar en ella. Para eludir esta obligación, la mesa se había dado maña para repartir un certificado del contralor general de la república en el cual se limitaba a certificar que Augusto Ramón Pinochet Ugarte había ejercido como presidente de la república entre septiembre de 1973 y marzo de 1990. Este certificado fue introducido de modo subrepticio entre un cúmulo de papeles en la sesión del día 10 de marzo de 1997.

En la tarde del 11 de marzo el noticiario de un canal de TV, La Red, se encargaría de poner de manifiesto los sentimientos que orientaron al presidente del Senado en la conducción de esa sesión. Luego de increparme y amonestarme por mi actuación, levantó la sesión, declarando cumplido el objeto de la misma. Sin embargo, olvidó cerrar el micrófono de la mesa, lo que le permitió al periodista grabar sus comentarios finales una vez terminada la sesión: “Estos conchesumadres no me doblaron la mano”, fue su conclusión. Requerido por la prensa acerca del alcance de sus palabras, la segunda autoridad del país dijo que este había sido un “chilenismo” y le restó significación al incidente.

Lo que había ocurrido no era un incidente menor. Por la fuerza, funcionarios del Senado, que estaban por lo demás



plenamente identificados, nos trataron de impedir a varios senadores y diputados el ingreso al hemiciclo. El presidente del Senado no solo no respetó nuestras prerrogativas, sino que nos insultó y todo esto para proteger la llegada al Parlamento de quien en su momento lo había cerrado y mantenido en el ostracismo durante diecisiete años. Simplemente una vergüenza.

La nueva legislatura fue presidida por Andrés Zaldívar. Le solicitamos instruyera un sumario interno, en especial en relación al comportamiento de los funcionarios que habían faltado a sus obligaciones de mínimo respeto. Las redes internas del Senado se movieron y finalmente no hubo ni informe ni, por cierto, sanciones. Los funcionarios que nos agredieron permanecieron en sus puestos sirviéndonos, como de costumbre, el té o el café como si nada hubiese pasado. El esclarecimiento del episodio no formó parte de las prioridades de la nueva mesa del Senado.

El 11 de marzo del 98 fue para mí un día especial. Mi protesta en contra del ingreso de Pinochet al Senado había dado la vuelta al mundo a través de la pantalla de CNN. Me llamaron muchas personas desde los más diversos lugares del mundo para felicitar me. Yo simplemente sentía que había cumplido con mi deber. En la tarde recibí una llamada que no podía faltar: era el ministro Lagos. Debo reconocer que me dejó helado. Yo venía de hacer gestiones en una comisaría de Valparaíso para que fuera liberado un grupo de jóvenes que se había manifestado en contra de Pinochet en las afueras del Congreso. A decir verdad, pensé que la llamada de Lagos era una de las tantas para felicitar me, pero para mi sorpresa, su tenor era totalmente distinto. En suma, encontraba que mi actuación había sido “inadecuada”, palabra que ocupa un lugar importante en su léxico. No recuerdo qué le respondí. Tengo, sí, la certeza de que ese día se me hizo una herida en el corazón.

Pinochet, no obstante su mediocridad, jugó un papel crucial en nuestras vidas. Diecisiete años dictadura, con sus muertes, desapariciones y exilio, dejan una marca indeleble. A pesar de haber sido obligado a entregar la presidencia en 1990 y la comandancia en jefe del Ejército en marzo de 1998, continuó haciendo noticia.

Una situación que forma parte de mis dolores tuvo lugar el 19 de agosto de 1998. Todas las tentativas para eliminar el 11 de septiembre como feriado que conmemoraba la “liberación nacional”, es decir, el golpe de Estado que había puesto a los militares en el poder, habían fracasado. Un cuarto intento impulsado desde el Senado estaba a punto también de fallar porque no alcanzaba los votos para conseguir su aprobación en un Senado empatado gracias a los senadores designados. Pinochet intuyó que tenía allí una oportunidad: sumarse al fin del 11 de septiembre como feriado nacional, pero reemplazándolo por el establecimiento del día de la Unidad Nacional, a celebrarse el 11 de marzo. Secretamente abrió una negociación con Andrés Zaldívar para aprobar un proyecto reformulado. No obstante ser, durante ese año, el jefe del comité socialista, fui de los últimos en enterarme de lo que se estaba urdiendo. Demostrando que algo me conocían, quienes estuvieron a la cabeza de la maniobra resolvieron mantenerme completamente al margen de ella. La reunión decisiva para preparar su aprobación tuvo lugar el 19 de agosto en una pequeña sala contigua al hemiciclo del Senado. Yo había estado toda la mañana en mi oficina en el propio Senado, pero deliberadamente no había sido advertido de su realización. Un funcionario leal me llamó para informarme de que estaban reunidos todos los jefes de comité de los partidos de la Concertación y que a mí me correspondía participar de esa reunión. Bajé rápidamente desde el piso 12. Claramente no era bienvenido. Estaban allí el presidente del Senado y los jefes de comité de la Concertación. Por los

socialistas estaba José Antonio Viera-Gallo. Sentí el hielo, pero no podían expulsarme. Me explicaron la propuesta. Frente a mis primeras aprensiones me hicieron saber que Lagos, que estaba llamado a disputar la primaria de la Concertación con el propio Andrés Zaldívar, estaba informado y había dado su consentimiento. El proyecto sería sometido a votación en la sesión de la tarde y Pinochet aseguraba que la derecha concurriría masivamente con sus votos a aprobar el reemplazo del 11 de septiembre por el 11 de marzo.

Salí de la reunión y me comuniqué con Lagos. Rápidamente entendí lo ocurrido. Lo había llamado Viera-Gallo, con micrófono abierto desde la misma sala en donde se celebraba la reunión, para solicitar su consentimiento para un acuerdo que podía ser histórico. Batallando, como estaba Lagos, para convertirse en el abanderado único de la Concertación, no había tenido más remedio que dar su aprobación. Lo entendí perfectamente. Sigo, sin embargo, pensando que fue abusivo e impropio someterlo a esa presión.

En la sesión de la tarde se puso en tabla el proyecto y se informó que el Senado estaba nuevamente a punto de convertirse en el gran lugar de encuentro de los chilenos. Un acta firmada por todos los senadores rubricando el acuerdo sería entregada al presidente del Senado para darle la debida solemnidad al momento. Vi como todos los senadores firmaban. Me resistía a hacerlo. Varios se me acercaron para hacerme ver que no podía empañar ese momento histórico y que no podía distanciarme de Lagos. Terminé rubricando el texto. Sentí el alivio de varios. Grande fue mi sorpresa cuando los veo dirigirse a Pinochet como con un botín en la mano. Este, sin yo darme cuenta, no había firmado, porque había pedido expresamente ser el último en hacerlo. Firmó y, tomando entre sus manos el documento, comenzó a avanzar hacia la testera del Senado. Yo estaba junto a la senadora Alvear contemplando la

escena. No podíamos creer lo que veíamos. Pinochet continuaba desplazándose, hasta llegar a la testera misma del Senado, y se dio el lujo de tomar asiento en ella junto al presidente y al vicepresidente. En ese minuto sentí una enorme vergüenza. Los diecisiete años de ejercicio del poder le habían dado a Pinochet la sensación de que era depositario de un poder casi omnímodo. La idea de impunidad llegó al punto de que con pasaporte diplomático, extendido por el ministerio de Relaciones Exteriores, como corresponde a cualquier parlamentario, decidió viajar a Londres. Allí se sentía seguro. La señora Thatcher consideraba que el general había sido una especie de bendición para Chile y era una eterna agradecida de su ignominiosa colaboración con las Fuerzas Armadas inglesas en el conflicto de las Malvinas con Argentina.

La existencia de la Thatcher no impidió que ocurriera lo que muchos considerábamos imposible: la detención de Pinochet el 16 de octubre de 1998. Fui testigo de la primera información que llegó a Chile sobre el tema. Estaba con Lagos, en su casa, junto al ministro Insulza. Era una nueva reunión destinada a acercar posiciones entre ambos. Me había propuesto, por convicción mía y a instancias también del propio Insulza, intentar componer una relación que nunca había sido muy estrecha, pero que había devenido en encono de parte de Lagos a partir del lamentable desempeño de Insulza en el episodio de Punta Peuco. En esa oportunidad, Insulza había ofrecido tomar el lugar que dejaría Lagos si se cursaba su renuncia al ministerio de Obras Públicas. En función del "proyecto", sentía que era parte de mis obligaciones cerrar toda disidencia en el frente interno para enfrentar de la mejor manera el desafío presidencial de 1999.

En eso estaba cuando sonó el celular de Insulza. Era un día sábado, tipo seis de la tarde. Al otro lado de la línea estaba el embajador de Chile en Londres, Mario Artaza, para

comunicarle al canciller que el general Pinochet, que se había internado en la London Clinic para operarse de una hernia, acababa de ser detenido. La información provenía del agregado militar en Londres.

La escena de los tres, Lagos, Insulza y yo, en el living del departamento de la calle Vera y Pintado con la primicia de la detención de Pinochet en Londres no es de descripción fácil. Son en realidad muchos sentimientos los que se fueron agolpando: perplejidad, asombro por la impunidad de la cual Pinochet creía poder disponer para pasearse por las calles de Londres y luego internarse en una clínica, satisfacción porque, aunque tarde, la justicia comenzaba a llegar y, luego de las reacciones iniciales, aprensiones por las consecuencias que internamente esta situación produciría. Esta última fue la inquietud que terminó dominando la escena en los días posteriores. Insulza, como canciller de Chile, rápidamente se alineó en torno a la posición de que Inglaterra debía devolver al dictador para que fuera juzgado en Chile, el único país habilitado legalmente para hacerlo de acuerdo a la tesis oficial. Pero la verdad era que Chile constituía el único país en donde Pinochet se beneficiaba de una red de apoyos y complicidades que hacían total y completamente imposible pensar en que el ex dictador pudiera ser condenado y encarcelado. Eso lo sabíamos todos.

Los conflictos internos que la detención de Pinochet provocó fueron de gran magnitud. Para mí y muchos otros se trataba de una cuestión que involucraba principios fundamentales. No en vano habíamos estado durante años denunciando desde el exilio los crímenes en contra de la dictadura y conocidas figuras de la oposición democrática habían participado en múltiples foros internacionales pidiendo con éxito la condena del régimen de Pinochet por delitos en contra de la humanidad. Siendo eso así, de manera universal la justicia estaba habilitada

para juzgar a Pinochet en cualquier lugar de la tierra a condición, naturalmente, de que se garantizaran las condiciones del debido proceso. Inglaterra podía hacerlo y también España en caso de que este hubiese sido extraditado a ese país como lo demandaba el juez Baltasar Garzón.

La derecha cayó en la histeria. La soberanía, la dignidad nacional, el orgullo patrio y, de manera general, los valores más sublimes de la Nación eran esgrimidos para presionar a que el Gobierno intercediera a favor de la liberación de Pinochet.

En las calles el ambiente se volvió agresivo y peligroso. Para cualquier figura pública que no se hubiese sumado a la campaña pro Pinochet y hubiese emitido opiniones favorables a su enjuiciamiento en cualquier corte internacional, circular desde plaza Italia hacia arriba se transformó en un ejercicio peligroso. El insulto y la agresión, por cierto verbal pero también física, estaban a la orden del día. Personalmente, recibí muchas amenazas, al punto que la superioridad de Carabineros resolvió otorgarme protección policial.

Hay que reconocer que el Gobierno no vaciló en cuanto a la posición a adoptar. Asumió de inmediato que Pinochet debía ser devuelto a Chile. Esto abrió, muy especialmente al interior de la izquierda y el progresismo, un áspero debate. Éramos claramente una mayoría quienes sosteníamos el principio de que Pinochet, como responsable de crímenes en contra de la humanidad, estaba sometido a la justicia universal. Éramos, sin embargo, una mayoría con poca capacidad de incidir en las decisiones gubernamentales. Por de pronto, Insulza, el militante socialista de mayor significación en el Gobierno del presidente Frei, se había transformado en una especie de portaestandarte de la posición que exigía la devolución a Chile del ex presidente, ex comandante en jefe y, en ese momento, senador vitalicio.

Entre nosotros, me refiero al núcleo histórico de dirección de la renovación, la situación se hizo insostenible. Tengo todavía muy presente el recuerdo de una reunión en mi casa de la calle Valdés Riesco, en la que participaron, entre otros, el canciller Insulza y Jorge Arrate, ministro secretario general de Gobierno, que no compartía en absoluto la tesis del primero. En esa reunión, agotados ya todos los argumentos racionales, objetivamente, estuvimos a punto de terminar en los golpes. La llegada de improviso de Lagos a una reunión a la cual no habíamos considerado prudente invitarlo ayudó a que la sangre no llegara al río. Pero, en todo caso, las relaciones entre nosotros estaban profundamente afectadas.

La detención de Pinochet en Londres se transformó también para Lagos en un incordio mayor. Él era el candidato natural del sector y había dejado el gabinete el 1 de agosto de 1998. Su tarea era buscar congeniar posiciones extraordinariamente divergentes. El intento no resultó exitoso. Siguiendo un consejo de Jacques Séguéla, nuestro asesor publicitario externo, Lagos declaró que “había que darle la espalda al asunto” (*turner le dos* en francés), lo que fue interpretado como un intento de desentenderse del problema, lo que no dejó a nadie contento.

El Senado no podía quedar libre de la tensión que reinaba en el país. Pinochet tenía allí amistades sólidas. Como si pensarán que la justicia en otros lugares podía funcionar en la forma como lo había hecho en Chile durante la dictadura, fuimos objeto de fuertes presiones. Muy especialmente los senadores socialistas, para que intercediéramos con las relaciones que ellos sabían manteníamos en el exterior. Apenas se supo la noticia, los representantes de las distintas bancadas fuimos convocados de urgencia a la sede que este tenía en Santiago en el Palacio Manso de Velasco. Fue una reunión caótica, la histeria de la calle se hacía también presente entre los honorables. Enrique

Zurita, ex ministro de la Corte Suprema, tradicionalmente afable y divertido más allá de sus opiniones políticas conservadoras, en un momento de la reunión perdió completamente los estribos y dirigiéndose a mí se lamentó de que “el general Pinochet no hubiera terminado con todos los comunistas”. Me limité a mirarlo con cara de asombro. Lo mismo hicieron otros senadores presentes en la reunión que presidía Andrés Zaldívar. Al día siguiente, Enrique Zurita me pidió conversar. Nos juntamos, me miró compungido y me pidió que aceptara sus excusas por el exabrupto del día anterior. Lo sentí sincero y no dudé en aceptarlas.

Lo prolongación del arresto de Pinochet en Londres hizo que el hecho se fuera incorporando a la rutina del país y desapareciendo de las primeras planas a las cuales volvía a entrar, con ocasión de algún tipo de acontecimiento especial, como un pronunciamiento de la Cámara de los Lores a propósito de la presentación de algún requerimiento de la defensa de Pinochet, costeadas, por cierto, con recursos del país. En este clima, incluso quienes nos habíamos constituido en los principales contradictores del Gobierno, fuimos bajando la guardia. El Gobierno del presidente Frei estaba terminando su período y la posibilidad de instalar a Lagos en la presidencia de Chile estaba a la vuelta de la esquina. Ese era el objetivo esencial y no debíamos hacer nada que pudiera comprometerlo.

Esa fue la lógica que se impuso. Por lo demás, el asunto estaba en manos de la justicia inglesa y, en teoría, esta iba a adoptar sus decisiones de forma independiente. En la práctica, sin embargo, las presiones del Gobierno de Chile favorables a la liberación de Pinochet fueron una consideración que pesó de manera importante en la decisión del ministro Jack Straw de ordenar su liberación.

La llegada de Pinochet a Santiago fue un bochorno mundial. Tuvo lugar el 3 de marzo del 2000 a eso de las diez de la

mañana, solo ocho días antes de que Lagos asumiera la presidencia. El viejo general, que había sido sacado del avión que lo trajo de regreso en silla de ruedas, sorprendentemente se levantó de la misma y, estimulado por la ovación de quienes habían concurrido a recibirlo, encabezados por el general Ricardo Izurieta, comandante en jefe del Ejército, se puso a caminar saludando con su mejor sonrisa y con las manos en alto. La sensación de burla, incluso de humillación, por parte de un personaje oscuro que había hecho de la simulación un arma privilegiada, fue generalizada. Castigo moral, a lo mejor, para quienes se jugaron por la tesis de la liberación por razones humanitarias de un anciano próximo al fin, y castigo también para un país que en este episodio perdió parte de su dignidad.

Pinochet fue finalmente procesado, pero no condenado. No es, sin embargo, menor el hecho de que lo que lo haya obligado a comparecer frente a la justicia no fueran sus graves responsabilidades en las violaciones a los derechos humanos, sino las pruebas que surgieron —luego de la quiebra del Banco Riggs— de que tenía depósitos superiores a los diez millones de dólares, imposibles de acumular considerando el sueldo de presidente de la república y comandante en jefe del Ejército. La revelación suscitó gran revuelo en Chile, consiguiendo lo que hasta ahora había sido imposible: su procesamiento por parte de la justicia. A Pinochet le pasó algo parecido a lo de Al Capone que, no obstante haber ordenado decenas de crímenes, terminó siendo procesado solo por evasión tributaria. Que Pinochet haya debido comparecer frente a la justicia habla bien de Chile. Que los motivos del enjuiciamiento hayan sido finalmente sus negocios financieros y no sus responsabilidades políticas y éticas, pone de manifiesto una grave distorsión en la moral del país: se soporta a un grave violador de derechos humanos, pero lo único que no se le perdona es que sea un ladrón.

Pinochet es un personaje del pasado. Nadie habla hoy día de él. Es sabido que en sus últimos días le pasaba algo parecido al coronel descrito por García Márquez: no tenía quien le escribiera. Ya no era útil; había hecho el trabajo sucio y no tenía nada más que aportar. Objetivamente era un estorbo. En ese período, Sebastián Piñera no se habría animado jamás a afirmar que “Pinochet encabezó un Gobierno con destellantes luces y oscuras sombras”<sup>4</sup>. Las destellantes luces se habían apagado y para la historia habían quedado solamente las oscuras sombras.

### Algunos triunfos

A pesar de la devaluación de la institución, el paso por el Senado permite aprender muchas cosas. En mis dieciséis años como senador me informé sobre muchos temas completamente alejados de la economía, mi ámbito profesional. Logré incluso apasionarme con algunos debates como el que se generó con la Ley de Divorcio o el intento de legislar sobre fertilización asistida. En el primer tema se me quedará grabada para siempre la afirmación de un senador de derecha, conservador y muy agudo, que un día tomándome del brazo me dijo que los izquierdistas éramos, a fin de cuentas, muy poco inteligentes, porque “confundíamos el amor con el matrimonio” y que por eso cometíamos la estupidez de andar casándonos. Asimismo, en unas intrincadas discusiones a propósito del proyecto de fertilización asistida presentado por el, en ese entonces, senador Sebastián Piñera, tuve ocasión de expresar en el ámbito legislativo lo que constituye mi principal lección de vida: la paternidad es finalmente algo que se construye, incluso, al margen de la biología.

<sup>4</sup> Columna firmada por Sebastián Piñera que lleva justamente por título “Luces y sombras”, publicada por el diario *La Tercera*, 11 de enero de 2000.

Durante esos años en el Senado sufrí varias derrotas, pero obtuve también algunas victorias. Entre estas últimas hay dos que se me quedaron grabadas. La primera fue a propósito de una iniciativa del senador Hernán Larraín, serio, respetable y ultraconservador en muchos ámbitos. Su iniciativa buscaba aumentar las penalidades por el delito de aborto. La discusión que se generó a raíz de esta moción es la única que ha ocurrido en el Senado acerca de una realidad que en Chile tiene ribetes dramáticos. Alrededor de ciento cincuenta mil abortos anuales, realizados en forma clandestina, es la cifra que corrientemente se maneja al respecto. La idea del senador Larraín era combatir este flagelo con aumentos de penas que condujeran indefectiblemente a la cárcel a todos aquellos que se involucraran en un aborto. Estudié mucho, me reuní con distintos grupos de mujeres y di la pelea. La moción de Larraín fue finalmente rechazada.

Otro episodio más reciente fue generado por la presentación de un proyecto considerado estrella, fundamental para la reactivación económica. Su nombre es un tanto hermético y esconde su verdadera naturaleza: la “depreciación acelerada” consistente en un generoso beneficio tributario a las grandes empresas, propuesto por el ministro Andrés Velasco.

El Gobierno de la presidenta Bachelet era mi Gobierno. Pertenecíamos al mismo partido y a la misma coalición, y compartíamos una trayectoria con muchos puntos en común. Nada de lo que ocurriera en su Gobierno me era indiferente. El anuncio de la presentación al Congreso de un proyecto como el de la depreciación acelerada me alarmó. De entrada, se había renunciado a algo tan esencial como una reforma tributaria que permitiera ampliar la base financiera del Estado y hacerse cargo de una realidad evidente: a medida que los países crecen y se desarrollan, aumentan también las demandas por más y mejores bienes públicos. Así, la gente ya no se con-

tenta con que sus hijos vayan a la escuela, sino que quiere —y con razón— educación de calidad y luego acceso a la enseñanza superior. De la misma manera, se multiplican las demandas en materia de salud, vivienda, seguridad ciudadana y suma y sigue. El Estado es finalmente el receptor de esas demandas y el juicio de los ciudadanos respecto de su desempeño se hace básicamente de acuerdo a su mayor o menor capacidad para atender esos requerimientos.

En el caso de Chile, el crecimiento con el efecto de mayor recaudación tributaria que este trae consigo ha sido la principal fuente de financiamiento de nuevos beneficios sociales. La carga fiscal, luego de un aumento durante el Gobierno del presidente Aylwin, ha permanecido estable con tendencia incluso a una ligera baja. En este sentido, la experiencia chilena es solo un muy pálido reflejo de las experiencias socialdemócratas europeas que implicaron importantes redistribuciones de ingresos y fuertes aumentos de la presión fiscal.

En este cuadro, el Gobierno, a través de su poderoso ministro de Hacienda, anuncia el envío de un proyecto de ley que otorgaba, técnicamente, un crédito fiscal que beneficiaba principal y generosamente a las grandes empresas. Hacer de esta franquicia una condición indispensable para la reactivación de la economía implicaba una fuerte regresión respecto de nuestras convicciones más elementales. Para crecer había que entregar importantes estímulos fiscales a las empresas y renunciar a cualquier mejoramiento en la distribución de los ingresos. En suma, un ultraneoliberalismo.

Empleé mis mejores energías para evitar que el proyecto llegara al Parlamento. En La Moneda me dijeron que no perdiera el tiempo, que el tema se resolvía en el ministerio de Hacienda. Insistí en el tradicional almuerzo de los lunes de los parlamentarios de la Concertación de las comisiones de Hacienda del Senado y la Cámara de Diputados con las autoridades del

ministerio para que recapacitaran respecto a lo anunciado. Encontré cierta recepción en los parlamentarios, pero no se produjo una reacción suficientemente fuerte como para hacer recapacitar al ministro. Estaba empecinado. Lo llevó a la Cámara y consiguió su aprobación por amplia mayoría. Me preparé bien para la batalla final en el Senado. El Gobierno estaba confiado en obtener una amplia mayoría. Mi último esfuerzo antes de la discusión en sala lo hice en la bancada de senadores socialistas. Pedí que antes de ir al debate en el hemiciclo discutiéramos entre nosotros. De mala gana llegó a nuestro almuerzo de los martes el ministro de Hacienda. Nos trenzamos en una áspera discusión. Mis colegas de bancada, de repente hacían algunas preguntas, sin embargo los supuestamente duros de la nueva izquierda guardaron religioso silencio.

Así llegamos a la votación en sala. Para el Gobierno todo se anunciaba casi como un simple trámite. Fui de los primeros en tomar la palabra y expliqué, con lujo de detalles, que este era un beneficio injusto e innecesario. Ni siquiera las empresas lo estaban pidiendo. Lo encontraban excesivo, un regalo. Algunos senadores, considerados también díscolos, intervinieron en el debate para anunciar que eran contrarios al proyecto. Recuerdo con claridad al senador Navarro, que al poco tiempo abandonaría las filas del PS. Las bancas de la derecha comenzaron a agitarse. Los senadores Longueira y Coloma mostraban su inquietud. En un momento, Coloma me preguntó si derechamente iba a votar en contra y sin vacilar le respondí que sí. Me dijo que estaban reevaluando su posición. Y así fue: la derecha había llegado a la conclusión de que esta era una franquicia innecesaria y de alto costo fiscal, y que tenía aquí una excelente oportunidad de mostrar frente al país que no eran los empleados de los empresarios, y de paso, propinarle una derrota al Gobierno. Hecha la votación, las filas de la Concertación enmudecieron, el ministro de Hacienda estaba

pálido. Su proyecto estrella había sido ampliamente derrotado. Me retiré satisfecho, pero no contento. Me daba vueltas en la cabeza esa vieja afirmación de Radomiro Tomić: “Cuando se gana con la derecha, es la derecha la que gana”. Con todo, estaba tranquilo conmigo mismo. A pesar de los anuncios de reposición del proyecto, finalmente todo quedó en nada. La depreciación acelerada se convirtió en una mala palabra que ni siquiera el Gobierno conservador de Sebastián Piñera se ha animado a retomar.

El Parlamento es, de alguna forma, reflejo de la sociedad. O al menos allí se expresan las principales fuerzas que la animan. Una de las cosas que siempre me impresionó como senador es la capacidad de algunos de presentar como nacionales lo que no son sino sus intereses, muchas veces legítimos, pero en realidad sectoriales y corporativos. Son demasiados los ejemplos que atestiguan acerca de la fuerza de los intereses creados: la mantención todavía del Boletín Comercial, corrientemente llamado Dicom, como monopolio privado altamente rentable que constituye una especie de lista negra a la cual se entra con gran facilidad y de la cual se sale con extrema dificultad, y todo esto en virtud de un decreto ley dictado en 1933.

Otro ejemplo es la imposibilidad de dictar una ley que le otorgue a la autoridad facultades claras para luchar en contra de la mafia que administra el sistema de los tragamonedas que hacen nata en las poblaciones. Estos aparatos, que en la actualidad suman varias decenas de miles, constituyen un lucrativo negocio para algunos, pero son fuente de graves problemas para las familias pobres que ven como sus niños generan adicciones que los llevan a robar para poder jugar e intentar ganar algunas monedas. Todo esto en abierta violación a la ley y sin pagar un peso de impuestos. Hice un esfuerzo a fondo para legislar al respecto y presenté un proyecto con el respaldo de todos los senadores de la comisión de Hacienda que presidía

en la época. Después de mucho batallar conseguí patrocinio del Ejecutivo para aquellas indicaciones que otorgan nuevas facultades a los servicios policiales y de aduanas. El proyecto se votó en general en la sala del Senado, con una sola abstención y solo votos a favor. Pero finalmente, en la práctica, solo conseguí dos cosas: ser públicamente insultado por el abogado Héctor Salazar –de sólido prestigio en materia de defensa de los derechos humanos, pero esta vez contratado por los operadores del sistema–, quien me reprochó que trabajaba para la Polla de Beneficencia, que es un empresa cien por ciento pública y que entrega todas sus utilidades al Estado y a diversas obras de beneficencia establecidas por ley; y la difusión de una carta durante la campaña del 2009 dirigida a todos los dueños de negocios que en las poblaciones, a cambio de algunos pesos, abren sus espacios para la instalación de estos aparatos. En la carta se hacía presente que yo era el principal defensor de los intereses de los “grandes” y que me había convertido en el enemigo número uno de los modestos tenedores de comercios de las poblaciones marginales. El proyecto fue presentado en el 2003 y ahí quedó entrampado en la comisión de Constitución, justicia y reglamento del Senado que, a fin de cuentas, no se atrevió a ponerle el cascabel al gato.

Es larga la lista de buenas intenciones frustradas, de imposiciones injustas forzadas por una mayoría espuria como la que constituyó al principio de la transición la derecha con los senadores designados y de reformas imprescindibles como la del sistema electoral binominal, que por falta del quórum correspondiente no ha podido prosperar.

De los recuerdos amargos de mi último período debo mencionar el “Gran Acuerdo” para mejorar la calidad de la educación, que consistió en aprobar una nueva Ley General de Educación. Esto tuvo lugar muy recientemente. La votación en la sala del Senado fue el día 10 de diciembre del 2008, donde

se habló de todo con una ligereza que daba escalofríos. Revolución y acuerdo histórico fueron algunos de los conceptos más repetidos por senadores de Gobierno y oposición. En una ceremonia en el Palacio de la Moneda, las principales autoridades del país posaron para las cámaras con las manos en alto y entrelazadas para celebrar el magno acontecimiento. A los pocos meses, la ministra de Educación, Yasna Provoste, fue acusada constitucionalmente por ciertas irregularidades en el pago de subvenciones escolares y destituida por el Senado, inhabilitándola de paso a optar a cargos públicos durante cinco años. Se necesitó poco tiempo para que las carencias de la pretenciosa nueva Ley General de Educación, que entre sus pecados mayores estaba el eludir todo pronunciamiento sobre dos cuestiones centrales –el lucro y la educación pública–, quedaran completamente al desnudo. El año 2011 acabará marcado en Chile por grandes movilizaciones que no se veían desde finales de la dictadura y entre cuyas principales motivaciones figuran en un primerísimo lugar, justamente, el fin del lucro y la defensa de la educación pública de calidad. Centenares de miles de manifestantes están demostrando que la impunidad tiene su límite y que la historia puede, incluso en plazos cortos, tomar su desquite. Como ex senador me quedo con la modesta satisfacción de haber sido de los pocos que resistió la presión y votó en contra de la mal llamada Ley General de Educación<sup>5</sup>.

### **La traición de la segunda vuelta**

Pese a lo holgado de los triunfos de Aylwin y Frei en primera vuelta, la posibilidad de que Lagos tuviera que dirimir

<sup>5</sup> En *El debate silenciado* figura mi intervención “En defensa de la educación pública”, en la cual fundamento mi voto negativo al proyecto de la nueva Ley General de Educación. Lo propio había hecho el diputado Enríquez-Ominami, junto a un puñado de diputados caratulados como discolos.



la presidencia de la Nación en una segunda vuelta se transformó, de manera un tanto absurda, en una cuestión tabú. Sin embargo, a la luz de las tendencias reales que se manifestaban en el país, la probabilidad de que, por primera vez en la historia, la presidencia de Chile se definiera mediante el balotaje era una posibilidad innegable. Bastaba considerar el grave deterioro que experimentaba la economía producto de la crisis asiática para fundamentar ese escenario.

Varias encuestas mostraban hacia finales de julio que con su campaña, Lavín había conseguido alcanzar a Lagos. Así y todo, el tema siguió rodeado en nuestro comando del más completo hermetismo. La doctrina impuesta por Lagos asumía que la sola idea de abrirse a esa posibilidad nos ponía en el camino de la derrota. No nos podíamos poner en ese caso, las encuestas que mostraban que esa era una posibilidad real debían desacreditarse porque no estarían expresando la realidad, sino que buscaban, derechamente, manipularla, generando una sensación de empate que estaba lejos de verificarse<sup>6</sup>.

Las veces que planteé el tema al candidato, su respuesta fue seca e invariable. Que no me preocupara y que debía concentrar todas mis energías y la de los nuestros en ganar en primera vuelta.

Así lo hicimos la mayoría. Fueron gigantescos los esfuerzos desplegados para sostener una campaña que venía perdiendo altura. El deterioro del Gobierno y, sobre todo, el aumento sistemático del desempleo nos golpeaban a diario. Lavín se adueñaba cada día más del sentido del cambio frente a una candidatura que no se despegaba de la línea de continuidad con lo existente.

---

<sup>6</sup> Así, por ejemplo, *La Tercera* del 21 de julio de 1999 titula, en su página 2, “Encuesta: Lagos y Lavín empatan a 32”. La fuente era una encuesta nacional de la Fundación Futuro que, a pesar de que sus sondeos eran telefónicos, debo reconocer que mostró una gran capacidad de predicción de los resultados.

Personalmente tenía conciencia de los peligros que estábamos corriendo. Una campaña que no se distanciara razonable y pactadamente de un Gobierno como el de Frei, confrontado a administrar una severa crisis económica, iba derecha al fracaso. Así se lo hice saber al consejo político de la campaña que encabezaba el ex presidente Aylwin. En la única reunión que celebró este consejo, que no tenía ninguna facultad operativa, informé acerca de la situación que enfrentábamos. Pidiendo estricta reserva sobre los contenidos de la reunión, hice presente que, de acuerdo a nuestros propios estudios de opinión, dirigidos por el sociólogo Javier Martínez, estábamos empatados y que la segunda vuelta era un escenario perfectamente plausible. Al convocar al consejo asumí un riesgo importante, porque la instrucción era la de aferrarnos contra viento y marea al discurso ganador. La situación que vivíamos en el comando era parecida a la del enfermo que cree que se puede eliminar la fiebre rompiendo el termómetro.

Y finalmente llegó el “día D”. El comando central se instaló en el Hotel Carrera, el más tradicional y clásico de Chile, simbólicamente a solo unos pasos de La Moneda. En la mañana de ese domingo voté en Limache y recorrí varios recintos de votación. Tenía alguna esperanza de que, aunque muy ajustadamente, pudiéramos alcanzar la mayoría absoluta. El día jueves previo habíamos hecho un cierre de campaña espectacular, más de trescientas mil personas se habían reunido, según informó la prensa. Habíamos instalado un escenario gigante, con una larga pasarela que se internaba entre medio de la multitud. Por allí caminaron el candidato y la futura primera dama, Luisa Durán, recibiendo los vítores de la multitud.

Antes del inicio del acto, Javier Martínez me había comunicado los resultados de su último sondeo: aunque por poco, ganábamos. No habría, según él, una segunda vuelta. Entre esos resultados y el entusiasmo de la gente me terminé de convencer

de que el triunfo estaba allí y sería nuestro en las próximas horas. Con esa convicción rechacé con vehemencia la invitación que me hizo el diputado Montes para participar de una reunión esa misma noche en el equipo encargado de preparar la segunda vuelta. Probablemente pequé de soberbia. Actué movido por la lealtad a los que habíamos entregado todo para sacar adelante el triunfo en primera vuelta y la seguridad que me dieron los resultados de la encuesta interna del comando, a la cual le otorgaba plena credibilidad.

Me equivoqué. Lagos llegó primero, pero sin alcanzar la mayoría absoluta. Era la primera vez que esto ocurría. Si bien la distancia entre Lagos y Lavín era muy estrecha —solo treinta mil votos, esto es, menos de uno por mesa de votación—, entre la candidata comunista Gladys Marín, el candidato humanista Tomás Hirsch y la candidata ecologista Sara Larraín totalizaban un 4,1%. Constituían una reserva de votos que en una aplastante mayoría inclinaría la balanza a nuestro favor. Era preciso mantener la calma, pero fue justamente lo que no se hizo. Llegué hacia las cinco de la tarde al Hotel Carrera. Al entrar me enteré de que Genaro Arriagada y Jaime Estévez, con la autorización de no sé quién, acababan de dar una conferencia de prensa señalando que, de acuerdo a la información que disponían, la distancia entre Lagos y Lavín a favor del primero era “irremontable”. La victoria era nuestra... de acuerdo a nuestras encuestas.

Sin embargo, Martínez había vuelto a equivocarse. La información fue rápidamente desmentida por el comando de Lavín y, más grave aún, ningún medio de comunicación le otorgó credibilidad. A medida que pasaban las horas y los datos mostraban que el país tendría que dirimir la elección presidencial durante el mes de enero del 2000, el ambiente se hizo irrespirable. La sensación de derrota era inocultable. Cundían el pánico, las caras largas hasta el suelo y las risas nerviosas.

Tengo recuerdos borrosos de esas horas. Séguéla discutió duramente con Lagos y Tironi, haciendo presente algo que era evidente: si bien no habíamos alcanzado la mayoría absoluta, teníamos todo para alcanzar el triunfo en la segunda vuelta. No había ninguna razón para declararse derrotados. Esa creo fue la última vez que Séguéla y Lagos se hablaron. Jacques describe bien esta situación en un libro<sup>7</sup> que publicó tiempo después y en el que hace un recuento de las campañas en las que le había tocado participar. Me lo hizo llegar con una cariñosa dedicatoria. Esa noche recorrí todos los sets de TV instalados en el Hotel Carrera, explicando que el resultado se ubicaba, es cierto, por debajo de lo esperado, pero que de todas maneras habíamos llegado en primer lugar y estábamos a dos puntos del triunfo definitivo. Explicué que, en las condiciones de un Gobierno fuertemente golpeado por la crisis internacional, situación agravada por el torpe manejo del Banco Central, que hizo subir las tasas internas de interés a niveles estratosféricos, este era un buen resultado y que no tenía la menor duda de que la votación alcanzada por los candidatos alternativos, que no estarían presentes en la segunda vuelta, nos darían la victoria.

En la madrugada y luego del discurso de Lagos, en el cual insistía en que “había escuchado la voz de la gente”, comencé a tomar conciencia de que se venían días muy duros. El día anterior, sábado por la tarde, Lagos había citado en su departamento de Vera y Pintado a la dirección de la campaña para informarnos de que estaban tomadas todas las medidas para la eventualidad de que tuviéramos que seguir bregando hasta enero del año siguiente. Fue un gesto de su parte informar previamente.

Si una abrumadora mayoría de dirigentes había puesto sus mejores esfuerzos al servicio de la campaña, hubo algunos

<sup>7</sup> Séguéla, Jacques. *Le vertige des urnes*. Paris: Flammarion, 2000.

que tenían su cabeza puesta en otra cosa. El diputado Carlos Montes era el integrante más visible del grupo que actuaba preparando la campaña de segunda vuelta, evidentemente con la autorización del candidato. Personalmente, había mantenido una excelente relación de trabajo con Carlos Montes. Más aún, constituimos durante años una dupla que enfrentó en conjunto muchos temas, especialmente los relativos al presupuesto de la Nación. Analizando retrospectivamente los acontecimientos, siento por momentos que, de manera de seguro inconsciente, Montes deseaba que la elección se resolviera en la segunda vuelta. Eso le garantizaba una centralidad que no había tenido durante la campaña. Sus críticas acerbas al trabajo del comando central y, en particular, al esfuerzo que desplegábamos en la Región Metropolitana, desmedidas y sobre todo inoportunas en el cuadro delicado que enfrentábamos, llevan a pensar de este modo.

La idea de constituir un grupo distinto al comando central, que tuviera trabajo avanzado en vistas a una segunda vuelta, era perfectamente lógica y razonable. El propio Jacques Séguéla le había planteado a Lagos la necesidad de estar preparado para el evento de que no lográramos la victoria en diciembre. Y según me confidenció en conversaciones posteriores, había tenido la mala idea de sugerir, basado en consideraciones estrictamente publicitarias, que era necesario constituir un equipo completamente distinto. La idea fue recogida y aplicada de manera brutal. El equipo de la primera vuelta fue despedido sin mediar explicación alguna. El dispositivo técnico principal de la campaña, encargado de preparar los spots para la franja televisiva, se enteró por la prensa de su destitución. Ricardo Larraín reemplazó a Manuela Gumucio en la dirección de la franja. Marco, mi hijo, que trabajó casi sin dormir durante los treinta días de filmación que esta impone, se quedó durante años esperando una explicación que nunca llegó.

Los medios rápidamente advirtieron la situación. El clan Ominami había sido despedido. Estaba derrotado. El tono agresivo de la campaña sería radicalmente corregido. Tironi, a quien yo mismo había reclutado en una cena en el desaparecido restaurante München —ironías de la vida— para que ayudara a enfrentar la agresiva campaña de Lavín y que era miembro permanente del comité de franja de la primera vuelta, aparecía ahora, como sangre nueva, impoluta, encargado de introducir las profundas rectificaciones que resultaban de haber “escuchado a la gente”.

Para nosotros como familia fue un golpe violento. Manuela y Marco requerían una explicación. Yo no la tenía y eso era grave, porque era yo el responsable de haberlos embarcado en una aventura que terminaba mal. Para Manuela, profesional y sobre todo afectivamente, este fue un mazazo del cual le costó recuperarse. Marco alimentó a partir de allí una infinita desconfianza en quien sería el próximo presidente de Chile. Mis esfuerzos por explicar la particularidad de la situación, argumentando acerca de las presiones que se habían ejercido sobre el candidato y su necesidad de mantener el frente interno mínimamente cohesionado y la envergadura de los intereses que subterráneamente se movilizaban, fueron inútiles. Se forjó allí una desconfianza que, me costó asumir, probablemente nos acompañará a todos para siempre.

Políticamente, lo más grave de lo sucedido es que el paso a la segunda vuelta fue aprovechado para llevar a la práctica una gran operación política destinada a eliminar de la campaña a sus aristas más transformadoras. A riesgo de caer en la autorreferencia, se puede, con rigor, sostener que ese fue uno de los momentos clave en los que la historia se bifurca. Si hubiéramos podido mantener la orientación que nos llevó al triunfo de las primarias, se habría afirmado una vía de transformaciones más sustantivas. Desgraciadamente se impusieron fuerzas

más conservadoras y eso tendría un efecto importante en la forma en que Lagos gobernó al país entre el 2000 y el 2006. Parfraseando a Vargas Llosa, se podría decir que ese fue el momento exacto en el cual se chingó el progresismo.

Los esfuerzos de años para abrir cauce a una transformación más profunda de la sociedad chilena comenzaban a naufragar. La osadía de haber planteado en las primarias de la Concertación que “Mañana será otro Chile” o “Crecer con igualdad”, en la campaña de primera vuelta, era demasiado. Había que volver a los senderos conocidos. Total, el triunfo estaba prácticamente asegurado, lo cual no hace sino agravar las motivaciones subalternas que estuvieron en la base de esta audaz operación.

Al día siguiente de la elección, hacia el final de la mañana tuve una conversación a solas con Lagos. Yo no había dormido; seguramente él tampoco. Ambos teníamos muy mala cara. Sin mucho preámbulo me dijo que acababa de hablar con el presidente Frei, quien le había dicho que si no cesaban las críticas al Gobierno, como las que yo había manifestado la noche de la elección para explicar nuestros resultados, Soledad Alvear, su ministra de Justicia y estrella del gabinete, no asumiría la dirección de la campaña de segunda vuelta. A todas luces era una situación gravísima, porque si eso ocurría se produciría una fractura en la Concertación que pondría en tela de juicio el triunfo que teníamos prácticamente en nuestras manos. Inmediatamente le señalé que él podía disponer, que yo no sería obstáculo para nada y le ofrecí alejarme por completo del comando y concentrarme en la región por la cual era senador para tratar de mejorar allí nuestro desempeño. Me agradeció y me pidió que me quedara. Si yo me iba dando un portazo, abría un cierto flanco por la izquierda. “De tripas corazón”, me repetía a diario. Como era lógico, la nueva jefa de campaña entró con su equipo más cercano. Se

mantuvieron como sede central de la campaña las dependencias de Chile 21, en Providencia. Desde allí llevábamos años preparando la elección de Lagos. Soledad y su equipo fueron conmigo respetuosos. No debí entregar la oficina que ocupaba hacía largos años. Los otros miembros del equipo de primera vuelta no pueden decir lo mismo. Fueron desalojados.

El cambio de orientación venía en serio. El nuevo eslogan de la campaña no era especialmente ambicioso ni original: “Un Chile mucho mejor”. Mis facultades al interior de la campaña estaban claramente disminuidas. Igual tuve que participar de algunas reuniones para resolver las necesidades de financiamiento. Soledad Alvear había establecido desde la partida que ese era un ámbito en el cual no se involucraría, pero alguien tenía que hacerlo. Degradado, humillado en más de un sentido, no podía aflojar. Puse la cara y expliqué a los principales donantes que nuestro triunfo estaba prácticamente asegurado. Obviamente, estaban entusiasmados con el posible triunfo de Lavín. Igual, con costos altos en lo personal y apretando el estómago, conseguimos el mínimo necesario para sustentar la segunda fase de la campaña.

Afortunadamente, los tiempos efectivos de campaña entre la primera y la segunda vuelta no son excesivamente largos. Participé de un par de reuniones del nuevo comando central. Lo hice simplemente para no darle a la prensa más pasto para sus afirmaciones de que la campaña estaba internamente quebrada. Aunque mis acciones estuvieran a la baja, intervine con éxito en la primera reunión para hacer presente que un proyecto de carta a la ciudadanía por parte de Lagos, que sería impreso en miles de ejemplares, en el cual se lamentaba “por no tener el don de la fe”, constituía un exceso que tendría resultados contraproducentes. La afirmación fue retirada del texto. Por el contrario, tuve que contemplar como un televidente más cómo en la franja de la segunda vuelta se presentaba un spot

que yo había rechazado terminantemente. En él aparecía Lagos junto a un taxi que venía de ser asaltado; luego, golpeaba con gran fuerza con su puño derecho el capó del automóvil, asegurando que en su Gobierno los delincuentes no tendrían escapatoria. La idea era mostrar al futuro presidente como una especie de *sheriff* del condado. Era la manera, no creo muy progresista, de responder a las encuestas que sistemáticamente indicaban que la seguridad ciudadana era una de las principales preocupaciones de los chilenos.

A pesar de todo, y como era previsible, Lagos se impuso. La votación comunista y humanista hizo la diferencia. Presencié la celebración como uno más desde la galería. Aparte de Lagos, los reflectores estaban puestos en la dupla Alvear-Montes. Una escena destacada por algunos medios fue el encuentro de Lagos con Manuela y el sentido abrazo que él le prodigó. Pero el daño ya estaba hecho.

Lagos me hizo el honor de invitarme a su casa a conversar al día siguiente de su triunfo. Fue el lunes 17 de enero del año 2000. Era quizás su primera actividad como presidente electo. Estábamos solos los dos en el escritorio. Me agradeció mi contribución, hizo referencia a los sacrificios que todos habíamos estado obligados a realizar y, para mi sorpresa, me dijo, en palabras que no logro reproducir textualmente, que yo era algo así como su sucesor natural.

Sin más le agradecí y, para ser franco, no me tomé muy en serio su declaración. Me arrepentiré para siempre de no haber tenido la lucidez y la valentía para decirle que todo lo que había sucedido en el último tiempo apuntaba en sentido exactamente opuesto. En los hechos, me había tocado ser el chivo expiatorio de lo que él, equivocadamente, había convertido en derrota en diciembre, que había sido destruido por los medios, que mi desplazamiento del comando había sido público y notorio, y que él no solo no había movido un dedo

para impedirlo, sino que, por omisión, aparecía asociado a la maniobra. Todo eso se lo dije tiempo después, cuando me di cuenta de que a pesar de mis esfuerzos por negarlas, las heridas causadas eran profundas.

Más allá de nuestras voluntades, mis relaciones con el presidente Lagos fueron, durante todo su período de Gobierno, tributarias de esta historia que, como casi todo en la vida, está hecha de lealtades, pero también de traiciones.

Apoyé y valoré muchas de sus principales iniciativas. Salí a dar la cara cuando algunos quisieron poner en duda su honorabilidad en el lamentable episodio MOP-GATE. En todas mis intervenciones hice siempre la diferencia entre el mérito de un presidente que encarnaba lo mejor de los valores republicanos y la coalición que lo sustentaba, que continuaba su largo proceso de decadencia y descomposición.

A pesar de todo lo sucedido, mantuve una interlocución permanente y directa con él. Me cuento entre los pocos a los cuales consultó a propósito de la composición de su primer gabinete. Sabía, porque él me lo dijo, que Nicolás Eyzaguirre sería sí o sí su ministro de Hacienda, y Carlos Cruz, su ministro de Obras Públicas. Tuve ocasión de argumentar con fuerza a favor de la designación de José Miguel Insulza como ministro del Interior y jefe de gabinete, de Heraldito Muñoz como canciller y de Michelle Bachelet como ministra de Salud. La recomendación de Insulza apuntaba a interponer entre el presidente y su gabinete una suerte de primer ministro que redujera su exposición y su tendencia, difícil de refrenar, a involucrarse más de la cuenta en todas las decisiones sectoriales. Fue una idea correcta que demoró tiempo en llevarse a la práctica. La nominación de Heraldito, que venía preparándose durante años para asumir esa función, no prosperó. Soledad Alvear hizo valer con fuerza el papel jugado durante la segunda vuelta y se quedó con la cartera de Relaciones Exteriores. La designación en Salud dio

lugar a que el presidente electo, en más de una ocasión, formulara la pregunta ¿quién es Michelle Bachelet? Me cuento entre los que le dieron una respuesta positiva, destacando las capacidades de la doctora. En esto, Lagos, tradicionalmente desconfiado, hizo un gesto de confianza: la nombró, prácticamente, sin conocerla.

### **Un senador díscolo**

Con la experiencia de la relación con Lagos en el cuerpo, no tenía el más mínimo interés en intentar ser el álgter ego de la nueva presidenta. Yo ya había jugado ese rol y bajo ningún concepto pretendía reeditarlo con Bachelet. Pero lo que para mí era evidente, no lo era para otros. Fui permanentemente el blanco de intrigas y maniobras. Se me sospechaba de querer utilizar mi cercanía familiar e histórica con la familia Bachelet para recuperar el poder que había ido perdiendo en la medida en que aumentaban mis desencuentros con el presidente Lagos.

Las intrigas surtieron cierto efecto. Sin que nadie se lo preguntara, la candidata declaró que yo no era su vocero y que estaba totalmente descartado que su campaña se instalara en la Fundación Chile 21. Ni lo uno ni lo otro habían sido nunca planteados. Por eso me extrañó su reacción y le hice saber, mediante carta personal, que sus comentarios eran injustos y sin fundamento. Para reforzar mi alegato le hice llegar como regalo de cumpleaños el libro de Sándor Márai *La mujer justa*.

Un episodio que al principio parecía absurdo, pero que finalmente fue revelador de las intrigas que se urdían en el mundo socialista, tuvo lugar con ocasión de la campaña municipal. Martner me pidió que me hiciera cargo de la dirección de la campaña socialista, lo que acepté y asumí con entusiasmo.

No fue una mala campaña aunque, a decir verdad, estuvimos por debajo de nuestras expectativas. Intempestivamente, solo algunos meses antes de la elección se desató una crisis interna en la dirección del PS. La razón: en una de las piezas publicitarias de la campaña institucional, que consistía en un afiche en el cual, bajo el eslogan “Todos tenemos algo de socialistas”, junto a rostros comunes y corrientes de hombres y mujeres, aparecían los de Allende, Lagos y también el de Bachelet, todo esto en una gráfica que tenía mucho del estilo pop de Andy Warhol. Para mí y quienes trabajaron conmigo, la inclusión del rostro de Bachelet en el afiche fue algo obvio, de sentido común. Si a esas alturas era totalmente evidente que ella sería la candidata presidencial del socialismo, lo que hubiera resultado inexplicable es que en una propaganda oficial no se hiciera ninguna referencia a ella. Personalmente, tenía ya una larga experiencia en materia electoral y bastante claridad respecto de lo que se podía y no se podía hacer, y de a quiénes uno debía consultar en lo relativo a decisiones estratégicas. Por eso fue grande mi sorpresa frente al surgimiento de un cuestionamiento público, encabezado por Camilo Escalona, de que se estaba utilizando de mala manera la figura de Bachelet y que esto podía incluso poner en peligro su opción presidencial. El tema trascendió a la prensa, la que obviamente trató de explotarlo al máximo. La dirección del PS, que también había sido consultada, se mantuvo firme y la pieza no fue retirada de la circulación. Michelle Bachelet, todavía ministra de Defensa, declaró que no había tenido conocimiento previo del afiche que, a estas alturas, había adquirido una inusitada difusión. No me correspondía a mí desmentirla. A la luz de los acontecimientos posteriores, que terminarían con la destitución de Martner en el Congreso de enero del 2005, es difícil no pensar que estaba ya en marcha el proceso destinado a conseguir ese objetivo.

Todo esto no impidió que pudiera participar muy activamente del inicio del proceso de primarias, en el cual se dirimiría el liderazgo de la Concertación. Como parte de la dirección del PS tomé parte activa de la campaña de Bachelet de cara a las primarias que debían celebrarse en junio del 2005. Con la idea de que la figura de Bachelet pudiera sufrir algún desgaste que favoreciera a Alvear, el comando de esta última impuso la realización de al menos dos debates nacionales y uno por región, lo que hacía un total de quince. Solo alcanzaron a realizarse dos de ellos. Uno de carácter nacional, que tuvo lugar en la comuna de Hualpén, vecina a Concepción, en la VIII Región, y el otro, de carácter regional, en Valparaíso. A los pocos días sucedió algo que se veía venir. La candidatura de Soledad Alvear no conseguía despegar y muchos dirigentes de la DC mostraban escaso entusiasmo con la candidata. El escenario de una muy sonada derrota comenzó a dibujarse en el horizonte. Soledad Alvear cortó por lo sano y el 23 de mayo presentó su renuncia indeclinable a la contienda por la investidura presidencial<sup>8</sup>.

Los cuatro años de Gobierno de la presidenta Bachelet fueron muy distintos a todo lo que había vivido antes. Trabajé con entusiasmo para hacer realidad la elección de una mujer por primera vez en la presidencia de la Nación, consciente del trascendente cambio cultural que ello significaba. Sin embargo, por el conservadurismo de su orientación, especialmente en materia económica, me fui instalando cada vez más en la condición de senador díscolo. En ese sentido, mi salida del PS y de la Concertación fue la culminación de un proceso cuyos orígenes remontan lejos en el tiempo.

---

<sup>8</sup> Una encuesta de la empresa Feedback, publicada por *La Tercera*, muestra a Bachelet con 44% frente a un exiguo 9,1% para Alvear.

## Se acerca el final

Varios de los acontecimientos más dolorosos que me han tocado vivir sucedieron durante los últimos años. Uno terrible fue el que se suscitó con las acusaciones formuladas por el desvío de recursos públicos para campañas electorales a través de los Programas de Generación de Empleo, los tristemente conocidos PGE. Esta situación estalló cuatro días antes de las elecciones del 11 de diciembre del 2005, correspondientes a la primera vuelta presidencial y a las legislativas con la renovación parcial del Senado y total de la Cámara de Diputados. Era para mí una elección muy especial. Una amiga de muchos años postulaba a la presidencia de Chile y Marco, mi hijo, era candidato a diputado en uno de los tres distritos que comprende la circunscripción que yo representaba en el Senado.

El día miércoles previo a la elección del domingo, el alcalde de Quillota denunció públicamente que desde la campaña de Marco se estaban desviando fondos públicos para el pago de activistas. Sus motivaciones en esto eran dobles. La defensa de la probidad, sin duda, pero también la defensa de su hermana, la diputada María Eugenia Mella, cuya reelección estaba severamente amenazada por la candidatura de Marco. Desde el momento en que estalló la denuncia vivimos unos días de espanto. El alcalde Mella hacía lo indecible para que los medios de comunicación pudieran hacerse eco de la denuncia y por esa vía lograr lo que en la campaña no habían conseguido: la derrota de Marco y la reelección de la diputada. Dado que el alcalde formuló una denuncia judicial frente al ministerio Público, me comuniqué con el fiscal regional para ponerme a su disposición, solicitándole una sola cosa: que su investigación no interfiriera con la elección que debía celebrarse el domingo siguiente, solicitud que él estimó inmediatamente como más que razonable. La investigación se inició el lunes siguiente a

las elecciones. Para Marco, la denuncia había hecho el efecto de una bala apuntada en el centro del corazón. Me concentré esos días en Quillota en monitorear la situación. Era demasiado delicado lo que estaba ocurriendo como para dejarlo a la buena de Dios. El día jueves coincidí con el alcalde en una repartición de premios en un gimnasio de Quillota. Sin poder contener mi furia le dije en su cara que era un cobarde, que si tenía alguna sospecha sobre mi actuación o la de Marco, lo primero que debía haber hecho era encararnos y no tratar de sacar ventajas pequeñas. Sin ser propiamente amigos, yo tenía con él, reconocidamente uno de los mejores alcaldes de Chile, una excelente relación de trabajo a pesar de que militábamos en partidos distintos. El día de la elección fue extraordinariamente tenso. En el principal recinto de votación de Quillota, la familia Mella quemaba sus últimos cartuchos. Trataban de aprovechar la visita del intendente Guastavino, con la cobertura de medios que él traía consigo, para incidir en el resultado electoral. El relato de lo sucedido con los PGE daría, él solo, para un libro. No creo que muy bueno, pero eso es otra cosa. Es una historia que tiene de todo: aprovechamiento, corruptela, abuso de confianza, relativismo ético y mucho de estupidez. Ni Marco ni yo fuimos nunca citados a comparecer frente a la justicia. Más aún, ambos, en virtud de los derechos que otorgó a los ciudadanos la reforma procesal penal, asumimos el riesgo de consultar al ministerio Público si estaba investigando sobre nuestra participación en el caso. La respuesta fue negativa. El fiscal hizo todo lo que pudo para procesarnos. Era su deber y, si lo conseguía, habría alcanzado una alta figuración pública. Si no lo hizo fue porque, en nuestro caso, el expediente estaba simplemente vacío. De todas formas, el daño fue inconmensurable; aparecieron extensos reportajes en la prensa en donde se vaticinaba nuestro seguro desafuero y posterior procesamiento. Marco, menos experimentado que

yo en las lides de la contingencia con todas sus asperezas, fue presa de una tristeza profunda; yo concurrí a una comisión investigadora de la Cámara de Diputados, en condición casi de inculpado, y fui objeto de rayados, pagados por no sé quién, que todavía pueden leerse en las paredes de algún rincón de la V Región, reprochándome los... PGE. Y aunque debimos vivir con la amenaza permanente, lo concreto es que, a final de cuentas, el fiscal a cargo de la investigación ni siquiera nos llamó para preguntarnos el nombre.

Con todo, esa no es la historia más dolorosa. Las cosas siempre pueden ser peores. Lo más duro que me ha tocado vivir en la política es el rompimiento con quien consideraba un amigo al cual era preciso acoger y proteger: el actual diputado Marcelo Schilling. Es una historia sórdida. Se podrían esgrimir buenas razones para olvidarla, sin embargo, es muy representativa de la descomposición final que sufrimos.

Nos conocimos personalmente en Santiago a finales de 1984. Ambos volvíamos de nuestros respectivos exilios y veníamos a luchar por el retorno de la democracia. Construimos una amistad que llegó a ser muy estrecha y generamos una complicidad que creía a prueba de todo. Me equivoqué completamente; de pasar juntos el año nuevo y las vacaciones de verano, terminamos en una batalla campal. Personalmente, no comparto las críticas que se le hacen por su participación en la lucha en contra del terrorismo desde la célebre "Oficina". Fui parte de la decisión de dotar al Estado de un dispositivo que pudiera luchar, con pleno apego al Estado de Derecho, en contra del terrorismo que en democracia continuaba actuando y había, en su locura total, ideado y ejecutado el asesinato del senador Jaime Guzmán. Fui parte de la decisión de que Schilling jugara un papel central en el desmantelamiento de los grupos terroristas que no entendían que Chile había entrado a una nueva etapa, en la cual la violencia no tenía, ni ética



ni políticamente, ningún tipo de cabida. Tengo hoy día dudas sobre si el compromiso con el respeto irrestricto a los derechos humanos y al Estado de Derecho se cumplió a cabalidad. De lo que sí tengo certeza es de cómo, instigadas por Schilling, altas autoridades de la república se involucraron en maniobras más propias de la mafia que de la política. Tengo conciencia de que es una afirmación muy grave, pero me asiste la plena seguridad de lo que estoy afirmando. Los hechos fueron precipitados por la grave enfermedad del diputado Juan Bustos, que lo llevaría a la muerte el 7 de agosto del 2008. Su sucesión era un tema ineludible. Desde las bases mismas del PS, en el distrito constituido por cuatro comunas –Quilpué, Villa Alemana, Limache y Olmué–, e incluso desde muchas organizaciones sociales, surgió la idea de postular como candidato a la sucesión de Bustos a César Barra, abogado que se había desempeñado con brillo en la asesoría legal a la bancada de senadores socialistas y, luego, en la dirección regional del Fondo de Solidaridad e Inversión Social (Fosis) de la V Región y la secretaría regional ministerial de la Vivienda. Lo que vivió Barra es realmente de antología. Contra la voluntad de la ministra de Vivienda, Patricia Poblete, fue obligado a renunciar a su cargo por orden del jefe de gabinete, el ministro del Interior, Edmundo Pérez Yoma, que en ese momento (el 26 de febrero del 2009) oficiaba de vicepresidente de la república. El motivo era “pérdida de confianza” y había sido esgrimido directamente por el ministro del Interior a través del intendente regional. El 3 de marzo, de vuelta del receso de verano, tuve ocasión de conversar con el ministro para que me informara sobre tan drástica decisión. Me dijo que había tomado la resolución teniendo a la vista antecedentes muy graves vinculados a casos de irregularidades y corrupción que involucraban directamente a Barra. Agregó que, por su gravedad, debió actuar con particular rapidez y severidad. Como senador por la

región, le pedí que me informara acerca de los antecedentes de los que disponía y me señaló que me los haría llegar. A los dos días, me hizo llegar una minuta, copia de la cual conservo. En ella se indicaba que César Barra y también Cristián Urizar, dirigente regional con quien compartía y comparto muchas ideas sobre el presente y el futuro, enfrentaban un inminente procesamiento por parte del ministerio Público. La minuta, de una sola página, contenía errores técnicos y se permitía un juicio político sobre mi cercanía con Cristián Urizar. En ella se esgrimía como elemento central la vinculación de Barra en un proceso por fraude al Fisco en Programas de Generación de Empleo en San Antonio. La situación se hizo aún más delicada cuando a los días, en una reunión de la mesa del PS, su presidente, el senador Escalona, sacó de su bolsillo interior un papel y leyó exactamente la misma minuta que días antes me había entregado el ministro Pérez Yoma. Con ello se buscaba justificar la remoción de Barra y preparar la posible inhabilitación de Urizar como miembro de la comisión política.

La verdad es que costaba creer lo que estaba pasando. ¿A título de qué el jefe de gabinete se permitía tomar decisiones tan graves? ¿Cómo se podía jugar de esta manera con la honra de un funcionario ejemplar? ¿Cómo podía el ministro saber con antelación de decisiones que solo competían a la justicia? Apenas salí de la reunión de la mesa del PS me comuniqué con Barra y Urizar, y los invité a que cenáramos al día siguiente en Valparaíso. Era un día martes. Les relaté en detalle la reunión de la mesa y les entregué una copia de la minuta en cuestión. Insistí en lo delicado del asunto y que era fundamental que clarificaran cuanto antes su situación frente a la justicia. Concretamente, para demostrar su inocencia les sugerí que hicieran una consulta formal a la Fiscalía. Aunque era eso lo que yo mismo había hecho cuando se habían levantado sospechas sobre mi participación en el caso de los PGE,

mi reacción les partió el alma, según ellos mismos me lo confienciaron tiempo después. No los había defendido con fuerza, no había puesto mis manos al fuego por ellos.

En todo caso, continué informándome. Le pregunté a dos ex ministros del Interior si algo así formaba parte de los procedimientos habituales. Sus respuestas fueron taxativas: un no rotundo. A través de viejas amistades, le hice llegar la consulta al director general de Investigaciones, que era el canal regular del ministerio del Interior con la policía civil. Mandó decir que no tenía la más mínima idea acerca de un “inminente procesamiento” de ambas personas. En una nueva conversación, Barra me informó que efectivamente él tenía participación en el proceso que se ventilaba en San Antonio, tan solo que como denunciante y no como denunciado. No cabían dudas, la maniobra orquestada era grosera. Pero igual estaba consiguiendo lo que buscaba: minar la resistencia de Barra. Costaba creerlo, pero a ese grado había llegado el abuso y la maldad.

Con todos estos antecedentes encaré al ministro Pérez Yoma. Su primera reacción, en una conversación en los pasillos del Senado, fue hacerse el desentendido. Me dijo que tenía que revisar sus papeles porque no recordaba bien los contenidos de la minuta que nos había entregado a mí y al senador Escalona. Le hice ver que el asunto era muy grave y que debía esclarecerse. Él me llamaría. Pasaban y pasaban los días y no tenía noticias de Pérez Yoma. Tuve que insistir durante semanas hasta lograr que me recibiera en su despacho el 12 de mayo. La conversación fue tensa. Derechamente le señalé que los antecedentes que él había esgrimido eran falsos, que se trataba de una maniobra y que lo único que se buscaba era intervenir en decisiones internas del PS y, en especial, inhibir la candidatura a diputado de César Barra por el mismo distrito por el cual se postulaba Marcelo Schilling. Me miró y con gran frialdad me reconoció que el asunto era muy grave, pero

que ya no se podía hacer nada. Le retuqué que esto no podía quedar así y que lo iba a denunciar. Me respondió que yo era un senador demasiado responsable como para atreverme a actuar en esa dirección. Allí terminó la conversación. Salí de La Moneda consternado, con ganas de vomitar, pero decidido a continuar luchando.

César Barra estaba abatido. Sus fuerzas habían mermado. Había desechado completamente la idea de la candidatura a diputado. No estaba dispuesto a continuar exponiéndose él y su familia. En un momento me dijo algo terrible: “No quería correr el riesgo de ser detenido por la policía con un kilo de cocaína introducido por ella misma”. Sentía que nuestros adversarios eran demasiado poderosos. Su mujer, Ximena, secretaria del desaparecido diputado Bustos, que se mantuvo un tiempo en el cargo luego de su sustitución por Marcelo Schilling, conocía bien la situación; tenía los nervios destruidos y no quería saber más del tema. Barra no iba a tomar ninguna iniciativa. Estaba simplemente choqueado.

Hice un último intento para restablecer la verdad e imponer justicia. El 17 de junio intervine en la sala del Senado, en la hora de incidentes, formulando una denuncia sobre “grave tergiversación de información judicial e instrumentalización de autoridades gubernamentales con el fin de liquidar política, electoral y moralmente a un secretario regional ministerial”. A partir de esa intervención, que fue seguida por varios senadores, le solicité a parlamentarios de diferentes bancadas que pidieran la constitución de una comisión investigadora en la Cámara de Diputados. Ofrecí poner a disposición de la comisión todos los antecedentes que tenía en mi poder. Entiendo que en algún momento se votó la constitución de esa comisión, pero nunca supe de que se reuniera y avanzara algo en el esclarecimiento de la verdad. A fin de cuentas, la Cámara terminó actuando como un sindicato que protege a uno de los suyos,

faltando a su deber de investigar sobre hechos graves que se ponen en su conocimiento.

Si políticamente mi desafección con el PS y la Concertación era desde hacía tiempo un hecho de la causa, el episodio Barra-Schilling, con la grosera intervención del jefe de gabinete, me produjo una total y completa ruptura afectiva con un sector de la política chilena que había hecho de la administración del poder a cualquier costo el objetivo último y único de la acción política.

En ese convencimiento le comuniqué al presidente del PS, con fecha 27 de junio del 2009 mi decisión de renunciar a ese partido. En mi carta de renuncia<sup>9</sup>, entre muchas otras cosas, hice referencia al “uso de métodos absolutamente repudiables” para resolver disputas políticas. Que yo sepa, nadie se dio la molestia de preguntar siquiera a qué me estaba refiriendo al formular esa grave acusación. El deterioro político y moral del partido en el cual había militado durante veinticinco años había ya traspasado el punto de no retorno.

---

<sup>9</sup> Es el último documento incorporado a la recopilación que hice en *El debate silenciado*, op. cit.

## 8 El huracán del 2009

Que todo se haya desatado con gran rapidez no significa que sea el producto de hechos puramente accidentales. La candidatura presidencial de Marco Enríquez-Ominami surgió como expresión de sentimientos y demandas que venían acumulándose desde hacía largo tiempo en la sociedad chilena. Eso es lo que explica el enorme apoyo alcanzado en tan poco tiempo. Por primera vez en la historia del país, una candidatura independiente, sin el apoyo de ninguna estructura orgánica poderosa, conseguía un 20% de las preferencias ciudadanas. Insuficiente para pasar a la segunda vuelta y disputar la presidencia, pero considerable para ser tomada en cuenta como revelador de un ánimo crítico e innovador en una parte de la sociedad chilena, especialmente en los adultos jóvenes y no tan jóvenes, mujeres y hombres con mayor educación.

Detrás de esta opción, que fue creciendo desde la irrelevancia hasta transformarse en una alternativa competitiva, había una fuerte demanda por la renovación de liderazgos, por un aire fresco que ventilara el ambiente, por un modo de hablar que, aunque atolondrado y a borbotones, se atreviera a llamar las cosas por su nombre. En ese sentido, la alta adhesión obtenida mostró la viabilidad de un camino que es preciso seguir construyendo. Esa es la parte de victoria que tuvo la derrota que todos sufrimos a manos de las fuerzas conservadoras.

Es sabido que no fui el inventor de la idea de la candidatura y que, más aún, tuve en sus inicios varios reparos. Derechamente no aparecía en mi universo de posibilidades una candidatura como la de Marco. Con posterioridad, rememorando entre los dos la forma en que las cosas sucedieron, me

queda meridianamente claro que él tenía la convicción absoluta acerca de la necesidad de producir rectificaciones profundas en la Concertación. En octubre del 2008, después de la elección municipal y sus malos resultados, me insistió mucho en que me juntara con el grupo de diputados díscolos que él encabezaba. Tenía la idea de que yo asumiera la responsabilidad de intentar una opción presidencial. La conversación no fue muy larga. Le dije taxativamente que no. En esos momentos, nuestros caminos se bifurcaron temporalmente. Él siguió dándole vueltas a distintas opciones. Los diputados Álvaro Escobar y Teo Valenzuela lo convencieron de que él fuera el candidato. A ese pequeño grupo se sumaría, algo más adelante, Max Marambio, quien asumió la causa con un tremendo entusiasmo.

Sin hablar casi con nadie yo había llegado al convencimiento de que la única posibilidad de enfrentar con éxito a la derecha pasaba por el ex presidente Lagos. La candidatura de José Miguel Insulza, que el PS había levantado tempranamente, me parecía que no tenía ningún destino. Más aún, siempre pensé que la dirección del PS la estaba utilizando como instrumento de negociación para cualquier cosa menos para emplearse a fondo en ella. De partida, una definición de ese tipo habría implicado un gran esfuerzo para estructurar una sólida alianza con el PPD y el PRSD, de manera de dotar a Insulza de una base política elemental que le permitiera intentar disputar, al menos, la nominación como candidato único de la Concertación. En la elección municipal de octubre del 2008, el PS se orientó en un sentido exactamente contrario, privilegiando su alianza con la Democracia Cristiana. La candidatura del secretario general de la OEA estaba muerta, adolecía del mínimo respaldo necesario. En esto no tuve nunca dudas y puedo reivindicar a mi favor que siempre fui claro con él y el grupo que asumió la dirección de su frustrada campaña en

Chile. Esto no impidió que se hayan producido muchos resquemores que andan todavía por ahí dando vueltas.

Me empleé a fondo para intentar convencer a Lagos. Tuvimos una primera conversación poco antes de finales de octubre del 2008. Le desarrollé mi idea de que era el único que estaba en condiciones de enfrentar con alguna posibilidad de triunfo a Piñera, que lo de Insulza no tenía fundamento y que la candidatura de Frei iba a producir una grave escisión en la izquierda y el progresismo, y que por esa vía era también un camino seguro hacia la derrota. Me escuchó con atención. La conclusión fue seguir conversando. Decidimos hacerlo con tranquilidad en Biarritz, Francia, en donde ambos estábamos invitados a participar de un tradicional encuentro entre europeos y latinoamericanos. Y allí nos encontramos en el histórico Hotel du Palais, construido bajo instrucciones de Napoleón III. La primera noche no pudimos reunirnos. Lo que se suponía iba a ser solo un cóctel, terminó siendo una cena que los organizadores le brindaban a los ex presidentes presentes. Comenzamos al desayuno del día siguiente. Esta vez fui a fondo en mis argumentos. Frente a su recurrente alegato de que había sido abandonado por la Concertación y que, finalmente, nadie se había preocupado de defender su obra frente a los ataques despiadados de la derecha, le hice ver que eso no era exactamente así y que, por último, la manera de reivindicar su obra y revalidar su condición de líder era asumiendo este desafío difícil, pero no imposible. Sus reacciones eran defensivas: “Que sí, que esto, que el otro”, como diría nuestra Violeta Parra. Que los partidos eran imposibles, que los parlamentarios ponían por delante sus intereses personales, que el espíritu colectivo había desaparecido, que el Gobierno de la presidenta Bachelet lo había dejado caer. Por momentos comencé a sentir que la causa estaba perdida. De todas maneras, continuamos la conversación en una cena en la noche. Intenté bajar la

presión, sentía que lo agobiaba con mi insistencia. Me estaba transformando en un majadero. Recuerdo que en algún momento le dije que para todo esto se requería de una voluntad de hierro y que si él, por alguna razón, no la tenía, era mejor dejar las cosas hasta aquí. Aprovechamos de hablar de otros temas, de la vida, de Francia, de la comida y de los vinos.

Me dormí esa noche con la sensación de que ya no quedaba más por hacer; eran demasiadas las dificultades que él visualizaba. Una campaña en esas condiciones habría sido un horror. Para lanzarse a la aventura se requería estar muy convencido. Lagos, manifiestamente, no lo estaba. El ambiente de esta conversación era totalmente distinto del que rodeó todas las que tuvimos a lo largo de los noventa, en las cuales la voluntad de llegar a la presidencia de Chile era el punto de partida, una dato de la situación que no estaba sometido al menor debate. Me apoyaron en esas horas para que perseverara en mi esfuerzo dos grandes compañeros y amigos: Carlos “Chacho” Álvarez, ex vicepresidente de Argentina, y Marco Aurelio García, amigo y compañero de toda una vida, hombre muy ligado al presidente Lula. Ellos también le insistieron que era crucial asegurar una victoria de las fuerzas progresistas en Chile y que el único que podía hacerlo era él. A ellos les confidencí que sentía haber empleado todos mis esfuerzos y agotado mis mejores energías. Aunque no tenía un no taxativo, me parecía que las cosas estaban mal encaminadas.

La sorpresa se produjo al día siguiente en horas de la tarde. A través de su ayudante, Lagos me pedía que volviéramos a cenar. Deshice los compromisos que tenía y nos instalamos en el gran comedor del Hotel du Palais. Pedimos una buena botella de vino. Era una ocasión importante. La recuerdo como una comida emocionante. Dos viejos combatientes se aprestaban a reiniciar la lucha, pasando por sobre miles de obstáculos. Lagos se decidía a dejar de lado sus aprensiones y

amarguras. Finalmente, se ponía al frente de la lucha. Como en otras oportunidades, yo lo iba a secundar. Esa noche eran las elecciones norteamericanas, en las cuales Obama obtendría una resonante victoria. Lagos iba a ser entrevistado por CNN sobre este acontecimiento. Era una feliz coincidencia. Antes de separarnos le pedí dos cosas: la primera fue que llamara a Insulza para comunicarle su decisión de ser candidato. Inmediatamente, él le brindaría su apoyo. Así lo había hecho saber en múltiples ocasiones. Y le pedí, además, que si por alguna razón cambiaba de posición, me lo comunicara personalmente y que no tuviera que enterarme por la prensa. Subí ya muy tarde a mi habitación. Le conté a Manuela que sentía que teníamos candidato. Estaba medio dormida y era lógico que no dijera nada. Prendí la TV para ver la transmisión en directo de los EE.UU. de la victoria de Obama. Descorché *champagne* y me quedé viendo por TV el tremendo acontecimiento que representaba la elección en los EE.UU. de un presidente negro, y pensando en lo que se nos venía en Chile. Esa noche no dormí. Hacía años que no me pasaba una noche en blanco.

Lagos partió esa mañana temprano para París. Un buen amigo, Marcelo Contreras, estrecho colaborador de Insulza, sabía que yo estaba en estas conversaciones y evidentemente no había guardado el secreto. Yo era consciente de que la situación de Insulza no daba para más y le dije a Marcelo que pensaba que Lagos, finalmente, sería candidato y que personalmente iba a llamar a Insulza para informarle de su decisión. Todo esto se filtró inmediatamente a la prensa chilena. Arreciaban los llamados, el laguismo se despertaba. Varios llamaban para reivindicar un puesto en la lucha que se iniciaba. Algo, sin embargo, andaba mal. Lagos no se había comunicado con Insulza. En París había tenido un encuentro con dirigentes del PPD que reanimó sus aprensiones. Supe

después que otras personas, como Ernesto Ottone, se habían empleado a fondo para convencerlo de que su eventual candidatura era una mala decisión.

De vuelta en Santiago me tocó vivir días caracterizados por una gran confusión. Lagos estaba nuevamente en una posición dubitativa. Por esos días tuvo lugar una reunión importante de Lagos con la mesa del PPD. Me reuní con Pepe Auth, Guido Girardi y Alejandro Bahamondes. Estuvo conmigo Gonzalo Martner. La idea era ayudar a viabilizar la candidatura de Lagos a partir de un sólido respaldo del PPD. La reunión con la mesa de este último tuvo lugar al día siguiente. Según me contaron, fue una reunión dura, con mucha recriminación recíproca. El senador Guirardi, al que todos consideraban como uno de los principales adversarios de Lagos, terminó contribuyendo a tranquilizar las aguas. El resultado del encuentro estaba, en todo caso, muy por debajo de las necesidades. No se salió de allí con una decisión clara de sustentar una candidatura. Junto a la reiteración de sus aprensiones, Lagos puso condiciones imposibles de cumplir, como una suerte de derecho a veto en la constitución de las listas parlamentarias.

El 4 de diciembre, Lagos cumplió con la segunda petición que le formulé en Biarritz. Con voz entrecortada, me llamó minutos antes de la conferencia de prensa en la cual anunciaría que no era candidato a nada. “Hasta aquí llegamos”, me dijo. Lo escuché con mucha atención y le agradecí la deferencia. Había que empezar todo de nuevo.

Analizando retrospectivamente, es evidente que mis dudas iniciales respecto de la candidatura de Marco estaban determinadas por mi condición de barón de la Concertación. Ella comportaba un modo de pensar rígido, capaz de mirar solo hacia un lado. Mis aprensiones tenían también que ver con mi condición de padre, preocupado por el hijo que asume confrontaciones de las cuales puede salir mal herido.

La dinámica de los acontecimientos me fue haciendo cambiar y a poco andar comencé a sentir que estábamos en algo azaroso, pero que valía la pena. Para muchos fue una completa revelación. Un cambio en la sociedad y en nosotros mismos era posible. No estábamos obligados a resignarnos a la inercia. Por cierto, era necesario dejar de lado los cálculos y asumir riesgos. Al hacerlo, muchos sentimos que nos volvió el alma al cuerpo, que éramos todavía capaces de arriesgarnos y que la política, la pasión de toda una vida, no se había transformado en una carrera burocrática y en una descarnada batalla por mantenerse en el poder. La lucha que nos aprestábamos a librar era un nuevo episodio que reproducía a gran escala los debates que veníamos impulsando desde hacía años. No era pues pura improvisación. Impresionaba ver cómo, desde los más impensables sectores, surgían muy diversos tipos de personas reclamando un lugar en este esfuerzo. Muchas de ellas expresaban una gran frustración con la política realmente existente, otras por primera vez se atrevían a confiar en algo. Esta marea, con mucho ánimo y poca organización, con miles de voluntarios y pocos recursos, puso en evidencia cosas que parecían irremisiblemente perdidas, como la disposición a sacrificar posiciones adquiridas, la creatividad política de muchos que no son parte de las estructuras partidarias tradicionales y la energía latente en sectores importantes de la población. La experiencia del 2009 mostró que es posible volver a entusiasmarse y que no estamos condenados a continuar marcando el paso por caminos ya ampliamente recorridos.

Y los límites eran menos rígidos, no tan infranqueables. Más allá de sus condicionamientos objetivos, estos se encontraban en nosotros mismos. Ahí había que librar la batalla para desplazarlos todo cuanto fuera posible, ensanchando espacios, abriendo nuevas posibilidades. La campaña de Marco se transformó en el aspecto más novedoso de la contienda presidencial.

Allí estaban la ebullición, la efervescencia, la sorpresa. Allí nos reencontramos muchos que hacía años que andábamos separados. Allí nos encontramos muchos que nunca habíamos estado juntos. Parte de la riqueza del empeño resultaba de la amplitud de su convocatoria. Aunque no era el componente mayoritario, se había abierto espacio un sector que no había estado y no estaría nunca con la Concertación. Algunos habían estado con las candidaturas alternativas de la izquierda extraparlamentaria o ecologista, otros venían de la derecha, la mayoría de la indiferencia. Esa diversidad adquiriría coherencia en la búsqueda de una renovación de ideas y de elencos. Ser parte de la vieja guardia concertacionista no me producía complejos; al contrario, era la demostración de que encontraba mi coherencia con las críticas que desde hace mucho venía formulando. Tenía total conciencia de los riesgos que enfrentaba y muchos me los hicieron ver. Por suerte, mis dudas se disiparon rápido. No siento arrepentimiento ni tampoco nostalgia por mi antigua posición. Como tuve ocasión de decírselo a varios, siento que perdí una batalla electoral, pero que no sufrí una derrota ética ni tampoco política. Había que mostrar desprendimiento y lo mostramos. Había que abrir nuevos caminos y los estábamos abriendo.

Pero no todo fue miel sobre hojuelas. Las resistencias y los ataques que debimos enfrentar fueron múltiples y salvajes. Hace tiempo que aprendí que la política tiene dimensiones ásperas; sin embargo, quedé asombrado con la brutalidad de muchas reacciones.

Como lo dijo Jorge Navarrete, connotado analista democratacristiano, el mérito de Marco fue atreverse, “tener bolas”, según sus propias palabras. Él fue capaz de decir en voz alta lo que muchos murmuraban o simplemente callaban por todo tipo de temores. Pero el atreverse, lo comprobamos, se paga caro. Una tras otra fueron desplegándose diversas estrategias

para enfrentar la rebeldía. La primera fue ignorarla, no hablar de ella, hacer como si no existiera. El vacío.

La multiplicación de las evidencias que el movimiento comenzaba a prender, llevó a los dirigentes de los partidos de la Concertación a adoptar una decisión que sellaría muy tempranamente la suerte de la candidatura del ex presidente Frei. Si algo se había instituido como principio en la Concertación era la elección por la base, en primarias abiertas, de su candidato presidencial. Así se había hecho, aunque con restricciones, en 1993, cuando Frei obtuvo la nominación. Con ese procedimiento resultó electo Ricardo Lagos como candidato único de la coalición en mayo de 1999. Primarias abiertas eran también el mecanismo definido para dirimir la contienda que finalmente no tuvo lugar entre Michelle Bachelet y Soledad Alvear por el retiro anticipado de esta última en el 2005.

Conscientes, en un principio, de las dificultades que experimentaba la Concertación de cara a las presidenciales del 2009, unánimemente la dirigencia aceptó la idea de una primaria abierta en la cual pudiera inscribirse más de un candidato por partido. Esa fue la regla públicamente establecida para asegurar una primaria lo más participativa posible y evitar las disensiones internas. Este era el mecanismo que aseguraba la mayor legitimidad a una alternativa que se sabía enfrentaría una campaña cuesta arriba. Cualquier candidatura rebelde que hubiese rechazado someterse a la soberanía popular habría caído rápidamente en la ilegitimidad. A fin de evitar la proliferación de candidaturas sin ningún arraigo y solo a la búsqueda de publicidad gratuita, se estableció que, para inscribirse, cada una debía contar con un número mínimo de autoridades patrocinantes.

El anuncio por parte de Marco de su disposición a inscribirse en la primaria, contando para ello con los auspicios necesarios, provocó estragos. En una decisión totalmente arbitraria,

a petición del presidente de la Democracia Cristiana, según la versión del presidente del Partido Socialista de la época, Camilo Escalona, se modificó el acuerdo anterior. De ahora en adelante cada partido podría inscribir a un solo candidato: el resuelto por las cúpulas de cada cual. La idea de que mil flores pudieran florecer quedaba así sepultada.

No fue lo único. Se acordó asimismo regionalizar la primaria de una manera totalmente insólita e inaceptable desde el punto de vista de la democracia. En efecto, la elección se iniciaría en dos regiones del país (la VI y VII), pero si la diferencia entre las únicas dos candidaturas superaba los veinte puntos, el proceso se detendría automáticamente, procediéndose a proclamar candidato nacional de la coalición a aquel que resultara ganador.

Así ocurrió. Sin mediar debate nacional, con una elección en dos regiones que juntas representan menos del 10% del universo electoral, se procedió a elegir al ex presidente Frei como candidato único de la Concertación. El incidente protagonizado ese día, durante la proclamación de los resultados y frente a las cámaras, por el presidente del PS hostigando al senador José Antonio Gómez por haber mantenido su candidatura, quedará grabado como expresión de oprobio y bochorno.

La Concertación había experimentado una regresión democrática tremenda. El mecanismo de la primaria fraccionada, sin debate, fue inventado simplemente para salir del paso, para poder decir que se había cumplido con la formalidad de una elección, aunque el resultado estaba totalmente predeterminado. Era un puro trámite que generó solo costos y ningún beneficio.

Todavía no existe una versión única por parte de los presidentes de partido que se prestaron para esta maniobra. Lo más verdadero es lo que le escuché a Pepe Auth, presidente del Partido por la Democracia, que reconoció su falta de valor para

oponerse a un acuerdo que representaba un inmenso retroceso respecto de las prácticas democráticas. Los conflictos que debió protagonizar anteriormente, en particular en la definición de la estrategia municipal para el 2008, habían, según sus propias palabras, mellado su capacidad para continuar oponiéndose. La totalidad de los líderes de la Concertación guardó silencio. Requerido para que interviniera por el propio diputado Enríquez-Ominami, de manera de evitar las consecuencias que traería consigo el cambio en las reglas del juego, el ex presidente Frei, que a la postre sería la principal víctima de esta operación, señaló que este era un asunto que solo le competía a los partidos. Los otros ex presidentes no levantaron su voz.

Para quienes no compartíamos este modo de actuar, solo quedaban dos opciones: la subordinación o la ruptura. No tuvimos dudas: la Concertación había entrado en la recta final que la conducía al precipicio. Su derrota aparecía asegurada no por los grandes méritos de la derecha, sino por sus renunciaciones e inconsecuencias. El fracaso se percibía en las caras de los dirigentes, en la falta de ánimo de la militancia y en la apatía de grandes sectores del pueblo concertacionista.

En este sentido, el levantamiento de la opción presidencial de Enríquez-Ominami fue impuesto por la propia dirigencia de la Concertación. Si se hubiese mantenido el acuerdo de primarias abiertas a diferentes candidatos, habríamos tenido que participar de ese proceso. Es difícil imaginar cuál habría podido ser su resultado. Lo más probable es que, a la postre, se hubiese impuesto el peso de los aparatos partidarios a favor del ex presidente Frei. Pero si ese hubiera sido el resultado, la candidatura de este último hubiera tenido una legitimidad y un impulso que nunca tuvo y que fue lo que la condujo a obtener en la primera vuelta presidencial un magro 29%.

Luego del simulacro de primarias, la estrategia oficial mayoritaria se orientó en la dirección del trato despectivo, del



“ninguneo”. Apareció así la expresión “Marquito”, tratando de mostrar que lo que había aquí era una travesura casi infantil. En ese cuadro, muchos apostaron a que la candidatura no podría inscribirse, ya que para hacerlo, un candidato independiente debía presentar cuarenta y cinco mil firmas, ante notario, de ciudadanos y ciudadanas sin militancia en algún partido.

Una vez más esa estrategia falló e incluso tuvo efectos contraproducentes. Conscientes de la importancia de su auspicio, miles de personas concurren a las notarías o formalizaron su adhesión ante la autoridad correspondiente, en mesas instaladas en puntos claves de las principales ciudades. Antes de septiembre, la fecha límite para inscribir candidaturas, el comando de Enríquez-Ominami disponía de casi el doble de los auspicios necesarios para formalizar la inscripción.

Esto iba en serio. Todas las encuestas mostraban el ascenso de la candidatura de Marco y la pérdida de velocidad de la opción encabezada por Frei. Durante el mes de septiembre, diversos estudios de opinión daban cuenta de dos hechos fundamentales: por una parte, que la velocidad del ascenso de Marco permitía pensar que podía ganarle a Frei en la primera vuelta, fijada para el 13 de diciembre; y por otra, que era el único que tenía posibilidad de imponerse a Sebastián Piñera en la segunda vuelta. De hecho, nunca ninguna encuesta mínimamente seria mostró que Frei pudiera derrotar a Piñera.

Fue al inicio de la campaña oficial, inmediatamente después del primer debate presidencial, el 23 de septiembre, que se produjo un vuelco. De esta primera confrontación no emergió un triunfador indiscutido. Varias encuestas dieron a Marco como ganador; otras confirmaron la energía de Piñera; y algunas señalaron a Jorge Arrate como la gran sorpresa. En cualquier caso, ninguna dio como ganador a Frei y más bien todas lo consagraron como el gran perdedor de la jornada.

Probablemente no hubo una reunión formal con todos los protagonistas sentados alrededor de una mesa para formalizarlo, pero el acuerdo consistente en parar a Marco se produjo y surtió sus efectos. La dirigencia concertacionista terminaba de sellar la lápida de la candidatura de Eduardo Frei. La presidencia de Chile estaba perdida. Había que resignarse. Más de alguno hizo la cuenta de que no era tan grave. En virtud de la alternancia, era mejor un interregno con un Gobierno de derecha, ya que un quinto Gobierno de la Concertación era demasiado. El cálculo era simple; la decisión, brutal. Era mejor perder la presidencial que el poder al interior de la centroizquierda. Aunque Marco representara la única posibilidad, por cierto no asegurada, de derrotar a Piñera, había que liquidarlo. Se inició así una lucha sin cuartel.

“Son un instrumento de la derecha, no aseguran gobernabilidad, el bien máspreciado de Chile”, fue una de las consignas de moda en el oficialismo. Los funcionarios públicos que manifestaban simpatía por nuestra opción fueron amenazados. Amigos de siempre comenzaron a alejarse temerosos. Otros, que claramente resultaron ser menos amigos, nos volvieron la espalda.

Se había configurado una santa alianza. Las otras tres candidaturas encontraban un punto de convergencia: parar la rebeldía, liquidar al díscolo. Cada cual tenía sus propias razones. En el caso de la Concertación eran obvias, representábamos una amenaza directa. Por primera vez emergía una alternativa que encarnaba un cambio y tenía una opción de triunfo. Para el *establishment* de la Concertación era un desastre completo. La idea de que Marco pasara a segunda vuelta a disputar con Piñera la presidencia de la Nación, constituía una verdadera pesadilla. Un resultado de ese tipo habría provocado un cambio muy grande en las direcciones políticas de la Concertación. A toda costa había que evitarlo.

Personalmente, debo reconocer que fui ingenuo. Consciente de los peligros que entrañaba una competencia estrecha con Eduardo Frei, desplegué mis mejores esfuerzos para pedirle a la presidenta Bachelet que garantizara una mínima imparcialidad. No acostumbro a develar conversaciones que se entienden como privadas; sin embargo, se trata de cuestiones de interés público que merecen transparencia. Fue una conversación larga y sin tensiones, a pesar de que yo venía de enfrentar un episodio particularmente duro. Acababa de participar de una reunión de la comisión política del PS en la cual, luego de constatar que mi opción por Marco, no tenía cabida en el partido, por lo que anuncié mi renuncia a la condición de vicepresidente y militante. Como se trataba de una decisión predecible, la presidencia del partido había organizado, con la debida publicidad ante las cámaras, la contramanifestación correspondiente. La fecha de la cita con la presidenta había coincidido con la reunión de la comisión política. Era todo de tan mal gusto que me abstuve de comentar el incidente con ella. Se informo de él por la prensa al día siguiente.

Hablamos de muchas cosas. Le expliqué mi decisión y sus razones. No advertí reproches. Sentí, más aun, un pesar verdadero por los riesgos que se abrían sobre mi senaturía. Recordamos que hacía casi ocho años habíamos estado juntos en mi casa, con los principales dirigentes socialistas de la salud, en la víspera de mi reelección en el 2001.

Le expresé formalmente que entendía que ella estaba en una situación difícil: no tenía más remedio que apoyar al candidato oficial de la Concertación. Nos acordamos de una conversación en La Habana, a inicios del 2009, en una fiesta en la casa de Max Marambio, al finalizar la controvertida visita a Cuba. En un momento del cual fui testigo, ella le dijo a Marco que si quería ser feliz no fuera candidato. La respuesta de Marco me pareció sorprendente: la sacó a bailar.

Después de mucho preámbulo, entramos al nervio de la cuestión. Le pedí algo simple y evidente: que si, como estábamos de acuerdo, no había habido primarias de verdad en la Concertación, entendiéramos que la primera vuelta constituía la oportunidad efectiva de una elección en nuestro mundo y que, consistentemente, se guardara para la segunda vuelta para hacer valer allí todo su influencia, apoyando al candidato que democráticamente se estableciera debía enfrentar a la derecha. Recuerdo que me escuchó con atención. En algún momento me dijo que Marco era todavía muy joven y que podía esperar. Le retruqué diciendo que esto no era cuestión de opciones personales, que lo único que importaba era darle continuidad a un proyecto y que, independiente de la voluntad de las dirigencias, Marco representaba, mucho más que Frei, su continuidad cultural y también política.

Era ya tarde. Nuestra comida había sido sobria. Tenía una sensación extraña. Me sentía más con la amiga de siempre que con la presidenta de Chile, por lo que me atreví a pedirle una definición. Salí esa noche de la calle Burgos con la impresión de que había alcanzado un acuerdo correcto. La presidenta haría todo lo necesario para que la competencia no se desbocara, esperaría a ver los resultados de la primera vuelta e intervendría legítimamente para hacer valer su opción en la segunda.

En la mañana le conté a Marco los pormenores de mi conversación. Me escuchó calmadamente, pero evidenciando su escepticismo. Tenía razón, porque al final ocurrió lo contrario de lo que yo entendía habíamos concordado con la presidenta. A los pocos días, Ángela, su madre, entró abiertamente en campaña al lado de Frei. El Gobierno multiplicó su intervención y los diques de la mínima imparcialidad se rompieron. El Gobierno y la propia presidenta se jugaron a fondo en la primera vuelta, enfrentando la segunda con la falta de ganas de quien se sabe de antemano derrotado.

Fue un golpe duro, pero no fue el único. Jorge Arrate y el Partido Comunista hicieron también su aporte, descargando una crítica implacable sobre la candidatura de Marco. Si con ocasión del primer debate había sido evidente una cierta simpatía entre ambos, en los días siguientes todo fue descalificación e improperio.

Algo grave había pasado. La interpretación más benévola es psicoanalítica. Jorge Arrate, dirigente excepcional, intelectualmente muy por sobre el promedio de la izquierda, no resistía que un joven diputado le hubiera arrebatado la condición de alternativa a la Concertación, relegándolo a la marginalidad. Se le había producido una herida narcisa que lo llevaba a reaccionar con un encono que lo hacía irreconocible. Puso toda su imaginación para denostar la candidatura de Marco. Era muy doloroso escucharlo. El que había sido un gran inspirador de la renovación de la izquierda terminaba expresando lo más arcaico y añejo que todavía perdura en ella. Él, que había intentado que Marco fuera su jefe de campaña, terminaba tratándolo como al peor de sus enemigos. Tengo todavía vivo el recuerdo de mi última conversación con Jorge. Fue en mi casa. Con gran franqueza me adelantó que iba a ser candidato a la presidencia, que era imprescindible levantar una alternativa al continuismo concertacionista y que se disponía a disparar sus últimos cartuchos. Pensé muchas cosas, pero nunca que estos se iban a dirigir en contra nuestra.

Formaba también parte del cuadro enrarecido el hecho de que el Partido Comunista, el principal respaldo de la candidatura de Arrate, tuviera un pacto instrumental con la Concertación para intentar romper su injusta exclusión del Parlamento. A decir verdad, al Partido Comunista le importaban mucho más sus posibles diputados que la candidatura de Arrate. A la agria disputa con la Concertación se agregó la apertura de

otro flanco, esta vez por la izquierda. Cuantitativamente no era decisivo. Políticamente produjo altos costos.

La crítica sistemática por la izquierda obligó a la campaña a intentar refutarla y a cerrar flancos. De esta forma se perdió en transversalidad y capacidad para expresar a sectores liberales que se resistían a votar por Piñera. Acosada por la crítica de lado y lado, la campaña comenzó a ceder iniciativa, obligada a responder a ataques diarios. Se hacía crecientemente reactiva y se tornaba más difuso su principal activo: la representación del cambio. Involuntariamente, no lo dudo, Arrate terminaba favoreciendo aquello contra lo cual había luchado toda una vida.

Sebastián Piñera y la derecha se dieron perfecta cuenta de la nueva situación creada. Al inicio de la campaña, para ellos el adversario natural era la Concertación, que los había derrotado en cuatro oportunidades. La de Marco era una candidatura que estimaban sin chances y que contribuía a evidenciar el desgaste de la coalición de Gobierno. No asumieron, por tanto, una actitud beligerante. En la recta final, en las postrimerías de septiembre, esa estrategia sufrió una modificación. Piñera se dio cuenta de que le convenía hacer de Frei su principal adversario; era una figura conocida que no tenía por dónde disputarle la representación del cambio. En cuanto a Marco, esto significó ignorarlo y por esa vía restarle oxígeno y espacio.

Las estrategias desplegadas de uno y otro lado consiguieron su objetivo. La campaña de Marco, que venía creciendo a una gran velocidad, tendió a estancarse. Diversos estudios de opinión comenzaron a ponerlo en evidencia. A su vez, la desproporción de medios económicos se hizo manifiesta. El despliegue publicitario de Piñera era agobiante. La campaña de Frei nos superaba también ampliamente en radio y vía pública.

## Mi derrota senatorial

Personalmente, fue por esos días de finales de septiembre que llegué al convencimiento de que el esfuerzo realizado superaba cualquier pronóstico, pero que no sería suficiente para pasar a la segunda vuelta. Y, con anterioridad, sabía también que mi campaña senatorial se encaminaba hacia la derrota y que no había mucho que hacer para evitarla.

Era duro hacer campaña en esas condiciones. A toda costa, tenía que mantener el esfuerzo para evitar el desplome. La campaña de Marco y su proyección futura fueron mi principal estímulo. Aunque en esta ocasión ambos fuéramos derrotados electoralmente, la convicción de estar abriendo un camino hacia adelante me permitió enfrentar dignamente una rutina agotadora.

En realidad, aunque pudiera ser difícil de asumir, en la campaña presidencial de Marco estaba el futuro. Se respiraba en ella un frescor que la senatorial no tenía. Mis equipos de campaña no compartían esta visión; para ellos, la senatorial era lo esencial. La presidencial era una circunstancia nueva a la cual la mayoría se plegó con entusiasmo, pero no constituía la tarea prioritaria.

De todas formas y decididamente, la senatorial carecía de la épica necesaria para enfrentar las adversidades que a diario surgían. Jugaba a mi favor el ser capaz de sacrificar una reelección segura a fin de apoyar el esfuerzo mayor del hijo. Mucha gente me lo decía en la calle con voz emocionada. No eran, sin embargo, suficientes. La emoción que podía generar mi decisión no tenía la fuerza para resistir todos los factores adversos. Por de pronto, llevar dieciséis años en el Senado y bregar por un tercer mandato de otros ocho no representaba precisamente una gran epopeya. Los años dan una experiencia y un conocimiento del territorio que es muy difícil de alcanzar.

Se generan también lazos estrechos y solidaridades profundas con dirigentes de base que, con enormes esfuerzos, luchan por sacar adelante sus comunidades. Pero, en sentido inverso, se establecen rutinas puramente formales, los equipos se burocratizan y los entusiasmos disminuyen. La relación con la base social deriva muchas veces en una atención al público que, casi inevitablemente desemboca, en algún tipo de clientelismo.

A lo largo de los años se había forjado en torno a mí la imagen de senador poderoso. Esta es un arma de doble filo. Por un lado otorga respetabilidad, pero por el otro genera expectativas desmedidas. A mi oficina llegaba todo tipo de casos, muchos de ellos, después de haber agotado todos los otros caminos. Demandas de empleo, de jubilación para quien no cumplía con los requisitos legales para ello, de revisión de decisiones judiciales estimadas injustas, son algunas de las situaciones sin solución que cotidianamente nos presentaban. La imposibilidad de resolverlas iba acumulando pasivos que se expresaban con fuerza en los períodos electorales. Pero, sobre todo, más allá de mi trayectoria de autoflagelante, era visto como un “barón del socialismo y la Concertación”. Era estructuralmente parte del sistema, un dinosaurio de esos que el programa de Marco proponía desplazar.

Esta vez mi candidatura tenía una falla geológica. Mi condición de senador poderoso estaba amagada por mi renuncia a la Concertación y el desafío que me lanzaba la estructuración de una dupla de candidatos a los cuales yo solo no podía superar. Pero, a su vez, mi trayectoria de tantos años en el oficialismo no me permitía encabezar una cruzada por la renovación. Quede así entre dos fuegos. Dada mi condición de disidente sufrí abusos de autoridad que todavía me duelen y a los cuales, por cierto, no estaba acostumbrado.

La verdad es que mi suerte quedó echada desde el momento en que, desde la Concertación, se estimuló con entusiasmo

y éxito la asociación entre el ex diputado Ignacio Walker y el, en ese entonces, senador Nelson Ávila. Era un disparo al corazón. El primero representaba las posturas más conservadoras; el segundo, las más críticas y díscolas. La posibilidad de obtener más votos que la suma de ambos era muy remota. La única vía era consiguiendo un socio de lista suficientemente poderoso. Lo intenté. En un momento parecía que se lograba. La doctora Vivienne Bachelet me propuso acompañarme en la aventura. Era, sin duda, un gran nombre. Nos reunimos a planificar todos los detalles. Convinimos incluso una cena en mi casa para celebrar el acontecimiento y presentar a nuestros respectivos encargados de campaña. Los míos llegaron a la hora llenos de optimismo. Una vez más, íbamos a sorprender golpeando a la cátedra. La doctora se hacía esperar. Al final llegó. Sola y cabizbaja. Antes de entrar, en el antejardín, me comunicó que se le habían presentado problemas personales y que desgraciadamente no podría ser de la partida. Igual cenamos, pero inevitablemente a todos se nos quedó la comida atragantada.

Nunca sabré con exactitud cuáles fueron las razones de esta renuncia que me hizo daño, porque la posibilidad de que la asociación prosperara ya estaba en la prensa y su no concreción significó una pérdida que me obligó a tener que pasar varios días dando explicaciones.

Más allá de lo anecdótico, hay aquí una cuestión de fondo que dice directa relación con la crisis y desprestigio de la política: la falta de renovación de las dirigencias. Personalmente, tenía desde hace tiempo conciencia acerca de la urgencia de renovar las elites y que este proceso solo se podía hacer por una vía compulsiva: la limitación legal de mandatos. De otra forma, la tendencia de los parlamentarios a aferrarse a sus cargos era incontrarrestable. Como prueba de esa convicción, presenté un proyecto de reforma constitucional, estableciendo

un máximo de dos períodos consecutivos para diputados y senadores. Allí quedó. Nunca se discutió.

He de reconocer que cometí un error. Debí haber actuado conforme a esa convicción y no haber ido a una nueva reelección. Habría podido recorrer Chile, aportando más a la campaña presidencial y, por cierto, me habría ahorrado unos esfuerzos dignos de mejor causa. En mi interior algo me decía que dieciséis años de senador eran suficientes y que veinticuatro eran muchos. Lamento no haberme hecho caso, aunque debo reconocer que es efectivo eso de que una derrota puede enseñar más que mil victorias.

### **Fin de campaña y segunda vuelta**

Frente a la intensidad de los ataques había que apretar los dientes y replicar con toda la fuerza de que fuéramos capaces. En situaciones límite como esa se dicen cosas muy duras. No es del caso hacer aquí el inventario de las ofensas. Tratamos en todo lo que pudimos de separar el juicio político de la descalificación personal. Los principales adversarios de Marco no pueden decir lo mismo, todo servía en el afán de intentar destruirlo.

Ese fue el tono predominante de los dos últimos meses de campaña. En la franja televisiva de Frei no se escatimaron los ataques, incluidos los más bajos. Karen, la mujer de Marco, pilar fundamental de la campaña, los sufrió en carne propia, llegando algunos en su desesperación a solicitar públicamente su remoción del canal público, del cual era uno de sus principales rostros.

Traer a colación algunos de estos episodios tiene un solo sentido: mostrar cómo, cuando la política pierde su norte y se transforma en lucha cruda por el poder, se generan dinámicas

terriblemente destructivas, cuyos efectos pueden hacerse sentir durante largos períodos.

Las serias discrepancias al interior de la Concertación debieron haberse enfrentado en unas primarias abiertas con amplio debate y con la suficiente anticipación respecto de la elección de diciembre, para así hacer posible la cicatrización de las heridas que una confrontación de ese tipo produce. Luego de desahuciada esa opción se podía todavía intentar un “pacto republicano”, en virtud del cual se dejara establecido que el candidato de la centro-izquierda —cualquiera que fuese— que pasara a segunda vuelta, recibiría automáticamente el apoyo de los otros. Personalmente intenté esa vía. Incluso la propuse formalmente en la mesa y la comisión política del Partido Socialista. El argumento tenía mucha lógica. La Concertación había pactado con el Partido Comunista un arreglo parlamentario, sin perjuicio de que este tenía candidato presidencial propio. Desistí de seguir proponiendo la idea frente a la indiferencia de la dirigencia socialista y la acusación que alguien deslizó en el sentido de que estaba buscando resolver mi propia situación electoral.

Era de sentido común ponerle límites a la confrontación al interior de la centro-izquierda, puesto que al final, de cara a la segunda vuelta, se requeriría la confluencia de los votos de todos. Pero si cada campaña se radicalizaba en su disputa con el del lado y no con el del frente, esto sería virtualmente imposible.

Y fue exactamente lo que sucedió. Duras acusaciones y réplicas todavía más fuertes fueron la tónica de los últimos meses. Todo ocurría como en las tragedias griegas: se podía adivinar el final, pero los protagonistas no podían hacer nada por evitarlo.

Así y todo conservamos algunos puentes. Durante todo ese tiempo mantuve un contacto permanente con Belisario

Velasco, dirigente histórico del PDC, con quien me une una relación de respeto y amistad. Tanto Frei como Marco estaban al tanto de nuestros encuentros que nunca se filtraron a la prensa. Belisario, como la gran mayoría, no creía al comienzo que la opción de Marco pudiera transformarse en algo relevante. De buena fe pensaba que jamás podría llegar a los dos dígitos. Cuando las encuestas comenzaron a mostrar que estaba equivocado intentó abrir caminos de entendimiento. No obstante su estrecha cercanía con el ex presidente Frei, no lo consiguió. La disputa era demasiado intensa y nuestras conversaciones planeaban en el vacío. Estábamos llenos de buenas intenciones, pero éramos impotentes para llevarlas a la realidad. Como consuelo nos quedó una amistad fortalecida y el testimonio, al menos frente a nosotros mismos, de que personas de distintas trayectorias políticas podíamos mantener el diálogo intentando que la sangre no llegara al río.

Aunque nuestro empeño haya sido infructuoso, tiene una significación que va más allá de la anécdota. No soy, como algunos sostienen, un antidemócrata cristiano por naturaleza. Más aún, me siento mucho más en confianza con alguien como Belisario que como me sentía con algunos de mis ex compañeros del PS.

Los grandes hitos de la contienda presidencial durante las últimas semanas fueron los debates entre los candidatos y sus cierres de campaña. Marco terminó en Concepción. Lo acompañé y fui testigo de la enorme demostración de fuerza: por sobre las treinta mil personas, según el parte policial, cifra que hacía muchos años no se reunía en una manifestación política en esa ciudad. Tuve también oportunidad de compartir con la gente que allí se manifestaba. Se respiraba entusiasmo y optimismo. Creían que íbamos a ganar. Muchos pensaban lo mismo en el comando, incluido Marco.

Yo estaba consciente, sin embargo, de las complejidades de la geografía electoral del país. La situación de las grandes ciudades no era totalmente representativa del cuadro nacional. Menos aún la de Concepción, que algo conserva de su tradición progresista. En otras regiones del país, como la VII y la IX, la penetración de la campaña era menor. La figura de Marco era más desconocida o generaba más temores en electorados tradicionalmente conservadores. Esta era además la tónica en todos los pueblos más pequeños de las áreas rurales. Allí, Marco no había alcanzado a llegar y no teníamos ningún tipo de estructura de apoyo. Por eso no compartía el optimismo reinante en su comando, aunque de todos modos sabía que no era el momento de análisis lúcidos, pero inconducentes. La hipótesis de llegar terceros, detrás de Frei, conducía a una discusión tóxica entre nosotros. Cuando se nos preguntaba respecto a nuestra actitud, de cara a una segunda vuelta entre Piñera y Frei, nuestra respuesta invariable era que íbamos a ganar y que, por tanto, no nos poníamos en esa situación. Yo me había puesto e, incluso, estaban registrados en la prensa mis dichos, aludiendo que para mí no daba lo mismo entre Piñera y Frei, y que en la eventualidad de que fuera este último el elegido por el pueblo para disputar con la derecha, yo le brindaría todo mi apoyo. Es bien sabido que este no era el consenso entre nosotros. Nuestro acuerdo llegaba al punto de no adelantar una opinión que necesariamente provocaría fisuras. En eso nos mantuvimos, no obstante las presiones de algunos para que tomáramos anticipadamente partido.

La tensión en el ambiente era enorme y comprensible. La última reunión del comando nacional, previa a la elección, tuvo lugar en la sede central de calle Morandé. Fue muy concurrida. Haciendo sus mejores esfuerzos, Max Marambio reiteró su fe en la victoria. Apoyó su arenga en consideraciones objetivas y subjetivas. Me produjo mucha admiración la fuerza que

desplegaba. Sentí, sin embargo, que un cierto escepticismo estaba ya instalado en lo que de forma espontánea y un poco anárquica se había constituido como comando de campaña. La mayoría de sus integrantes ni siquiera se conocían; venían de horizontes ideológicos muy diversos. Nadie manifestó una opinión en contrario. Nos despedimos felicitándonos por el tesón manifestado para sacar adelante esta verdadera cruzada por la renovación y el progresismo.

Y así llegó el domingo de la elección. Acompañé a Manuela a Quillota, en donde votó en el mismo recinto junto a Karen. Yo lo hice en Limache. Saludamos, nos reunimos con compañeros y amigos que se acercaron, y luego nos fuimos a Santiago, a compartir en familia en la casa de Marco. Fue un almuerzo tranquilo. Estábamos todos exhaustos.

Volver temprano a Santiago era toda una decisión. En las anteriores elecciones me quedaba en la región esperando los resultados y, en realidad, preparando la celebración del triunfo. Así lo hicimos en 1993, la primera vez que fui electo senador y lo repetimos en el mismo lugar, El Retiro, en Quilpué, cuando fui reelecto en el 2001. Esta vez sabía que no habría celebración. Frente a mi equipo levanté el argumento de que debía estar junto a Marco en una jornada que iba a ser tensa y complicada, que la senatorial tenía que subordinarse a la presidencial. Todos manifestaron su comprensión. Igual cada cual estaría en su lugar de trabajo e iríamos tomando decisiones a medida que los acontecimientos se fueran sucediendo.

El comando de campaña de Marco se había instalado en una vieja casa del barrio Concha y Toro, la que alguna vez fue sede del PPD y a la vuelta de la casa que sirvió de centro de operación al PS durante varios años. Era notorio el esfuerzo realizado para acondicionarla de la mejor manera para la ocasión. Se percibía una mezcla de buen gusto, creatividad y sobriedad.

Llegamos temprano. El sistema electoral chileno funciona bien y, salvo disputas muy reñidas, está en condiciones de entregar resultados fiables antes de las veinte horas. Esta vez no fue la excepción. Incluso antes de esa hora, los recuentos realizados por los medios de comunicación mostraban una tendencia clara. Piñera llegaba, lejos, en el primer lugar, con 42%. Marco conseguía una gran votación, por sobre el 20%. Si bien Frei pasaba a la segunda vuelta, el resultado obtenido por la Concertación era francamente malo: 29%, es decir, exactamente la mitad del 58% que el propio Frei había obtenido cuando resultó electo presidente en 1993. Claramente eran otros tiempos.

El ambiente en Concha y Toro era bueno. No se respiraba derrota. Predominaba una sensación de orgullo por la gravitación del respaldo alcanzado, que se mezclaba con algunas caras de pena porque hasta aquí llegaba la campaña y preocupación por el complejo escenario que se abría.

De pasada me enteré por la TV del resultado de la senatorial en mi circunscripción. En ocasiones anteriores, recibía con mucha anticipación llamados adelantando resultados parciales que eran muy auspiciosos. Es natural, a la gente le gusta dar buenas noticias. El que hubieran pasado las horas sin haber recibido información desde la región era la confirmación de lo que yo sabía de mucho antes. Secretamente, me daba cierta alegría pensar que se me abría la posibilidad de una nueva vida con la recuperación de mi libertad y mis tiempos para leer, pensar y escribir, sin el apremio de la contingencia con todas sus exigencias.

Marco, junto a sus colaboradores más cercanos, estábamos en una sala aparte del salón al cual llegaban personas desde los más distintos lugares y condición social. Me impresionó la serenidad con que enfrentaba la situación. Pacientemente revisó y dio los últimos retoques a la intervención que debía

realizar frente a los medios que se agolpaban en el exterior, tratando de capturar hasta el más mínimo detalle del momento que se vivía.

Marco tomó posición en el escenario especialmente acondicionado. En verdad eran una tarima y un podio. Colaboradores, familiares y amigos lo rodeamos. No estaba solo. Los que estábamos allí asumíamos la representación del millón y medio de chilenas y chilenos que se habían atrevido a salirse del binominalismo alimentado por los dos conglomerados tradicionales.

Fue una gran intervención, la mejor que le conozco. Con toda seguridad, era el producto de una larga meditación. Había de todo: referencias a la historia, al nuevo mundo en que vivimos, a Chile y sus rincones, a los anhelos más íntimos de las chilenas y chilenos, a la magnitud del esfuerzo realizado, a la entrega desinteresada de tantas y tantos, a Miguel, su padre biológico, a Manuela, a Karen, a mí, a sus hijas. Me emocioné y se me cayeron algunas lágrimas. Sinceramente no eran de pena, es sabido que no solo las tristezas provocan llanto. Era mucha la intensidad del momento. Conmovía la fuerza de Marco para hablar a corazón abierto sin quebrarse. Me venían al recuerdo escenas de distintas situaciones de nuestras vidas: París, el exilio, el retorno, los combates en conjunto y también uno que otro desencuentro. Era impresionante constatar cómo Marco había crecido y con una voluntad inquebrantable había asumido el riesgo de desafiar a los poderes constituidos.

Así, un camino quedaba abierto.

Los días siguientes fueron de los más extraños que he vivido. En ese mes, la política mostró todas sus caras, desde las más amables hasta las más feas. Manifestaciones y gestos de apoyo, comprensión y agradecimiento por haber hecho posible que muchos volvieran a creer. Intentos, por otra parte, de culparnos



por lo ocurrido, de responsabilizarnos por una derrota cuyos grandes protagonistas eran los principales dirigentes de la Concertación. La rechifla con que fueron recibidos los presidentes de los partidos de la Concertación en el acto de relanzamiento de la candidatura de Eduardo Frei, el jueves 17 de diciembre, por sus propios partidarios, no dejó dudas respecto de la extensión de las críticas que a estos se les formulaban.

En esos días fui víctima de un virtual acoso. Nunca había sido tan solicitado. Decenas de dirigentes de primer nivel que habían eludido pronunciarse durante los primeros meses del 2009, cuando todavía era posible hacer algo, ahora insistían en conversar, invocando la amistad, viejas luchas y urgentes responsabilidades. En esto se podía encontrar de todo. Preocupación sincera por el posible triunfo de la derecha y también afán de protagonismo. Varios pensaron ingenuamente que este podía ser su momento de gloria negociando el apoyo de los discólos.

El problema no era mi posición personal, que estaba tomada hace tiempo. El problema era cómo hacer para que Marco adoptara la suya sin sacrificar el esfuerzo realizado o, más dramáticamente aún, sin traicionar la esencia autónoma e independiente de la campaña. La situación planteada tenía mucho de zapato chino. Mientras desde el lado de la Concertación se presionaba para que otorgáramos lo antes posible un apoyo a la candidatura de Frei, del lado de Piñera se insistía en que guardáramos nuestra independencia. De uno y otro lado recibíamos presiones y amenazas: quedar para la historia como los responsables del triunfo de la derecha o culpables de haber tirado por la borda la confianza del pueblo que nos había votado, apoyando a una de las dos candidaturas.

Contrariamente a muchas cosas que se dijeron, no tuve grandes discrepancias con Marco ni tampoco con Max. Estábamos claros que no daba lo mismo entre las dos candidaturas

y habíamos acordado que, bajo ninguna circunstancia, íbamos a entrar a un proceso de negociación de nuestro apoyo. Marco fue enfático en este punto a lo largo de la campaña y no podía desdecirse. Presionado por los periodistas a que respondiera sobre su actitud en una segunda vuelta en la cual no estuviera su nombre en la papeleta, había llegado a decir que él no daría órdenes a nadie, que cada cual era libre de resolver de acuerdo a su conciencia y que esa libertad, que él le reconocía a todos, pedía también que se la reconocieran a él.

Por ahí estaba la estrecha puerta de salida. Muy tempranamente acordamos que Marco afirmaría públicamente que votaría por Frei. El tema era cómo y cuándo hacerlo. Convinimos además que yo partiría entregando una señal nítida en esa dirección. Comunicqué esa decisión a Belisario Velasco y convinimos los detalles de mi visita a la casa de Frei para expresarle mi apoyo. Salió todo bien. El 8 de enero concurrí solo a su casa en la calle Baztán. Antes de enfrentar juntos a las cámaras tuvimos una breve conversación a solas. Le expliqué las complejidades de la situación que enfrentábamos. Manifestó comprensión. No era del caso entrar en honduras respecto de lo que habíamos vivido. Constatamos que, a pesar de las circunstancias, nos teníamos respeto e incluso aprecio. Con naturalidad y total convencimiento hice mi declaración de apoyo a su opción. Mencioné varias veces su nombre, pero omití expresamente cualquier referencia a la Concertación. Volví a mi casa con una cierta sensación de alivio. No me hacía ilusiones respecto del impacto de esta determinación en el resultado final. En todo caso, cumplía con lo que yo entendía era mi obligación.

Seguía, de todas formas, todavía pendiente la forma en que Marco expresaría su opción. Para facilitar este proceso se abrió una conversación que mantuvimos totalmente en privado con el Gobierno, representado por el ministro de la presidencia,

José Antonio Viera-Gallo, y el comando de Frei, representado por Ricardo Solari, ex ministro del presidente Lagos. Concurrimos Max Marambio y yo a las dos o tres reuniones que sostuvimos. Dejando en claro de antemano que no se trataba de abrir ningún tipo de negociación, hicimos presente cuál era nuestra disposición y la de Marco, y que para facilitar su materialización era necesario que se pudieran reunir ciertas condiciones. Las más esenciales eran el empeño serio del Gobierno para hacer aprobar en el Parlamento la ley de inscripción automática y voto voluntario, respecto de la cual todas las fuerzas políticas tenían una posición favorable, y un gesto fuerte de la Concertación reconociendo los errores cometidos. Fueron reuniones más bien cortas, amables pero secas, a pesar de los años que nos conocíamos. Creo que ambos ex ministros hicieron todo lo que estuvo de su parte. El Gobierno le puso suma emergencia al proyecto de inscripción automática y su tramitación avanzó con rapidez en el Parlamento. Por su parte, renunciaron a las presidencias de sus partidos Pepe Auth y José Antonio Gómez, del PPD y el PRSD, respectivamente. Fieles a sí mismos, no hicieron gesto alguno ni el presidente del PS ni tampoco el del PDC.

Finalmente, Marco hizo su declaración. Sin nombrarlo, señaló que votaría por Frei y formuló duros cuestionamientos a la derecha. A decir verdad, nadie quedó conforme. Se podrá discutir acerca de las mejores o peores formas de fijar una posición en una circunstancia como esa. Es evidente que Marco pagó altos costos. En todo caso, dos tercios de sus votantes dieron su apoyo a Frei. Sin embargo, no fueron suficientes. El 17 de enero Sebastián Piñera se alzaría con la victoria al alcanzar el 52% de las preferencias. De este modo, se abría un nuevo ciclo en la política chilena.

## 9 Para volver a creer

No hay razones para pensar que, en un horizonte previsible, podremos construir el mejor de los mundos. En cambio, podemos y debemos aspirar a construir, aquí y ahora, un mundo mejor<sup>1</sup>. Seguramente no será la sociedad de los iguales; conformémonos con que sea, al menos, la de los parecidos<sup>2</sup>.

### Un mundo raro

Para cambiar el mundo, la condición primera es tratar de entenderlo. Contrariamente a las esperanzas de la izquierda marxista, el capitalismo no se desplomó. Las fuerzas productivas continuaron desarrollándose, incluso de manera extremadamente acelerada. Las relaciones sociales de producción imperantes no fueron un freno para ellas. Pero, al mismo tiempo, es un hecho que la irracionalidad propia del capitalismo continúa. Entre el desarrollo vertiginoso de la ciencia, la tecnología y todas sus posibles aplicaciones, y los dramas que arrastra la humanidad, el contraste es brutal.

Los alcances de la ciencia y la técnica son ilimitados, y las fronteras de lo posible están en permanente desplazamiento. La ocupación del universo y la intervención del genoma humano, por citar dos grandes cosas, en verdad enormes, son ya no solo parte del mundo de lo pensable, sino que sus posibilidades están en plena explotación. Sin embargo, al mismo tiempo, millones de seres humanos padecen hambre, sufren

<sup>1</sup> Morin, Edgar. *La voie, pour l'avenir de l'humanité*. París: Fayard, 2011.

<sup>2</sup> Louise Bourgeois en el documental *Après la gauche*.

enfermedades perfectamente evitables y una parte importante, entre un quinto y un sexto de la humanidad, vive en condiciones de pobreza. En el mundo en que vivimos los progresos técnicos fulgurantes del siglo XXI coexisten con realidades laborales, culturales y sanitarias más propias del siglo XIX.

El desarrollo actual, sea en base a los distintos tipos de capitalismo (americano, asiático, europeo, periférico...), como al “socialismo de mercado” a la china, genera amenazas serias y reales en contra de la sobrevivencia del propio planeta. El cambio climático, con todas sus tremendas consecuencias en sequías, inundaciones y otras catástrofes, es expresión de esta nueva y dramática realidad. El capitalismo, contrariamente a lo vaticinado por sus apologistas, no ha sido tampoco capaz de controlar su ciclo y eliminar sus desequilibrios. Para no ir más lejos, la pasada década terminó con una tremenda crisis financiera cuyas secuelas se dejan todavía sentir. Y no se descarta que estemos cercanos a experimentar una próxima recaída.

En todos estos episodios se constata, una vez más, que fueron los Estados los que tuvieron que intervenir a través de costosas políticas de estímulo para evitar el desplome completo del sistema financiero internacional. La autorregulación de los mercados es una quimera. Los acuerdos de Bretton Woods, base del orden mundial de la posguerra, colapsaron a principios de los setenta. Hace más de cuarenta años que se sabe fehacientemente que se requiere de una “nueva arquitectura financiera internacional”, pero esta, a pesar de los compromisos reiterados de las grandes potencias, no consigue ni siquiera emerger. A diferencia de los procesos que tuvieron lugar en el marco de los Estados nacionales, lo que prima en la actualidad es una globalización sin reglas o, dicho de otra manera, la ausencia de un modo de regulación que asegure un funcionamiento mínimamente coherente a la economía mundial. En el vacío, las finanzas han ocupado el espacio, y en ellas desempeñan un

papel protagónico otros actores que no son ya los grandes capitanes de la industria, sino los bancos de inversión, las bolsas de valores, las mesas de dinero y las clasificadoras de riesgos.

Constituye un hecho mayor del mundo contemporáneo la hegemonía que han logrado imponer las finanzas, subordinando a la producción. De ahí arranca el imperio del corto sobre el mediano o largo plazo y la búsqueda irrefrenable de ganancias exuberantes en tiempo real. Se trata de un capitalismo voraz y depredador completamente divorciado de la ética del esfuerzo que caracterizó sus inicios. Las crisis financieras recientes han puesto de manifiesto la fuerza de la idea disparatada, pero ampliamente difundida, de que el dinero puede producir dinero sin pasar por un proceso productivo en el que, mediante el trabajo, se crea un valor real. Ese es el fondo de la crisis *subprime* que tuvo contra las cuerdas al conjunto del sistema internacional a finales de la década pasada. Y es también el fondo de la crisis que, en su dimensión doméstica, vive Chile con el caso de La Polar y las eufemísticamente denominadas “repactaciones unilaterales” que constituyen un fraude en toda la línea, tal como lo eran los famosos *debt equity swaps* (conversiones de deuda en capital) que precipitaron el colapso de las hipotecas en la última crisis financiera internacional.

No obstante todos los problemas del orden capitalista, con sus crisis, escándalos financieros, desigualdades y proliferación de guerras locales, el socialismo tal cual lo conocimos en el campo encabezado por la ex URSS, no logró constituirse en alternativa. Más aún, terminó desplomándose sin pena ni gloria; la falta de libertad y de capacidad de innovación precipitaron su derrumbe.

Definitivamente, el actual es un mundo raro. La segunda superpotencia surgida de la Segunda Guerra Mundial, punto de referencia obligado de la revolución a nivel mundial, tierra de peregrinación y santuario ideológico para miles de

comunistas en el mundo, se desplomó de manera bochornosa. La gran triunfadora de Stalingrado, que asombró al mundo propinándole una sonada derrota a Hitler y sus tropas, estaba exhausta. Tuve ocasión de estar en Moscú encabezando una delegación oficial chilena en 1991. El desmoronamiento era evidente: soldados del otrora glorioso Ejército Rojo vendiendo sus condecoraciones en la calle, una fascinación grotesca por todo lo que fuera occidental, jóvenes que se ofrecían por un puñado de dólares, Gorbachov en Washington pidiendo ayuda en EE.UU. para salvar al imperio. Tuve en esos días la posibilidad de sostener, en una de las grandes salas del Kremlin junto a Clodomiro Almeyda –el embajador de Chile en la URSS– y la traductora, una conversación alucinante con el vicepresidente de esa nación, Gennadi Yanáyev. En ella nos confidenció que él, la segunda autoridad, se levantaba en las mañanas sin saber si en la tarde la Unión de Repúblicas continuaría existiendo. Sus dudas no estaban descaminadas. A los pocos meses la URSS explotó. Cada república prefirió asumir su propio destino. El imperio se desintegraba. De la Gran Revolución de Octubre de 1917, que había prometido cambiar radicalmente el orden vigente en el planeta, no iba “quedando nada”, como dice una famosa canción mexicana.

La gran novedad ha sido la emergencia de la República Popular China. Un tema gigantesco en sí mismo. Es impresionante cómo el escenario de una China constituida en la primera potencia económica mundial, medida por el PIB, se ha venido acercando en el tiempo. Con la crisis europea y las dificultades de los EE.UU., la mantención de las espectaculares tasas de crecimiento de China puede llevarla a alcanzar esa posición en un período no superior a las dos décadas. Ahora bien, la emergencia de la República Popular China no es precisamente un factor clarificador de este mundo extraño. El “socialismo de mercado” es una elaboración altamente refinada, pero

intrínsecamente contradictoria. El hecho de que China sea el principal acreedor del resto del mundo y que finalmente, al menos en teoría, la suerte de la economía capitalista mundial esté en las manos del Buró Político del Partido Comunista, es una demostración adicional de las rarezas del mundo en que vivimos.

La realidad desafía permanentemente a la imaginación. Al final terminan sucediendo cosas que nadie o muy pocos se atrevieron a vaticinar. Una muestra reciente son los cambios en el mundo árabe, que han sacudido a Túnez, Egipto, Yemen, Bahrein, Siria, Marruecos y, por cierto, a Libia. La desaparición de la URSS y del campo socialista también fue una sorpresa para, incluso, los más avezados analistas. Por ello, lo más inteligente es entender humildemente que lo propio de la época en que vivimos es que el futuro se ha hecho esencialmente incierto. No hay leyes de la historia que nos aseguren un mañana radiante.

Esa idea tranquilizadora que concebía la historia como un progreso permanente, heredera del Siglo de las Luces, ha caído en el descrédito. Podemos progresar, a veces a ritmo acelerado, pero nada excluye que podamos ser víctimas de fuertes regresiones. Todo dependerá, en última instancia, del vigor, profundidad y persistencia de las luchas sociales. Será responsabilidad de ellas que se impida el levantamiento en el planeta de una especie de “cortina de oro”<sup>3</sup> que proteja al 1% de la población mundial dueña del 40% del patrimonio global, y establezca para siempre la división entre un primer mundo de ricos enteramente globalizados, y un amplio sector social de excluidos y condenados.

<sup>3</sup> Cristovam Buarque, de su texto “REACT”, inspirador del ahora célebre *Indignate*, de Stéphane Hessel.

## Una izquierda en deuda

“Difícilmente habrá una corriente de pensamiento de raíces tan nobles, árboles tan torcidos y frutos tan amargos”. La afirmación, referida a la izquierda, corresponde al destacado escritor y analista mexicano Héctor Aguilar Camín<sup>4</sup>. Me parece excesiva e injusta. Tengo la convicción de que si la izquierda no hubiera existido, el mundo sería mucho peor. La laicidad, la educación pública o la protección social no emanaron de la derecha. Fueron, al contrario, conquistas que le fueron impuestas y que hasta ahora continúa, bajo distintas formas, resistiendo y tratando por todos los medios de debilitar.

Hay que reconocer, sin embargo, que la afirmación de Aguilar Camín no constituye un completo despropósito. Por de pronto, el “socialismo realmente existente”, con sus macromentiras, nomenclatura privilegiada, gulags siberianos y una gerontocracia abyecta, le hizo un daño irreparable a la causa de la izquierda en el mundo. Pero hay una izquierda socialista y socialdemócrata que no tuvo nada que ver con esto y que advirtió desde el inicio que la experiencia bolchevique iba a terminar mal. Fue el blanco predilecto de las diatribas de Lenin, con todo lo que este representaba como el líder indiscutido de la Gran Revolución rusa. La socialdemocracia representa lo mejor que históricamente han producido las luchas sociales y su punto más alto lo alcanzaron las experiencias socialdemócratas escandinavas. En esos países se ha llegado, a través de la ampliación progresiva de los derechos sociales, a cubrir ampliamente las necesidades básicas de la población. Y más también.

La historia de la izquierda a nivel mundial tiene de todo: momentos estelares y episodios oscuros; héroes y mártires;

<sup>4</sup> Aguilar Camín, Héctor. *Pensando en la izquierda*. México: Fondo de Cultura Económica, 2008.

traidores y canallas; libertades y represiones; esperanzas y desengaños. La verdad sea dicha, nunca hubo una sola izquierda. Hubo siempre varias. Viejas y nuevas, revolucionarias y reformistas, libertarias y autoritarias.

Uno de sus dramas fue quedar atrapada en una contradicción que resultó insalvable. Por un lado, deambuló una izquierda que llegó a embriagarse con el éxtasis de la revolución permanente; por el otro, una izquierda, más que reformista, acomodada en la administración de sus parcelas de poder, más chicas o más grandes. En ese sentido, los méritos de la socialdemocracia fueron opacados por el sentimiento, ampliamente generalizado, de que al renunciar a la revolución, la izquierda había renunciado de paso a toda transformación profunda de las estructuras básicas del capitalismo.

En el período reciente, el clímax del abandono lo alcanzó la llamada “tercera vía”. De sus dos grandes líderes políticos, el laborista inglés Blair y el socialdemócrata alemán Schroeder, no quedó prácticamente nada. Se han transformado en una suerte de *lobbyistas* de alto nivel. El mentor intelectual Anthony Giddens ha desaparecido también del primer plano de la escena intelectual, sin dar las explicaciones que algunos todavía esperan. En su momento trataron de hacer de Chile una cabeza de playa en el mundo en desarrollo. La Cumbre Progresista, celebrada en Viña del Mar en marzo del 2009, tuvo una cobertura periodística inversamente proporcional a la profundidad de sus contenidos. En este último plano, realmente su legado es un conjunto vacío, al igual que la tercera vía que desapareció dejando principalmente malos recuerdos.

De manera general, el balance de las izquierdas en el siglo XX arroja resultados mitigados. Su gran lucha en contra de las desigualdades sigue todavía como una tarea pendiente, no obstante las conquistas de la socialdemocracia europea. Ese es, en todo caso, el terreno donde las izquierdas se sienten

más seguras, porque, a estas alturas, es una evidencia que las fuerzas de izquierda han tenido muchas más dificultades para hacerse cargo de los nuevos desafíos que plantea el siglo XXI. El desempeño de la izquierda en materias tan cruciales como la democracia, la sustentabilidad del desarrollo y las nuevas libertades ha dejado mucho que desear.

En su defensa de la igualdad, es bien sabido, una gran parte de la izquierda puso a la democracia en un lugar subalterno. Durante muchas décadas fue casi un lugar común en la izquierda la separación entre democracia formal y democracia real. En el campo socialista se practicó la democracia real con los resultados que se conocen. En Chile, la izquierda vivió en una permanente ambigüedad. Si su práctica efectiva era la de la democracia y el parlamentarismo, mantuvo su retórica sobre la revolución y la necesidad de superar la democracia representativa, motejada de burguesa. Las tesis sobre la necesidad de garantizar la “irreversibilidad del proceso” durante el Gobierno de la Unidad Popular, apuntaban derechamente en esa dirección. Tuvimos que perder la democracia y vivir diecisiete largos años de dictadura para entender que la democracia, sin apellidos, es una conquista universal de la humanidad.

Por otra parte, la izquierda y la ecología han tenido muchas dificultades para encontrarse. Es explicable. Existe entre ambas un antagonismo complejo de resolver. Michel Wieviorka<sup>5</sup> lo explica bien, en términos de que son subculturas que responden a orígenes muy diversos. La izquierda es heredera de la sociedad industrial y creyente a pie juntillas en los beneficios de la ciencia y la técnica, lo que la llevó a adscribir a la idea de que el progreso pasa por un alto ritmo de crecimiento económico, sea este intensivo o extensivo. La ecología, en cambio, ha puesto en cuestión estos principios, dejando en evidencia

<sup>5</sup> Wieviorka, Michel. *Pour la prochaine gauche*. París: Robert Laffont, 2010.

que la ciencia y la tecnología mal utilizadas pueden conducir a la devastación y la crisis. Lo sabemos ahora: el desarrollo no es lo mismo que el crecimiento y es sintomático cómo comienza a abrirse paso la idea de un “crecimiento cero” como forma de salvar el planeta.

Este es un conflicto no resuelto. Es mucho más que una disputa técnica; son las propias sociedades las que están divididas entre aquellos que ponen por delante el acceso a los bienes típicos de la modernidad, partiendo por el automóvil, y aquellos que genuinamente privilegian la defensa del entorno y del medio ambiente. Son sistemas de valores distintos que tienen un camino largo que recorrer antes de converger sustantivamente.

En materia de nuevos derechos y libertades, la izquierda ha sido también renuente. Sus relaciones con el feminismo, los pueblos originarios y las minorías sexuales han sido, a menudo, tensas y ambiguas. De nuevo hay aquí oposiciones que responden a sustratos culturales diversos. Es un hecho que la impronta obrera de la izquierda no genera una predisposición favorable a algunos de estos movimientos de constitución más reciente. No es un dato menor que las izquierdas en el mundo fueran más bien pasivas frente a la realidad brutal de que, hasta bien avanzado el siglo XX, las mujeres no tuvieran derecho a voto. Marx escribió páginas célebres sobre la clase obrera, sus desdichas y su misión en la historia. La discriminación de las mujeres le pasó, por el contrario, inadvertida. No las percibía. Intellectualmente le resultaron invisibles.

La cultura obrera es sin duda machista. Las mujeres existen, pero siempre como compañeras, no como protagonistas. Ayudan, colaboran, se sacrifican, pero rara vez ocupan la primera línea. Están siempre al lado, cuando no detrás. Ese es su lugar. En la actualidad, muchas mujeres se resisten a ese destino. La oposición de los hombres es particularmente fuerte en el

medio popular. No es por casualidad que en él abunden tanto las mujeres jefas de hogar abandonadas por sus parejas o cónyuges.

Si la sensibilidad popular frente a la discriminación de que son objeto las mujeres es baja, la correspondiente a las minorías sexuales es francamente nula. La causa de la liberación homosexual genera en las bases tradicionales de la izquierda sentimientos más que encontrados. Si fuera posible identificar un sentimiento mayoritario, este sería más bien de distancia y rechazo. Signo importante de los nuevos tiempos que se viven en Chile ha sido justamente el vigor alcanzado por la movilización por la igualdad de derechos que congregó en junio del 2011 a más de veinte mil personas en el centro de Santiago<sup>6</sup>.

Todo esto conduce a una conclusión mayor: la gran lucha en contra de las desigualdades, que ha sido la razón de ser de la izquierda, mantiene su vigencia. En ese sentido, la izquierda conserva en este nuevo siglo una gran actualidad. Sin embargo, en las nuevas luchas por el fortalecimiento de la democracia, la defensa del medio ambiente y el respeto a las minorías sexuales, la izquierda marca el paso, no es vanguardia; más aún, forma parte de las fuerzas conservadoras y a veces derechamente reaccionarias.

### **Algo de teoría**

La crisis de la izquierda tiene como trasfondo su bancarrota intelectual. En el mundo extraño en que vivimos, muchas de las ideas fundadoras del pensamiento progresista, en especial del marxismo, su teorización más estructurada, han perdido su vigencia. La famosa tendencia a la caída de la tasa

<sup>6</sup> Esta movilización tuvo lugar el 25 de junio de 2011 y fue convocada por colectivos completamente autónomos de la izquierda tradicional.

de ganancia no se verificó. Ganaron ampliamente las contradicciones advertidas por el propio Marx. El desarrollo del comercio internacional y las intervenciones públicas jugaron un papel crucial en el impulso de un capitalismo que ha llegado a reinar sin contrapeso. Más aún, con la revolución keynesiana y los treinta gloriosos años de expansión del capitalismo central, entre 1945 y 1975, se llegó a pensar que las crisis eran solo un mal recuerdo del pasado.

La historia transitó por caminos muy distintos a los que Marx y la mayoría de los pensadores de izquierda imaginaron. Las leyes que, según los teóricos del materialismo histórico y el socialismo científico, determinaban el devenir de la humanidad fueron, una a una, perdiendo su pertinencia. Los conflictos sociales, qué duda cabe, continúan existiendo, y a veces alcanzan la dimensión de una verdadera lucha de clases. Pero de allí a sustentar que este sea el principal motor de la historia hay una distancia que no es posible franquear sin dejar de lado tendencias fundamentales de nuestra época. La empresa moderna, por ejemplo, es cada vez más una institución en la cual convergen y entrelazan relaciones de conflicto, pero también de cooperación.

La nueva empresa, altamente tecnologizada, intensiva en capital humano hipercalificado, con una estructura de la propiedad atomizada y fuerte participación de inversionistas institucionales que no ejercen control, no tiene nada que ver con el concepto de los clásicos de una gran empresa industrial, instalada en un gran galpón frío y gris en el cual consumían su fuerza de trabajo miles de proletarios explotados que no tenían más que sus cadenas que perder.

El capitalismo consiguió evitar la tendencia a la proletarianización. Por el contrario, en la sociedad postindustrial el proletariado clásico se fue convirtiendo en una fuerza social minoritaria, frente a la proliferación de capas medias vinculadas

al auge de una economía en la que la provisión de servicios adquirió una importancia fundamental. Al mismo tiempo que disminuyen, las fuerzas de la clase obrera se orientan mucho más al diálogo y la negociación que a la confrontación y la ruptura. El sindicalismo revolucionario se transforma en una especie en extinción. En forma muy mayoritaria, la clase obrera se incorpora al sistema, adquiere derechos y un cierto patrimonio, es decir, algo más que sus simples cadenas. Su misión liberadora de la sociedad terminó esfumándose.

Estas tendencias se verifican nítidamente en un país como Chile, en donde, por ejemplo, el peso de la clase obrera viene disminuyendo sistemáticamente a favor de nuevos sectores medios. Desde hace décadas que la realidad chilena se resistía a encasillarse en los moldes teóricos del marxismo clásico. La vía chilena al socialismo era expresión de esta particularidad, que se fue agudizando a partir de las transformaciones puestas en práctica por el régimen militar.

La debilidad principal del marxismo fue la pobreza y unidimensionalidad de su concepción del hombre. Al hacer de las fuerzas productivas materiales el concepto clave de su visión de mundo, redujo al individuo a una condición menor. Todas las dimensiones de la subjetividad que dan vida al alma humana quedaron marginadas del análisis.

Las fantasías, los complejos, las ilusiones, los sueños y los amores fueron dejados de lado porque no eran relevantes a la hora de definir las grandes tendencias de la historia. Incluso construcciones tan complejas e intrincadas como las ideologías o los Estados nación eran, en la visión de Marx y especialmente del marxismo, simples e ilusorias “superestructuras” altamente dependientes de lo esencial: la infraestructura o base material de la sociedad.

En realidad, este Marx, claramente anterior a Freud, cultivó en su última etapa intelectual una obsesión científicista

que se hizo insufrible, al punto de terminar renegando de sus escritos de juventud, probablemente los más hermosos<sup>7</sup>.

América Latina fue caldo de cultivo de ese marxismo mecanicista. El manual de la socióloga chilena Marta Harnecker, discípula de Althusser, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*<sup>8</sup>, el libro de ciencias sociales récord de ventas, con más de treinta ediciones en nuestro continente, marcó a toda una generación y no ayudó precisamente a desarrollar un enfoque crítico y una mentalidad reflexiva. Todo esto hizo que las intuiciones de Allende respecto de la necesidad de pensar en la originalidad del proceso chileno no encontraran un terreno especialmente fértil.

Todo esto no puede llevar a desconocer la contribución fundamental de la obra de Marx al pensamiento contemporáneo. Sus análisis de las crisis y de los desbordes financieros mantienen una inusitada actualidad, como quedó de manifiesto con la crisis financiera que se desató a finales de la pasada década. Asimismo, su capacidad de análisis político demostrada en su genial *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*<sup>9</sup>, su obsesión por el rigor conceptual y la meticulosa búsqueda de evidencia empírica para sustentar sus afirmaciones, hacen de Marx uno de los grandes pensadores de la humanidad. No por casualidad, otro grande, como Jean Paul Sartre, llegó a afirmar, probablemente en un momento de cierta euforia, que “el marxismo era el horizonte insuperable del pensamiento de nuestra época”.

Conceptualmente, el marxismo se desintegró y perdió su capacidad de constituir “una guía para la acción”. El paradigma mesiánico del fin de la alienación llevado adelante por una

<sup>7</sup> La obra clásica del joven Marx es *Los manuscritos económico-filosóficos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.

<sup>8</sup> Harnecker, Marta. *Los conceptos elementales del materialismo histórico* (versión corregida y ampliada en 1985). México: Siglo XXI, primera edición, 1969.

<sup>9</sup> Marx, Karl. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1955.



clase obrera sacudida de sus cadenas terminó en una mezcla entre farsa y tragedia.

Para superar la crisis es preciso armar, con paciencia y humildad, una nueva “caja de herramientas”. No se trata de reconstruir utopías globales; ese es un esfuerzo inútil, de antemano condenado al fracaso. De ningún modo se trata de renunciar a la necesidad de un marco teórico de referencia para abrazar la causa ramplona y siempre oportunista del pragmatismo. En rigor, no existen los vacíos. Implícita o explícitamente, por adhesión o por omisión, necesariamente existe una teoría más o menos elaborada que domina el escenario. En la actualidad, el pensamiento todavía dominante en Chile y, hasta hace algunos años en buena parte del mundo, era la mezcla que resultaba del neoliberalismo y el neoconservadurismo. Es, en consecuencia, imprescindible estructurar un pensamiento alternativo. Seguramente, “hay que hacer más viables las ideas y más audaces las políticas”<sup>10</sup>, pero hay que comenzar por tenerlas, superando la orfandad teórica de las últimas décadas.

El pensamiento complejo y la política de civilización constituyen contribuciones centrales para construir un nuevo enfoque que permita a las fuerzas de cambio y transformación dejar de navegar a oscuras. El aporte de Edgar Morin y su voluminosa obra es, en este plano, decisivo. Morin señala que solo la complejidad puede civilizar el conocimiento. Su pensamiento conduce a un modo de construcción que aborda el conocimiento como un proceso que es a la vez biológico, cerebral, espiritual, lógico, lingüístico, cultural, social e histórico. Por esto mismo, la realidad se explica sincrónicamente desde todas las perspectivas posibles: un fenómeno específico puede ser analizado por medio de las más diversas áreas del

<sup>10</sup> Aguilar Camín, Héctor; Castañeda, Jorge. *Un futuro para México*. México: Punto de Lectura, 2009.

conocimiento. La demostración de la necesidad del entendimiento transdisciplinario es un aporte fundamental de esta corriente de pensamiento.

Desde hace tiempo que sabemos que es preciso abandonar la idea de un modelo rígido de sociedad, al cual se accede a través de ese momento mágico llamado revolución. Lo que importa no es el modelo, sino la práctica, y en ese sentido, ¿cómo no reivindicar a Bernstein, tan denostado por Lenin, cuando, con gran lucidez, a finales del siglo XIX afirmó: “El fin no es nada, el movimiento lo es todo”<sup>11</sup>, estableciendo las bases de la moderna socialdemocracia? Si el fin es por definición incierto, de lo que se trata es de encontrar la vía<sup>12</sup> que pueda conducir a un mundo mejor.

No se parte de cero. Existen ya pistas sólidas, y una muy importante es la redefinición de la noción de progreso, basado principalmente en el ingreso y el consumo. Es preciso reivindicar valores como el tiempo libre, el aire puro, la amistad, la solidaridad, el respeto y la tolerancia frente a lo diverso.

Existen las bases para la organización de un nuevo relato. Su objetivo: un mundo mejor basado en una oferta creciente de bienes públicos, no necesariamente estatales. El argumento central: los límites ecológicos del planeta. La actitud: la indignación y el llamado de Stéphane Hessel<sup>13</sup> a crear y resistir. La dinámica del movimiento debe resultar del encadenamiento de un conjunto de reformas a la educación, a la política, pero también al pensamiento y a la moral, de manera de estructurar progresivamente la vía. Para ello, el método no puede ser otro

<sup>11</sup> Bernstein, Eduard. “Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia”. Publicado en *Problemas del socialismo. El revisionismo en la socialdemocracia*. México: Siglo XXI, 1982.

<sup>12</sup> Morin, Edgar. *La voie*. París: Fayard, 2011.

<sup>13</sup> Que con su manifiesto *Indignate* (Destino, 2011) proveyó de justificación a un movimiento que se inició en Madrid, pero que ha irradiado hacia otras latitudes.

que la crítica sistemática, sin condescendencia, a un modelo irracional que depreda el ambiente y reproduce abismantes desigualdades sociales. Las fuerzas motrices del proceso, para retomar un lenguaje antiguo, no serán provistas por la clase obrera en sentido amplio, sino por la juventud ilustrada, los trabajadores calificados, las capas medias precarizadas, los innovadores, los emprendedores y los intelectuales comprometidos.

Una fortaleza mayor de este movimiento surge de la posibilidad de utilizar masivamente instrumentos nuevos, de una potencialidad insospechada, como el arsenal de tecnologías de la información y las redes sociales que han generado formas asombrosamente eficientes de relación y movilización social. Como todo movimiento con aspiraciones mayores, este debe dotarse de una ideología. Constatadas las limitaciones insalvables de la izquierda tradicional, la respuesta puede ser un nuevo progresismo que no se limite a ser una versión *soft* de esta última y que, retomando con fuerza el combate contra la desigualdad ancestral, asuma los desafíos del tiempo presente. Por último, ya se dijo, sus fundamentos conceptuales se pueden encontrar en la teoría del pensamiento complejo en pleno desarrollo.

Es cierto que prima en la actualidad la sensación de que intelectualmente la izquierda y el progresismo constituyen una especie de páramo, porque al derrumbarse las certezas del período anterior no quedó prácticamente casi nada en pie. Necesitamos ideas que estén a la altura de los desafíos que enfrentamos. Estamos todavía lejos, pero no es cierto que esas ideas brillen completamente por su ausencia. Con dificultades, y todavía en los subterráneos y en las capillas, han ido surgiendo nuevas ideas que buscan abrirse paso y desafían la inclinación al nihilismo propio de la posmodernidad.

Una salida por arriba, progresiva, es una opción posible, aunque en nuestro incierto futuro nada es seguro.

Sería absurdo cantar victoria. En el corto plazo, la crisis de la socialdemocracia está agudizando los rasgos más bárbaros del capitalismo. Congelamientos de salarios y pensiones, recortes de los presupuestos sociales y despidos masivos de funcionarios públicos son parte de las técnicas de ajuste a las que obliga la crisis en países que habían creído haber transpuesto hace mucho el umbral del desarrollo, como Grecia, Portugal, España e incluso Italia. Como no hay nada escrito, hacia adelante los escenarios son diversos y contrastados. Puede que estemos recién al inicio de un ciclo largo de inestabilidad y profundización de las desigualdades; o puede que los “indignados” de tantas partes terminen por imponer un cambio. Esto es lo que hoy día se juega en las calles de Atenas, Madrid, El Cairo y también de nuestro alejado Santiago.

### **América del Sur en su mejor momento**

Está por verse si América Latina logra en algún momento constituirse en una entidad geopolíticamente consistente. En las dos últimas décadas se ha ido más bien afirmando la idea de las dos Américas Latinas: la del Norte y la del Sur. La primera, con capital en México; la segunda, en Brasil.

Es impresionante constatar cómo ha evolucionado la suerte de unos y otros. Hace veinte años, México, con su TLC con los EE.UU., era la encarnación misma del futuro y la modernidad, frente a un Brasil arcaico atrapado en las redes del nacional desarrollismo. Esa tradicional rivalidad está hoy día resuelta y en un sentido exactamente contrario al que muchos preveían. Nadie duda que Brasil constituye una potencia que ya emergió y tiene un panorama expectante por delante. Por el contrario, abundan las dudas sobre los destinos de México, carcomido por las disputas entre los distintos carteles de la droga, con toda

su secuela de corrupción y muertes en el marco de una guerra que el Estado mexicano viene perdiendo por muy lejos<sup>14</sup>.

En los sesenta, América Latina aparecía a la cabeza de la revolución mundial. En su momento, la Revolución Cubana, las guerrillas y especialmente la figura del Che, cautivaron a las juventudes del mundo. Con otros métodos, pero haciendo parte de la misma avenida, la experiencia dramática de la Unidad Popular, encabezada por el presidente Allende en Chile, mantuvo los reflectores puestos en el continente. Hoy, todo eso es pasado, incluso remoto. El Che fue recuperado por el mercado, que lo transformó en un ícono inofensivo; Fidel, viejo y enfermo, tiene dificultades para librar sus últimos combates. América Latina ya no es prioridad ni para los americanos ni para los europeos. Ya no seducimos a la intelectualidad radical de los países del Norte, les resultamos menos entretenidos. La política latinoamericana perdió el carácter épico que fascinaba, pero lo que perdimos en emoción, lo hemos ganado en solidez.

Es cierto que hay constantes de la región que se han constituido en datos prácticamente inamovibles. La reproducción de las desigualdades en el continente más desigual del planeta es la principal. A todas luces, una vergüenza. Otra es la violencia, ya no política, sino que puramente delictual y mafiosa que campea en muchas de nuestras principales ciudades.

Con todo, la realidad actual muestra progresos evidentes. Quedaron atrás los tiempos en que América Latina era el terreno predilecto de las dictaduras, la inflación y las crisis de la deuda externa. En un lapso corto de tiempo han tenido lugar progresos mayores en todos estos frentes.

Sin contrapeso, las democracias se han instalado de manera durable. Se podrá objetar que se trata, en varios casos, de

<sup>14</sup> Aguilar, Rubén; Castañeda, Jorge. *El narco: la guerra fallida*. México: Punto de Lectura, octubre 2009.

democracias de poca energía, con baja participación y escasa adhesión ciudadana. En América del Sur se ha transitado, sin embargo, por derroteros distintos. Sin excepción, todos los países que forman parte del subcontinente han protagonizado procesos que se inscriben en una senda progresista, sustentados en movilizaciones democráticas de envergadura. Fue el caso de Chile a finales de los ochenta, cuando hizo posible la derrota de una de las dictaduras más feroces. De Argentina, que bajo la conducción de los Kirchner salió del fondo del pozo en que cayó a principios del nuevo milenio. De Bolivia, que bajo el liderazgo de Evo Morales está protagonizando un cambio de enorme profundidad, como la construcción de un Estado multicultural que busca poner término a quinientos años de dominación blanca. De Perú, que con la reciente elección de Ollanta Humala como presidente de la Nación está demostrando que es posible desafiar a los poderes fácticos. De Uruguay, que dejó atrás una larga historia de gobiernos conservadores, colorados y blancos, y bajo la conducción del Frente Amplio y los presidentes Tabaré Vázquez y José Mujica ha profundizado la democracia interna y ensanchado de manera importante los caminos de la justicia social. De Paraguay, ese país un tanto olvidado, que para sorpresa de muchos, luego de sacudirse de la dictadura de Stroessner, fue capaz de poner a la cabeza del Estado a un progresista como Fernando Lugo. De Ecuador que, bajo el liderazgo del presidente Correa, lucha por dejar atrás un largo período de inestabilidad y estancamiento. De Venezuela, que con su revolución bolivariana está buscando respuestas para sustituir a un sistema político duopólico que se desplomó bajo el peso de la corrupción y el desprecio ciudadano Y mención especial para Brasil, que luego de un período largo bajo regímenes militares que no consiguieron interrumpir su camino al desarrollo, experimentó en los ocho años de Gobierno del presidente Lula un

salto espectacular, tanto en cohesión social interna como en proyección internacional.

La única excepción a la oleada de gobiernos progresistas está constituida por Colombia<sup>15</sup>, el principal aliado estratégico de los EE.UU. en América del Sur, que ha debido enfrentar una larga lucha armada interna que terminó confundida con el narcotráfico y la narcopolítica. Aun así, en ese contexto extremadamente difícil, han tenido lugar en Colombia dinámicas que se inscriben en una perspectiva progresista: la determinación de la ciudadanía de poner fin a la violencia y aislar a una guerrilla que hace mucho tiempo que renunció a sus ideales y derivó en cualquier cosa; la elección en ciudades importantes, como Bogotá y Medellín, o estados como Nariño, de autoridades progresistas, y los propios esfuerzos del actual presidente Santos para desmarcarse del autoritarismo uribista.

Por otra parte, las economías de América Del Sur pasan por un ciclo excepcional. La década perdida de los ochenta quedó atrás como un mal recuerdo del pasado. La región lleva ya más de veinte años de crecimiento solo interrumpido, esporádicamente, por la crisis asiática de finales de los noventa y la crisis *subprime* de finales de la década pasada. A diferencia de otras crisis internacionales, los efectos de estas últimas fueron mucho más acotados y no impidieron que las dinámicas reactivadoras pudieran hacerse presentes muy tempranamente. El *boom* de las materias primas ha jugado un papel decisivo, sustentado en el vertiginoso crecimiento de la economía china. ¿Cuánto tiempo más durará este ciclo de alza de *commodities* como el cobre, el petróleo o la soja? ¿Habrá que desterrar para siempre las viejas teorías del intercambio desigual o del deterioro secular de los términos del intercambio? Hay que cuidarse de las respuestas apresuradas, porque la sobrevaluación

<sup>15</sup> Y en la actualidad, el gobierno de Chile, que desde marzo de 2010 es dirigido por una coalición conservadora encabezada por Sebastián Piñera.

de las monedas nacionales que experimentan la mayoría de las economías de la región está horadando peligrosamente los esfuerzos para diversificar la oferta y las estructuras productivas. El riesgo de una enfermedad holandesa crónica con una reprimarización de las economías está allí, no muy lejos de la vuelta de la esquina<sup>16</sup>.

Con todo, es un hecho que las nuevas disponibilidades de recursos han permitido a las economías de la región absorber su tradicional déficit externo y restablecer el equilibrio de las cuentas fiscales. Como nunca antes en su historia, estas disponen de cuantiosas reservas, y países como Chile, con sus fondos soberanos, se han convertido en acreedores netos del exterior. De esta manera, la tradicional discusión acerca de cómo enfrentar de la mejor manera la restricción externa, ha sido sustituida por dos interrogantes enteramente nuevas y distintas: ¿qué hacer con las nuevas disponibilidades de divisas? ¿Cómo, después de décadas de escasez, aprovechar inteligentemente la abundancia?

Ilustrativo de esta situación es el alegato que hacía recientemente el ex presidente Lula<sup>17</sup>. Insistiendo en la “colonización mental” de buena parte de las élites de la región, él ponía el ejemplo de Brasil, que seguía acumulando innecesariamente reservas en dólares, moneda en franca declinación, hasta llegar a un nivel de reservas del orden de los trescientos mil millones de dólares, cuya rentabilidad no supera el 3%. Desde su punto de vista, que comparto ampliamente, hay usos alternativos más inteligentes y productivos para parte de esos

<sup>16</sup> En resumen, la enfermedad holandesa es la que resulta de una abundancia de dólares que terminan restándole toda competitividad a las producciones distintas de los *commodities* que son objeto del *boom*. Las fuertes alzas de los precios del petróleo han sido las principales inductoras de la enfermedad holandesa.

<sup>17</sup> En una cena en la embajada de Brasil en Chile, a la que tuve ocasión de asistir el 4 de julio de 2011.

recursos que no necesitan ser mantenidos simplemente como reservas.

A los dos factores anteriores –consolidación democrática y estabilidad macroeconómica– se debe agregar otro más: la constitución de Brasil como un actor global, con posibilidad de intervenir y ser escuchado en los foros internacionales. Para América del Sur es beneficioso que Brasil asuma plenamente esta condición de líder de la región y entre al club de los grandes del mundo. El ejercicio de un liderazgo progresivo, por oposición a una dominación autoritaria, supone asumir responsabilidades mayores, pero también consentir algunos sacrificios. Al expresarse a nivel internacional, Brasil debe poder hacerlo a nombre de toda la región y, para ello, debe naturalmente crear los mecanismos, principalmente a través del fortalecimiento de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), en donde están representados y pueden expresarse todos los países. El ejercicio del liderazgo supone también ser capaz de corregir asimetrías comerciales que enturbian las relaciones con países más pequeños, como Bolivia, Uruguay y Paraguay. Brasil tiene que entender que esos desequilibrios deben ser corregidos. Que debe pagar correctamente por las materias primas que importa, lo que no ocurría, por ejemplo, con el gas boliviano antes de la nacionalización, y eliminar restricciones que dificultan el acceso al mercado de los productos provenientes de los otros países del Mercado Común del Sur (Mercosur). El progresismo brasileño debe asumir con resolución el desafío del liderazgo, sacudiéndose de los complejos heredados de la antigua crítica de izquierda al subimperialismo brasileño, resistiendo, al mismo tiempo, la tentación de proyectarse directamente al mundo, considerando a la región como una especie de mercado cautivo.

América del Sur puede hoy día mostrar éxitos y avances allí donde todo había estado marcado por el fracaso y la frustración. Nada está consolidado. Es un proceso en el que los

retrocesos no están excluidos. El caso de Chile es aleccionador. Presentado, de manera interesada y soberbia, como “el modelo” de democracia y dinamismo económico, enfrenta en la actualidad, bajo un Gobierno de derecha, un fuerte descontento ciudadano en contra del conjunto del sistema político, incluida, por cierto, la Concertación, que gobernó ininterrumpidamente desde 1990 hasta 2010.

Están las condiciones para que América del Sur dé un salto adelante. Atrapado en sus conflictos internos y en sus guerras en Afganistán, Irak y Libia, los EE.UU. no están en condiciones de mantener a América Latina como su tradicional patio trasero. La influencia norteamericana en la región es hoy día mucho menor. Nada impide que altos funcionarios de la administración del presidente Obama presenten esta nueva realidad como el resultado deliberado de sus esfuerzos, con vistas a establecer una relación de nuevo tipo. La realidad es, sin embargo, bien distinta. Han sido las movilizaciones sociales al interior de nuestros países las que han generado este nuevo cuadro. Por su parte, la profunda crisis que afecta, ya no solo a la socialdemocracia europea, sino que a la propia construcción europea, ha terminado con los paradigmas que históricamente de allí surgieron. Como lo hemos venido repitiendo durante muchos años, la socialdemocracia, el pasado de Europa, no puede ser el futuro de América Latina.

Se equivocan rotundamente quienes pretenden descalificar a muchos de los procesos en curso acusándolos, despectivamente, de populismo. Sería absurdo negar las imperfecciones e insuficiencias que estos presentan, las que si no se corrigen a tiempo pueden terminar poniendo en peligro los progresos realizados. Solo los espíritus conservadores pueden dejar de ver que el nuevo escenario regional ofrece grandes oportunidades para, mediante reformas políticas mayores, mejorar la calidad de nuestras democracias y, a través de nuevos pactos

fiscales y nuevas estrategias de desarrollo inclusivo, enfrentar en serio las desigualdades.

Las nuevas condiciones deben plasmarse en instituciones sólidas. Esa es la única manera de asegurar su proyección en el tiempo. En este plano, la gran asignatura pendiente sigue siendo la integración. Se ha avanzado, pero a una velocidad de tortuga, muy lejos de la necesaria como para consolidar los avances realizados y garantizar su continuidad en el tiempo. La conectividad vial y aérea, el abastecimiento energético, los emprendimientos científicos y tecnológicos conjuntos, la coordinación macroeconómica, los financiamientos plurinacionales para grandes infraestructuras y la concertación política en un amplio conjunto de temas, constituyen ámbitos en los cuales la región debe urgentemente adoptar decisiones.

### **Hacia un nuevo progresismo**

Un proyecto político sustantivo debe estructurarse en torno a valores, ideas y propuestas. Una de las paradojas del mundo contemporáneo es la sensación de que, junto con el incremento de la libertad individual, aumenta la impotencia colectiva<sup>18</sup>. La apatía y el descrédito de la política son la base de esa impotencia. A las fuerzas conservadoras esta situación las tiene sin mayor cuidado. En este cuadro, las estructuras fundamentales que les interesa preservar tienen su subsistencia asegurada. Para el progresismo, en cambio, la escisión entre lo privado y lo público es letal; por tanto, en su sentido más general, la misión del progresismo consiste en hacer avanzar la idea de que la libertad individual solo puede ser producto del trabajo colectivo.

<sup>18</sup> Bauman, Zygmunt. *En busca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

En América del Sur están surgiendo nuevos movimientos progresistas que incorporan, pero al mismo tiempo superan a las viejas izquierdas, que en muchos casos se transformaron en fuerzas conservadoras. Son fuerzas que en algunos países, como Bolivia, Ecuador y Venezuela, se han planteado como objetivo esencial una transformación radical de la política, acumulando la potencia necesaria para convocar a asambleas constituyentes que han elaborado nuevas cartas fundamentales.

Dos ejemplos paradigmáticos para el caso de Chile, aunque no son los únicos, son las experiencias representadas por el Partido de los Trabajadores de Brasil (PT) y el Frente Amplio (FA) de Uruguay. En el primer caso, un elenco de trabajadores e intelectuales encabezados por Luiz Inácio Lula da Silva, tuvo la lucidez de tomar la decisión de construir una nueva fuerza —y no plegarse a una de las tantas existentes— que permitiera la confluencia de dirigentes sindicales, intelectuales, disidentes de los partidos tradicionales y sobrevivientes de la lucha armada. Se creó así el Partido de los Trabajadores en febrero de 1980, que en su momento apareció como uno más junto a muchas formaciones tradicionales de izquierda, incluidos varios partidos socialistas y dos partidos comunistas. Producto de su capacidad para interpretar las aspiraciones no cumplidas de la izquierda tradicional, pero a su vez también las nuevas aspiraciones del pueblo brasileño, el PT logró en un período corto de tiempo constituirse en la fuerza política más gravitante. Lula, uno de sus fundadores, luego de experimentar tres derrotas electorales consecutivas<sup>19</sup>, llegó a gobernar el Brasil a partir del 2002. Sus dos períodos presidenciales son considerados como los más exitosos de la historia brasileña, lo que le permitió asegurar la continuidad del proyecto a través

<sup>19</sup> En 1989, a manos de Fernando Collor de Melo, y luego, en 1994 y 1998, fue derrotado por Fernando Henrique Cardoso.

de la elección de Dilma Rousseff, ex ministra de su Gobierno y también militante del PT, como presidenta de la república.

La experiencia del Frente Amplio es especialmente relevante para lo que ocurre con la oposición chilena. Se trata de una construcción de gran sofisticación política, cuyos orígenes se remontan a principios de los setenta del siglo pasado. El Frente Amplio fue capaz de romper el monopolio tradicional de la política uruguaya que se disputaban entre blancos y colorados. Al interior del frente conviven más de una veintena de fuerzas de distinto origen, desde los partidos más tradicionales, como el PC y el PS, hasta formaciones de nuevo tipo, como el Movimiento de Participación Popular (MPP), fundado en 1989 con origen en el antiguo MLN-Tupamaros, transformándose en la fuerza mayoritaria y poniendo a uno de los suyos –José Mujica, sobreviviente de la lucha armada–, ni más ni menos que a la cabeza del Estado.

Estas experiencias, junto a otras que han tenido lugar en América del Sur, pueden conceptualizarse bajo la denominación de un “nuevo progresismo”. No se trata de construir, al estilo de la tercera vía de Giddens, una versión endulzada de las viejas izquierdas, sino que de un intento serio para asumir sus tareas pendientes en materia de justicia social, junto con los desafíos ambientales, participativos y libertarios que nos plantean las nuevas realidades del siglo XXI.

El nuevo progresismo debe ser radicalmente democrático. Tiene que asumir sin ambigüedades que la democracia es una conquista de la humanidad y que constituye, por tanto, el espacio y el límite de todo proceso de transformación, y que la relativización de su trascendencia, bajo el argumento de su carácter puramente formal, condujo a grandes tragedias.

La democracia, y es una gran noticia que así sea, es el sistema que ha tendido a imponerse a escala universal. Es innegable que existe, sin embargo, una cierta frustración en sectores

importantes de la ciudadanía que la sienten ajena, ineficiente y distante. No podemos resignarnos a ese estado de cosas. En países como Chile, la hegemonía del pensamiento neoliberal ha hecho estragos en el sistema democrático. Al constituirse como pensamiento único, que traspasa las fronteras partidarias, termina por imponer sus recetas al margen de toda deliberación política. Más aún, de alguna forma hace de esta algo innecesario, bizantino, puesto que en la trastienda, fuera de los escenarios tradicionales en los cuales se expresa la soberanía popular, están los técnicos, esos seres impolutos, no contaminados, depositarios del único saber que puede conducir al progreso de la sociedad. En este cuadro, los partidos políticos o el Congreso Nacional, instituciones por excelencia de la democracia, terminan casi como estorbos, como actores poco relevantes de una trama que se desenvuelve en otros espacios que, supuestamente, se eximen de las influencias de las clientelas electorales y de los corporativismos. Aquí radica una razón esencial de la indiferencia y frustración de amplios sectores con la democracia. Afortunadamente, no estamos en presencia de una situación irreversible. La existencia de democracias de baja intensidad es un dato, pero no una condena. Hay espacio para una radicalidad democrática que ponga al tope de su programa la inyección de nuevas energías al sistema mediante la adopción de instrumentos que agranden los espacios de participación y deliberación ciudadana.

El mundo actual ofrece ejemplos para todo. África es un continente en el cual la tendencia dominante apunta en la dirección de la regresión democrática. Por el contrario, el mundo árabe, tradicionalmente hermético e impenetrable, protagoniza revueltas populares que tienen como denominador común la lucha en contra del autoritarismo. Hay razones para creer. La confianza en la posibilidad de la extensión y profundización de la democracia no es una ilusión absurda.

Por suerte, existe lo inesperado y muchas veces sorprende con su capacidad de aparecer allí donde menos se lo esperaba. Las enormes movilizaciones sociales que han tenido lugar en Chile durante el 2011 son parte de esas sorpresas.

Como dice Morin, existen virtudes generadoras que son inherentes a la humanidad; las crisis, con todos los peligros que traen consigo, son momentos en que estas puedan manifestarse, porque allí donde se instala la desesperanza puede surgir también la esperanza. Así como la historia de la humanidad está plagada de episodios tristes y vergonzosos, opera también la aspiración milenaria a la armonía.

No hay nada escrito. Lo viejo puede continuar existiendo y lo nuevo, si no es capaz de regenerarse, puede también degenerar. Así las cosas, en un futuro esencialmente incierto, las potencialidades asombrosas de los desarrollos técnico-científicos abren posibilidades, hasta hace poco inimaginables, de resolución de las grandes carencias del mundo contemporáneo. Es tarea del progresismo hacer que la balanza se incline en esa dirección.

La profundización de la democracia, el mejoramiento de la calidad de las instituciones y, muy especialmente, de la política, son esenciales para la realización del proyecto progresista. Aunque suene antiguo, el Estado tiene un papel insustituible. Todavía no se inventa nada mejor para expresar y hacer valer el interés común. Entre otras cosas, la política tiene que velar para que las políticas públicas estén a la altura, sean audaces y no se dejen capturar por grupos de interés. Este rol mayor del Estado debe ser asumido sin complejos, sometido siempre al escrutinio ciudadano y a mecanismos exigentes de rendición de cuentas.

La radicalidad democrática tiene que desafiar lo que a veces parecen límites infranqueables, proponiendo bastante más que un simple cambio de los administradores del poder. Hay

que ir mucho más allá: hay que cambiar el poder y las formas de deliberar y decidir<sup>20</sup>.

El nuevo progresismo puede y debe apoyarse en un sustrato moral sólido. La defensa de los oprimidos y la lucha en contra de los poderosos tiene en nuestro continente un conjunto de héroes y mártires cuyo ejemplo de vida y determinación política representan un activo ético crucial para enfrentar las incertidumbres del mundo en el que nos ha tocado vivir. La lista es extensa y cualquier intento de establecer una nómina cerrada será necesariamente arbitrario. Simplemente, a modo de ilustración, mencionemos a tres figuras mayores que representan historias diversas pero que tienen, sin embargo, un denominador común en el sacrificio personal: Ernesto Che Guevara, Salvador Allende y Néstor Kirchner.

América Latina alimenta, desde hace décadas, la ilusión de generar un pensamiento propio. El estructuralismo latinoamericano que comenzó a desarrollarse durante los años cuarenta, a partir de las contribuciones del Raúl Prebisch, Aníbal Pinto Santa Cruz, Celso Furtado y otros, fue el intento intelectualmente más sofisticado. Sin embargo, transformado en pensamiento semioficial desde la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), se constituyó más bien en una utopía tecnocrática que, con el tiempo, se fue desdibujando.

Existe en la actualidad la posibilidad de hacer realidad la idea de un pensamiento propio que conceptualice lo mejor de las luchas democráticas y populares de las últimas décadas. Nos referimos a las grandes movilizaciones democráticas que permitieron la derrota pacífica de la dictadura de Pinochet; el esfuerzo del MAS y del presidente Morales para, mediante

<sup>20</sup> Afirmación que le escuché recientemente a François Hollande, ex primer secretario del Partido Socialista Francés y precandidato a la presidencia de la república, de cara a las elecciones que tendrán lugar en 2012.



una Asamblea Constituyente, refundar la Nación sobre la base del respeto a sus pueblos originarios; los logros industriales, tecnológicos y sociales de Brasil bajo el Gobierno de Lula; la notable recuperación de la economía argentina, rechazando la ortodoxia que querían imponerle el FMI y la comunidad financiera internacional; el avance democrático que representan los plebiscitos impulsados por las fuerzas progresistas de Uruguay para garantizar, por ejemplo, el carácter público de las aguas; la audacia del presidente Correa para acumular fuerzas y dotar a Ecuador de una nueva Constitución; y la revolución bolivariana que en Venezuela ha abierto paso a la generación de un sistema que busca superar la corrupción generalizada que operaba con los partidos tradicionales.

Debe ser también parte de esta nueva síntesis progresista la voluntad de existir como nación del pueblo cubano que, en las condiciones difíciles de embargo y bloqueo, ha sido capaz de resistir y mantener un país libre, allí donde muchos habrían capitulado.

En Chile enfrentamos hoy día el agotamiento del proyecto histórico que surgió en plena dictadura militar, en vista a redemocratizar el país. Más allá del juicio específico de cada cual, la Concertación logró constituir una mayoría social y política que interpretó el anhelo profundo de los chilenos de superar la dictadura y reconstruir una nueva democracia en el país.

El desgaste y la falta de proyecto adquirieron en Chile, después de veinte años de gobiernos consecutivos de la Concertación, una dimensión particularmente intensa. Es la credibilidad misma de las fuerzas políticas involucradas la que está profundamente en cuestión<sup>21</sup>. La recomposición de una opción pasa, en consecuencia, por revisiones muy profundas

<sup>21</sup> De acuerdo a los últimos estudios de opinión publicados por el CEP correspondientes a junio-julio de 2011, la Concertación tiene solo un 16% de aprobación y un 66% de rechazo.

respecto de lo realizado, y por nuevas y audaces propuestas de futuro para el país. En el caso de Chile, la condición primera para la reconstrucción de un proyecto que le permita a las fuerzas que actualmente se sitúan en la oposición reconquistar la mayoría, es la recuperación de su identidad, desprendiéndose de la influencia neoliberal que terminó haciéndole un daño enorme.

La crisis chilena se inserta, no obstante, en un marco que es más amplio. En varios países, incluso gobernados por fuerzas de izquierda o progresistas, el debate está también planteado porque la penetración del neoliberalismo ha sido muy extensa. En este sentido, es preciso desplegar un esfuerzo político e intelectual de gran envergadura para llenar de contenidos la noción de progresismo que, por su historia, tiene una dimensión ambigua, pero que contiene en sí la posibilidad de dotarse de mayores y más profundos contenidos.

No se trata, por cierto, de dar por clausurada la oposición entre derechas e izquierdas. Quienes así lo hacen son siempre, claramente, de derecha. En esto no hay punto de duda.

### **Lineamientos programáticos<sup>22</sup>**

Se generó en Chile, a finales de los ochenta, un amplio consenso progresista en torno al establecimiento de la democracia, las libertades individuales, el imperio de los derechos humanos, la lucha contra la pobreza y la reinserción internacional del país. Este acuerdo básico permitió derrotar a la

<sup>22</sup> Retomamos aquí lo esencial de mi trabajo (con la asistencia de Fernando Rubilar) "Hacia un nuevo consenso progresista". En *Bases programáticas para un nuevo consenso progresista. De la derrota electoral hacia un nuevo futuro en Chile*. Santiago: Fundación Heinrich Böll, Fundación Chile 21, Fundación Friedrich Ebert, 2010.

dictadura y abrir, paso a paso, una nueva época en la historia nacional. Este proceso marcó con todo su peso la última década del siglo pasado, para irse debilitando posteriormente. Se trata de una historia compleja, sujeta todavía a diversas interpretaciones que deberán continuar confrontándose, hasta alcanzar un balance equilibrado que permita producir una explicación plausible del fin de ese ciclo con el triunfo de la derecha en enero del 2010. Este último ha sido poco analizado en sus determinantes más estructurales. Es un ejercicio indispensable. No se trata de incentivar un debate puramente recriminatorio que profundizará la dispersión política y la desconfianza ciudadana. Una discusión que no eluda ninguna arista, pero siempre proyectada al futuro, es crucial para construir una nueva mayoría en condiciones de reconcurrir con éxito por el Gobierno de la Nación.

Sin proyecto no habrá alternativa. La sucesión de errores por parte de la derecha puede conducir a escenarios de alternancia, pero nada sustantivo tendrá lugar. En Chile parece haberse constituido un piso básico de funcionamiento que permite dejar de lado los escenarios catastróficos. La amenaza principal que pesa sobre Chile es de otro tipo. Pongámosle nombre: se llama mediocridad. Es la situación que resulta del desprestigio de un sistema político que pierde las fuerzas para darle curso a iniciativas relevantes que requieren de mayorías sólidas y también de mucha audacia. En la mediocridad no se producirán grandes calamidades, pero no se removerá ninguno de los grandes obstáculos que el país tiene que vencer para acceder al desarrollo.

Los antecedentes de la derrota de enero del 2010 configuran un cuadro de fuertes divisiones que condujeron a agrios debates y enconadas disputas. Hay, sin embargo, una constatación importante de destacar en la perspectiva de una nueva etapa de reconstrucción política. A pesar de la intensidad de

sus pugnas, se produjo una amplia convergencia programática entre las tres opciones que competían en el amplio espacio de la centro-izquierda. Este es uno de los legados positivos que deja la campaña 2009-2010. Las movilizaciones del 2011, independiente del final que tengan, han permitido un avance gigantesco del debate. En tiempos muy cortos y ante la sorpresa general se han instalado con fuerza conceptos como el fin del lucro y la gratuidad de la educación, que parecían abandonados para siempre.

En esta perspectiva se inscribe el siguiente texto que aspira a contribuir al reencuentro en la acción común del vasto mundo del progresismo en Chile<sup>23</sup>.

### 1) *Nueva Constitución y reforma de la política*

La Constitución de 1980 es una camisa de fuerza para el desarrollo del país, no solo por su contenido, sino por su origen, la forma en que fue impuesta y su pretensión de inmutabilidad. Es por eso que debe ser sustituida por una nueva Constitución Política, legítima en su origen y que consagre un Estado social y democrático de Derecho, donde se garantice adecuadamente el conjunto de los derechos de las personas y no solo los de propiedad.

<sup>23</sup> Este texto toma como base seis documentos que contienen propuestas programáticas. “Por una opción progresista y ciudadana, hacia una nueva Concertación”, documento elaborado bajo la dirección de Guido Girardi, Carlos Ominami y Mariano Ruiz-Esquide. Fundación Friedrich Ebert y Chile 21. “Bases ciudadanas para construir el Chile del Bicentenario”. Océanos Azules, 2009. “Chile, un nuevo modelo de desarrollo”, propuestas programáticas de la campaña presidencial de Marco Enríquez-Ominami. “Democratizar el poder y terminar con la discriminación”, propuesta de gobierno de la campaña de Jorge Arrate. “Una propuesta progresista para Chile”, programa de gobierno de Eduardo Frei. “Doce compromisos por la democratización y el avance social”, acuerdo entre el comando presidencial de Eduardo Frei y el Juntos Podemos, que apoyaba la candidatura de Jorge Arrate.

La nueva Constitución debe consagrar un nuevo régimen político que atenúe el presidencialismo y le confiera mayor poder y autonomía al Congreso Nacional, fortaleciendo sus atribuciones legislativas y de control del Gobierno. Junto a un mayor equilibrio entre los poderes colegisladores, se debe garantizar también un adecuado sistema de pesos y contrapesos, con el fin de limitar el poder de aquellos órganos no electos por la ciudadanía, como el Tribunal Constitucional.

Una nueva Constitución debe garantizar la igualdad, la no discriminación, una efectiva regionalización, el reconocimiento y respeto de los pueblos originarios y un pluralismo efectivo.

Otras reformas indispensables deben apuntar a la creación de un sistema electoral proporcional; la consagración a nivel constitucional del agua como bien nacional de uso público y derecho humano fundamental; otorgar el derecho a voto de los chilenos en el exterior y reconocer el carácter plurinacional y multicultural del Estado de Chile.

La estrategia para dotar a Chile de una nueva Constitución es un ámbito cuya discusión está todavía en una fase preliminar. El ideal sería que se pudiera generar una Asamblea Constituyente para el solo efecto de redactar una nueva Constitución.

Asimismo, es fundamental ampliar la participación ciudadana, estableciendo la iniciativa popular de ley, promoviendo consultas ciudadanas y plebiscitos sobre materias relevantes. En esta línea debieran incorporarse también la limitación a los mandatos de representación popular, el fortalecimiento de la sociedad civil a través de la promoción de sus organizaciones y el establecimiento de la figura del Defensor del Ciudadano.

Por otra parte, se requieren profundas reformas a los partidos políticos. Junto con igualar los requisitos de los candidatos independientes con los militantes, hay que introducir primarias obligatorias para la nominación de candidatos; fortalecer los

mecanismos de control del gasto electoral; impulsar el financiamiento permanente de los partidos políticos, con auditoría externa; garantizar estándares mínimos para las elecciones internas y un sistema de registro de proveedores de las campañas, entre otros.

Aunque está ya inscrita en la Constitución, la inscripción automática en los registros electorales continúa pendiente, no obstante ser la única forma de renovar un padrón electoral del cual se ha autoexcluido más del 80% de los jóvenes en condiciones de ejercer el derecho, ¿o el deber?, de elegir a sus autoridades. Para el duopolio que predomina en el país, el hecho de que la mitad de los chilenos y chilenas en condiciones de marcar una preferencia se resistan a hacerlo<sup>24</sup>, no parece ser un problema importante. Impera aquí el viejo adagio: ante la duda abstente.

## II) *Ampliación de las libertades*

En este campo se podría avanzar rápidamente en las siguientes direcciones:

- a) Reconocimiento de los pueblos originarios, creando las condiciones para la suscripción de un efectivo nuevo tratado con este importante sector de la ciudadanía, que ha sido por siglos víctima de la miseria y la exclusión
- b) Aborto terapéutico con fines eugenésicos o ético-sociales en los casos de existir riesgo para la vida de la madre y en ausencia de otros medios para evitarlo, cuando el feto presente –o se establezca clínicamente que presentará– graves taras o malformaciones físicas o psíquicas,

<sup>24</sup> Es el resultado de la suma de los que se abstienen, los que votan blanco o nulo y, sobre todo de los que, pudiendo hacerlo, no se inscriben en los registros electorales.

y cuando el embarazo sea consecuencia del delito de violación.

- c) Píldora del día después, garantizando la universalidad efectiva de su acceso y la penalización para quienes la nieguen.
- d) Respeto a la diversidad sexual, mediante la consagración, en un primer momento, de las uniones civiles y, luego, del matrimonio entre homosexuales, como manera de luchar en contra de la discriminación de la cual son objeto.
- e) Libertad de culto, derecho humano fundamental que requiere del perfeccionamiento de la Ley de Cultos, de manera de garantizar la igualdad de trato por parte del Estado a las diversas iglesias y religiones.

### III) *Hacia una igualdad de género*

Se trata de un área donde Chile presenta todavía enormes retrasos. Un conjunto de nuevas leyes debieran apuntar a asegurar la igualdad salarial, el reconocimiento del trabajo doméstico y su corresponsabilidad con los hombres, el acceso al empleo a través de subsidios a la contratación de mujeres, el aumento a la cobertura y horarios de las salas cunas, etc. Igualmente se requiere de una política integral de protección contra la violencia de género, que considere este flagelo no solo en el plano de la criminalización, sino en todas sus aristas, ya sea prevención, información y fortalecimiento de los programas de salud para las víctimas.

En materia de participación política, se requiere una ley de cuotas que garantice la participación equilibrada entre mujeres y hombres en el Congreso y en todas las instancias de decisión, como por ejemplo, en los directorios de empresas públicas.

Asimismo, se requiere una ley marco de derechos sexuales y reproductivos que amplíe los espacios de libertad para las mujeres en relación con su propio cuerpo y se enfatice la necesidad de una educación sexual responsable en las escuelas.

### IV) *Una visión integral de la seguridad pública*

La inseguridad ciudadana es uno de los aspectos que más preocupa a la población. Generalmente, se ha apuntado a que la solución a este flagelo pasa por una estrategia “reactiva”, enfatizando su dimensión principalmente penal con una mirada de corto plazo. De esta forma, se ha priorizado una estrategia de “mano dura” para satisfacer a la opinión pública.

Un enfoque progresista debe partir de una dura crítica a la actual Constitución, ya que esta sobrevalora y castiga con mayor severidad los delitos que atentan contra la propiedad que aquellos que atentan contra las personas.

Las propuestas de prevención deben estar mediadas fundamentalmente entre el Estado y los ciudadanos, donde este garantice la información, la cercanía, la prevención y la represión, solo en última instancia.

Las medidas de rehabilitación y reinserción, por su parte, deben buscar el mejoramiento y fortalecimiento de los establecimientos penitenciarios, y la elaboración de una agenda que considere la rehabilitación y reinserción de forma consistente, con subsidios para la contratación de personas que hayan estado recluidas en la cárcel, sistemas de apoyo individual a quienes hayan delinquido y también un monitoreo del cumplimiento de penas.

Con respecto a las drogas, es preciso avanzar en la dirección de una despenalización del consumo de marihuana como forma de reducir el volumen del mercado negro. De manera general, un enfoque progresista en materia de drogas debe

partir de la base de que se está en presencia, antes que nada, de un problema de salud que obliga a poner el acento en políticas preventivas que eviten el consumo masivo y la adicción a estas, y la rehabilitación y reinserción del drogadicto en la sociedad.

#### v) *Un nuevo modelo de desarrollo*

Chile ha demostrado que en democracia es posible asegurar el dinamismo económico. El país ha ampliado sustancialmente su capacidad de exportación, pero es también un hecho ampliamente reconocido que sigue dependiendo de un número muy reducido de recursos naturales que se exportan con poco valor agregado. La segunda fase de nuestro desarrollo exportador es una tarea todavía inconclusa.

Se plantea así la necesidad de una nueva estrategia, donde la innovación tecnológica, en su sentido más amplio, juegue un papel fundamental. Esto supone la subordinación de las finanzas a la producción, el establecimiento de un horizonte de mediano y largo plazo construido colectivamente con todos los actores y la profundización de las asociaciones público-privadas.

Lo anterior requiere de una nueva institucionalidad económica que debe dejar atrás el monopolio conservador de Hacienda y del Banco Central en la definición de la política económica, priorizando las políticas productivas por sobre los enfoques monetaristas o financieros. Para ello, se propone transformar el actual ministerio de Economía en un ministerio del Desarrollo, en el que se privilegien las políticas de incentivo al aparato productivo, la incorporación de nuevas tecnologías y la integración regional con perspectivas de largo plazo.

#### vi) *Recuperación de la soberanía sobre nuestros recursos naturales*

Es un hecho que la explotación masiva de los recursos naturales, principalmente por el sector privado, favorece la concentración económica en unas pocas manos.

El agua, al menos, debe ser elevada a la condición de bien nacional de uso público. Todos los recursos naturales no renovables deben estar sometidos a algún tipo de gravamen o *royalty*, con el fin de generar ingresos para todos los chilenos y no solamente para los grupos que explotan estos recursos. Debe considerarse también la aprobación de una Ley de Protección de los Glaciares, con el fin de preservar las reservas de agua dulce y mejorar los estándares de eficiencia y protección de los demás recursos naturales.

La propiedad de Codelco debe mantenerse en un cien por ciento pública, a fin de asegurar su rol en el financiamiento de la inversión social en salud, educación, vivienda y seguridad social. En contrapartida, es necesario fortalecer una gestión de excelencia que asegure su eficiencia, competitividad y transparencia.

#### vii) *Ampliación de los derechos de los trabajadores*

Es necesario fortalecer la negociación colectiva, la sindicalización y el cumplimiento efectivo de la Ley de Subcontratación. Se deben generar relaciones laborales más equilibradas, con garantías más claras y efectivas a la libertad sindical, así como al derecho a organizarse y a la huelga. A su vez, se deben establecer regulaciones que se hagan cargo de las nuevas realidades laborales, como la subcontratación, el trabajo temporal y agrícola.

Se requiere de una puesta al día con los avances del derecho internacional del trabajo; un aumento en las sanciones al abuso patronal; un nuevo régimen de relaciones laborales para los empleados públicos, que no discrimine entre trabajadores públicos ni en contra de ellos; una reforma para fortalecer la protección frente al despido, y el establecimiento del Defensor Laboral. Asimismo, hay que fomentar una política salarial que establezca como objetivo el salario ético para todas y todos los chilenos.

### **viii) *Opción por la pequeña y mediana empresa y democratización del emprendimiento***

Existe una conciencia generalizada de la importancia que tienen las Pymes en el desarrollo económico y en la generación de empleos. Hay que fomentar el emprendimiento de las pequeñas y medianas empresas a través de un amplio conjunto de medidas que destraben la burocracia en torno a la apertura, mantenimiento y cierre de las pequeñas y medianas empresas. Igualmente, es preciso introducir un conjunto de normas que diferencien a las pequeñas empresas de las empresas de mayor tamaño. Asimismo, hay que establecer un mayor incentivo tributario a la reinversión de utilidades de las Pymes y mejorar sustancialmente el acceso a su financiamiento. Para ello, hay que asumir derechamente la necesidad de contar con una banca de fomento, especializada en la atención a estas empresas.

Por otra parte, son inadmisibles las considerables demoras en los pagos a proveedores del sector público, especialmente en los hospitales. Es absurdo obligar a las pequeñas y medianas empresas a jugar, en los hechos, el papel de financiadores de los gastos del sector público. Los pagos de las instituciones

públicas a sus proveedores debieran realizarse en un plazo máximo de treinta días.

Otro punto clave con respecto a las Pymes se refiere a la garantía de acceso al mercado. Se pueden identificar algunos segmentos de mercado para la producción exclusiva de las pequeñas empresas; se debe adoptar una regulación legal que impida a supermercados y otros compradores dilatar los pagos e imponer precios expoliadores a los pequeños empresarios y permitir su asociatividad para abordar licitaciones en el Portal de Compras Públicas.

Del mismo modo, se debe crear un Defensor del Emprendimiento y la Competencia Leal. La idea es que este organismo sea independiente del Gobierno y se preocupe de la consistencia de las políticas públicas con los objetivos de la estrategia de desarrollo nacional.

### **ix) *Protección frente a los abusos financieros***

En la actualidad son múltiples las formas a través de las cuales las personas son objeto de abuso por parte de muchas instituciones financieras: altas tasas de interés, multiplicación de comisiones, otorgamiento de tarjetas no solicitadas, contratación indebida de seguros, repactaciones unilaterales, etc.

Hay que mejorar sustantivamente la regulación sobre el sector financiero para evitar la seguidilla de abusos sobre los consumidores. También es necesario impulsar la prohibición, en todos los sectores económicos, de los cambios unilaterales de contratos; someter al Sernac a una reforma profunda para fortalecer su accionar, extender sus facultades hacia el área financiera e incrementar su presencia en regiones. Igualmente, es preciso fomentar mayores niveles de competencia en el mercado crediticio por la vía de la estandarización regulada de productos.

Todo esto supone un cambio de mentalidad. Por una parte, se requiere de consumidores más informados y alertas frente a los múltiples intentos de abuso a través de la multiplicación de la “letra chica” en los contratos y, a su vez, de una fiscalización rigurosa, ágil y sobre todo no temerosa.

### **x) *Nuevas formas de protección social***

La protección social no puede ser solo para los pobres, sino que debe abarcar a la mayoría del país. Esto supone transitar progresivamente desde una política social focalizada, hacia una política basada en la universalidad de derechos. Hay aquí un elemento crucial de diferenciación entre los partidarios de un capitalismo compasivo, que termina administrando redes clientelares, y un enfoque progresista, basado en la promoción de derechos exigibles por los ciudadanos.

En la campaña presidencial de Marco Enríquez-Ominami del 2009 surgió una idea importante en este ámbito: la de Umbrales Sociales Garantizados (USG) enfocados no solo en los pobres, sino en todos quienes estén en condiciones de precariedad. Dicho de otra forma, se trata de ir más allá de la manida igualdad de oportunidades, para avanzar hacia la igualdad de posiciones<sup>25</sup>.

Asimismo, se necesita tanto una evaluación de lo logrado en materia social durante los últimos veinte años, como de la institucionalidad correspondiente. Una inquietud mayor, que ha venido cobrando fuerza durante el último tiempo, es la constitución de grupos sociales que se especializan en la captura de ayudas públicas y que, por esta vía, pueden salir estadísticamente de la pobreza sin realizar un esfuerzo productivo que sea un aporte efectivo para la sociedad.

<sup>25</sup> Dubet, François. *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.

### **xi) *Fortalecimiento de la educación pública***

Este es uno de los temas que terminó por constituirse en una de las grandes preocupaciones nacionales. En las primeras páginas de este libro hablamos de la tragedia de la educación pública y no es una exageración. Cientos de miles de chilenos y chilenas jóvenes, pero también adultos, se han movilizadado en defensa de la educación pública. Saben fehacientemente que está en crisis y se resisten a aceptar un modelo que ha transformado a la educación esencialmente en un negocio.

La educación pública no solo requiere, como lo señalan algunos, de una preocupación por parte del Estado. Decididamente es preciso privilegiarla, porque esta es la educación de la república<sup>26</sup> y es la única que está en condiciones de garantizar un mínimo de igualdad.

En las condiciones de desarrollo de Chile, el Estado no solo debe garantizar cobertura, sino también una educación de calidad. Esto debe quedar expresamente sancionado en una nueva Constitución. En este sentido, el Estado debe ser un actor relevante en todos los niveles educativos: prebásica, básica, media, técnico-profesional y universitaria, lo cual implica un aumento sustantivo de la inversión en educación.

Es probable que, a estas alturas, no sea posible eliminar completamente el lucro del sistema educativo. Sin embargo, no es aceptable el doble estándar que consiste en mantener una Ley de Universidades que prohíbe expresamente el lucro y la multiplicación de subterfugios para burlarla. Urge dotar al país de los instrumentos que permitan una adecuada fiscalización de las universidades privadas.

En este plano, las urgencias son muchas. Entre ellas destacan el mejoramiento de los programas de formación de

<sup>26</sup> Carlos Ominami, intervención en el senado “En defensa de la educación pública”, 10 de diciembre de 2008.

directores de escuelas y liceos, un aumento sustancial de la subvención educacional, la desmunicipalización del sistema, la ampliación y unificación de los distintos tipos de becas, y el establecimiento de límites razonables al endeudamiento de las familias y de los estudiantes.

Las universidades públicas deben recuperar el lugar crucial que tuvieron en el pasado constituyéndose como el espacio privilegiado desde el cual pensar con total libertad el presente y el futuro del país. Las actuales universidades públicas, condenadas a generar lo esencial de su financiamiento por la vía de los aranceles y la prestación de servicios, no están en condiciones de cumplir con ese propósito. Como ocurre en la mayoría de los países, el Estado debe procurarles lo esencial de los recursos que necesitan para cumplir con su misión. En contrapartida, estas deben ser objeto de una evaluación periódica y rigurosa.

En otro ámbito, Chile está en perfectas condiciones de desarrollar un amplio programa de digitalización de la educación. Hace ya mucho tiempo que cada niño debiera poder contar con su propio *notebook*, como ocurre con mucho éxito en Uruguay y Corea del Sur, que es el país que, de acuerdo a los informes de la OCDE, está a la cabeza en materia de cierre de la brecha digital.

## **xii) Una reforma tributaria progresiva**

Para disminuir la desigualdad es indispensable una reforma tributaria. Se trata de establecer un sistema impositivo que grave de modo progresivo las utilidades de las grandes empresas y que, a la vez, disminuya la carga sobre las Pymes y las personas de más bajos recursos. En lo esencial, la reforma tributaria debiera proponer un aumento al impuesto de primera categoría que graba las utilidades de las empresas. De

la misma manera como existe progresión en el impuesto a las personas, debiera igualmente diferenciarse el impuesto a las utilidades de las empresas en función de su tamaño. Así, se podría establecer una tasa del 25% para las grandes, del 20% para las medianas y del 15% para las pequeñas. Una medida fundamental consistiría en limitar el componente de crédito de la primera categoría a solo 50% en el global complementario<sup>27</sup>. Por otra parte, se podría aumentar el impuesto adicional que pagan las empresas extranjeras al momento de repatriar utilidades del 35 al 40%, como manera de asegurar una retribución más justa al país.

En relación con los promedios internacionales, la tasa de impuesto a las utilidades de las empresas de un 19% es baja, mientras que un IVA parejo de 19% es alto. Una reforma progresiva debiera diferenciar el IVA de la siguiente manera: un 15% para los alimentos de primera necesidad, los medicamentos genéricos y los bienes culturales básicos, como los libros, elevando esta tasa a un 20% para el resto de los bienes.

Por último, es preciso realizar una revisión exhaustiva del cúmulo de exenciones fiscales hoy día existente y que benefician de manera injustificada principalmente al capital inmobiliario.

## **xiii) Nuevos estándares en sustentabilidad ambiental**

Hay que superar una visión economicista basada en la explotación de los recursos naturales sin consideración del daño al medio ambiente y a las personas. La sustentabilidad social, pero también ambiental del desarrollo, constituyen en la actualidad una dimensión insoslayable, que debe jugar un papel prioritario en la definición de estrategia. Se busca así superar

<sup>27</sup> En la actualidad, el crédito es del 100%.



el actual modelo de desarrollo neoliberal, donde el foco es el crecimiento económico sin límites, para dar paso a un modelo que proteja la naturaleza y se enfoque hacia una economía verde.

Esto requiere, en primer lugar, fortalecer la institucionalidad basada en el nuevo ministerio del Medio Ambiente, eliminando las Comisiones Regionales de Medio Ambiente (Coremas), constituidas principalmente por funcionarios públicos, y reemplazándolas por órganos ambientales técnicos y autónomos.

Asimismo, a pesar de la reciente dictación de una ley que creó el ministerio del Medio Ambiente, están todavía pendientes una Ley Marco del Medio Ambiente y de los Recursos Naturales y una Ley de Ordenamiento Territorial. Estas leyes son imprescindibles para promover el manejo sustentable de los recursos naturales, disminuyendo el impacto ambiental y las emisiones de carbono. De igual forma, el gravamen —a través de un *royalty*— al usufructo de todos los recursos naturales contribuirá a su uso más racional y eficiente.

#### **xiv) Nueva matriz energética**

Chile tiene en la actualidad una matriz energética cara, sucia e insegura, por lo que se requieren cambios sustanciales. Es preciso priorizar la utilización de energías renovables no convencionales (ERNC), tales como la geotérmica, la solar, la eólica o la mareomotriz. Chile tiene ventajas en este ámbito que deben ser utilizadas, para lo cual se requiere de incentivos económicos y tributarios mucho mayores que los actualmente existentes. Complementariamente, se necesitan políticas que apunten a un uso más razonable y eficaz de la energía.

Chile dispone también de importantes capacidades de generación hidroeléctrica. Estas deben ser parte importante de

la nueva matriz energética en proyectos de tamaño razonable que no hipotequen el desarrollo integral de zonas enteras<sup>28</sup> y pongan el acento en la construcción de centrales de pasada. Es una responsabilidad ineludible del Estado favorecer una política energética que promueva el desarrollo sustentable del país y sus territorios que sea eficiente, limpia, segura, saludable y en armonía con la naturaleza. Esto supone la introducción de cambios sustantivos en la normativa ambiental referente a los sistemas de evaluación de impacto ambiental y análisis de megaproyectos.

En lo inmediato, es necesario definir una matriz de transición que permita, en un horizonte razonable, pasar desde una basada en el carbón a otra sustentada en las energías renovables no convencionales.

#### **xv) Democratización de los medios de comunicación**

El país necesita una política de fomento del diálogo democrático, basada en fondos públicos, sistemas de donaciones y subsidios al crédito para el establecimiento de medios de comunicación sin fines de lucro, que permitan que la totalidad de los sectores políticos del país puedan expresarse. Se debe crear, a partir de Televisión Nacional de Chile, un canal público para asegurar la existencia de un instrumento de libre acceso, con contenidos culturales y artísticos que otorgue espacio a todas las formas de pensar. La ley debe garantizarle al Estado un número determinado de frecuencias para que organizaciones de base y/o estudiantiles de todo Chile presenten proyectos de radios locales legales y accedan a su

<sup>28</sup> Manifiestamente, este no es el caso del proyecto Hidroaysén, que con sus más de dos mil kilómetros de tendido eléctrico implica un daño ambiental irreparable.

implementación y financiamiento a través de los diferentes fondos concursables.

Se trata de implementar una política en comunicaciones que constituya al Estado en el garante de una real libertad de expresión. Esto implica promover nuevos medios independientes que tiendan a moderar la actual concentración que afecta al sector. La democracia requiere preservar espacios para la discrepancia frente a los medios dominantes y que el Estado distribuya de manera más equitativa su publicidad.

Es preciso regular correctamente el espectro radioeléctrico, que es un bien de todos los chilenos. El debate legislativo sobre el tránsito a la televisión digital y las radios comunitarias debe tener como principio la democratización del escenario mediático. Para esto, se debe contemplar en la futura ley la posibilidad de integración de nuevos emisores para no consolidar los privilegios de los actuales, impidiendo que la capacidad espectral para concesiones nacionales quede copada con una entrega, sin concurso, a los actuales concesionarios.

#### **xvi) *Prioridad latinoamericana en política exterior***

La prioridad de la política exterior chilena debe ser la integración con los países de la región, para lo cual se deben fortalecer los mecanismos de concertación política y económica, en especial de Unasur.

Las ambigüedades en este plano le están costando caras al país. Uno de los principales problemas que enfrentamos es justamente el que resulta de los conflictos existentes en nuestra frontera norte con Perú y Bolivia.

Uno de los aciertos de los gobiernos de la Concertación fue la resolución de la mayor parte de los problemas fronterizos pendientes con Argentina. Aunque los gobiernos de los presidentes Lagos y Bachelet hicieron esfuerzos para buscar una

solución al histórico problema de la mediterraneidad boliviana, finalmente estos no prosperaron. La relación entre Chile y Bolivia se encuentra nuevamente en un punto extremadamente bajo y, para gran parte del mundo, en especial para América del Sur, no se entiende cómo un país que dispone de cuatro mil doscientos kilómetros de costa no pueda abrir un acceso soberano a un país vecino para que construya su propio puerto.

Chile no puede seguir actuando como si este problema no existiera, insistiendo en el cumplimiento de un tratado que la contraparte boliviana objeta. Para bien o para mal, somos un país de América del Sur y desde aquí tenemos que proyectarnos hacia el mundo. La idea de que somos un buen país en un mal vecindario, surgida del período de la dictadura, pero mantenida y alimentada en democracia, debe ser definitivamente desterrada.

#### **Un mejor Chile**

Hay poco que agregar. A modo de epílogo, insistir simplemente en la idea de que no hay que resignarse, que la lucha, si se libra con inteligencia y perseverancia, termina dando frutos. Chile puede ser bastante mejor: más democrático, más igualitario, menos segregado, más preparado, menos improvisador, más tolerante, menos arbitrario, más solidario y menos soberbio. Los requisitos para construir ese nuevo Chile son exigentes. La tarea es difícil, pero no imposible. Se necesitan muchas cosas: diagnóstico, teoría, programa y alianzas. Pero, sobre todo, voluntad, metas y liderazgo.

## ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Aguilar Camín, Héctor: 306  
Aguirre Cerda, Pedro: 52, 191  
Alarcón, Fabián: 190  
Alessandri Besa, Arturo: 150  
Alessandri Palma, Arturo: 191, 228  
Alfonsín, Raúl: 87  
Allamand, Andrés: 114  
Allende, Isabel: 223-227  
Allende, Salvador: 16, 42, 72, 81, 116, 128, 140, 144, 147, 157, 167, 170, 191, 205, 213, 214, 216, 223, 224, 226, 228, 231, 261, 313, 318, 329  
Almeyda, Clodomiro: 135, 180, 214, 226, 304  
Altamirano, Carlos: 119, 130, 213, 214, 228  
Althusser, Louis: 129, 130, 313  
Alvarado, Luis: 193, 208  
Álvarez, Carlos: 188, 274  
Alvear, Soledad: 158, 171, 173, 236, 256-259, 262, 279  
Ampuero, Raúl: 228  
Andrade, Osvaldo: 138  
Arancibia, Armando: 193, 208, 225  
Arendt, Hannah: 132  
Arrate, Jorge: 134, 194, 208, 211, 213, 214, 240, 282, 286, 287  
Arriagada, Genaro: 151, 155, 167, 168, 220, 221, 252  
Artaza, Mario: 237  
Auth, Pepe: 276, 280, 300  
Ávila, Nelson: 290  
Ayala, Ernesto: 83  
Aylwin, Patricio: 7, 62, 75-78, 83, 86, 88, 94, 103, 105, 111, 112, 117, 120, 143, 145-150, 153, 161, 162, 167, 186, 187, 193, 194, 206-210, 215-217, 245, 249, 251  
Bachelet, Alberto: 174  
Bachelet, Michelle: 7, 33, 50, 59, 94, 139, 141, 171-181, 185, 186, 190, 194, 215, 216, 244, 259-262, 273, 279, 284, 348  
Bachelet, Vivienne: 290  
Bahamondes, Alejandro: 276  
Ballerino, Jorge: 80  
Baltra Cortés, Alberto: 228  
Banzer, Hugo: 189  
Barra, César: 266-270  
Barrios, Arturo: 174  
Benado, José: 17  
Bernstein, Eduard: 315  
Bitar, Sergio: 163  
Blair, Tony: 158, 307  
Boeninger, Edgardo: 80-82, 158  
Bossay Leiva, Luis: 228  
Brezhnev, Leonid: 133  
Briones, Hernán: 83  
Brunner, José Joaquín: 133  
Bucaram, Abdalá: 190  
Bussi, Hortensia: 224, 226

Büchi, Hernán: 73, 83, 181  
Bush H. W., George: 88  
Bush, George W.: 158  
Bustos, Juan: 266, 269  
Cáceres, Carlos: 80, 112  
Calderón, Rolando: 231  
Camaño, Eduardo: 188  
Capone, Al: 242  
Cárdenas, Cuauhtémoc: 187  
Cárdenas, Lázaro: 187  
Carrasco, José: 20, 199  
Carrera, María Elena: 209, 231  
Cerdeña, Eduardo: 224  
Chanfreau, Alfonso: 17  
Chirac, Jacques: 158, 159  
Collor de Melo, Fernando: 187  
Collor, Pedro: 187  
Coloma, Juan Antonio: 246  
Contreras, Manuel: 156, 215  
Contreras, Marcelo: 199, 275  
Corbalán, Salomón: 228  
Corbo, Vittorio: 163  
Correa, Germán: 151, 152, 199, 207, 221  
Correa, Rafael: 190, 319, 330  
Correa, Raquel: 202  
Corvalán, Luis: 206  
Couve, Adolfo: 233  
Cruz, Carlos: 160, 259  
De la Rúa, Fernando: 188  
Del Canto, Hernán: 226  
Deutscher, Isaac: 16  
Díaz, Víctor: 232  
Doggenweiler, Karen: 291, 295, 297

Duhalde, Eduardo: 188  
Durán, Luisa: 251  
Elgueta, Martín: 17  
Enríquez, Edgardo: 17  
Enríquez, Miguel: 18  
Enríquez-Ominami, Marco: 18, 134, 233, 254, 255, 263, 264, 271, 276-279, 281-289, 291, 293-300, 342  
Escalona, Camilo: 138, 139, 156, 174, 226, 261, 267, 268, 280  
Escobar, Álvaro: 272  
Estévez, Jaime: 144, 168, 193, 203, 208, 252  
Eyzaguirre, Nicolás: 124, 259  
Faivovich, Ángel: 228  
Fanon, Franz: 16  
Ffrench-Davis, Ricardo: 162, 163  
Figuerola, Carlos: 167, 169  
Flores, Carlos: 203  
Flores, Ximena: 269  
Foxley, Alejandro: 86, 209  
Franco, Francisco: 42, 205  
Frei Montalva, Eduardo: 16, 42, 52, 105, 117, 154, 191, 228  
Frei Ruiz-Tagle, Eduardo: 94, 106, 111, 117, 150-156, 164, 167, 168, 172, 186, 193, 194, 209, 215, 217-221, 231, 241, 249, 256, 273, 279-285, 287, 291, 293, 294, 296, 298-300  
Fujimori, Alberto: 189  
Furtado, Celso: 329  
García Márquez, Gabriel: 243  
García, Marco Aurelio: 274

García, Ricardo: 210  
Garzón, Baltasar: 239  
Gazmuri, Jaime: 159, 174, 175, 194, 195, 208, 220, 225, 227, 230-232  
Giddens, Anthony: 307, 326  
Girardi, Guido: 276  
Gómez, José Antonio: 280, 300  
González Márquez, Carlos: 223  
González, Felipe: 30  
González, Nicolás: 19  
Gorbachov, Mijail: 304  
Guastavino, Luis: 264  
Guerrero, Manuel: 195  
Guevara, Ernesto: 318, 329  
Gumucio, Manuela: 203, 233, 254, 255, 258, 275, 295, 297  
Gutiérrez, Lucio: 190  
Gutiérrez, Orlando: 25  
Guzmán, Jaime: 111, 208-210, 265  
Hales, Patricio: 199  
Harnecker, Marta: 313  
Heiremans, Eugenio: 83  
Hessel, Stéphane: 315  
Hirsch, Tomás: 252  
Hitler, Adolf: 304  
Honecker, Erich: 130, 137  
Humala, Ollanta: 319  
Hurtado, Inés: 210  
Iglesias, María Cristina: 223  
Insulza, José Miguel: 156, 161, 174, 175, 194, 222, 237-240, 259, 272, 273, 275  
Insunza, Jorge: 170  
Jaramillo, Armando: 202

Jeria, Ángela: 285  
Judt, Tony: 107  
Kaifu, Toshiki: 87  
Kirchner, Néstor: 319, 329  
Kohl, Helmut: 87  
Lagos, Ricardo: 46, 69, 88, 94, 106, 111, 131, 135, 136, 137, 141, 153-173, 175, 177, 180, 181, 186, 190, 193, 194, 199, 202-204, 206-219, 221, 222, 225, 226, 234, 236-238, 240-242, 249, 250, 252-254, 256-261, 272-276, 279, 300, 348  
Larraín, Hernán: 244  
Larraín, Ricardo: 254  
Larraín, Sara: 252  
Larraín, Soledad: 196  
Lavín, Joaquín: 166-170, 172, 250, 252, 255, 257  
Lechner, Norbert: 25  
Lenin, Vladimir: 306, 315  
Leppe, Carlos: 203  
Longueira, Pablo: 246  
Lorca, Carlos: 232  
Loren, Sophia: 200  
Lugo, Fernando: 319  
Lula da Silva, Luiz Inácio: 140, 187, 274, 319, 321, 325, 330  
Mahuad, Jamil: 190  
Maldonado, Patricia: 233  
Márai, Sándor: 260  
Marambio, Max: 272, 284, 294, 298, 300  
Marcuse, Herbert: 16  
Marín, Gladys: 170, 252  
Martínez, Arturo: 226

Martínez, Javier: 251, 252  
 Martner, Gonzalo: 24, 174, 175,  
 177, 178, 193, 204, 208, 260, 261,  
 276  
 Marx, Karl: 16, 23, 309, 311-313  
 Mastroianni, Marcello: 200  
 Matthei, Fernando: 148  
 Mayol, Cristián: 19  
 Mella, María Eugenia: 263, 264  
 Menanteaux, Humberto: 20  
 Meza, Carlos: 189  
 Mitterrand, François: 87, 139  
 Montes, Carlos: 252, 254, 258  
 Morales, Evo: 189, 319, 329  
 Morin, Edgar: 314, 328  
 Mujica, José: 319, 326  
 Muñoz, Heraldo: 210, 259  
 Naranjo, Jaime: 231, 232  
 Nattino, Santiago: 195  
 Navarrete, Jorge: 278  
 Navarro, Alejandro: 134, 246  
 Neruda, Pablo: 170, 228  
 Noboa, Gustavo: 190  
 Núñez, Ricardo: 130, 144, 159,  
 174, 175, 193, 200, 206-208, 220,  
 222, 226, 230, 231  
 Obama, Barack: 272, 323  
 Osvaldo, Romo: 25  
 Otero, Miguel: 210  
 Ottone, Ernesto: 133, 276  
 Palacios, Alfredo: 190  
 Parada, José Manuel: 195  
 Pérez Yoma, Edmundo: 266-268  
 Pérez de Arce, Hermógenes: 209  
 Pinochet, Augusto: 25, 55, 69, 83,  
 112, 113, 134, 145-147, 153, 154,  
 163, 164, 188, 193, 197-203, 206,  
 207, 217, 231-233-243, 329  
 Pinochet, Lucía: 217  
 Pinto Santa Cruz, Aníbal: 70, 72,  
 329  
 Piñera, Sebastián: 29, 34, 36, 47,  
 61, 66, 67, 69, 94, 111, 124, 172,  
 180, 184, 209, 212, 230, 243, 247,  
 273, 282, 283, 287, 294, 296, 298,  
 300  
 Poblete, Patricia: 266  
 Politzer, Patricia: 203  
 Powell, Colin: 158  
 Prebisch, Raúl: 329  
 Provoste, Yasna: 249  
 Puerta, Ramón: 188  
 Pulido, Roberto: 202  
 Quiroga, Jorge: 189  
 Richards, Jorge Andrés: 203  
 Rodríguez Saa, Adolfo: 188  
 Rodríguez, Eduardo: 189  
 Rojas, Patricio: 165, 166  
 Romero, Sergio: 232, 233  
 Rousseff, Dilma: 19, 326  
 Ruiz Massieu, Francisco: 187  
 Rythman, Hélène: 129  
 Salinas de Gortari, Carlos: 187  
 Sánchez de Lozada, Gonzalo: 189  
 Santos, Juan Manuel: 320  
 Sartre, Jean Paul: 313  
 Schaulsohn, Jorge: 202, 212, 221  
 Schilling, Marcelo: 194, 208, 222,  
 265, 266, 268-270  
 Schnake, Eric: 212, 213

Schroeder, Gerhard: 307  
 Séguéla, Jacques: 240, 253, 254  
 Silva Cimma, Enrique: 216  
 Sobarzo, Augusto: 207  
 Solari, Ricardo: 174, 300  
 Stalin, Joseph: 16  
 Straw, Jack: 241  
 Stroessner, Alfredo: 319  
 Thatcher, Margaret: 237  
 Tironi, Eugenio: 133, 134, 198,  
 253, 255  
 Tohá, Carolina: 202, 203  
 Tohá, José: 231  
 Tomic, Radomiro: 16, 247  
 Troncoso, Raúl: 151  
 Trotsky, León: 16  
 Urizar, Cristián: 267  
 Valdés, Gabriel: 111  
 Valdés, Juan Gabriel: 159  
 Valenzuela Béjar, Manuel: 79  
 Valenzuela, Esteban: 272

Van Schouwen, Bautista: 21  
 Vargas Llosa, Mario: 189, 256  
 Vázquez, Tabaré: 319  
 Velasco, Andrés: 139, 181, 244  
 Velasco, Belisario: 293, 299  
 Vergara, Lucía: 17  
 Vergara, Roger: 18  
 Vidal, Francisco: 168  
 Videla, Lautaro: 21  
 Viera-Gallo, José Antonio: 194,  
 208, 225, 231, 232, 236, 300  
 Villavela, Arturo: 18  
 Walker, Ignacio: 290  
 Warhol, Andy: 261  
 Wieviorka, Michel: 308  
 Xiaoping, Deng: 85  
 Yanáyev, Gennadi: 304  
 Zaldívar, Andrés: 137, 165, 166,  
 173, 209, 210, 234-236, 241  
 Zedillo, Ernesto: 187  
 Zurita, Enrique: 241

En 1983 se incorporó formalmente al Partido Socialista y fue fundador y vicepresidente del Partido por la Democracia (PPD) entre 1989 y 1990. Fue ministro de Economía, Fomento y Reconstrucción durante el gobierno de Patricio Aylwin, cargo que dejó en 1992 para trabajar como generalísimo de la precampaña presidencial de Ricardo Lagos. Fue electo senador por dos períodos consecutivos, entre 1993 y 2010, por la Quinta Región Cordillera. En el 2009 renuncia al Partido Socialista luego de más de veinticinco años de militancia, con el fin de apoyar abiertamente la opción presidencial de su hijo, el también ex PS Marco Enríquez-Ominami. Con posterioridad participó en la fundación del Partido Progresista (PRO).

Entre otras actividades, se ha dedicado también a escribir y tiene una producción considerable de artículos, documentos y libros sobre economía y política. Entre ellos destacan *El tercer mundo en la crisis*, publicado en varios idiomas. En la actualidad se desempeña como presidente honorario de la Fundación Chile 21.